MINA VERA

Cuando la noche es púrpura



Selecta

Cuando la noche es púrpura

Mina Vera

Selecta

Capítulo 1

Bera de Bidasoa
Sábado, 13 de mayo de 2006

Llevaba más de una hora probándome modelitos y aún no había decidido qué ponerme. Parecía que mi ropa había sufrido un inexplicable cambio en el armario y todo me sentaba fatal. Y cuando digo todo es todo: una montaña de tela había convertido mi dormitorio en una habitación sin cama. Lo peor era que solo me quedaba media hora para prepararme y no me iba a dar tiempo a volver a colocar nada en su sitio, por lo que tendría que recogerlo al volver esa noche. Si todo salía bien y mi madre había convencido a mi padre para que me dejara llegar más tarde de forma excepcional, estaría agotada y ponerme a organizar el armario sería lo último que me apetecería.

Me enfundé por enésima vez mis vaqueros nuevos y una camiseta verde sin mangas que me gustó muchísimo cuando me la probé en la tienda. Sin embargo, en aquel momento lucía simple, como cada sábado en nuestro pequeño pueblo a orillas del Bidasoa, donde por lo general solíamos estar en el parque, en el río si era verano o tomando un refresco en uno de los tres bares que

podríamos considerar «para jóvenes». Ese era el plan de cada fin de semana y unos vaqueros con una camiseta estilosa eran más que suficiente.

No obstante, esa tarde no era como las demás.

Para empezar, íbamos a celebrar el primer decimoctavo cumpleaños de la cuadrilla, el de la que era mi mejor amiga desde la guardería. Desde los dos años Natalia y yo habíamos sido inseparables. Hasta que hacía unos cuantos meses no había tenido más remedio que darle un poco de espacio.

El verano anterior habíamos conocido a un grupo de chicos de Lesaka, un pueblo cercano. Eran tres años mayores que nosotras y Natalia salía con uno de ellos desde septiembre. Por lo menos el chico me caía genial, bueno, a mí y a todas. Ager era mucho más que un chico guapo y simpático. Iba a la facultad de Derecho en la universidad de Pamplona y era alumno destacado de su clase. Además, era deportista y tenía coche. La verdad es que Natalia era la envidia de todas sus amigas, sobre todo porque la veíamos feliz.

Celebrar su cumpleaños yendo a una gran discoteca era algo que ella había deseado desde hacía mucho tiempo. Ager había decidido hacer su sueño realidad llevándonos a todas sus amigas a La Loko. Desde luego, no podía ir a la disco más *cool* de la comarca de las Cinco Villas con mi minifalda vaquera y esa horrenda camisa azul. Mi visión en el espejo me hizo estremecer y volví a lanzar el conjunto sobre la cama, dándome casi por vencida.

—¡Hija, pensaba que no había huracanes en esta época del año! —exclamó mi madre tras llamar a la puerta y entrar de inmediato, sin darme tiempo a decir nada más que «adelan...», como siempre.

—Tranquila, mamá, lo recogeré todo cuando vuelva. Pero ahora, por favor... ¡Ayúdame a elegir qué ponerme!

Se quedó muy sorprendida, casi más que al ver mi propia

versión del Everest en mitad de la habitación.

—¿En serio quieres que te aconseje qué ponerte?

—Estoy desesperada. Nada me queda bien —confesé y lancé con desgana unas mallas rojas que ni siquiera recordaba que tenía. ¿De dónde había salido esa cosa tan horrible?

—Vaya, sí que debe de ser importante esa fiesta. Nunca me habías pedido consejo para vestirte. En realidad, nunca te ha importado demasiado qué ponerte.

—¿Insinúas que suelo ir hecha un adefesio?

Mi madre se carcajeó y se acercó a mí. Me cogió la cara con las dos manos y aplastó mis mofletes hasta que mi boca quedó igual que cuando imitas a un pez. Me sentí ridícula y yo también me eché a reír.

—Claro que no, Edurne, ¿cómo iba a pensar eso? Lo que digo es que tú nunca le habías dado más importancia a la ropa de la que tiene. Además..., ¡estás preciosa con cualquier cosa que te pongas!

Levanté una ceja y señalé la Torre de Pisa que se había formado sobre mi cama con el contenido íntegro de mi armario. Mi madre rodeó la obra de arte intentando buscar algo adecuado y tiró de la manga de mi bolero negro.

—Esta chaqueta es elegante y te queda muy bien. Si lo de hoy es tan especial, es una buena elección.

—Bueno..., podríamos decir que es especial.

Si me preguntaba más, estaba segura de que la explicación más obvia sería suficiente para convencerla: además de ser el cumpleaños de Natalia, íbamos a ir por primera vez a una gran discoteca. ¿Por qué habría de imaginarse que lo que me hacía sentir tan insegura tenía que ver con un chico?

—La cuestión es qué me voy a poner debajo de eso. —Volví a centrar el tema en mi indumentaria.

Mi madre dio un par de vueltas tirando de mangas y perneras y desechando varias prendas de ropa tras intentar conjuntarlas con la única que estaba decidida. De pronto se quedó paralizada, miró hacia su izquierda y hacia arriba con una mano en la barbilla, como queriendo hacer memoria. En pocos segundos, sonrió de forma extraña y exclamó:

—¡Lo tengo! ¡Ven conmigo, corre!

Me cogió de la mano y me arrastró fuera de la habitación. En menos de quince segundos habíamos subido las escaleras hasta el desván y revolvía cajas y armarios de trastos viejos que no se habían tocado desde... nunca, que yo recordara.

La miré un poco asustada. ¿Qué pretendía encontrar allí? No podía perder ni un segundo, aún no me había peinado ni maquillado.

—Mamá, de verdad que tengo prisa. El novio de Natalia y su amigo vienen a buscarnos en sus coches y no quiero hacerlos esperar.

—Un segundo, sé que está por aquí, en algún sitio.

Revolvía por segunda vez el armario ropero con prendas envueltas en plásticos y fundas. Si me iba a sacar un traje del siglo anterior, podría habérselo ahorrado.

—¡Al fin! Aquí está. Estoy segura de que te quedará como un guante.

Miré con reservas la funda que sostenía entre sus manos y procuré no sonar ofensiva al rechazar algo tan viejo.

—No pienses que no te lo agradezco, pero dudo que algo que haya aquí me sirva para esta ocasión.

—Anda, míralo primero y luego me dices. Este vestido es perfecto. Lo fue para mí la noche de fin de curso del instituto y lo será para ti hoy.

Abrí la cremallera y en cuanto descubrí el color de la tela de

satén me cambió la cara. Lo sé por la sonrisa que se dibujó en la de mi madre cuando vio mi expresión. Lo saqué a toda velocidad y me lo puse. Aun sin tener un espejo delante, sentí que me quedaba como hecho a medida.

—Ese chico se va a quedar de piedra cuando te vea. —Me cogió de una mano y me hizo girar trescientos sesenta grados sobre mí misma.

Mi madre era increíble. Me había descubierto sin que yo le dijera nada. Tan solo mis amigas sabían que me gustaba Jon desde que Ager nos lo presentó como su nuevo amigo del equipo de baloncesto de la universidad. Nada más verlo, me pareció un príncipe de cuento. Alto y atlético, de cara angelical, espesa cabellera rubia, ojos azul cielo y una sonrisa de anuncio. Fue encantador con todas nosotras y no nos trató como a unas crías, cosa que sí habían hecho algunos de los amigos de Ager durante el verano.

El remate que hizo que mi corazón suspirara fue su mirada fija en mí cuando anunció que vendría él mismo a buscarnos al pueblo esa tarde. Aun viviendo en Pamplona, iba a hacer más de sesenta kilómetros hasta Bera, ya que todas no cabíamos en el coche de Ager. La Loko no estaba demasiado lejos, apenas a cinco kilómetros por el sendero del río, pero por carretera se daban más vueltas y el recorrido era tres veces más largo. Según mis amigas, yo también le gustaba a Jon y que viniera a buscarnos era una prueba irrefutable de ello. Que quisiera hacerle un favor a su amigo ayudándolo con el regalo que le había prometido a su novia no les parecía motivo suficiente.

Impaciente por ver mi reflejo, bajé las escaleras hasta mi cuarto y me miré en el espejo de cuerpo entero del interior de la puerta de mi vacío armario. El vestido estaba bastante arrugado, el satén es lo que tiene, pero planchado quedaría como nuevo.

¡Era el vestido perfecto!

Tenía un escote en pico, sin llegar a enseñar demasiado, tirante estrecho y cruzado en la espalda, cintura alta entallada antes de llegar a una falda con vuelo hasta la rodilla. Parecía mentira que mi madre hubiera llevado algo así hacía más de veinte años.

—Toma, ponte la chaqueta. A ver cómo te queda. —Me miraba con nostalgia en los ojos. Era como si hubiera rejuvenecido hasta volver a tener mi edad. De hecho, ambas nos parecíamos mucho—. Aquella noche de cielo púrpura conocí a tu padre.

Me puse el bolero, que me combinaba de maravilla y me cubría justo hasta el comienzo de la falda. Me sonreí a mí misma en el espejo y después a mi madre a través de él.

—¿Aquella noche el cielo era del mismo color que tu vestido? —Me balanceé como una campana para comprobar la amplitud del vuelo de la falda.

—No exactamente. Esta tela es más bien de un tono ciruela. Aquella noche el cielo brillaba con un imposible color púrpura. No violeta, ni lila, ni morado... Púrpura —insistió mi madre.

Intenté visualizarlo, sin éxito. Nunca había visto el cielo de ese color. Se suponía que aquella tonalidad no estaba en el espectro de luz visible, como sí lo estaba el violeta. Decidí seguir interrogando a mi madre.

—¿Fuiste con papá a la fiesta de fin de curso?

—No, fui con mi novio del instituto. Pero conocí a tu padre y todo cambió.

—¿Todo cambió esa noche?

Volvió a mirar a su izquierda, haciendo memoria a la vez que una tímida sonrisilla asomaba por sus labios.

—Así es, todo cambió esa misma noche. Tu padre era uno de los camareros del hotel donde se celebró aquella fiesta. Se costeaba los

estudios de Hostelería trabajando en eventos de ese tipo. Desde que entré por la puerta no me quitó ojo de encima, a pesar de ir del brazo de mi entonces novio. —Para mi sorpresa, miró al suelo, como avergonzada.

Jamás me había contado algo así. De hecho, nunca había mencionado cómo se habían conocido ni cuántos novios había tenido antes. Por el contrario, lo del baile en un hotel no me sorprendió demasiado. Mi madre y mi tía habían estudiado en un instituto francés de los de uniforme. Mi bisabuelo había nacido en Francia y, a pesar de que mis abuelos eran bastante humildes, él tenía más dinero del que podía gastar y se empeñó en que sus nietas estudiaran en la ciudad, por lo que acabó costeando él mismo su matrícula en aquel instituto de renombre.

—No tenía ni idea. ¿Dejaste a tu primer novio por papá la noche de fin de curso? —pregunté intrigada.

—Fue todo mucho más complicado que eso. —Pareció arrepentirse de haberlo mencionado—. Ahora no es momento para estas historias. Ese vestido necesita una buena sesión de plancha y tu pelo un buen cepillado.

Atusé mi melena, revuelta de tanto ponerme y quitarme la ropa una y otra vez. Miré el reloj... ¡Las cinco y cuarto! A y media debía estar a cuatro calles de mi casa, en el punto donde terminaba el pueblo de Bera de Bidasoa como tal, dando paso a la exclusiva urbanización de casitas unifamiliares a la que mis padres se habían mudado cuando mi madre se quedó embarazada de mí, poco después de que el restaurante en el que mi padre era chef obtuviera la primera de sus cinco estrellas Michelin.

—Mamá, por favor, plánchamelo tú. Te prometo que me encargaré de la colada toda la semana, pero es que si no... ¡No me va a dar tiempo!

Ella rio mientras yo me desnudaba a toda velocidad, despeinándome de nuevo. Busqué los únicos zapatos que tenía que podrían combinar con ese vestido de ensueño, unos negros con algo de tacón, y de paso el bolso, que había llevado a la boda de mi hermana hacía ya tres años. Ojalá hubiera estado en casa para ayudarme con el maquillaje. Ane sí que sabía ponerse guapa. Pero vivía demasiado lejos para hacerme de esteticista.

Me cepillé el pelo y me puse unas horquillas que al final decidí descartar. Mejor suelto. El rubio oscuro de mi melena lisa se vería acentuado con el color ciruela del vestido. Usé el tono rosado más claro de mi paleta de sombras, rímel negro y el brillo de labios casi incoloro. Sí, así era suficiente. El vestido tenía una tonalidad demasiado viva como para matarla con maquillaje llamativo.

Mi madre llegó corriendo con el vestido en una percha. Planchado era todavía más bonito. Metí a toda velocidad mis cosas en el bolso haciendo recuento: llaves, cartera, pañuelos, brillo de labios, unos chicles... Ya estaba todo. Tampoco me cabría mucho más en el estúpido bolsito de boda. Me calcé, me vestí y entonces... me vi demasiado elegante. ¿Me habría pasado? No tenía ni idea de cómo irían mis amigas. No quería solapar a Natalia, era su día.

Bajé a toda velocidad, pero a mitad de camino recordé que me había dejado lo más importante... ¡El regalo de Natalia! Subí de nuevo de dos en dos las escaleras y volví a bajar, lo que sobresaltó a mi padre, quien leía el periódico en la sala con la radio puesta.

—¿Quién ha llamado a la caballería? —bromeó al oír el sonido de mis tacones.

—¡Soy yo, papá! Me voy al cumple de Natalia.

Me puse nerviosa al ver que se levantaba del sillón y se acercaba hasta la entrada. Mi madre mantuvo una discreta distancia, aunque dispuesta a intervenir de ser necesario, sin duda. Ya habrían hablado

del tema y ella habría terciado por mí; sabía que mi padre era un poco sobreprotector con los peligros de la noche.

—¿Adónde pensáis ir? —preguntó él según me recorría con la mirada de arriba abajo, como un escáner.

—Vamos a La Loko, una discoteca de moda. Pero no te preocupes, porque el novio de Natalia y su amigo nos llevan y traen en sus coches.

Entonces me miró a los ojos, intentando ver alguna mentira escondida en ellos.

—No beberán esos amigos tuyos, ¿no?

—Claro que no. Son deportistas, juegan en el equipo de baloncesto de la universidad.

Levantó una ceja —gesto que yo había heredado, no así su tez y cabello oscuros— y miró desconfiado.

—Eso no garantiza nada —protestó y volvió a escrutarme, pero deteniéndose esta vez en mi falda. Sin pedir permiso, abrió los dos botones de mi chaqueta y me miró con cara de susto.

Empecé a prepararme para un sermón sobre los escotes, los hombres y el «pensamiento único».

—Este no será..., no será... —tartamudeaba mirando a mi madre y al vestido de forma intermitente.

—Sí, sí que es —corroboró, acercándose a él y dándole un beso en los labios.

Me quedé alucinada ante la reacción de ambos. Cuando mi padre consiguió volver en sí, soltó mi chaqueta y se dio media vuelta. Abroché los botones a la espera de alguna palabra de aprobación antes de salir por la puerta. Pero no parecía que fuera a decir nada. Miré mi reloj y vi que eran las seis menos veinte. Ya llegaba tarde.

—Papá, me están esperando...

De pronto volvió a la entrada, abrió la puerta y, con una mirada

que jamás le había visto, como si hubiera rejuvenecido veinte años, al igual que mi madre minutos antes dijo:

—Ve con cuidado, princesita. Hoy tendrás que espantar a los chicos como a moscas.

Sonreí y me lancé a su cuello para darle un beso enorme en su carrillo derecho, mi favorito, pues al reír le salía un hoyuelo que sí había heredado, aunque yo en mi moflete izquierdo.

—Gracias, papá. No te preocupes, estaré bien.

Salí disparada por la puerta.

—¡Te quiero en casa antes de las tres! —me gritó cuando ya estaba cruzando el jardín. Le hice un gesto con la mano para que supiera que le había oído y seguí corriendo, intentando no tropezarme.

Con suerte, no llegaría más de quince minutos tarde.

Capítulo 2

Antes de doblar la esquina de la calle donde vivía Natalia, vi a Nuria dando pequeños pero rápidos pasos para cruzar la carretera. También llegaba tarde, quizá porque llevaba una falda de tubo que le llegaba por debajo de la rodilla y que no le dejaba separar las piernas más de un palmo. Subió con dificultad el alto peldaño hasta la acera para encontrarse conmigo. Cuando se agarró a mi brazo estaba lo bastante cerca como para ver que había crecido varios centímetros desde el día anterior.

—¡Ay, Edurne! ¡Deja que me agarre! —Echó todo su peso sobre mí—. Con estos tacones me voy a matar.

—Si ya no puedes ni andar, ¿cómo pretendes aguantar toda la tarde y parte de la noche bailando?

—No, si el problema no es estar de pie, es andar, sobre todo rápido. No soy capaz de mantener el equilibrio. Y encima esta dichosa falda que solo me deja dar medios pasos.

—A ver si vas a caerte y a romperte algo. Hoy estamos de celebración especial y lo último que queremos es acabar en el hospital.

—¡Qué va! No es para tanto. —Nuria se carcajeó de lo lindo ante mi más que probable teoría—. Es justo por lo especial del día de hoy

que me he vestido de señorita. Si fuera por mí...

Acababa de darme cuenta de que no había visto a Nuria en falda jamás. Este día iba a pasar a la historia de nuestras vidas, más que por ir a la disco, por ir todas en falda. Al doblar la esquina pudimos ver las seis piernas de nuestras tres amigas, que estaban apoyadas en el coche de Ager, aunque ni él ni su amigo estaban a la vista. Por supuesto, la prenda más corta la llevaba Natalia. Por el aspecto de su reluciente pelo negro, juraría que hasta había ido a la peluquería. Tania y Nerea vestían bastante más discretas y de tonos sobrios, no luciendo piel más allá de la rodilla, aunque sus cabelleras castañas brillaban tras un más que evidente planchado, cuando ambas tenían el pelo ondulado.

Natalia destacaba, como siempre, pero hoy, además, porque vestía de azul eléctrico, con una chaqueta de cuero de un blanco brillante. Un look mucho más discotequero que cualquiera de los nuestros. Y atrevido.

Según llegamos, nos cayó una merecida bronca.

—¡Llegáis veinte minutos tarde! —nos gritó Natalia con los brazos puestos en jarra.

—Perdón, perdón —me apresuré a decir mientras le daba un beso y le tiraba nueve veces de cada oreja de forma alternativa—. ¡Feliz cumpleaños!

—Sí, claro, ahora querrás que se me pase el enfado así de fácil. ¡Pues no!

Natalia cruzó los brazos y se apoyó de nuevo sobre el coche.

—Lo siento, de verdad. Es que no tenía ni idea de qué ponerme. He sacado toda la ropa de mi armario y nada me parecía apropiado.

Ella me miró de arriba abajo abriendo los ojos como platos y con cara de incredulidad.

—Pues bien mona que te has puesto. ¿Vestido nuevo?

—Todo lo contrario. Tiene más de veinte años. Era de mi madre.

Mis amigas me miraron asombradas y tocaron la suave tela.

—Es precioso, Edurne, y encima puedes andar perfectamente con él —bromeó Nuria y se puso a andar como un pato alrededor de nosotras.

Todas se rieron y el gesto de enfado de Natalia se relajó un poco. Quise echarle un piropo para enmendar mi tardanza y dejar de ser el centro de atención en lugar de ella.

—Tú sí que estás mona. El pelo te ha quedado genial y cualquiera no podría ponerse esa mini. —Le di un par de cachetes por detrás de uno de sus muslos—. Tienes las piernas más largas de todo el pueblo.

—Sí, claro, ahora hazme la rosca. Me he alisado un poco el pelo, es cierto. Y esta falda la compramos juntas en Navidad, aunque no la había estrenado todavía.

Vi que su nivel de cabreo no bajaba, así que solo se me ocurrió una cosa que no podía fallar.

—Oye, ¿es que no piensas abrir tu regalo?

Nuria empezó a aplaudir. Tania y Nerea se levantaron del coche para cerrar el círculo y ver cómo Natalia desenvolvía lo que le habíamos comprado entre las cuatro.

—¡Pensaba que no me lo ibais a dar nunca! —bromeó, ya de mejor humor.

Destrozó el papel, como hacía siempre. No conocía a nadie más impaciente que ella. Su cara se iluminó por completo al ver el interior del envoltorio.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo sabíais que se me había partido por la mitad? —exclamó al ver el CD de Justin Timberlake, su cantante favorito. Más que favorito, era su amor platónico. Por supuesto que el CD lo había comprado ella hacía tiempo, en cuanto

salió a la venta, pero su hermano pequeño lo había destrozado el día anterior al atropellarlo con su bici.

—Nos lo ha dicho un pajarito. —Nerea se hizo la interesante. Nos lo había chivado Ager—. Pero deja ya de mirarlo tanto y abre el otro regalo.

—¿Hay otro? —preguntó a la vez que arrancaba con los dientes el plástico que envolvía la caja del CD para después quedarse mirando absorta las fotos del cuadernillo interior. Me sorprendió porque seguramente las tendría ya muy vistas.

—Vaya, me voy a poner celoso —oímos decir a Ager detrás del círculo cerrado que habíamos formado para el «momento regalos». Jon estaba a su lado y, en cuanto giré la cabeza, pude ver cómo me recorría con la mirada de arriba abajo. Desde luego, su gesto no tenía nada que ver con el de mi padre cuando me había hecho otro tipo de escáner minutos antes. La forma de morderse el labio inferior llegó a inquietarme un poquito. Nuria también se dio cuenta y me dio un codazo entre risillas.

—Llegáis a tiempo para ver el segundo regalo. Este a Ager le va a gustar más —canturreó Tania y le guiñó un ojo.

Natalia metió en la bolsa el CD y me la dio mientras besaba a Ager.

—Sabes que esto son tonterías. Estoy loca por ti.

—Ah, bueno, ya me estaba empezando a preocupar —bromeó él —. A ver ese otro regalo.

Saqué el segundo paquete de la bolsa y Natalia destrozó el envoltorio del bikini verde lima que tanto nos había costado elegir la tarde anterior tras probarme alrededor de otros veinte. Con la excusa de que yo era la que tenía el cuerpo más parecido a ella, mis amigas me habían usado de maniquí y no pararon de traerme más y más modelitos al probador hasta que todas decidimos por

unanimidad que ese era el que más le gustaría a la cumpleañera.

—Has dado en el clavo, Tania. Este me gusta mil veces más —confirmó Ager y abrazó a su novia por la espalda.

—A mí también me gusta mucho. Espero que me quede bien de talla.

—Se lo hicimos probar a Edurne, ya que muchas veces os intercambiáis ropa —informó Nerea y me agarró por los hombros—. La pobre sufrió la tortura de ponerse y quitarse docenas de bikinis durante una hora. Creo que le puedes perdonar que haya llegado un poco tarde.

—Entonces me habría gustado haberos acompañado a por el regalo —dejó caer Jon como si tal cosa y tomó la parte superior del bikini de las manos de Natalia para enfocarlo hacia mí. Me sentí de lo más incómoda.

—¡Jon, no seas pervertido! —Natalia le dio una colleja y se lo arrancó de un tirón. Gracias al cielo, hizo que cambiáramos de tema —. Claro que la perdono, ¿cómo no iba a hacerlo? Lo que pasa es que Ager me había dicho de quedar pronto para poder dejar el coche junto a la discoteca. A partir de las seis el aparcamiento se llena y es una locura encontrar sitio.

—No tenía ni idea —se lamentó Nuria—. Perdóname a mí también. He llegado a la vez que ella.

—No pasa nada, chicas. Pero cuanto más esperemos será peor.

Ager apretó el mando de su Golf TDI azul y las luces parpadearon dos veces. Me di cuenta en ese momento de que la noche anterior me había dormido esperando ir de copiloto en el Seat León rojo de Jon. Pero, después de su comentario y de casi desnudarme con la mirada, se me habían quitado las ganas de acercarme a él. Por supuesto, mis amigas no tenían ni idea de esta nueva sensación de desagrado. Seguían pensando lo que yo misma

les había dicho en varias ocasiones, que me parecía muy guapo, muy simpático y no sé cuántas cosas más que se me acababan de olvidar. Como por inspiración divina, se me ocurrió la excusa perfecta para poder ir en el otro coche. Me alegré un montón de seguir sujetando la bolsa de los regalos.

—Oye, Natalia, ¿por qué no estrenamos tu CD? —Lo mostré en alto y le puse cara de buena a Ager—. ¿Nos dejas? ¡Porfa, porfa!

—¡Sí! ¡Justin, Justin! —me apoyó Natalia.

—No sé si debería. —Ager se hizo de rogar. Aunque, en pocos segundos, el sonido de los atronadores altavoces de su coche había hecho bailar a Natalia frente a la puerta del copiloto. Miré de reojo y vi a Jon con cara de disgusto. Puso los ojos en blanco antes de abrir la puerta del copiloto y dejarla abierta mientras se acomodaba en el asiento del conductor.

—La que no quiera quedarse sorda por el camino que se monte —dijo sacando la cabeza por la ventanilla.

Miré a Nuria a los ojos mientras me sentaba detrás de Ager. Esperaba que se diera cuenta del gesto sin necesidad de decirle nada.

—Yo voy contigo, Jon. La verdad es que la música de este rubiales no está entre mis favoritas. —Miró a Tania camino del coche y ella la siguió sin decir nada. Vi que Nerea estaba bailando con Natalia, ajena a todo lo demás, y me alegré de haber buscado la mirada de Nuria a tiempo.

—Venga, chicas, dejaos de bailoteos que bastante vais a bailar luego —les recordó con prisa Ager mientras arrancaba el coche. Antes de que las dos se montaran, el León pasó por nuestra izquierda derrapando e incorporándose a la carretera principal a más velocidad de la permitida.

Jon se había enfadado.

El viaje duró poco, pero nos dio tiempo a escuchar varias canciones del nuevo CD. Natalia se encargaba de tocar todos los botones del equipo de música del Golf, seleccionando las pistas más movidas y subiendo cada vez más el volumen. Nerea y yo bailábamos en el asiento trasero y Natalia gritaba por la ventana la letra de los estribillos que se sabía de memoria. Ager se partía de risa al vernos a las tres.

—¡Estáis locas! Pero he de reconocer que tiene canciones pegadizas.

—¡Gracias, chicas! De verdad que me han encantado los regalos. No podríais haber acertado más.

—¿Y qué hay de mis regalos? —Ager fingió bastante mal sentirse molesto.

—Desde luego, tú tampoco podrías haber dado más en el clavo. —Se acercó a él para darle un beso en el cuello—. Chicas, además de traernos a La Loko con entradas VIP, que no me ha querido confesar de dónde ha sacado, Ager me ha regalado esto.

Natalia abrió la guantera y sacó un sobre que nos pasó entre los asientos. Dentro había tres billetes de avión.

—¡París! —exclamé tan alto que se me oyó por encima de la música.

—¿Pero... cómo es que hay tres billetes? —preguntó extrañada Nerea.

Natalia se abrazó a Ager y volvió a besarle antes de darnos la explicación.

—Hace tiempo que queremos hacer un viaje. Yo he estado tanteando a mis padres para ver si me dejarían irme con él de vacaciones en verano, y no están por la labor, al menos de momento. Dicen que soy muy joven y que Ager y yo llevamos muy poco tiempo juntos; que ni siquiera conocen a sus padres; que, si

quiero irme de vacaciones por mi cuenta, tendrá que ser con mi propio dinero y para eso tendré que empezar a trabajar y..., en fin, mil excusas más. —Ager besó en la frente a Natalia, que había dicho las últimas palabras con tono de resignación—. Pero otro de sus compañeros del equipo de baloncesto va a trabajar en verano en Eurodisney y puede conseguirnos una reserva con un buen descuento.

»Así que fue a hablar con mis padres sin decirme nada y les propuso que lleváramos a mi hermano al viaje, ya que esa oportunidad no se iba a poder repetir. Les prometió que podían confiar en él y que la reserva es de una sola habitación, por lo que mi hermano estaría con nosotros en todo momento. Con la cara de bueno que tiene Ager y las ganas que tiene David, que solo tiene ocho años, de ir a Eurodisney... ¡No podían negarse! Así que me ha dado la sorpresa esta mañana.

—Natalia, no te puedes hacer una idea de la envidia que me das en este momento —susurró Nerea entre dientes.

—¡Verdad que es para comérselo! —Meneó en el aire los billetes que acabábamos de devolverle y pellizcó la pecosa mejilla de su novio. Era pelirrojo y Natalia bromeaba a menudo diciendo que tardaría al menos treinta años en llegar a besar cada una de sus pecas.

—Es un regalo increíble, te lo has currado de verdad —reconocí, feliz por mi amiga. Aunque el pobre Ager me dio un poco de pena al imaginármelo durante todo el viaje corriendo detrás de David, el niño más travieso que había conocido en mi vida.

—Bueno... Lo que de verdad quería era ver a Mickey y montarme en las atracciones con mi cuñado. ¡Ese sí que sabe divertirse! —bromeó mientras daba ya la tercera vuelta al aparcamiento de la disco. No quedaba ni un solo sitio—. Vamos a tener que aparcar en

otro lado. Si veis a Jon o su coche, avisadme.

La Loko estaba lejos del núcleo urbano y no había nada alrededor, excepto algunas naves industriales y el río. Tras diez minutos dando vueltas, aparcamos en la zona del merendero y a cuatro coches del de Jon, que estaba esperándonos apoyado en su capó junto a mis dos amigas. Me sorprendí al ver una pequeña nube de humo alrededor de ellos. Al acercarme más, pude comprobar que Tania estaba fumando.

—Tania, ¿qué estás haciendo? —La agarré de la muñeca y acerqué el cigarro a mi cara para comprobar que era lo que parecía. Pero no era un cigarrillo. Al menos no olía como uno.

—Solo lo estoy probando. Tenía curiosidad. Tranquila, que no pienso fumármelo entero. —Trató de quitarle hierro al asunto y le pasó el porro a Jon.

—No sabía que fumabas —le reproché a él, sin duda, con el disgusto reflejado en mi cara.

—Yo tampoco sabía que a ti te gustara el *Timber* ese tanto como a Natalia —soltó sin mirarme a la cara. Me cabreó tanto la absurda comparación que decidí decirle de la forma más tajante posible lo que pensaba.

—Es lo que tiene la amistad, se suelen compartir cosas. Pero los amigos de verdad comparten cosas buenas, y no las que los puedan matar, como las drogas.

De pronto se hizo un silencio muy incómodo. Tania agachó la mirada y rechazó la oferta de Jon, quien le había vuelto a ofrecer el porro.

—Tampoco sabía que fueras su madre. —Le dio una última e intensa calada y lo tiró al suelo—. Yo no la he obligado, solo se lo he ofrecido. Si me hubiera dicho que no, como Nuria, no habría insistido —. Estaba ya de espaldas a nosotros y caminaba hacia a la

discoteca.

—Anda, no discutáis. —Ager trató de calmar los ánimos y fue detrás de su amigo—. Hoy hemos venido a pasárnoslo bien.

Vi la cara de disgusto de todos, sobre todo de Tania y de Natalia. No me arrepentía en absoluto de lo que había dicho, pero tampoco quería arruinarle el cumple a mi mejor amiga. Por mucho que me disgustara lo que había ocurrido —pues todas teníamos muy claro lo malas que eran las drogas de cualquier tipo y desde que habíamos podido tener contacto con ellas al inicio de nuestra adolescencia las habíamos evitado— decidí tragarme mi orgullo y pedir disculpas.

—Perdona, Tania, no quería echarte una bronca; es solo que me preocupo por ti.

—Tranqui, Edurne, si ya lo sé. Soy una tonta, no tendría que haberlo aceptado. Pero te juro que solo iba a darle una calada, para ver cómo era.

—Ya, pero así empieza todo el mundo. Luego piensan que no están enganchados y, para cuando se dan cuenta, no pueden salir.

Me alegré de que más o menos lo comprendiera y le cambiara un poco el gesto. Arreglarlo con Jon iba a ser más complicado.

—¿Creéis que Jon se ha enfadado mucho conmigo?

—Puede sentirse molesto, pero no creo que esté enfadado —opinó Natalia. Me agarró del brazo y me susurró, no tan bajo como pretendía—: Está loco por ti.

—Yo más bien creo que está decepcionado —intervino Nuria y se enroscó en mi otro brazo.

—¿Decepcionado? —¿Él? A mí sí que me había decepcionado, y varias veces a lo largo de la tarde.

—Exacto. Porque esperaba que te montaras en su coche y tú te has escaqueado. Yo pensaba que te gustaba. ¿A qué ha venido eso?

Mis amigas se detuvieron y me rodearon para escuchar mis

explicaciones. No sabía cómo decirlo.

—No lo sé. Ha sido de repente. Cómo me ha mirado, lo que ha dicho. Me ha dado... como miedo.

—¿Miedo? —preguntó asustada Natalia.

—Mira, Edurne —Nuria se plantó delante de mí con las manos en alto—, a mí, si un desconocido me come con la mirada, sí me da miedo. Pero si quien lo hace es el chico que me gusta... ¡Todo lo contrario!

—No creo que debas tener miedo de Jon —secundó Natalia—. Igual yo le conozco un poco más, de las veces que voy con Ager y sus compañeros de la universidad. —Hizo una pausa y me miró a los ojos sonriéndome—. No será que lo que te da miedo es que sea tan directo y te deje ver lo que siente por ti de forma tan obvia y delante de todos, al contrario que tú, que no dices nunca nada.

—A lo mejor es que no nos conocemos lo suficiente y no creo que tengamos confianza como para que me haga ese tipo de insinuaciones —dije tras analizar cómo me había sentido antes—. De todas formas, no quiero estar con un chico que fume, y menos porros.

—Bueno, nadie es perfecto —concluyó Natalia encogiéndose de hombros.

—¿Y tú por qué lo defiendes tanto?

—Porque es el amigo de su novio —canturreó Nerea.

—Y, si vosotros os liais, seréis dos parejitas de amiguitos saliendo juntitos —siguió chinchando Nuria.

—No, no es eso —protestó Natalia—. Lo que no quiero es que Edurne deje escapar al chico que le gusta por unos detalles o por un error que cualquiera puede cometer. Yo nunca le había visto fumar hasta hoy, y he estado muchas veces con él. De lo que deduzco que lo hace en muy rara ocasión.

Todas nos callamos y seguimos avanzando hasta donde nos esperaban los chicos, que se habían detenido hacía un rato. Me sentí fatal al ver la cara de Jon, seria y con la mandíbula apretada. No quise esperar más para arreglar las cosas. Como había dicho Ager, habíamos ido allí para divertirnos y no pensaba dejar que no fuera así, menos aún por mi culpa.

—Jon —lo llamé y, antes de que pudiera responder, le enganché del brazo—, vamos nosotros delante. —Tiré de él hasta estar a varios pasos del resto.

Anduvimos a paso lento y sin decir nada casi un minuto. No sabía cómo arreglar lo ocurrido, pero sentía que debía hacerlo. Él me miró sorprendido por mi arranque y mi posterior mudez.

—¿Vas a decirme algo?

—Siento haber sido tan borde antes. —Apreté un poco más su brazo.

—No te preocupes, me lo había merecido. Tú solo protegías a tu amiga. Y yo también he sido borde contigo.

Sus palabras me tranquilizaron y sentí que íbamos a poder salvar el cumple con mayor facilidad de lo esperado.

—No pienses que soy un drogadicto ni nada. A veces fumo algún porrillo cuando salgo de fiesta, pero no siempre.

—Te mentiría si te dijera que no me importa. Es algo que me desagrada bastante —confesé, por si no se había dado ya cuenta.

—No te preocupes, nada de porros, prometido.

—Gracias. —Le sonreí, pero solo a medias—. Aunque preferiría que lo hicieras por ti y no porque a mí me moleste.

—¿Qué te parece si lo hago por los dos? —Permanecía algo cabizbajo y mirándome por el rabillo del ojo.

—Me parece estupendo.

Los demás aún no nos habían alcanzado y ya estábamos

llegando a la discoteca. Jon se detuvo junto a una puerta lateral, lejos de la larga cola que se había formado en la entrada principal, y me agarró las dos manos. Sorprendida, di un bote.

—Yo te he hecho una promesa. ¿Puedo pedirte que tú hagas lo mismo?

Volvió a mirarme con unos ojos que me daban escalofríos y solo pude asentir con la cabeza.

—No te asustes, no es nada del otro mundo —me advirtió al notar mi cara de espanto—. Prométeme que bailarás hoy conmigo.

Respiré aliviada. No había pensado en ninguna promesa en concreto; además, sus ojos, por muy bonitos que fueran, se volvían demasiado penetrantes cuando me miraba de esa manera. Algo en mi interior me decía que tuviera cuidado, pero la confianza que Natalia había depositado en ese chico me hizo ignorar mi instinto.

—Bailaré contigo las veces que quieras —le aseguré.

Los demás se unieron a nosotros enseguida y nos acercamos a la puerta lateral que estaba cerrada y desierta. Jon sacó una tarjeta de la cartera y pasó la banda magnética por una ranura. La puerta se abrió tras un zumbido y los siete entramos en el edificio.

Capítulo 3

La puerta daba a lo que parecía una salida de emergencia. Subimos las escaleras hasta un gran salón en el que había alrededor de veinte personas sentadas en sofás y junto a la barra. Detrás, un camarero de unos treinta años preparaba cócteles de colores lanzando las botellas al aire. Nos acercamos a ver el espectáculo.

—Algún día se te caerá una —comentó Jon y apoyó un codo en la barra.

—¡Qué pasa, primo! —exclamó el camarero. Soltó todas las botellas y le dio un abrazo.

—Gracias por tu ayuda. —Con disimulo, le entregó la tarjeta mientras chocaban las manos de forma amistosa.

—De nada, todo sea por la novia de un colega. —Le lanzó una mirada cómplice a Ager—. Y por sus preciosas amiguitas —añadió y nos observó una a una de un modo que me empezaba a resultar muy familiar. Ambos primos tenían esa mirada lasciva que me ponía la carne de gallina. Aun sintiendo que debía alejarme lo máximo posible de él, tuve que sonreírle. Nos había colado en la disco y lo menos que podíamos hacer era agradecérselo. De pronto, desapareció durante unos segundos tras la barra y sacó una almohadilla y una cajita de tinta.

—A ver esas manitas. —Apretó el sello que rezaba «VIP» junto al logo de La Loko contra el dorso de nuestras manos izquierdas—. Con esto ya sois libres de moveros por la disco como queráis, además de pagar la mitad por cada consumición. Y, para empezar, el menda os invita a unos chupitos.

Todos le dimos las gracias, cogimos nuestros vasitos y brindamos por Natalia antes de bebernos la mezcla de color azul.

—¡Felicidades! —gritamos todos.

El chupito sabía a gominola, pero al final dejaba un regustillo raro que quemaba la garganta.

—¡Chist! No habléis muy alto. Y, si alguien os pregunta, decid que la chica ha cumplido los veintiuno. La zona VIP está reservada para mayores de esa edad. De hecho, por normativa, a las once las nenas menores de dieciocho no podrían estar ya en la disco. Pero tranquis, con ese sello no vais a tener ningún problema, podéis quedaros hasta el cierre.

Empecé a ponerme nerviosa. Lo de la mayoría de edad era algo que ni se me había pasado por la cabeza. Siendo el cumple de Natalia, no pensaba proponer irnos a las once. Cualquier otro día me habría ido a la hora legal, aunque fuera sola y en taxi, pero esa noche no. Además, estaba sopesando la posibilidad de volver con Jon para compensar mi escaqueo de la tarde. Un chupito de color rojo me hizo desconectar de mis pensamientos. Este estaba todavía más fuerte.

—Uf, sabe a rayos —comenté, sacando la lengua para aliviar la quemazón.

—¿De verdad? Es de los más suaves —me dijo sorprendido el primo de Jon, mirándome de arriba abajo y fijando finalmente su vista en mira cara—. Tú debes de ser Edurne.

—Sí, ¿cómo lo sabes? —¿Acaso me conocía?

—Digamos que lo he deducido. Aunque Jon no te ha hecho justicia con la descripción. Se ha quedado corto.

Apenas me dio tiempo a reaccionar porque Jon nos empujó a todos hacia el guardarropa en cuanto su primo hizo ese comentario. Agradecí que nadie le diera mayor importancia y se concentraran en coger sus tickets según iban dejando las prendas en la ventanilla.

Jon me ayudó con caballerosidad a quitarme mi bolero y lo dejó junto a su chaqueta, cogiendo solo un ticket para ambos. Mientras lo guardaba en el bolsillo de su camisa negra soltó una risilla y se dirigió a mí, hablando muy bajito.

—Así me aseguraré de que volvamos juntos.

Lo miré simulando enfado y después me reí. Él me sonrió y de pronto su gesto volvió a cambiar según fijaba su vista en mi escote. Aquella mirada que tanto empezaba a odiar volvió a asomar por sus ojos. No pude disimular mi descontento y bajé la vista borrando por completo mi reciente sonrisa.

—Perdona, no pretendía hacerte sentir incómoda —se disculpó al instante. Sin duda, mi expresión lo decía todo—. Pero entiende que no puedo evitar mirarte de esta manera. Hoy estás impresionante.

Sus manos cogieron las mías y me arrastraron hacia él. Me hizo rodear su cintura aún sujetándome las muñecas con una mano y con la otra levantó mi barbilla de forma que pudiera mirarlo a los ojos.

Durante unos segundos me sentí mareada. No sabía si era por la proximidad o por el efecto del contenido dudoso de los dos chupitos que acababa de tomarme. Era probable que el primo de Jon nos hubiera echado algo de alcohol, pero la cantidad tenía que ser demasiado pequeña, aunque solo fuera por el tamaño de los vasos. Descarté la embriaguez como excusa y achaqué mis mareos a la proximidad de nuestros cuerpos y a los sentimientos contradictorios que habían empezado a atormentarme con respecto a Jon.

—Me muero por bailar contigo. —Acercó su rostro al mío.

Le vi las intenciones y aparté la cara buscando con la mirada a alguna de mis amigas. Todas me observaban perplejas.

—No te preocupes, solo me acercaré a ti lo que tú me dejes —dijo en tono nada tranquilizador.

Por suerte, Nuria me arrancó de sus brazos y me arrastró junto con el resto de mis amigas hacia las pistas de baile, fuera de la zona VIP.

—Sí, Jon, luego bailará contigo. Pero tendrás que esperarte a que den una lenta —le gritó Nuria antes de bajar las escaleras—. De momento, Edurne es nuestra.

Me sentí muy agradecida de haber sido rescatada en ese preciso momento. Ya le debía dos a Nuria. No estaba preparada para besar a Jon. No hasta que aclarara mis dudas con respecto a él. Iba a ser el primer chico al que besara, así que quería sentirme segura y desearlo de verdad.

La discoteca empezaba a llenarse, eso que aún no eran ni las ocho de la tarde. La música sonaba demasiado alta. Tuvimos que descartar la pista de baile a la que nos habíamos dirigido porque estaba muy cerca de unos altavoces de tamaño industrial que hacían retumbar hasta los vasos sobre las mesas. Nos decidimos por un lateral algo más retirado en el que había una cuadrilla de chicos y chicas bailando muy animados.

Hicimos un corro y empezamos a menearnos como locas. Natalia estaba desatada, se notaba que esperaba ese momento desde hacía muchísimo tiempo. Tras un par de canciones, Ager y Jon se nos unieron. Traían con ellos varios vasos.

—Como no sabíamos que querríais, os hemos pedido lo mismo que bebemos nosotros.

Natalia cogió uno de los cuatro enormes vasos que cargaba Ager y le dio un gran trago. Siguió bailando como si nada.

El resto de mis amigas hizo lo mismo. Yo ayudé a repartir los tres vasos que traía Jon. Solo tuve que pasarle uno a Tania y quedarme el otro. En cuanto mojé los labios me sentí decepcionada de él por enésima vez. Además, esta vez también de Ager. Acababa de bajar del pedestal en el que lo tenía.

—¿Se puede saber qué rayos es esto? Sabe a matarratas.

Jon cogió mi vaso y le dio un trago. Después se rio.

—Pensaba que el tuyo tendría algo raro. Pero no. Es ron cola, como todos los demás.

—Ya, vale. Pero yo no bebo alcohol. Pensaba que vosotros tampoco beberíais jugando en el equipo de baloncesto de la universidad.

Jon abrió los ojos de par en par y después soltó una risilla. Me sentó aún peor.

—De acuerdo, al menos no hoy, que vais a conducir —dije más alto de lo que ya estaba hablando, para que le quedara bien claro que era partidaria del eslogan: «Si bebes, no conduzcas».

—Edurne, cariño, quedan horas hasta que volvamos a casa. Por tomarme ahora un par de cubatas no va a pasar nada.

Decidí que no quería volver a discutir con él. Pero, desde luego, no le iba a dar la razón; mucho menos iba a tomarme esa horrible bebida. Me sorprendió ver que el resto de mis amigas vaciaban sus vasos como si solo fuese agua.

—Está bien. Pues puedes ir bebiéndote ya ese par de cubatas —le dije devolviéndole mi vaso—, son todos tuyos. Yo me voy a por otra cosa.

Aferré mi minibolso al hombro y me di media vuelta.

—Chicas, ahora vuelvo. —Señalé la barra más cercana.

En pocos pasos llegué a una fila abarrotada. Me dio la impresión de que había más gente pidiendo bebidas que bailando en las pistas. El roce de una mano en mi brazo me sobresaltó.

—¿Qué mosca te ha picado, Edurne? —Natalia me miraba con el ceño fruncido.

—Ninguna. He venido a por un refresco. ¿Acaso es un delito?

—Me refiero a qué es lo que te pasa con Jon. Solo trata de ser amable contigo. Te invita a una copa y tú no solo la rechazas, sino que le echas la bronca.

No me podía creer que Natalia me estuviera diciendo eso. Ella, mi mejor amiga.

—Como bien sabes, no bebo alcohol. No voy a empezar a hacerlo por no rechazar su invitación.

—Podrías habérselo dicho de otra manera. Le has dejado cortadísimo.

Empezaba a pensar que el amigo de Natalia era Jon y no yo.

—Mira, no quiero discutir contigo. Solo le he dicho que me sorprendía que bebiera porque es deportista. Además, hoy tiene que conducir. No voy a montarme en un coche con una persona borracha al volante.

Natalia bebió otro gran trago de su vaso. No podía creer lo que estaba viendo. ¿Quién era esa chica? ¿Dónde estaba mi amiga Natalia?

—Jon y Ager suelen salir juntos, con muchos otros miembros del equipo. Todos se toman unos cubatas al principio de la noche y después se pasan a lo que sea sin alcohol si van a conducir. Hoy no va a ser una excepción.

Me miraba como si hubiera matado a alguien. No reconocía esa actitud de ningún otro enfado durante nuestra larga amistad.

—Podrías haberle preguntado y no desconfiar de él desde el

principio. Si no te gusta, déjaselo claro y no le des falsas esperanzas.

Dio un último trago a su vaso hasta vaciarlo. Lo apoyó sobre la barra con un golpe seco.

—Me voy a bailar, que es a lo que hemos venido —me dijo casi gritándome y se marchó.

Aún estaba alucinando por la bronca que acababa de recibir por parte de una chica que se parecía, solo físicamente, a mi amiga Natalia, cuando un chico se me acercó y me habló como si me conociera.

—Joder, vaya bronca —dijo riéndose—. ¿Quién es? ¿Tu hermana mayor?

Me di la vuelta para ver quién me estaba hablando. No lo conocía de nada.

—No, mi mejor amiga. O eso creía —me lamenté.

—En ese caso, no te preocupes. Se le pasará.

—Eso espero —resoplé.

El chico estaba de espaldas a la barra y apoyaba en ella los codos. Me dedicó una gran sonrisa antes de acercarse a mí.

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Edurne —Me pregunté el porqué de su interés.

—Hola, Edurne. Yo soy Javi. —Se acercó más a mí y me dio dos besos—. Encantado de conocerte.

—Igualmente —le respondí por inercia. No sabía cómo reaccionar.

—¿Puedo invitarte a una copa? Igual así te olvidas del enfado de tu amiga.

No me dio tiempo a responder. Lo cierto es que ni siquiera alcancé a pensar en una excusa para rechazar su invitación. Tampoco hizo falta, porque Jon lo hizo por mí.

—Edurne ya está invitada a todas las copas esta noche. —Noté

el peso de su brazo por encima del hombro. Después me ofreció un vaso más estrecho que el anterior.

—Oh, ya veo. —Javi dio un paso hacia atrás—. En otra ocasión tal vez.

—Tal vez —respondió Jon, quien se había tomado la libertad de hablar por mí de nuevo.

Antes de que Javi se alejara, decidí hablar por mí misma.

—Gracias de todas formas —fue lo único que se me ocurrió decir.

El chico se giró y me sonrió despidiéndose con la mano.

—Qué pronto he tenido que empezar a espantarte a los babosos. —Su brazo se separó de golpe de mi hombro.

—Nadie te ha pedido que lo hicieras —le respondí aún enfurecida con él.

Jon puso los ojos en blanco y suspiró. Esta vez me había pasado. Natalia tenía razón. Él solo trataba de ser amable conmigo: me había traído ya la segunda bebida, esta vez solo un refresco, y había espantado a un desconocido. Quizá esto último lo había hecho más por su propio interés que por mi seguridad, ya que era obvio que el chico intentaba ligar conmigo. Ese era el único peligro que entrañaba su compañía en un local lleno de gente.

—Disculpa si te he vuelto a molestar. Puedo alejarme de ti lo que queda de noche si es eso lo que quieres.

Volví a recordar las palabras de Natalia. Estaba siendo muy borde y, además, le estaba amargando el cumpleaños. Quizás por eso estaba tan enfadada conmigo. Decidí empezar de cero y olvidar todo lo ocurrido desde que salí de mi casa.

Me había vestido para ir a una disco y para estar radiante el día del cumple de mi mejor amiga. Además, quería que cierto chico me viera especialmente guapa, o al menos eso era lo que creía querer hasta hacía poco. Y, desde luego, lo que sí ansiaba era divertirme.

Me concentré en esos pensamientos con intención de darle un giro a mi actitud.

—Jon, discúlpame. No sé qué es lo que me pasa hoy.

Dejó de mirar a la nada y volvió a centrarse en mi cara.

—¿En serio te estás disculpando?

—Sí, en serio. ¿Podemos empezar de nuevo?

Jon terminó su copa, la dejó sobre la barra y me ofreció su brazo. Lo agarré a la altura del codo y nos dirigimos hacia nuestros amigos, quienes abrieron el círculo para que nos uniéramos a ellos en una coreografía algo ridícula pero sincronizada. Por primera vez en toda la tarde, tuve ganas de reír.

Estuvimos bailando sin descanso durante más de cuatro horas. Los chicos fueron a la barra varias veces, quedándose allí durante un largo rato y trayéndonos a su regreso algo de beber, ya que estábamos sedientas de tanto bailar y bailar. Nos lo estábamos pasando genial.

—Chicas, ¿os apetece sentaros un rato? —nos propuso Nuria al comenzar una canción un poco más lenta—. ¡Estos zapatos me están matando!

Nos dirigimos a la zona de mesas que estaba empezando a llenarse de golpe. Antes de poder dar más de dos pasos, Jon me sujetó por el brazo.

—¿A dónde te crees que vas?

—A sentarme. Estoy agotada —respondí con sinceridad.

—Me habías hecho una promesa. —Me arrastró de nuevo hasta la pista y me hizo bailar dirigiendo los pasos.

—Y voy a cumplirla. Solo quería descansar un poco —le aseguré y dejé que me llevara al ritmo de la suave balada.

—Son las doce en punto. Empieza la media hora de lentos y vas

a bailarlos todos conmigo.

No pude negarme. Le había prometido que bailaría con él todas las veces que quisiera. Me pedía media hora seguida. Me pareció algo exagerado, pero las cinco horas que llevábamos allí se me habían pasado volando. Podría sobrevivir a media hora más de baile, aunque fuera a solas con Jon.

Las canciones eran lentas, pero permitían bailar sin estar demasiado pegados el uno al otro. Jon se movía bastante bien y me divertí mucho con él mientras me daba vueltas y más vueltas, haciendo que el vuelo de mi vestido se desplegara una y otra vez.

—¡Voy a acabar mareándome! —advertí entre risas, frenando en seco tras el último giro.

Jon me apretó contra él, dejando de bailar a pesar de que la música seguía sonando.

—Es completamente intencionado. —Lo miré confundida. Él me habló más serio que nunca—. Quiero que te dejes llevar, que por una vez hagas las cosas sin pensarlas antes.

—No sé si puedo hacer eso. Yo soy así —me excusé.

—No eres así. Te obligas a ser así —me acusó con tono enfadado.

—Jon, no sé a qué te refieres. Yo soy tal y como me ves.

No entendía nada de lo que me estaba diciendo. Yo siempre decía lo que pensaba, lo que a menudo me traía problemas, como había podido comprobar él mismo esa tarde.

—No, tienes dos caras.

—¿Qué dos caras?

Sus insinuaciones empezaban a irritarme. ¿De qué rayos estaba hablando? Me separé de él, pero volvió a acercarse a mí.

—Una es la cara de niña buena que muestras a todo el mundo. Te opones al alcohol, al tabaco, a la marihuana... Te haces la

inocente conmigo como si lo que te digo te diera miedo, como si nunca hubieras estado con ningún otro chico.

—No sé si eso te parecerá de niña buena, pero es como soy. No tengo ninguna otra cara. Y, si he estado con otros chicos o no, no es asunto tuyo.

Me solté de sus brazos con el propósito de alejarme de él lo antes posible. ¿Qué cable se le había cruzado?

—¡Desde luego que es asunto mío! —me gritó y volvió a atraerme hacia él por la fuerza—. Esta es tu otra cara. Provocarme y, cuando ves que me tienes comiendo de tu mano, dejarme a medias. ¿A dónde pensabas ir? ¿A buscar a ese amiguito que te has echado antes?

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Es que te has vuelto loco?

Nuestros gritos —y quizá también la forma de agarrarme de Jon — alertaron a mis amigas, que se acercaron corriendo.

—¿Ya os estáis peleando otra vez? —preguntó Natalia con gesto de preocupación y sus ojos clavados en las manos de él. Apretaban mis muñecas con excesiva firmeza.

—Jon, suéltala. Estás dando un espectáculo. —Ager me liberó él mismo de las manos de su amigo.

Jon miró a su alrededor y luego a mí, agachando la cabeza con gesto avergonzado.

—¿Se puede saber por qué gritabais? —inquirió Natalia.

—No, por nada. —Traté de quitarle importancia al asunto, aún confundida por sus ofensivas palabras—. Creo que solo está celoso.

—¿Celoso? —Nuria parpadeó repetidas veces—. ¿Celoso de quién?

—De Javi —respondí, pero fue una respuesta más dirigida a Jon que a Nuria.

—¡¿Y quién narices es Javi?! —gritaron al unísono Nuria y

Natalia.

No pude evitar reírme. La sorpresa de mis amigas iba a ser aún mayor cuando oyeran mi respuesta.

—Un chico con el que solo he cruzado tres palabras.

Todos miraron incrédulos a Jon, esperando alguna explicación por su parte.

—Vale, soy un imbécil. ¿Ya estáis contentos? —Se acercó de nuevo a mí antes de marcharse hacia la zona VIP—. Lo siento. No volveré a molestarte.

Capítulo 4

Nerea y Tania volvieron del baño y se unieron al círculo, donde todos estábamos callados desde que Jon se había ido.

—¿Quién se ha muerto? —preguntó Nerea al ver nuestras caras largas.

—Nadie. Solo ha sido una pelea de enamorados. —Natalia me miró con los ojos entrecerrados. Sabía que intentaba leer en los míos qué es lo que había pasado en realidad, pero no pudo. Ni siquiera yo sabía qué era lo que le había sucedido a Jon.

No entendía por qué me había hablado así y no podía creer que pensara de mí todas esas cosas horribles que me había dicho. Que estuviera celoso era la única excusa que se me ocurría. Pero, si era esa la razón, tenía que ser celoso en extremo. Apenas había estado un minuto con aquel pobre chico al que Jon había espantado con solo unas palabras y aquel movimiento de «estoy marcando mi territorio».

Lejos de sentirme halagada, me vi como una propiedad que él se había adjudicado sin permiso de nadie. Yo nunca le había dado esperanzas de nada, y mucho menos le había provocado, como él me acusaba.

Sí, era cierto que quería que me viera guapa ese día, pero eso

solo lo sabía yo, bueno, y mi madre. Que me gustaba, nada más lo sabían mis amigas. En todo momento me había comportado igual que ellas con él, si acaso esa noche le había cogido del brazo en un par de ocasiones, y solo para hacer las paces. ¿Aceptar bailar juntos le daba derecho a celarme de cualquiera que se me acercase?

Pensé en todo aquello enmarañándolo en mi cerebro mientras pedíamos algo de beber en la barra antes de subir las escaleras hacia la zona VIP. La música electrónica sonaba a menor volumen y mis oídos descansaron al entrar de nuevo en aquel salón selecto, en el que solo quedaban unas diez personas. Ya era la una de la madrugada.

Vimos a Jon sentado en la barra, hablando con su primo. Ni siquiera se giró para mirarnos cuando los saludamos antes de sentarnos en uno de los sofás en forma de medialuna que rodeaban las mesas.

Aproveché para quitarme los zapatos, al igual que Nuria. No me dolían los pies como a ella, que tenía rozaduras en los talones y en cada uno de los dedos, pero sí los sentía cansados.

—Ahora vengo, chicas. —Ager se dirigió a sentarse junto a su amigo en la barra.

—Tráelo aquí. —La voz de Natalia sonó tan alto que el propio Jon tuvo que oírla.

Mis amigas se enfrascaron en una conversación de lo más distendida sobre lo bien que se lo estaban pasando, sobre lo brutales que habían sido las canciones previas a la sesión de lentos y lo buenos que estaban los chicos que se habían sentado junto a ellas esa media hora. Lástima que ninguno se hubiera acercado para sacarlas a bailar.

—Haberlos sacado vosotras —comenté intentando unirme a la conversación para no mirar a Ager y a Jon ni tratar de adivinar de

qué estaban hablando.

—Yo no tengo tantas agallas, Edurne. —Nuria meneó la cabeza de lado a lado.

—Ni yo —admitió también Nerea—. Si fuéramos tan guapas como Natalia y tú, seguro que nos atrevíamos. Sabéis de antemano que os van a decir que sí.

—No tiene por qué. Tal vez el simple hecho de atreveros a hacerlo los impresione y accedan encantados —les dije con total sinceridad—. Además, hoy estáis las tres estupendas. Y yo no me considero más guapa que ninguna de vosotras.

—Esa es tu opinión, pero te llevas a los chicos de calle —me dijo Tania señalando a Jon. Seguía concentrado en su conversación con Ager.

—¡Ya te digo! Hoy te has ligado a otro —exclamó Nuria, apoyada sobre la mesita de cristal que nos separaba, inclinada hacia mí—. ¿Quién es ese tal Javi?

Mis amigas juntaron sus cabezas formando un corrillo, dispuestas a escuchar un cotilleo mucho más jugoso de lo que era en realidad.

—Solo es un chico que me ha querido invitar a una copa. Apenas nos ha dado tiempo a presentarnos. Jon ha llegado y lo ha espantado en menos de un minuto.

—¿Es solo por eso que habéis discutido antes? —Natalia me miraba con el ceño fruncido.

—Sí, es verdad. —Nuria también estaba mosqueada—. ¿Qué tripa se le ha roto? ¿Por qué se ha puesto así?

—Si os soy sincera, no tengo ni idea. Me ha dicho cosas rarísimas de que tengo dos caras, que me hago la niña buena... En fin, prefiero no pensarlo.

—Uf, eso es que estaba celoso, seguro. No le hagas caso, se le

pasará —me dijo Natalia quitándole importancia. Para mí sí la tenía.

Nuestro íntimo corro fue invadido por el primo de Jon, que nos traía una botella de champán y seis copas en una bandeja redonda.

—¡Invita la casa! —exclamó a la vez que hacía saltar por los aires el corcho de la botella. Sirvió la bebida—. Por las chicas más guapas del local. —Brindó con nosotras y se bebió la copa de un solo trago.

Mis amigas trataron de hacer lo mismo, pero solo Natalia pudo imitarlo. Las demás apenas se bebieron media copa. Yo di un pequeño sorbo, para no hacerle el feo, y dejé la mía sobre la mesa.

—Muchas gracias, Agus. —Natalia le dio dos besos. La vi más cariñosa de lo habitual.

—De nada, tesoro. No todos los días se cumplen... —bajó el volumen de su voz de repente— dieciocho añitos. Hay que celebrarlo a lo grande.

—Está siendo un cumple estupendo —comentó y se rio a carcajadas. No entendí muy bien por qué se reía tanto.

—¡Espera! —Agus alzó el dedo índice como si hubiera tenido una súper idea—. Creo que sé cómo mejorarlo aún más.

Se dirigió hacia Jon y Ager y les dijo algo que no pudimos oír. Ager le respondió al oído. Después, Agus entró en la cabina del DJ. En unos segundos, la canción desconocida que estaba sonando se mezcló con otra que me resultó mucho más familiar. En efecto, era una de las canciones que habíamos venido escuchando en el coche.

—¡Toma ya! ¡Es *Sexy back!* —gritó Natalia en cuanto reconoció la canción de su ídolo. Se bebió de un trago mi copa y se subió a un escenario que había al final de la barra.

Se puso a bailar como loca, nunca la había visto así. Estuve a punto de subir a por ella cuando la vi mover tanto su minifalda que se podía distinguir el color de su ropa interior.

—Creo que ha bebido demasiado —murmuré al verla contonearse sin control y con los ojos cerrados.

—Sí, yo también lo creo —oímos murmurar a Ager al pasar por nuestro lado.

Atravesó la fila de mirones que se había formado al pie del escenario, agarró a Natalia por la cintura y la bajó al suelo sin que ella dejara de bailar.

—¡Eh! Espera a que acabe mi canción.

—No, pequeña aprendiz de *stripper*, es hora de irse a casa.

—¡No! Aún es pronto —protestó revolviéndose entre los brazos de su novio.

—Es el momento justo de marcharse —insistió y la llevó hasta el guardarropa—. Vamos, chicas. —Nos hizo un gesto con la cabeza. Tenía las manos ocupadas arrastrando a Natalia.

—Gracias por todo, primo. —Jon se despidió antes de levantarse de su silla y unirse a nosotras.

—¡Gracias por la canción, Agus! —bramó Natalia, sonriéndole y despidiéndose con rápidos movimientos de sus manos.

—Ha sido un placer. Volved cuando queráis.

Mis amigas cogieron sus prendas y siguieron a Ager hacia la puerta principal. Esperé a que Jon llegara al guardarropa. Nuestras chaquetas estaban juntas.

Le vi tocarse todos los bolsillos varias veces.

—¿Qué ocurre?

—Creo que he perdido el ticket. —Volvió a meter la mano en los bolsillos de su pantalón.

—Recuerdo que lo has guardado en tu camisa. —Señalé el bolsillo de su izquierda.

—Pues aquí no lo tengo. —Metió la mano y la sacó vacía.

—Oh, vamos. No me tomes el pelo. No se te puede haber caído.

—Empecé a inquietarme un poco.

—¿Quieres comprobarlo tú misma? —propuso sacando pecho.

—Muy gracioso. No es necesario. Si dices que no lo tienes, te creo. —Aunque tenía la mosca detrás de la oreja—. A lo mejor, si le decimos a la chica cómo son nuestras chaquetas, nos las da. Al estar en la misma percha, será fácil identificarlas.

Me acerqué a la ventanilla para explicarle lo ocurrido a una jovencita que estaba hablando por el móvil. Me hizo un gesto con la mano y tuve que esperar más de cinco minutos hasta que colgó el teléfono.

—Lo siento, no os puedo dar nada sin el ticket, son las normas. Lo único que podéis hacer es esperar a que se marche todo el mundo. Si queda algo antes de cerrar, os lo puedo entregar.

—Vaya, tendremos que esperar aquí hasta las cinco. —Jon se apoyó contra la pared con aire resignado.

—¡¿Hasta las cinco?! Imposible. Mi padre solo me ha dejado hasta las tres —le advertí llevándome las manos a la cabeza.

—Pues no vas a tener otro remedio —murmuró esbozando una sonrisa.

—Sí lo tengo. Puedo irme sin mi chaqueta.

—¿Tanto miedo te da tu padre? —Se separó de la pared y me tendió la mano—. ¿O lo que te da miedo es quedarte aquí conmigo?

Lo miré muy seria.

—No es cuestión de miedo, sino de confianza —le aclaré a la vez que rechazaba su mano—. Es la primera vez que me deja llegar tan tarde, no voy a darle motivos para que no vuelva a hacerlo.

Retiró su mano, que aún estaba tendida hacia mí. Vi un gesto de disgusto en su cara. Contesté a su segunda pregunta.

—Tú tampoco me das miedo.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Seguro?

—Seguro. —Asentí con la cabeza sin estar convencida al cien por cien.

—Entonces, no te importará volver sola conmigo en mi coche, ¿verdad?

—A este paso no voy a tener otro remedio —miré mi reloj—. Los demás se han ido hace más de un cuarto de hora. Puede que al ver que no salimos piensen que...

—¿Qué van a pensar?

—Bueno, ya sabes...

—Sí, ya sé. Pero quiero que me lo digas. —Se aproximó tanto a mí que tuve que frenarle poniendo las manos contra su pecho. Y noté algo dentro del bolsillo de su camisa.

—¡Dime que esto no es lo que creo! —Metí la mano y saqué el ticket—. ¡Me has mentido!

Le aparté de mí con un empujón y me dirigí a la taquilla a recoger las chaquetas.

—Vamos, Edurne, no te enfades. Ha sido una mentirijilla.

Le lancé su chaqueta y me puse la mía trotando hacia la salida. Jon vino detrás de mí sin callar en todo el camino.

—Solo quería quedarme un rato más contigo para que arregláramos lo que había pasado. Es lo primero que se me ha ocurrido. Venga, perdóname.

—¿Ibas a hacer que me quedara hasta las cinco aun habiéndote dicho que tenía que llegar a casa a las tres? —le reproché—. ¿Acaso quieres que mis padres me castiguen?

—No, había pensado buscar a mi primo un poco antes para pedirle que las sacara él. No iba a llevarte a casa más tarde de las tres, de verdad.

—Jon, son ya las dos de la mañana. —Me encaré con él en

medio del aparcamiento casi desierto—. ¿Cuánto pensabas esperar?

—Solo hasta que arregláramos lo nuestro, de verdad —me repitió.

—¿Y si no se arreglaba? —Le di la espalda y abandoné la zona asfaltada para adentrarme en el camino al merendero. Ya no me apetecía montarme con él en el coche, pero era tarde y tenía que marcharme. Pude ver desde lejos la plaza vacía donde Ager había dejado su Golf. Se habían ido sin mí.

—Edurne, sé que podemos arreglarlo —insistió Jon.

Aceleré el paso. Cuando estábamos justo delante de su coche, me agarró por la cintura poniéndose frente a mí.

—Me gustas mucho y haré lo que sea para que estés conmigo —me susurró a la vez que me apoyaba contra su coche.

Noté su aliento muy cerca de mi cara. Olía a whisky. Lo sabía porque mi padre siempre se tomaba un vasito en Nochevieja después de la cena. Odiaba aquel olor.

—Suéltame, Jon.

—No.

Empecé a asustarme de verdad.

—Jon, te he dicho que me sueltes.

—Y yo te he dicho que no. Al menos, hasta que me des un beso.

Giré la cara para no oler su aliento ebrio.

—Jon, por favor. Sé que has bebido algo más que un par de cubatas de ron.

—¿Y qué esperabas después de lo que ha pasado antes?

—No lo sé. Cuando tengo una discusión suelo hablar con esa persona para arreglarlo.

—Eso es lo que estoy haciendo. —Su cara estaba cada vez más cerca de la mía.

—Pero yo no recurro al whisky para que me dé valor.

—Ya estamos con eso de nuevo. Sí, me he tomado un par de whiskys. ¿Y qué pasa? —Retrocedió un pequeño paso, dándome algo de espacio.

—Pasa que no pienso dejar que conduzcas en ese estado. Nos vamos en taxi.

—De eso nada. —Sacó las llaves de un bolsillo de su pantalón—. Monta.

Abrió la puerta del copiloto y se dirigió a la del conductor.

—No. No voy a ningún lado contigo.

—Ah, ¿no?

—No. —Me crucé de brazos—. Si quieres matarte al volante, adelante. Pero yo no voy a presenciarlo. —Me eché un farol. Esperaba que recapacitara y que viniera conmigo en taxi. Que hubiera dejado de gustarme definitivamente no significaba que me diera lo mismo su vida.

—Eso ya lo veremos —gruñó y, acto seguido, se dirigió hacia mí.

Me agarró de un brazo e intentó meterme a la fuerza en el coche. Reaccioné por instinto y le di una sonora torta.

Me miró con los ojos muy abiertos y la mandíbula apretada. Por un momento pensé que me iba a devolver el golpe. Lo creí completamente capaz de hacerlo. Tras unos segundos inmóvil, retrocedió dos pasos y se llevó la mano a la cara.

—Tú sabrás, pero dudo que encuentres un taxi disponible por aquí.

Se montó en el coche, aunque sin cerrar la puerta del copiloto. Aún esperaba convencerme.

—Llamaré desde el móvil —zanjé, dando un portazo que resonó en el silencio de la noche.

Jon cerró la suya dando un portazo aún más fuerte y arrancó su León.

Esperé allí parada hasta que lo perdí de vista. En el fondo esperaba que diera la vuelta. No lo hizo. Vivía en Pamplona, tenía un buen trecho hasta su casa. Confiaba en que no tuviera ningún accidente por el camino.

Me senté en una de las mesas del merendero para calmarme. Me temblaban las rodillas.

Tras unos minutos convenciéndome a mí misma de que había tomado la decisión correcta, abrí mi bolso para coger el móvil. No lo encontré. Revolví el contenido, incluso lo vacié sobre la mesa de madera, pero nada. Hice memoria y recordé dónde lo había dejado. Estaba sobre mi cama, debajo de la gran montaña de ropa que tendría que recoger cuando llegara a casa. Y ese era el problema. ¿Cómo iba a volver?

Miré mi reloj. Eran las dos y cuarto. Tenía tres cuartos de hora para llegar, contando el tiempo que tardara en encontrar un teléfono para llamar un taxi. Pensé en entrar de nuevo en la discoteca. Llevaba el sello en la mano y me dejarían pasar. Seguro que tenían un teléfono público. Si no, podría pedirle a Agus, que tan amable había sido con nosotros, que me dejara su móvil. Sí, seguro que me ayudaba.

Me levanté y me dirigí de nuevo La Loko. No se veía a nadie, solo unas docenas de coches aparcados. Justo antes de dejar atrás el camino de tierra para poner un pie en el asfalto del aparcamiento, oí unos gritos a pocos metros.

Un chico corría como alma que lleva el diablo y otros tres lo seguían gritándole insultos de todo tipo. El chico intentó abrir un coche, pero uno de sus perseguidores lo empujó, tirándolo al suelo. Los otros dos llegaron y, sin dejar que se levantara, empezaron a darle patadas.

Por puro instinto eché a correr de nuevo hacia el merendero,

oyendo los gritos del chico a mis espaldas. Si hubiera tenido allí mi móvil, habría llamado a la policía. Pero no lo tenía. Me sentí fatal por no poder hacer nada más que correr como una cobarde. ¿Pero qué iba a hacer yo sola contra tres chicos?

Avancé hasta llegar a los primeros árboles del bosque y me escondí tras ellos. Asomé poco a poco la cabeza y pude ver que había un círculo de gente alrededor de varias personas que ahora peleaban de pie, dándose puñetazos unos a otros.

Respiré aliviada de que alguien hubiera socorrido al chaval, aunque seguía sin gustarme la idea de ver a un grupo de gente dándose de golpes como salvajes. Noté cómo mis piernas temblaban de nuevo y me agaché bajo los árboles, apoyando la cabeza en mis rodillas y tratando de pensar qué hacer. Tenía que largarme de allí.

Cuando levanté la vista, que ya se me empezaba a acostumbrar a la oscuridad del bosque, pude distinguir el río frente a mí. Se veía de un raro color lívido bajo la luz de la luna. Recorrí con la mirada el cauce y encontré la respuesta. Podía volver andando, siguiendo la ribera del Bidasoa. Había recorrido ese camino multitud de veces con mi bicicleta. No eran más de cinco kilómetros y no tenía pérdida. Solo debía seguir el río y no cruzar ninguno de los puentes hasta haber pasado la cabaña del pescador. El puente de piedra que había poco después de esa cabaña abandonada era el más cercano a la carretera que llevaba al pueblo. Desde allí, solo me quedaba un kilómetro hasta casa.

Sopesé las alternativas y, viendo que la pelea no cesaba, me adentré en el bosque hasta llegar al río.

Capítulo 5

8 de mayo de 2006, cinco días antes

Vicente amarró, en la parte trasera de una camioneta que había visto días mejores, el último de los muebles que su aprendiz iba a llevarse para empezar una nueva vida. El chaval los había construido con sus propias manos, bajo su supervisión, pero con bastante autonomía y, sobre todo, un arte innato. Era digno hijo de su padre, que Dios lo tuviera en su gloria. Vicente esperaba que los dos años que Andoni había pasado bajo su tutela ayudaran al alma de su antiguo socio a descansar realmente en paz, junto a la de su devota esposa.

—¿Lo llevas todo?

—Aunque tuviera algo más, no habría dónde meterlo.

Vicente rio y Andoni correspondió a su carcajada. Era sobrecogedor contemplar el buen humor que había ido desarrollando con el paso del tiempo. Había tardado varios meses en verlo sonreír de verdad por primera vez desde que se presentara una mañana en su carpintería solo con un petate al hombro, ropa insulsa sobre un cuerpo desgarbado de adolescente y unos ojos vacíos de esperanza. Sin embargo, su voz fue firme cuando solicitó una oportunidad como

aprendiz en memoria de Mikel Elexalde. Él se la había dado. Y ahora levantaba el vuelo en busca de su propio destino, pero con más músculo sobre los huesos, la autoestima sanada, una profesión con referencias y, sobre todo, sabiendo que tenía un refugio al que siempre podría volver si las cosas se torcían.

—También podrías volver en un par de semanas y llevarte el resto. ¿O es que no piensas venir ni de visita?

—Vendré a verte, sabes que sí. Pero no en un par de semanas. Necesito empezar de cero y establecerme en un lugar donde nadie me conozca, donde el pasado no me mire a la cara cada vez que me cruzo con un vecino. Solo quiero ser la persona que podría haber sido si nada hubiera ocurrido como ocurrió. Sé que nunca podré olvidar, pero no quiero que sean otros los que me lo recuerden día tras día. Necesito... una vida normal.

—La tendrás, porque te la mereces.

Su risa seca destilaba mucho dolor acumulado.

—Sabes tan bien como yo que eso no funciona así en esta vida. La gente no tiene lo que se merece. ¿O acaso mi madre se merecía lo que le pasó? ¿Y mi padre? —La voz apenas le salió cuando añadió —: ¿Y yo?

—Eres muy joven para ser tan escéptico. Sé que has pasado por mucho, pero siempre hay que creer que algo bueno está por llegar.

—Si algo parece demasiado bueno, es que no es real. Y, si lo es, se va a acabar pronto.

—Ya te digo yo que no. Y no me lleves la contraria, que soy más viejo y más sabio que tú.

Aunque lo cierto era que, en sus veinte años, Andoni había adquirido la sabiduría de un hombre del doble de su edad. La vida le había enseñado muchas cosas demasiado pronto; la mayoría, demasiado duras.

—Entonces, dime cómo podría saber si algo es bueno y verdadero.

—Es muy fácil. Tienes que hacer caso de las señales.

—¿Qué señales?

—Oh, de todo tipo. Solo hay que abrir bien los ojos y estar atento.

—¿Ese es tu consejo de despedida?

—Es mi consejo de cumpleaños. Felicidades, chaval. —Vicente echó mano a su bolsillo trasero y sacó un sobre—. Y te aseguro que es más valioso que estas cuatro perras que quiero que te lleves, por si las moscas. Tss, tss, y sin que discutas conmigo —lo cortó cuando Andoni fue a rechazar el dinero.

—Vicente, es demasiado, no puedo aceptarlo. La carpintería no va tan bien como para...

—Son veinte mil euros, mil por cada año que cumples. Sé que no te los vas a gastar a lo loco: los invertirás, les sacarás rentabilidad y solo recurrirás a ellos cuando los necesites.

—Yo...

—Solo di gracias.

—Gracias, Vicente. Por todo.

Se dieron un abrazo de los que cortan la respiración, pues ambos eran corpulentos, y no se avergonzaron de que se les escaparan algunas lagrimillas, pues también eran hombres de gran corazón. Si bien el más joven de los dos tenía tantas heridas que a veces se preguntaba cómo podía seguir latiendo.

—Suerte, Andoni. Y recuerda, estate atento a las señales. Siempre las hay.

Aunque no quiso hacer mucho caso de aquel idealista consejo, Andoni no lo olvidó.

***

Domingo 14 de mayo, cerca de las 3 a. m.

Anduve deprisa y mirando al suelo. El sonido de la noche me ponía los pelos de punta. Las aves nocturnas, el viento entre los árboles, la corriente del río... Hasta el sonido de mis propios pasos me hacía temblar. Estaba segura de que era de miedo, porque era imposible tener frío con aquella brisa templada que alborotaba mi melena, demasiado cálida para mediados de mayo. Pero aquella noche tenía algo aún más extraño que la temperatura del aire.

Cuando me detuve para quitarme el bolero, acalorada por la caminata, alcé la vista por primera vez después de casi una hora andando. No solo el río tenía aquel tono inverosímil que había visto antes de comenzar mi caminata, sino que todo el cielo se veía de un intenso color púrpura. Me impresionó tanto que me quedé absorta mirándolo y perdí la noción del tiempo.

Recordé la historia que me había contado mi madre sobre su fiesta de fin de curso. La noche que conoció a mi padre también hubo un cielo como el que yo estaba contemplando en ese momento y, además, llevaba el mismo vestido que ella usó aquella noche. Me dio un escalofrío al percatarme de la coincidencia, teniendo en cuenta que yo no había visto un cielo tan bello en toda mi vida.

Me agaché para coger una piedrecilla del camino y lanzarla al río. Al caer, unas ondas rompieron la calma de las aguas haciendo temblar el reflejo de una luna llena malva.

Un ruido que provenía de la orilla me sobresaltó y, aunque mi reacción fue echar a correr de nuevo, no pude moverme.

—¿Quién anda ahí?

Seguí el sonido de la voz y pude ver a un joven acercándose desde el río, a solo unos pasos a mi derecha. Llevaba puestos unos

vaqueros algo caídos y una camisa de manga corta completamente abierta, que dejaba a la vista sus clavículas antes de unos prominentes pectorales cubiertos de un ligero vello oscuro que dibujaba una línea hasta su ombligo. Reseguí con la mirada su abdomen hasta los botones desabrochados de sus pantalones, donde el hueso de su cadera se marcaba de forma indecente.

Tragué saliva cuando se detuvo a dos pasos de mí y me vi atrapada en su mirada. Sus ojos, aunque reflejaban sorpresa, tenían una sombra de tristeza que me estrujó el corazón.

—¿Y tú de dónde sales? —me preguntó, aún inmóvil, y su voz grave retumbó en mi pecho como un tambor.

—¿Quién? ¿Yo? —balbuceé como una boba. Era evidente que se dirigía a mí. No había nadie más que nosotros dos—. Voy a mi casa. ¿De dónde sales tú?

El chico señaló hacia el río.

—Yo estoy pescando.

Salí del camino y me acerqué muy despacio y con desconfianza a la orilla, con mi chaqueta en una mano y el bolso en la otra. Pude ver una caña apoyada contra el suelo de un pequeño embarcadero. Me giré de nuevo hacia el bosque y descubrí que había llegado a la cabaña del pescador.

Ese pequeño y viejo edificio llevaba más de diez años abandonado, desde que su dueño había muerto. Bueno, nadie sabía realmente si había fallecido o no. Era un hombre solitario y un día, sin más, desapareció. Yo tenía unos siete años cuando sucedió aquello y a los niños nos asustaban contándonos que el pescador se había ahogado. Se suponía que así no solo no nos acercaríamos a la cabaña abandonada, sino que también tendríamos cuidado al meternos en el río.

Pero aun sabiendo que aquella historia tenía que ser una

invención para espantar a los niños, toda la piel se me erizó al ver una tenue luz dentro de la cabaña. ¿Y si tenía delante de mí al fantasma del pescador ahogado?

No, eso era imposible. No solo porque estaba segura de que los fantasmas no existían, sino porque el pescador que había vivido allí era un hombre de más de cincuenta años. Este muchacho no pasaba de los veinte. Y otra cosa era segura: si existieran los fantasmas, no podrían ser tan arrebatadores como lo era él.

Me descubrí a mí misma admirándolo, embelesada. No tenía la perfección de las facciones de Jon, sin embargo, su aspecto destilaba algo mucho más... sensual. Algo en mi interior luchaba contra mi lógica y pretendía que me acercara y... lo tocara. Nadie antes había despertado en mí esa sensación tan carnal, mucho menos de forma tan inmediata y a varios metros de distancia. Pero es que su rostro y su silueta dibujados sobre un fondo púrpura me habían hipnotizado, al igual que su mirada. Un reconocimiento en ella parecía querer decirme que llevaba mucho tiempo esperándome.

Pero aquello... aquello no era posible.

Agité la cabeza para despertar y marcharme de allí cuanto antes.

—¡Dios mío! ¡Las tres y cuarto! —exclamé tras mirar mi reloj.

Eché a correr hacia el camino.

—¡Espera! —solicitó con voz estrangulada.

Miré hacia él un instante, justo al pasar por su lado. Tenía una mano, grande y hermosa, extendida hacia mí como si pretendiera alcanzarme, pero seguí corriendo hasta el puente sin detenerme. Comencé a cruzarlo y, cuando estaba a mitad de camino, me detuve sin saber por qué. Tal vez quería comprobar que lo que acababa de ver era real. El chico estaba petrificado, en el mismo lugar donde lo había dejado y con el brazo medio levantado. Tras él podía distinguir la cabaña iluminada por la suave luz que emanaba de su interior. Y,

entre él y yo, una luna llena de un color de otro mundo se reflejaba en un río violáceo. Memoricé esa escena como una fotografía y me marché corriendo lo más rápido que pude. Ya llegaba demasiado tarde.

El reloj del salón anunciaba las tres y media cuando entré por la puerta.

—Llegas tarde —dijo una voz tenebrosa desde el sillón de la sala.

Di un brinco al oír a mi padre. Se levantó y se acercó hasta mí tras encender la luz de la entrada.

—Yo... lo siento. Es que perdí el ticket del guardarropa —me excusé, sabiendo que no iba a servir de nada.

Además, mi madre no estaba allí esta vez para interceder por mí. Seguro que mi padre le había dicho que no se preocupara, que él se quedaría despierto para esperarme mientras ella dormía. El día anterior había tenido guardia en el hospital donde trabajaba como enfermera y no podía perder horas de sueño.

—No he oído ningún coche llegar hasta aquí. ¿Cómo has venido?

—Ager y Jon nos han dejado en casa de Natalia. Luego cada una nos hemos ido andando...

No me dejó seguir. Era mejor así, no habría sabido continuar con esa mentira.

—Es muy tarde. Vete a dormir. Mañana hablaremos sobre esto.

Me miró a los ojos, atravesándolos. Sin duda, quería comprobar que no estaban rojos ni con las pupilas dilatadas.

Subí a mi habitación delante de él. Esperó a que diera la luz y entrara. Cerró la puerta él mismo. ¿Acaso pensaba que iba a volver a marcharme?

Lo primero que vi fue mi cama vacía. Imaginé que mi madre

habría recogido para que al volver pudiera acostarme directamente. Abrí el armario para buscar mi pijama y encontré toda mi ropa doblada y colgada. Me sentí fatal. Se habría pasado media tarde ordenándolo todo. Le debía otra semana de plancha por ello, incluso dos. Estaba agotada y solo quería dormir.

Me giré y me vi reflejada en el espejo del armario. Estaba un poco despeinada y el maquillaje se había desvanecido casi por completo, pero, a pesar de eso, tenía un aspecto estupendo con aquel vestido, que seguía impecable después de horas bailando y otra más caminando por el bosque. Recordé al muchacho de la cabaña, la foto que había grabado en mi mente bajo aquel cielo de una belleza quimérica. La imagen que estaba viendo en el espejo era la que él había visto en ese momento, bajo otra luz mucho más hermosa que la de mi habitación, pero me sentí aliviada de no estar hecha un asco, sobre todo cuando él me había resultado tan atrayente.

Me quité con desgana el vestido, reacia a dejar de contemplar la imagen que él había visto de mí por miedo a que se me borrara de la memoria la que yo había visto de él. Me puse el pijama, apagué la luz y me metí en la cama sin lavarme la cara. No podía ir al baño. Mi padre se levantaría de nuevo para comprobar que no me escapaba de casa.

Cerré los ojos y me quedé dormida pensando en la triste mirada del misterioso hombre que, de forma inesperada y desconcertante, me había hecho ser consciente de hasta qué punto eran poderosos mis instintos más primarios de mujer.

Porque algo me había empujado a acercarme a él, y no solo por la forma en que se me había encendido la sangre al contemplar las partes desnudas de su cuerpo. Algo que trascendía lo físico me susurraba que hacerlo no solo estaba bien, sino que era de una

importancia vital. Y que, por lo tanto, tenía que volver a verlo.

Capítulo 6

Me desperté sobresaltada. Algo tocaba mi brazo y me zarandeaba. Abrí los ojos de golpe y saqué las manos de debajo de mi almohada, adoptando una postura defensiva.

—Edurne, hija, despierta. —La voz de mi madre me tranquilizó.

—Mamá, ¿qué pasa? —pregunté bostezando—. Me has asustado.

—Son las diez. Es mejor que te levantes.

No podía creer que fuera ya por la mañana. Estaba tan cansada que me parecía haber dormido menos de un par de horas.

—Anda, mamá, déjame dormir un ratito más. Es domingo —le rogué y me di la vuelta antes de taparme hasta el cuello con mi edredón.

—Edurne, tu padre está bastante enfadado por la hora a la que llegaste ayer. Es mejor que te levantes ya y nos eches una mano con el desván.

Tuve aún menos ganas de levantarme al recordar todo lo sucedido el día anterior. Pero no quería ganarme un castigo. Así que intenté no pensar en ello por el momento y me senté en la cama.

—Vale. Ahora mismo voy.

Mi madre me frotó un párpado con el dedo.

—Te acostaste sin desmaquillarte.

Me restregué los ojos. Tenía las pestañas duras y unos grumillos negros se deshicieron en las yemas de mis dedos.

—Papá me acompañó hasta la habitación y cerró la puerta en cuanto entré. No quise volver a salir —confesé—. Por cierto, gracias por recoger toda mi ropa. Te tuvo que llevar horas.

Mi madre sonrió y asintió con la cabeza, pero enseguida volvió a ponerse seria.

—¿Qué pasó realmente, hija? La excusa del guardarropa no es muy convincente.

Cogió mi nariz y movió mi cabeza tirando de ella. Capté al vuelo su intención de hacerme sentir tan mentirosa como Pinocho.

—Mamá, en serio tuve algunos problemas con el ticket. Pero no es solo por eso que llegué tarde. Pasaron algunas cosas que no esperaba y que... no pude evitar. — Nunca le había mentido a mi madre. Sí era cierto que le había omitido algunas verdades, pero jamás le había mentido de forma directa—. Te prometo que hice todo lo que estuvo en mi mano para llegar a la hora. —En eso era muy sincera—. Aun así, acabé llegando treinta minutos tarde.

Podría haberle contado toda la verdad. La historia era bastante más inverosímil que lo que le había dicho a mi padre la noche anterior, pero seguro que la habrían dado por cierta sin problema. Tenía demasiadas cosas capaces de aterrorizar a unos padres que las habrían creído a pies juntillas: drogas, peleas, un chico que pretende sobrepasarse con su hija, quien después se adentra en el bosque sola y se cruza con un extraño que bien podría haber sido un fantasma, pero que yo recordaba como un hombre muy atractivo y... semidesnudo.

No solo no les quería contar toda la verdad por no preocuparlos. Si lo hacía, mi padre iría a buscar a Jon y, como poco, hablaría con sus padres para informarles de que su hijo conducía ebrio.

Curiosamente, el hijo de un inspector de policía. Y, si le contara las intenciones que había tenido conmigo, quizá mi torta sería solo una caricia comparada con lo que mi padre le haría.

—Veo que no me vas a dar más detalles. —Se resignó y se levantó de mi cama para llegar hasta el vestido que estaba apoyado sobre la silla de mi escritorio—. Pero, por esa media hora, es probable que tu padre quiera que te pongamos un castigo.

—Lo entiendo, mamá, no te preocupes.

Sabía que los había defraudado, sobre todo a ella, que era quien había convencido a mi padre para que me dejara llegar a casa tres horas más tarde de lo habitual un sábado.

—¿Cómo quieres que no me preocupe? —Apretó el vestido entre sus manos—. Cuando la noche es púrpura..., nunca se sabe lo que puede ocurrir.

La miré extrañada esperando más explicaciones. Ella no quitaba la vista del vestido.

—¿Viste el color del cielo anoche? Fue asombroso —comenté esperando que mi madre despertara de su ensimismamiento.

—Sí, precisamente por eso estaba tan preocupada. Tanto que tu padre tuvo que obligarme a que me fuera a la cama. Me prometió que te esperaría despierto y, si a las tres en punto no habías llegado, él mismo iría a buscarte.

Me sorprendió de forma poco grata la angustia repentina de mi madre. Ella era la que más confiaba en mí, la más permisiva en comparación con mi padre, que siempre había sido mucho más estricto. En cambio, esta vez era ella la madre histérica que no podía dormir porque su hija estaba fuera de casa. Y mi padre, al contrario, me había dejado un margen de al menos media hora antes de salir en mi busca. ¿Cuándo se habían intercambiado los papeles?

—¿Y por qué te preocupaste tanto de pronto?

Me miró levantando por fin la vista del vestido y volvió a sentarse a mi lado en la cama. Cogió aire antes de darme su desconcertante explicación.

—Después de cenar, tu padre y yo nos pusimos a ver una película de esas de mafiosos. Antes de que acabara se quedó dormido, ya sabes, nunca ve una película entera. —Era cierto, las películas tenían un efecto somnífero en mi padre, bien fuera de noche o de día—. Cuando terminó no quise despertarle y salí al columpio del porche a tomar el aire. En cuanto vi el cielo, me dio una taquicardia. Hacía exactamente veinticinco años que había visto por primera vez una noche púrpura, y precisamente ayer tú ibas a estar fuera de casa hasta la madrugada. Tú, mi hija pequeña, con la misma edad que yo tenía aquella noche y llevando el mismo vestido que yo llevé. Demasiadas coincidencias.

No entendía nada. Era cierto que a mí también me había parecido curiosa la coincidencia, sobre todo porque hasta esa misma tarde no había sabido nada de la historia sobre el vestido y el cielo de casi el mismo color. Pero si aquella noche había conocido a mi padre, para ella debería haber sido un recuerdo agradable.

—Sí, es una casualidad. Aunque no creo que tuvieras que angustiarte por eso —comenté tratando de ser racional.

—Ahora que te veo a salvo en casa yo también lo creo así. Sin embargo, ayer me parecía muy distinto. —Noté cómo sus manos apretaban el vestido con fuerza de nuevo—. Esa noche pasaron cosas muy buenas, conocí a tu padre y me enamoré de él desde ese mismo momento. Pero también ocurrieron cosas terribles que... prefiero no recordar. Tenía miedo a que pudiera pasarte algo malo a ti también.

Me quedé muy preocupada. ¿Qué le habría ocurrido a mi madre aquella noche? A mí no me había sucedido nada malo de verdad,

pero podría haber sido así.

Si me hubiera montado en el coche con Jon, quizá él habría perdido el control del volante en las curvas hacia el pueblo por causa del alcohol. Tal vez nuestra discusión había resultado más beneficiosa de lo que pensaba, salvando la vida de ambos. Además, si me hubiera dirigido unos segundos antes al parking podría haberme visto envuelta en medio de aquella pelea. Y si por el camino del río hubiera habido algo o alguien peligroso... Pero no había sido así, solo había visto a aquel misterioso chico que, por segunda vez desde que me había despertado, me venía a la mente con la forma de una fastuosa silueta púrpura.

—No te preocupes mamá, en serio, no me ha ocurrido nada malo.

Pude ver unas lágrimas recorriendo sus mejillas. No la veía llorar desde hacía más de un año, cuando mi hermana había dado a luz a la pequeña Saray. Y, en aquel momento, fueron lágrimas de alegría.

—¡Eh! ¡Mamá! —La abracé como lo hacía ella conmigo en estos casos. De pronto me sentí como si estuviera abrazando a Natalia o a Nuria. Era como si realmente hubiera retrocedido veinticinco años la noche anterior.

—¡Ay, hija! Perdona, no sé qué me ha pasado. —Se apartó un poco y secó las lágrimas.

—¿Qué te ocurrió ese día, mamá?

Ella se quedó callada unos instantes. Su mirada seguía siendo como la de una adolescente cuando me contó, solo a medias, lo ocurrido.

—Digamos que quien creí que era el amor de mi vida me causó una gran decepción. Yo estaba fascinada por él, solo tenía dieciséis años y en cambio él se graduaba a final de curso. Llevábamos dos meses de novios cuando me invitó al baile, al que solo iban los de su

edad. Me trató como una princesa hasta esa noche, que me dejó prácticamente sola para irse a beber con sus amigos a escondidas. Cuando volvió estaba tan borracho que...

Mi madre cogió aire y lo expulsó a pequeños golpes. Le temblaban las manos.

—¿Qué? ¿Qué te hizo mamá? —pregunté asustada, como si lo estuviera viendo con mis propios ojos.

—No pudo llegar a hacerme nada porque tu padre lo evitó. Pero la historia habría sido muy distinta si él no hubiera estado allí.

Volví a abrazar a mi madre. Parecía un pajarillo tembloroso.

—Lo siento mucho, mamá —dije intentando que mi voz no se quebrara.

—No lo hagas, Edurne. Si no hubiera ocurrido lo que ocurrió, quizá nunca habría conocido a tu padre y ahora no estaríamos aquí hablando tú y yo.

Me dio un beso en la frente y se levantó.

—Espera, dime qué sucedió después. —Me apresuré a levantarme de la cama para impedir que se fuera sin terminar la historia.

—Bueno, mi ex encontró enseguida otra chica con la que hacer lo que pretendía hacer conmigo. Pude comprobarlo al pasar junto a su coche cuando me monté en el de tu padre, que me llevó a casa esa noche... y todas las noches después de esa.

—Vaya cerdo —dije sin querer en alto lo que pensaba sobre el ex de mi madre—. En cambio, papá qué atento.

—Atento se queda corto para lo que hizo por mí. Tuvo que darle unos cuantos golpes a mi ex para quitármelo de encima, por lo que su jefe lo despidió de inmediato. Era uno de los camareros contratados solo como apoyo para esa fiesta, y su palabra contra la de uno de los invitados no valió nada. Y, después de aguantarme

llorando más de una hora fuera del hotel bajo la luna llena malva, entró de nuevo a la fiesta conmigo para bailar antes de llevarme a casa. Me dijo que estaba demasiado guapa como para irme sin tener un baile de verdad. —Se le iluminó la cara—. Solo hizo falta una canción para que me enamorara de él por completo.

La miré boquiabierta. Nunca me habría imaginado que mis padres se hubieran conocido de una forma tan romántica. Tampoco me podía imaginar que mi madre hubiera podido tener un susto tan grande con un chico. Era de entender que estuviera preocupada por mí con todas las similitudes que había entre aquella noche y la pasada.

—¿Por qué no me lo contaste ayer cuando me diste el vestido?

—No quería preocuparte ni que pensaras que este precioso vestido tenía un pasado un poco... perturbador. Yo prefiero quedarme con el final de aquella noche y con que tu padre se fijó en mí en cuanto me vio gracias a lo favorecedor que es. —Lo extendió para verlo mejor.

—Sí. Es un vestido increíble —reconocí.

—Pero la angustiosa sensación que me invadió al ver el cielo de ese color y los recuerdos del principio de aquella noche me nublaron la mente. No podía evitar pensar que podrías estar viviendo esa misma terrible experiencia.

—Tranquila, mamá, te repito que estoy perfectamente.

No sabía cuántas veces más tendría que asegurarle que estaba bien y que no me había ocurrido nada malo.

—Bueno, y ahora ve a ducharte. Tu padre está ordenando el desván él solo y al final nos va a castigar a las dos —bromeó, riéndose por fin.

—¿Y cómo os ha dado por ordenar el desván de repente?

—Anoche se lo propuse a tu padre durante la cena. Cuando

estuve buscando este vestido encontré un montón de cosas que deberíamos tirar. Hay mucho que ordenar. Así que date prisa.

Me dio un empujoncito y salí pitando hacia el baño. Debía ducharme rápido y echar una mano con la limpieza para ser absuelta de mi inminente castigo.

El desván estaba patas arriba cuando subí. Al sortear una muralla de cajas de cartón que taponaba la entrada, tropecé y golpeé una torre de libros que, al caer, hizo efecto dominó chocando contra una lámpara y haciéndola añicos.

—Ups, lo siento —me disculpé avergonzada. Vaya entrada triunfal. Así era imposible liberarse de ningún castigo. Al contrario, tal vez fuera aún más severo.

—Ten cuidado, lo vas a pisar. —Mi padre me apartó de la zona del accidente y recogió meticulosamente los pedazos de bombillas y porcelana.

—Ya lo recojo yo, papá —me ofrecí al instante.

—Deja, deja, no te vayas a cortar. —Cogió una bolsa y guardó las piezas inservibles de la lamparita de noche.

—No te preocupes, Edurne. La íbamos a tirar. Era ya muy vieja —me consoló mi madre.

Respiré aliviada y me puse a recoger los libros que había esparcido de una patada, para guardarlos en una de las cajas culpables de mi torpe entrada.

—¿Qué preferís que haga? —me mostré servicial—. ¿Voy ordenando todo eso? —señalé una montaña de fundas y plásticos que envolvían abrigos y ropa de invierno.

—No, eso de momento lo vamos a dejar así. He estado pensando en poner un armario empotrado en esa esquina. Nos vendrá muy bien para distribuir mejor la ropa de invierno y la de

cama. Este se está quedando pequeño. ¿Verdad, cariño?

Mi madre abrió la puerta del único armario ropero que teníamos en el desván. Una docena de perchas cargadas con varias prendas saturaban el mueble y doblaban la barra de donde colgaban. Me pareció una buena idea repartir un poco todo ese peso.

—A mí no me mires. No tengo ni la más remota idea de cómo se monta un armario empotrado.

Mi padre sacudió las manos en alto queriendo eludir cualquier responsabilidad ante la idea de mi madre.

—Bueno, ya le preguntaré mañana a Damián. Por su ferretería pasan muchos carpinteros para comprar materiales. Seguro que él puede recomendarme uno de confianza.

—Como quieras. Pero esas cosas cuestan un pico, hay que hacerlas a medida. Y gastar una fortuna en algo que va a estar en el desván y que nadie va a ver me parece un disparate.

A mí me parecía estupendo poder guardar todo en condiciones, y tampoco podía ser tan caro. El hueco que había en la esquina estaba limitado por la puerta y la ventana, por lo que no permitía que el armario pudiera ser muy grande. Aun así, no quise meterme en la discusión habiendo un castigo revoloteando sobre mi cabeza.

—Por preguntar no vamos a perder nada —concluyó mi madre.

Mi padre no protestó, así que asumí que en poco tiempo contaríamos con el segundo armario. Mi madre siempre conseguía lo que se proponía.

Estuvimos toda la mañana limpiando y llenando cajas con recuerdos de juventud de mis padres, juguetes y ropa de cuando mi hermana y yo éramos pequeñas, y varios artefactos extraños que no sabía ni para qué servían.

—Eso era de tu abuelo —me indicó mi padre cogiendo de mis manos una funda cerrada. La abrió y sacó unos prismáticos.

—¿Y para qué quería tu padre una cosa de esas? —pregunté extrañada.

—Le gustaban las aves. Se pasaba los domingos enteros en el monte contemplando los pájaros de los alrededores —me explicó.

Se asomó a la ventana y se llevó las lentes a los ojos.

—¿Ves algo? —pregunté con inocencia.

—Claro, veo muchas cosas —se rio—. Las mismas que vas a ver tú durante toda la semana. —Dejó de reírse y puso los prismáticos sobre mi mano—. Estás castigada sin salir, pero te los dejo para que te entretengas.

—Jo, papá, ¡toda la semana!

—Y agradece que no sea todo el mes. Estaba a punto de salir a buscarte cuando entraste por la puerta.

—Solo llegué media hora tarde. —Intentaba reducir la condena, aunque solo fuera un poquito.

—Tu hora de llegada es las doce. Confié en ti y te dejé tres horas más. Lo que son seis medias horas más. —Hice cálculos en mi cabeza. No eran muy difíciles—. Pero a ti te pareció poco y decidiste tomarte media hora extra sin avisar, preocupándome al pensar que te había ocurrido algo.

—Lo siento, no lo hice a propósito, de verdad. —Esta vez pedí disculpas porque me sentía realmente culpable. Eludir el castigo ya era algo secundario. Odiaba la sensación de haber defraudado a mis padres y de haberlos preocupado. Me resigné a lo que me tocara pagar.

—Así que, si sumamos, llegaste siete medias horas tarde a casa. Si por cada una de ellas te castigo un día, nos da una semana.

—¿Hasta el sábado? —pregunté confusa. Los cálculos de mi padre me tenían desconcertada. Qué forma tan complicada que elaborar mi castigo. Me di cuenta de que era el primero desde el día

de notas del segundo trimestre de sexto curso. Estuve todas las tardes y los fines de semana estudiando para recuperar en la evaluación final y poder pasar a secundaria

—Sí, siete días, desde hoy hasta el sábado incluido. Y más vale que te vea aprovechar el tiempo estudiando para los exámenes finales, no vaya a ser que se me cruce un cable como a ti y te ponga un día extra sin avisarte. —Salió por la puerta sin dejarme dar más réplicas.

Estaba molesto conmigo de verdad. Decidí aceptar la culpa y apechugar con lo que me esperaba esa semana. Ir al instituto a la mañana y a la tarde quedarme en casa a estudiar. Ni siquiera podría salir el sábado. ¡Ni siquiera podría salir esa misma tarde!

Me entró claustrofobia solo de pensarlo y me asomé a la ventana para poder respirar. Hacía un día tan espléndido que parecía verano. Mis amigas seguro que irían al río y yo me iba a tener que quedar en casa. El río. Recordé por tercera vez al chico de la cabaña y los prismáticos parecieron quemarme en las manos.

—Edurne, baja a comer —me gritó mi madre desde la cocina.

—¡Ahora mismo voy!

Me apresuré a enfocar las lentes tratando de divisar la cabaña, pero el recodo del río la escondía entre unos árboles. Tan solo se podía apreciar parte del puente entre las dos últimas casas de la urbanización. Recorrí de lado a lado varias veces lo que sería la longitud del puente, intentando detectar el punto donde se acababa y comenzaba el camino hacia la cabaña.

De pronto, un bulto blanquecino se cruzó a gran velocidad en la imagen. Traté de seguirlo como en una carrera de caballos, pero lo perdí la pista. Me moví arriba y abajo hasta que volví a detectar un movimiento poco nítido. Ajusté el enfoque y pude apreciar una especie de camioneta beige adentrándose en el camino hacia la

cabaña. El espesor de los árboles me impedía ver más allá.

—¡Edurne! —El grito era de mi padre.

—¡Ya bajo! —respondí sin dejar de mirar por la ventana.

Había alguien allí, no lo había imaginado la noche anterior. Me pareció ver la parte trasera del vehículo tipo pick-up retroceder marcha atrás y detenerse. Pero estaba demasiado lejos como para identificarlo bien y no sabía si mi imaginación estaba empezando a jugarme una mala pasada.

Decidí darme por vencida por el momento y bajar a comer antes de que mis padres sumaran el domingo siguiente a mi semana de castigo.

Capítulo 7

Después de comer subí a mi habitación. Quería llamar a mis amigas para decirles que, si pensaban ir al río, se divirtieran por mí, porque yo estaba castigada. Tal vez si no me hubieran dejado sola podría haber ido con ellas a darme un chapuzón.

Busqué mi móvil por todas partes. Mi madre había recogido mi cama el día anterior y lo habría dejado en algún lugar visible. Lo encontré sobre mi escritorio, pero estaba apagado. Saqué del cajón de mi mesita de noche el cargador y lo conecté para poder encenderlo, ya que probablemente se habría quedado sin batería.

En cuanto la pantalla se iluminó por completo, una docena de mensajes colapsaron la bandeja de entrada entre pitidos. La mayoría eran llamadas perdidas de mis amigas, pero había varias de un número que no tenía guardado. Abrí los mensajes uno a uno. Tres llamadas de Natalia de las dos menos cuarto de la mañana, dos menos diez, dos menos cinco. Un mensaje de Nuria a las dos en punto.

«Si no tienes cobertura, llámanos en cuanto leas esto».

Varias llamadas de todas mis amigas entre las tres y las cuatro de la mañana, y otras tantas de las doce del mediodía en adelante.

Dios mío, estaban preocupadas de verdad.

Abrí el último mensaje de un número desconocido.

«Edurne, siento haberte dejado sola ayer. Espero que el taxi no tardara mucho. Quiero hablar contigo y pedirte perdón en persona. No quiero que lo nuestro acabe así. Llámame por favor. Jon».

Estaba loco si pensaba que le iba a llamar. Empecé a borrar mensajes de llamadas perdidas hasta que mi móvil empezó a vibrar. Nuria me estaba llamando.

—¿Sí?

—Edurne, por fin. ¿Qué narices pasó ayer?

—Hola, buenas tardes, Nuria. —Decidí empezar la conversación correctamente. Estaba molesta con ellas y encima me hablaba así.

—No estoy para bromas. Pensaba que te había pasado algo.

—Puedes estar tranquila. Estoy bien. —No iba a ser tan benévola —. Bueno, solo estoy pensando en no hablaros durante una semana por haberme dejado tirada.

—Lo sé, perdona, creímos que querías quedarte con Jon.

Me pareció fatal que llegaran a esa conclusión después de lo que había pasado, pero ya sabía que era el motivo por el que se habían marchado. Decidí seguir siendo un poco mala para desahogarme.

—¿Y qué os hizo pensar eso? ¿No visteis que teníamos una discusión tras otra?

Nuria se quedó unos segundos en silencio.

—Ya, cuando llegué a casa y lo volví a pensar te llamé durante una hora. Pero no cogías... Y te estuvimos llamando al ver que no salíais, pero tampoco respondías. Ager llamó tres veces a Jon, pero él le rechazaba las llamadas. —Será cretino—. Creímos realmente que queríais estar solos. Aun así, te mandé el mensaje, por si no tenías cobertura. Sabía que, por muy ocupados que estuvierais, tú nos cogerías el teléfono.

Recordaba que había sido la única en mandarme un mensaje,

aunque las demás también me hubieran llamado. La sola idea de estar *ocupada* con Jon me dio un escalofrío.

—Me dejé el móvil en casa.

Nuria se quedó callada.

—¿Sigues ahí?

—Sí, sí... —balbuceó—. ¿Y entonces... cómo llamaste al taxi?

—¿Por qué piensas que cogí un taxi?

Nuria sabía más de lo que yo pensaba, pero no lo suficiente.

—¿Acaso no lo cogiste? ¿Cómo volviste a casa?

—Se supone que volví con Jon, ¿no?

Me di cuenta de que en ningún momento me había preguntado qué tal con Jon y que desde el principio había estado preocupada por cómo estaba. Sabía que no había vuelto con él.

—Verás, hemos estado toda la mañana conectadas al Messenger hablando sobre ayer, haciendo conjeturas sobre ti y sobre Jon, esperando a que tú te conectaras, ya que no te dignabas a coger el móvil. De pronto, Ager y Jon se han conectado y nos han preguntado por ti. Cuando el imbécil de Jon ha confesado que se había ido solo, te hemos vuelto a llamar todas, pero tú no has cogido el maldito móvil y nos daba mal rollo llamarte a casa sin saber bien qué había ocurrido.

—Me quedé sin batería —me excusé.

—Pero son las cuatro de la tarde. Podrías haber cargado tu móvil antes.

—He tenido complicaciones en casa. Mi padre me ha castigado por llegar media hora tarde.

—¿Media hora tarde? —Hizo una pausa—. ¿No te dejaban hasta las tres?

—Sí.

—¡¿Y por qué narices llegaste a las tres y media?! —Tuve que

apartar el teléfono de la oreja ante el volumen de su voz—. Jon nos ha dicho que te dejó esperando al taxi sobre las dos y cuarto.

Dos cosas buenas. Primera, Jon había llegado vivo. Segunda, había admitido que me había dejado sola. Me sentí poco esperanzada de que, además, hubiera confesado el motivo real.

—Te repito que me dejé el móvil. No me di cuenta hasta que Jon se había ido.

—¿Y por eso tardaste más de una hora en llegar a casa?

Me arrepentí de decirle la verdad en cuanto abrí la boca.

—Verás, hubo una pelea y tuve que huir del aparcamiento. Como no podía acercarme a la discoteca a llamar un taxi..., se me ocurrió volver andando.

—¡Andando! —Esta vez aparté el teléfono a tiempo, esperaba otro grito de Nuria.

—Sí, por el camino del río, ya sabes, por el que íbamos de pequeñas en bici.

—Sí, sí, ya me acuerdo. Pero sola y de noche y ¡andando!

—No tenía otra opción.

Esperé en silencio otro rato. Nuria estaría visualizando mi caminata hasta mi casa, con tacones y falda, sola de madrugada.

—¿Pasaste miedo? Lo siento muchísimo.

Su voz era de un tono muy distinto del que había tenido durante el resto de la conversación. Se sentía culpable.

—Bueno, me asusté un poco, pero solo al principio. Por la pelea sobre todo... y por los ruidos en la oscuridad.

—Lo siento, lo siento mucho. Y las demás también están muy preocupadas. Jon y Ager no se han desconectado en toda la mañana; estaban incluso pensando en venir al pueblo a buscarnos y llamar a tu puerta. Se van a sentir fatal cuando se enteren de lo que ha pasado.

—¡No! —exclamé sin pensar.

—No, ¿qué?

—Por favor, Nuria, no les digas nada en absoluto de lo que te he contado.

—¿Qué? ¿Estás loca?

—Prefiero que piensen que cogí un taxi. Me niego a que se sientan todos culpables por lo sucedido. Quiero olvidarlo y listo.

—Ni hablar. Todos te dejamos sola, aunque Jon fuera el último en hacerlo y por completo. Merecemos sentirnos mal por ello y saber lo que tuviste que pasar.

—Nuria, por favor, tú ya estás sufriendo por todos ellos. —Decidí recurrir al chantaje emocional, seguro que no fallaba con su bondadoso corazón—. Enmienda tu error guardando mi secreto.

Dudó durante unos segundos.

—Vale, pero prométeme que me contarás al detalle qué pasó ayer. Jon no ha dejado claro por qué acabó yéndose sin ti. Ager le ha estado echando la bronca durante horas. La conversación múltiple ha sido caótica.

—Bueno, se lo tiene merecido. Yo voy a estar castigada toda la semana. Sin duda, salgo perdiendo.

—¿Y cómo vamos a explicarles lo de tu castigo? —Nuria empezaba a meterse de lleno en su papel de cómplice—. Si se supone que cogiste el taxi a las dos y pico, es imposible que llegaras más tarde de las tres a casa.

—No diremos que estoy castigada.

—¿Y cómo vas a explicar el que no salgas durante toda la semana? Esta tarde vamos a ir al río. Nadie se va a creer que tú no vengas, así, sin más.

Cierto. Yo era la que siempre quería ir al río en cuanto salía un rayo de sol.

—No sé, ya se me ocurrirá alguna excusa. Además, estamos de exámenes.

—¡Brillante! —chilló y mi oído pitó de nuevo—. Podemos decir que conseguiste venir ayer a la disco hasta tarde prometiendo que ibas a estudiar todas las tardes durante una semana. Sabiendo cómo son tus padres con ese tema, colará fijo.

Desde luego, mi amiga era mucho mejor mentirosa que yo y ya se estaba ofreciendo a comentar la mentira ella misma.

—Me parece una excusa muy convincente. Dejo en tus manos que la expandas esta tarde entre los crédulos bañistas —dije con notas de humor por primera vez en la larga conversación.

—De acuerdo. Pero, por favor, diles tú misma que estás bien y que no estás enfadada con el resto. Bueno, con Jon puedes estarlo el tiempo que quieras.

Nuria se rio, aunque el tono con el que pronunció el nombre de Jon no fue nada alegre. Ella también estaba molesta con él.

—Sí, estaré enfadada con Jon, al menos, durante la semana que dure mi castigo.

Si no hubiera bebido más de la cuenta, me habría montado con él en su coche y no habría llegado tarde a casa. Y, si no hubiera bebido tanto, no habría sido tan repulsivo en su intento de besarme y tal vez aún me seguiría gustando, aunque fuera un poquito. No, ni aun así. Definitivamente, ese chico se había borrado de mi corazón casi antes de llegar a entrar.

—¿Debo deducir que después de esta semana le perdonarás y le darás otra oportunidad?

—No. Jon queda descartado en ese sentido. Para siempre.

—Vaya, qué rotundidad. ¿Tan mal se portó contigo? —Su tono se endureció—. ¿Qué te hizo?

—Nada, no me hizo nada. Solo estaba borracho.

—¿En serio?

—Sí, e intentó besarme, pero no le dejé.

—¡¿En serio?!

Su repetida pregunta dejó de ser seria para convertirse en curiosa y deseosa de detalles.

—Oye, Nuria, no te imagines cosas. Te repito que había bebido más de lo prudente para conducir. Me negué a montar en su coche e intentó obligarme. Le di una torta sin pensar en lo que hacía. Aun así, siguió dispuesto a llevarme. Entonces, le dije que prefería coger un taxi a ir con él en esas condiciones.

—Muy bien dicho. —Me alegraba que lo aprobara.

—De hecho, le pedí que dejara el coche y fuéramos los dos en taxi, pero no quiso.

—Es un inconsciente. Si se enterara su padre...

—Le quitaría su adorado coche de inmediato. Y le estaría bien empleado, para que dejara de ser un peligro para sí mismo y para los demás.

—Tienes razón. Y lo peor es que te dejó sola, pero él ni siquiera ha sido capaz de decirnos la verdad. Solo que tú te enfadaste con él y que te negaste a montarte en su coche. Respecto a la borrachera y a la torta no ha mencionado nada.

—Ni lo hará. Pero me da lo mismo. Tú limítate a mantener mi historia. —Traté de simplificar los supuestos hechos—. Llamé a un taxi, de camino a casa me quedé sin batería y no pude responder a nadie, y hasta ahora no he puesto a cargar el móvil.

—Y no saldrás en toda la semana porque vas a ser una alumna responsable y vas a estar estudiando para los finales. ¡Brillante!

Nuria se jactaba de su propia inventiva.

—Eso es. Así será más que suficiente.

—Pero yo quiero saber los detalles, Edurne... —Su voz era

suplicante—. Dime de qué hablasteis mientras estuvisteis solos y hasta que te quiso besar y le diste la torta. Y, por supuesto, quiero saber cómo fue venir andando de noche durante hora y pico por el río. ¿Te encontraste con alguien?

Me dio un vuelco el corazón. No podía contarle con quién me había encontrado. Ni siquiera yo sabía a quién había visto. Pero su imagen era tan real en mi memoria que mi curiosidad pudo más que mi discreción.

—Bueno, pequeña cotilla, mañana en el insti te contaré lo que quieras, pero te adelanto que no hay mucho que saber. No me encontré con nadie —mentí—. Tan solo, bueno, seguro que fue producto del miedo y de mi imaginación..., pero al pasar por la vieja cabaña del pescador, me pareció ver luz.

—Seguro que fue eso, producto de tu imaginación. Esa cabaña lleva abandonada, qué sé yo, ¿más de diez años? No creo que tenga corriente eléctrica.

—Sí, eso sería...

—¿Acaso viste a alguien dentro?

—¡No! Qué va —Mi voz sonó nerviosa ante mi mentira. Aunque realmente no mentí: dentro no había visto a nadie.

—Pues olvídalo. La luz de la luna ayer era muy extraña, pudo hacerte ver cosas que no eran, y sumado a que estabas asustada... Cielos, Edurne, lo siento de verdad. No volveré a dejarte sola. Te lo prometo.

—Gracias, Nuria, sé que creíste que era lo que yo quería. Yo también lo había creído así hasta ayer a la tarde. He sido una tonta.

—No, no has sido una tonta. Lo que pasa es que no conocías a Jon lo suficiente y te habías hecho una idea equivocada de él. Todas nos la hicimos. Ahora vemos el capullo que es en realidad.

Las dos nos reímos.

—Sí, pero no le hagas ver a Natalia lo que piensas muy a las claras. Él es uno de los mejores amigos de su novio, y no creo que le guste que pensemos así de él.

—Uy, no sabes lo que dices. —Cambié el móvil de oreja para escuchar con mayor atención lo que seguía. Llevábamos un buen rato hablando y ya tenía una oreja ardiendo—. Si Ager le ha echado la bronca a Jon, Natalia le ha puesto a caer de un burro. Lo ha llamado de todo menos bonito por haber dejado tirada a su mejor amiga.

Agradecí haber recuperado a Natalia después de haber creído que la había perdido en favor de ese cretino. Mis amigas se merecían un mensaje confirmando que me encontraba bien y que no estaba enfadada con ellas. Jon no.

—Sí, luego les mandaré un mensaje dejando claro que no hay resentimientos. Después de hablar contigo..., ya se me ha pasado.

—¡Ay! ¡Cómo me alegro!

—Bueno, pasadlo bien en el río. ¡Qué envidia me dais!

—Vaya, lo lamento de veras. Ojalá pudiera hacer algo para que no estuvieras castigada.

—No te preocupes. Solo es una semana y nos veremos en clase.

—Sí, algo es algo. Por cierto. ¿Vas a llamar a Jon?

—No, ni de broma.

—¿Y si te llama él? Nos ha dicho que lo ha hecho tres veces y que te ha mandado un mensaje disculpándose.

—No quiero hablar con él. Al menos de momento.

—Como quieras... Pero ¿qué le digo si me pregunta?

—Que no sabes nada más que lo que él os ha contado y que, de momento, me deje en paz. Por supuesto, no les cuentes al resto nada más que lo que hemos acordado.

—Descuida, soy tu confidente más leal.

—Gracias, Nuria.

—De nada. A ti por perdonarnos.

—No seas boba.

—Estudia mucho, Edurne, al menos sacarás buenas notas este curso y te prepararás de maravilla para la selectividad.

Se rio entre dientes.

—Muy graciosa —refunfuñé—. Hasta mañana, *confidente*.

—Chao, *empollona*.

Colgué el teléfono y, antes de poder ver otra ráfaga de mensajes de llamadas perdidas, apagué el móvil. Encendí el ordenador y mandé un correo electrónico de lo más escueto a mis cuatro amigas y a Ager. A Jon no. Decidí incluir a Nuria para que supiera por dónde encauzar mi coartada.

> Hola. Ya sé que estáis preocupados porque no he contestado a las llamadas. Estoy bien y no estoy enfadada ni nada. Ya he hablado con Nuria y le he contado lo que pasó ayer, os lo contará ella misma esta tarde. Como entenderéis, no os voy a llamar uno por uno para deciros lo mismo a todos. Hoy me quedaré estudiando y el resto de la semana hasta el domingo que viene. Así que disfrutad por mí de vuestra tarde en el río. Nos vemos mañana en clase. Besos.

El resto de la tarde la pasé terminando de recoger el desván con mis padres. Acumulamos más de cuatro cajas con trastos para tirar. Me ofrecí a ayudar a mi padre a llevarlos hasta el coche. Aunque solo fuera por un rato, quería poder pisar la calle. Hacía un calor casi veraniego a pesar de estar atardeciendo. Quise disfrutar de los últimos rayos de sol y puse mi voz más infantil para persuadir a mi

padre.

—Papá..., ¿puedo quedarme un ratito en el porche?

Él me miró de reojo con los labios fruncidos.

—Solo hasta que esté lista la cena. —Pegué un salto y me subí al columpio antes de que cambiara de idea—. Y porque has trabajado mucho en el desván.

—¡Gracias, papá!

Me quedé sola balanceándome en el columpio y mirando el atardecer. El cielo era anaranjado y pude ver el sol ocultarse tras las lejanas montañas. Aunque la fotografía era muy hermosa, no tenía ni punto de comparación con el cielo de la noche anterior.

Debí de quedarme dormida pensando en el muchacho del río, porque creí estar viéndole delante de la puerta de mi casa cuando mi padre salió para avisarme de que ya estaba la cena. Di un bote en el columpio y casi me caí al suelo al oírle decir mi nombre desde la puerta. La imagen del muchacho era totalmente real ante mis ojos, aunque solo me hubiera parecido verle de pie frente a mí durante una décima de segundo. «Espera», me susurraba, a la vez que estiraba su brazo e intentaba tocar mi cara con su mano extendida. Un segundo «Espera» se había entremezclado con mi nombre cuando mi padre me había llamado. «Edurne», dijo el muchacho imaginario con un tono demasiado alto. Me dio un escalofrío y bajé del columpio en cuanto me di cuenta de que era solo un sueño.

El cuerpo me estuvo temblando durante toda la cena. Jamás había tenido un sueño tan real.

—Hija, no tendrías que haberte quedado fuera sin una chaqueta o algo. —Mi madre me frotó un brazo—. Mira como tiemblas, te has quedado helada.

—No es nada. —Agradecí que tuviera una explicación más lógica

para mis temblores que mi sensación de estar teniendo alucinaciones.

—Date un baño caliente antes de irte a la cama —insistió.

—Sí, en cuanto cene, y después me iré a dormir. Estoy agotada.

—Si hubieras llegado a tu hora no tendrías tanto sueño.

Mi padre había decidido sacar de nuevo el tema de la noche anterior. Me di la mayor prisa que pude en terminar mi cena antes de que pretendiera sacarme información respecto a la razón de mi tardanza.

—Alejandro, tengamos la fiesta en paz. —Mi madre se puso seria. Siempre que lo hacía llamaba a mi padre por su nombre de pila. Él lo percibió enseguida y asumió que mi madre no estaba por la labor de hablar sobre el tema. Ella lo había pasado mal pensando en lo que le había sucedido hacía veinticinco años y no quería volver a recordarlo. Mi padre no volvió a abrir la boca.

Fregué los platos y subí al cuarto de baño. Estaba demasiado cansada para esperar a que se llenara la bañera y probablemente me quedaría dormida dentro. Así que me di una ducha rápida de agua ardiendo. Los músculos se me relajaron y por fin dejé de temblar.

¿Por qué me había puesto así ante aquel sueño? La aparición de ese muchacho no había sido fantasmagórica, más bien lo contrario. Era como un ángel que había surgido de la nada ante mis ojos y que pretendía acariciar mi rostro con dulzura.

«Espera», volvía a retumbar en mi cabeza. Jamás pensé que una simple palabra tuviera el poder de hacerme estremecer con solo recordarla. Pero tal vez no fuera la palabra, sino la voz que la pronunciaba. Me estaba volviendo loca.

Entré en mi habitación y me puse el pijama. No quería pensar en mi sueño o en el chico; si no, no iba a poder dormir. Guardé los

libros en la mochila y dejé preparada la ropa del día siguiente para poder apurar los minutos de sueño al máximo por la mañana. Me sentía tan cansada que estaba segura de que cuando sonara el despertador iba a remolonear.

Cuando me fui a acostar, vi que el vestido seguía sobre la silla del escritorio. Pensé en lavarlo a mano al día siguiente. La tela era demasiado delicada para meterlo en la lavadora y no quería que se estropeara. No sabía cuándo ni con qué propósito, pero estaba segura de querer volver a usarlo. Me dormí pensando en mi imagen reflejada en el espejo la noche anterior. Él me había visto así. ¿Se acordaría de mí?

Capítulo 8

Para cuando llegué a la parada del autobús ya estaban todas mis amigas allí. Menos mal que había dejado todo preparado la noche anterior, porque se me habían pegado las sábanas y me había levantado tan justa que no me había dado tiempo ni siquiera a desayunar.

—Edurne, ya pensábamos que no venías. —Natalia me agarró del brazo y me atrajo hacia el círculo que formaban las cuatro.

—Me he quedado dormida.

—Por favor, no nos hagas esperar más —suplicó Nerea.

—¿Cómo?

—Que nos cuentes todo lo que pasó el sábado, con lujo de detalles —puntualizó Natalia—. Estoy de lo más frustrada con el tema. Le he interrogado a Ager, pero jura y perjura que Jon no le ha contado nada, excepto lo que ya te ha dicho Nuria. ¿Por qué te negaste a subir al coche con Jon?

Miré a Nuria, que puso cara inocente, y deduje que ella no había abierto la boca acerca de los motivos. Se había limitado a explicar lo acordado. Había cumplido su parte del trato y ahora yo debía cumplir la mía. Pero lo haría cuando el resto no me oyera. Solo iba decirles a todas lo imprescindible.

—Lo que pasó fue que Jon había bebido demasiado para coger el coche y me negué a dejar que me llevara. Él no quiso venir conmigo en taxi ni esperar a que viniera uno al menos para mí. Se marchó y yo tuve que esperarlo sola.

La última parte de la historia se me atragantó, pero disimulé la mentira acercándome a la carretera para subir al autobús que acababa de llegar.

Me senté con Natalia en la parte central, donde había libres dos sitios contiguos. El resto tuvo que marcharse atrás del todo. Natalia aprovechó la oportunidad para que habláramos a solas.

—Edurne, antes que nada, quiero pedirte perdón.

—No hace falta, Natalia, de verdad, está todo bien.

—Sí hace falta. Ayer nos fuimos por mi culpa. Yo insistí en dejaros solos al ver que tardabais un poco. Estaba emperrada en que Jon y tú os liarais. Tenía que haberme metido en mis asuntos. Lo siento.

—Bueno, disculpas aceptadas. Y ahora olvídalo.

—Como quieras, ya veo que no te apetece hablar de ello.

Natalia pegó la espalda contra su asiento y dejó de mirarme.

—No es eso, es que no hay mucho que añadir —decidí darle algún detalle insignificante para satisfacer su curiosidad—. Tardamos en salir porque él mismo se había encargado de dejar nuestras chaquetas juntas y me engañó diciendo que había perdido el ticket.

—¡Será mentiroso! —exclamó volviendo a girarse hacia mí.

—Si no llego a notar el ticket en el bolsillo de su camisa, nos habríamos quedado hasta el cierre o me tendría que haber ido sin la chaqueta.

Natalia me miró con los ojos entrecerrados y esbozando media sonrisa. El detalle que había elegido para distraerla no había resultado ser tan insignificante como creía.

—¿Y qué estabais haciendo para que pudieras notar el ticket en su camisa?

—Nada de lo que estás pensando —le previne antes de que se montara sus películas.

—¿Así que no te besó?

—No le dejé —maticé—. No le dejé ninguna de las veces que lo intentó, sobre todo la última, en la que pude notar el olor a whisky de su aliento.

—Sabía que tú no eras tan exagerada como decía Jon.

—¿Cómo?

—Ager se imaginaba que el motivo por el que tú no querías montarte con él era algo así, que Jon había bebido de más. Pero él le aseguraba que iba perfecto para coger el coche y que tú eres muy radical con el tema del alcohol.

—Seré radical con el tema, pero puedo distinguir cuando alguien no está en condiciones de conducir.

—No lo dudo. Y Ager tampoco. Pero, como él aseguraba que iba bien, nos preguntábamos qué otro motivo podría ser. A Ager se le ocurrió que había intentado propasarse contigo.

—Bueno, intentó besarme, pero la cosa no fue a más. —Tampoco iba a calumniarlo, por muy enfadada que estuviera.

—Mejor. Pero el tema es que Ager ya estaba molesto por la forma en la que te había agarrado en la discoteca, cuando discutisteis durante los lentos.

Recordé el modo en que me había sujetado de las muñecas y cómo Ager tuvo que emplear bastante fuerza para soltarme.

—Bueno, intentó meterme a la fuerza en el coche cuando me negué a montarme, pero...

—Pero... ¿qué? —Natalia estaba ansiosa. Decidí decirle la verdad.

—Le di una torta. De las que suenan.

—¡Eres la persona más impredecible que he conocido en mi vida! —exclamó entre risas.

—¿A qué viene eso? – No entendía su repentino buen humor.

—No digo que no se lo mereciera, yo en tu lugar tal vez le hubiera atizado también. —Dejó de reírse—. Pero lo que me resulta impredecible es que en cuanto te vi con ese pedazo de vestido di por hecho que ibas de caza, pero con la presa escogida de antemano. Estabas guapísima, no me extraña que Jon intentara besarte varias veces. Pero tú te hiciste la dura toda la tarde y toda la noche, le echaste la bronca en varias ocasiones y al final acabaste soltándole un guantazo. ¿No te parece impredecible?

Medité unos instantes su planteamiento.

—Puede ser. Aunque él también me resultó impredecible. Lo tenía por un chico más formal, deportista y estudioso. No un borrachuzo irresponsable y salido.

—Irresponsable y salido fueron algunos de los insultos que le solté ayer por el Messenger. Cuando nos confesó que te había dejado sola, mi primer pensamiento fue que había intentado meterte mano.

Las dos nos reímos mientras bajábamos del autobús. Era gracioso porque solo eran las teorías de una amiga preocupada, no la realidad. Eso habría sido terrorífico.

Me alegré de poder volver a contar con Natalia.

—¿De qué os reís, chicas?

Nuestras amigas nos miraron extrañadas al vernos partirnos de risa.

—Ya sé por qué Jon dejó sola a Edurne el sábado.

—Natalia, no hace falta que lo pregones —le advertí.

—Cuenta, cuenta —pidieron Tania y Nerea.

—Le hirió en su ego masculino. ¡Le pegó una bofetada!

—¡No! —exclamó Tania.

—¿Intentó meterte mano? —preguntó Nerea con la boca abierta.

—¿Qué pasa, que un chico solo se puede ganar una torta si intenta tocar más de la cuenta? —pregunté indignada.

Todas se rieron.

—¿Por qué le zumbaste, entonces? —insistió Nerea.

—Os lo voy a decir, pero prometed que no diréis nada. Recordad que su padre es policía y no estaría bien que se propagara por ahí algo así de su hijo.

—Vale, guardaremos el secreto —aseguró Tania, simulando cerrar una cremallera invisible en su boca. Todas asintieron.

—Además de que estaba tan borracho que habría dado positivo en un control de alcoholemia triplicando el máximo permitido, no quiso venir conmigo en taxi e intentó obligarme a entrar en su coche. Entonces fue cuando le aticé. Fue un acto reflejo.

Todas se quedaron calladas.

—Perdona, Edurne, no tendríamos que haberte dejado sola —reconoció Nerea agachando la mirada. Tania me agarró del brazo y asintió con la cabeza.

—Vale, chicas, disculpas aceptadas. Ahora vamos a clase y a olvidarnos de todo este tema, ¿de acuerdo?

Todas aceptaron mi petición y marchamos en silencio hacia el aula. Tocaba Historia a primera hora. Prometía ser una mañana muy larga.

Las cinco horas de clase se me hicieron eternas. Menos mal que ya estábamos con horario reducido para preparar los finales y salíamos a las dos de la tarde.

Nuria y Tania caminaban delante hacia la parada del autobús

cuando se pararon en seco. Se dieron la vuelta y corrieron hacia nosotras tres.

—Natalia, ¿ese no es el coche de Ager? —preguntó Nuria mirándome a mí de reojo.

Horror. Jon podía estar con él. No quería verlo ni por asomo en ese momento. La verdad es que dudaba de querer volver a verlo alguna vez.

—Sí, no sé qué hace aquí, juraría que tenía clase hasta las seis.

Se adelantó a nosotras y caminó hacia el vehículo. Di un enorme suspiro cuando pude comprobar que Ager salía solo de su Golf y que no había nadie más dentro. Nos acercamos hasta allí también.

—Hola, chicas. —Nos saludó con una gran sonrisa. Después se puso más serio para dirigirse solo a mí—, ¿Qué tal estás, Edurne?

—Bien, muchas gracias —respondí, como si solo se tratase de una pregunta de cortesía.

—Quiero pedirte perdón por lo del sábado, no me explico cómo Jon ha sido capaz de hacer algo así.

—Tú no tienes por qué disculparte. Tú no has hecho nada. —Le dejé claro que para mí no tenía ningún tipo de responsabilidad sobre lo sucedido.

—Ese es el problema, que no hice nada. Tendría que haberme dado cuenta a tiempo y no haberos dejado solos. Pero no te preocupes, me he encargado de poner firme a Jon y va a disculparse contigo en persona.

—¿Qué? Yo... preferiría que no lo hiciera.

—Creo que es demasiado tarde para eso. Me ha insistido en que le diera tu dirección, porque tú no le cogías el teléfono. Le pedí que te diera un poco de tiempo, pero puede que se pase esta misma tarde por tu casa.

—¡¿Por qué has hecho eso?!

No podía creerlo. Lo último que quería era recibir a Jon en mi casa y tener que aguantar sus huecas excusas para justificarse.

—Creí que era lo mejor. No hace falta que lo perdones de inmediato, solo escúchalo y deja que se disculpe. Está realmente arrepentido.

—Por aceptar una disculpa no te vas a morir, Edurne, no seas mala. —Natalia apoyó a su novio en sus esfuerzos por arreglar las cosas entre los amigos de ambos. Era patético, pero ya era irremediable.

—Está bien, lo escucharé, pero nada más.

—Con eso será suficiente. —Ager se dio por satisfecho.

El autobús llegó y todas menos Natalia nos subimos. Ella y Ager se fueron a comer a casa de sus abuelos. Seguramente después hablarían con Jon y le dirían que estaba dispuesta a escucharle. Nada me iba a librar de tener que verle la cara esa tarde, y encima en mi casa.

Subí a mi cuarto después de comer y decidí empezar a estudiar algo liviano. El examen de francés era de los últimos, pero no tenía ni pizca de ganas de ponerme a hincar codos con Historia o Filosofía, los exámenes más difíciles, al menos para mí.

Me entretuve leyendo en alto los diálogos del principio de cada tema. Sin duda, la pronunciación no era mi fuerte, pero me reía de mí misma oyéndome decir regular la mayoría de las palabras que llevaban la letra R. El pobre Teodoro, mi indefinido peluche, mitad perro, mitad gato, tuvo que aguantarme parlotear hasta las siete de la tarde. Al viejo muñeco le salvó el que me entrara una sed atroz de tanto hablar.

Bajé a la cocina a por algo de beber. También me había entrado hambre; ponerse a estudiar era la mejor manera de ganar peso, así

que abrí la nevera en busca de algo para picar. Daba igual dulce o salado. Probablemente en una hora volviera a por más, lo que fuera.

Di un enorme trago a la botella de zumo de manzana y casi me ahogo al oír el timbre. Mis padres estaban en la sala viendo la tele y tuve que salir disparada hacia la puerta para llegar antes que ellos.

—¡Ya voy yo! —grité con zumo aún en la garganta.

Vi cómo mi madre volvía a sentarse en el sillón junto a la ventana y continuaba cosiendo un botón de una de las chaquetillas de trabajo de mi padre, que estaba tumbado en el sofá viendo su concurso favorito.

Era una suerte que estuvieran entretenidos. No quería que me oyeran hablar con el inoportuno de Jon si al final se había atrevido a venir hasta mi casa a tratar de arreglar las cosas. Se suponía que yo había vuelto con ellos el sábado y Jon pensaba que lo había hecho en taxi. Podría aumentar mi castigo en más de un mes por mentir. Crucé los dedos para que no fuera él antes de abrir, cabizbaja para no verlo de forma directa y que no me dieran ganas de cerrarle la puerta en las narices.

Capítulo 9

Lo primero que me encontré fueron unas deportivas bonitas y limpias, pero demasiado sencillas para el estilo de Jon. Descarté que fuera él solo por eso. Subí la mirada a mayor velocidad, aliviada de que me dejara tranquila por el momento. En dos segundos recorrí de pies a cabeza al visitante. Vestía unos pantalones marrones algo desgastados y una camiseta blanca sin dibujos. Cuando llegué a su rostro, el zumo que acababa de beber pareció volverse sólido en mi estómago, haciéndome encoger la espalda y llevarme una mano sobre el diafragma, que se había tensado al intentar coger más aire del que cabía en mi cuerpo.

Él me miraba con cara de sorpresa y, de forma intermitente, leía un papelito que llevaba en la mano y comprobaba el número de mi casa, escrito en el lateral derecho de la puerta.

Cuando por fin conseguí soltar todo el aire que había inhalado, mi cerebro logró ir respondiendo una a una las preguntas que se me habían agolpado en la cabeza en tan solo un instante.

¿Estaba soñando otra vez? No lo creía. Podía notar el cálido viento entrar por la puerta y el aroma de las rosas del porche llegaba hasta mi nariz.

¿Era realmente él? Sí, su agraciado rostro era inconfundible, aun

sin la luz púrpura iluminando su silueta, tan perfecta incluso con la fina camiseta puesta.

¿Me había reconocido él a mí también? Era más que probable, porque me miraba con los ojos como platos. Dudaba de que mi expresión fuera menos delatadora en ese aspecto. Era imposible que no se diera cuenta de que lo había reconocido.

Y lo más frustrante de todo... ¿Qué hacía el muchacho de la cabaña en mi casa? Al parecer, traía una dirección escrita y la estaba comprobando ya por quinta vez.

Fui incapaz de hablar. Menos mal que él decidió hacerlo.

—Buenas tardes —esa profunda voz... «¡Espera!», recordé—. ¿Es esta la casa de Nieves Ezpeleta?

El zumo de mi estómago volvió a ser líquido cuando le oí preguntar por mi madre. Seguía sin poder respirar bien del todo, pero conseguí responder sin que pareciera que me estaba ahogando, sensación que realmente sentía.

—Sí, esta es.

Tres palabras, no me dio para más.

—¿Quién es, hija? —oí decir a mi madre detrás de mí. No pude responder, ni siquiera pude girarme para mirarla. El muchacho me había vuelto a atrapar en sus ojos negros, llenos de una tristeza insondable, tal como lo había hecho dos noches atrás.

—¿Qué deseas, muchacho? —le preguntó al acercarse a la puerta y me tocó el hombro. El contacto logró que me liberara del hipnotismo de aquella mirada y escapé de ella volviendo la vista hacia el porche. Pude ver un destartalado Land Rover Santana color crema aparcado delante de la entrada del jardín. Era el vehículo tipo pick-up que había visto el día anterior con los prismáticos de mi abuelo.

—Hola. Usted debe de ser Nieves. Vengo de parte de Damián.

Mi madre soltó mi hombro y se dirigió a él para estrecharle la mano.

—¡Oh, claro! Tú eres Andoni, el carpintero. Pasa, hijo, no te quedes ahí en la puerta.

Mi madre tiró de él y no le soltó la mano hasta que estuvo dentro.

—Me alegro muchísimo de que hayas podido venir tan rápido. Tengo ya muchas ideas de cómo podría ser el armario. Ven, te voy a enseñar dónde quiero ponerlo.

Lo arrastró escaleras arriba, pero se detuvo en el tercer escalón para gritarle a mi padre.

—¡Cariño, ven, ha venido el carpintero que me ha recomendado Damián!

Mi padre tardó unos segundos en levantarse del sofá y se acercó a las escaleras sin dejar de mirar la tele. Su concurso favorito estaba en lo mejor.

—Hola, chaval, encantado. —Le tendió la mano y le dio uno de sus frecuentes apretones ultradolorosos que hacían estremecer a cualquiera que mi padre tocara con sus manazas. Pero él pareció no inmutarse—. Yo soy Alejandro. Disculpa que no os acompañe, esto lo dejo en manos de mi mujer. Tómatelo con calma o te volverá loco con sus múltiples cambios de opinión sobre el dichoso mueble.

Mi padre le advirtió de la que se le venía encima y se fue de vuelta a seguir con su programa. El chico sonrió y yo me quedé aún más petrificada ante ese gesto de lo que ya estaba. Tenía la sonrisa más pura que había visto en mi vida.

—No te preocupes, cariño, ya lo tengo todo pensado. Y, si tú no estás interesado, ya le pediré a Edurne que nos dé su opinión.

Mi padre no respondió y mi madre me fulminó con la mirada indicándome que mi opinión estaba siendo requerida en ese preciso

momento.

—Edurne, hija, ¿qué haces ahí plantada? —No me había movido desde que había abierto—. Cierra y sube con nosotros.

Tuve que empujar la puerta con las dos manos para ser capaz de moverla. Mi cuerpo no respondía a la primera a las indicaciones de mi cerebro, aunque este tampoco tenía muy claro qué órdenes dar. Subí las escaleras hacia el primer piso a varios pasos de ellos, sin poder creerme aún que él estuviera en mi casa. Andoni. Por fin tenía nombre para aquel rostro de ensueño.

Mi madre le fue explicando cuáles eran las habitaciones que íbamos pasando. No entendí muy bien para qué le daba tantos detalles, pero me mantuve al margen.

—Aquí están los tres dormitorios. El primero, que es el nuestro, y el del medio los renovamos hace un par de años. Pero el del fondo, el de mi hija mayor, lo quiero cambiar entero. Sigue pareciendo el cuarto de una niña y hace ya tres años que se casó.

Andoni no dijo nada, solo asintió con la cabeza y siguió a mi madre escaleras arriba, hacia el segundo piso. Al pasar por delante de mi cuarto pude ver el vestido color ciruela extendido sobre mi cama. Lo había quitado de la silla para ponerme a estudiar y lo había apoyado sobre la cama para no olvidar lavarlo antes de acostarme. Debería haber cerrado la puerta, pero ya era tarde. Andoni ya había pasado por delante y seguro que lo había visto. Si aún tenía dudas sobre quién era yo, las habría resuelto todas con solo verlo.

—Y, bueno, a mi hija pequeña ya la has conocido —oí de pronto y se detuvieron en la puerta del desván a esperarme. Andoni se giró para mirarme de nuevo y me dedicó una gran sonrisa antes de responder.

—Sí, ya nos hemos visto antes.

El corazón se me paró en seco. ¿No se atrevería a decir delante

de mi madre que me había visto la otra noche?

—Perdona que te haya hecho esperar en la puerta. —Mi madre me agarró de los hombros—. No me ha dado tiempo a decirle a Edurne que esta mañana había ido a ver a Damián y que te iba a pasar nuestra dirección. La verdad es que no te esperaba tan pronto.

Suspiré. Al parecer, ella había pensado que ese «antes» se refería a unos minutos en vez de a un par de noches. Dudé de las segundas intenciones de las palabras del chico.

—No pasa nada. Es normal que no dejara entrar a un extraño en su casa, así sin más.

Me sonrió mostrando su alineada dentadura y esta vez estuve segura de que sus palabras iban con segundas. Se podría decir que el sábado había huido de él. Lo que Andoni no sabía es que corría porque no quería llegar aún más tarde a casa. Seguro que pensó que me había asustado de ver a un desconocido de madrugada.

—Sí, es cierto. Aún eres un extraño para casi todo el pueblo. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la cabaña?

Así que vivía allí. Cielos, un carpintero que vive en la cabaña del pescador. Y yo imaginándome paranoias sobre fantasmas. Menos mal que no le había contado mis teorías a nadie. Me sentí cohibida ante las indiscretas preguntas no laborales de mi madre, pero escuché con suma atención las respuestas.

—Solo una semana. Aún tengo mucho que arreglar, pero he querido venir a echar un vistazo a lo que quiere para el desván. Así lo alternaré con las reformas de la cabaña y se me hará más ameno.

Pensaba arreglar él mismo aquel destartalado edificio. Hice memoria tratando de recordar los detalles de la estructura. Podría llevarle meses dejarla habitable.

—Mira, aquí tengo unos diseños que he estado haciendo. Me

gusta dibujar y así puedo explicarte mejor lo que quiero.

Mi madre le enseñó orgullosa los bocetos sobre su ansiado «armario-ropero- empotrado-esquinero». Cuando se empeñaba en un proyecto no paraba hasta llevarlo a cabo. Yo me mantuve a distancia mientras ella explicaba con lujo de detalles cuántas baldas, puertas y cajones quería. Andoni la escuchó en silencio, asintiendo con la cabeza y sin levantar la vista del cuaderno de dibujo. Se veía tan real bajo las cinco bombillas de luz blanca de la lámpara del desván, pero no había perdido ni un ápice de su hermosura. Me pilló mirándolo cuando levantó la vista a la vez que mi madre.

—Edurne, te he preguntado que qué opinas —me repitió ella. Yo no la había oído la primera vez. Me sentí estúpida.

—Lo que tú quieras estará bien, mamá, tienes muy buenas ideas.

—Estoy totalmente de acuerdo —me apoyó Andoni—. Solo veo un pequeño problema. La altura.

Los tres miramos al techo.

—El techo es demasiado bajo —comenté, aunque ni siquiera había visto los dibujos de mi madre.

—Si no te importa, voy a bajar a mi camioneta a por la cinta métrica para confirmarlo. Pero creo que seis baldas será demasiado.

—¿Tú crees? —Mi madre no estaba muy convencida—. Edurne, anda, trae el metro de la caja de herramientas de la cocina.

Salí sin rechistar del desván para buscarla. En cuanto llegué a la cocina me senté en una silla y respiré profundamente. ¿Qué me estaba pasando? La presencia del muchacho en mi casa me había trastocado los sentidos y casi ni era capaz de hablar. Iba a pensar que era una tonta si me seguía comportando así. Bebí un vaso de agua para aclararme la garganta antes de sacar la caja de herramientas de debajo del fregadero.

Subí las escaleras a paso ligero, sin correr; no podía perder ni una sola gota de mi aliento. Desde el primer piso pude oír las voces de los dos, pero no distinguía lo que decían. ¿Cómo había sido tan poco avispada como para marcharme? ¿Y si en mi ausencia la conversación había dado un giro y a Andoni le daba por decirle a mi madre que esa tarde no era la primera vez que me había visto? Ella había parecido muy dispuesta a hablar también de temas no laborales.

Subí el resto de las escaleras de dos en dos y, según me acercaba, pude oír algo sobre tipos de madera y el precio aproximado del armario en función de cuál eligiera. Llegué con la respiración agitada al desván. Ambos me miraron extrañados ante mi fatiga.

—No hacía falta que corrieras, hija.

Genial. Ahora mi madre me había dejado en ridículo. Andoni iba a pensar que estaba ansiosa por llevarle la dichosa cinta métrica. Se la entregué a él apoyándola sobre la palma de la mano, y las yemas de mis dedos rozaron su piel. Sentí un chispazo y me retiré de inmediato, buscando sus ojos sin poder evitarlo. Él me miró de reojo, por lo que supuse que había sentido le misma electricidad que yo, pero no dijo nada y se dispuso a medir cada pared y cada ángulo a conciencia.

—¿Me permite? —Le pidió el cuaderno y sacó un lápiz del bolsillo trasero de su pantalón.

—Claro, claro, apunta lo que quieras. Y, por favor, trátame de tú.

Andoni asintió con la cabeza y garabateó unas suaves líneas sobre el dibujo a boli de mi madre.

—Tú mandas, pero, si quieres mi consejo, yo pondría solo cinco baldas.

Mi madre miró el dibujo. No parecía muy convencida.

—¿Qué tiene de malo que sean seis? —insistió.

—Malo, malo... Solo que el hueco entre una y otra va a ser muy estrecho. Depende de lo que pretendas guardar, tal vez no te entre.

—No sé, quería muchas baldas para poder guardar muchas cosas. —Se rio.

—Entonces serán seis, no hay ningún problema. ¿Puedo?

Andoni arrancó una hoja en blanco del cuaderno y comenzó a apuntar medidas. En unos minutos tenía un boceto casi idéntico al de mi madre, pero mucho mejor definido.

—Mañana por la mañana prepararé los primeros tablones y, si te parece, a la tarde podría venir.

—Me parece perfecto. Pásate a la hora que quieras después de comer. Alejandro no llega hasta las seis y media, pero Edurne y yo estaremos en casa toda la tarde.

—Estupendo. Mañana nos vemos.

Andoni dijo esta última frase mirándome a mí. Me impactó teniendo en cuenta que durante el resto de la conversación solo se había dirigido a mi madre.

Le acompañamos hasta la puerta de la entrada y mi padre salió para despedirse.

—¿Qué? ¿Ya os habéis puesto de acuerdo?

—Sí, está todo medido y calculado —aseveró mi madre, esperando impedir que siguiera criticando sus manías—. Y me he decidido por el roble, quiero que el armario aguante mucho tiempo.

—Espero que tengas mucha paciencia, chaval, porque no sabes en la que te acabas de meter.

—Alejandro, ya es suficiente. ¿Qué va a pensar Andoni?

Mi padre se carcajeaba mientras ella lo fulminaba con la mirada. Estupendo, Andoni tenía que presenciar una infantil discusión entre mis padres el primer día. Él fue más educado y salió por la puerta

sin darle mayor importancia a los comentarios. Se detuvo en el umbral y se giró hacia el interior de la casa.

—Mañana comenzaremos y, si van surgiendo cambios, no es ningún problema. Lo importante es que quede satisfecha con el trabajo.

—Seguro que sí, Damián me ha enseñado algunas fotografías de tus trabajos y me han encantado. Me gusta tu estilo y has sabido captar el mío enseguida. Estoy segura de que nos vamos a entender muy bien.

No me podía creer la conversación que estaba oyendo. Era una retahíla de cumplidos tras otra.

—Eso creo yo también —finalizó Andoni—. Hasta mañana, entonces.

Se marchó cerrando la puerta tras de sí. Mi madre convenció a mi padre de que subiera al desván para explicarle lo que se había acordado.

Yo no pude evitar acercarme a la ventana de la sala para mirar a hurtadillas y comprobar con mis propios ojos que aquel era su vehículo. No es que tuviera dudas, él mismo había mencionado una camioneta, pero esa fue la primera excusa que se me ocurrió para justificar estar espiando.

Lo vi montarse y arrancar el motor incluso antes de cerrar la puerta. Se puso en marcha en dos segundos y salió disparado de la plaza de aparcamiento. Parecía que llevaba muchísima prisa.

Mis padres bajaron dando voces por las escaleras. Parecían estar discutiendo. Me aparté de la ventana y me senté a ver la tele intentando parecer distraída.

—Si lo llego a saber, no te digo nada —se quejaba mi padre, con cara de asqueo.

—A ver, Alejandro, encima que te doy la razón te parece mal.

Solo te pido que vayas a decírselo antes de que empiece a hacer las baldas. No sé si va a ser eso lo primero que prepare.

—Debería comprarse un teléfono móvil. ¿En qué siglo vive?

Estaban hablando del armario y de Andoni. Me levanté del sofá y mostré interés en su conversación tratando de justificarlo con mi aversión a que se pelearan.

—¿Por qué discutís?

—Tú madre, que ya está cambiando de opinión antes de empezar.

—Mejor ahora que con el trabajo hecho, ¿no? —se justificó ella.

—¿Ya no quieres hacer el armario? —Había un miedo en mi voz que no pude disimular. Me acababa de hacer a la idea de ver a Andoni en mi casa con frecuencia los próximos días. Pensar en que no iba a ser así me estrujó el corazón.

—Claro que sí, solo que Andoni tenía razón. Qué chico más profesional.

Miré alucinada a mi madre, que tenía una expresión de orgullo muy peculiar.

—¿En qué tenía razón? —pregunté intrigada.

—Tu padre ha visto lo mismo que él, que seis baldas van a ser demasiadas. Lo que queremos guardar ahí son mantas y edredones, y de grosor no van a caber bien si ponemos seis. Aun así, él me ha aconsejado, pero no ha insistido cuando he rechazado su idea. Ha respetado mi diseño. Lo menos que puedo hacer es decirle que no haga seis baldas antes de que empiece. Y tu padre se niega a ir hasta la cabaña a avisarlo.

—Estoy muy cansado. Díselo mañana cuando venga.

—¿Y si para entonces ya las tiene hechas?

Observaba estupefacta a mis padres, que se miraban el uno al otro, cuando ambos giraron su cabeza hacia mí y alzaron una ceja. A

mi madre se le había pegado el gesto.

—¿Qué te parece si le levantas el castigo por un rato? —propuso.

Mi padre dudó solo unos segundos.

—Lo que sea porque me dejes tranquilo. Estoy viendo que, si no, no vas a pegar ojo y no me vas a dejar dormir a mí tampoco.

—Gracias, cariño. —Le dio un beso antes de acercarse a mí—. Edurne, mira que bien, así te das un paseo y te aireas, que llevas toda la tarde en tu cuarto estudiando.

—¿Qué quieres que haga, mamá? —pregunté por preguntar. Ya me había hecho una idea de lo que me iba a pedir. Dudé de ser capaz de hacerlo.

—Coge tu bici y ve a la cabaña del pescador, ya sabes, la del río. Dile a Andoni que lo siento mucho, pero que lo he pensado mejor y que tenía razón, que con cinco baldas va a ser suficiente.

No fui capaz de inventar ninguna excusa para no ir. El castigo era la mejor, pero mi padre se había adelantado cancelándomelo por su propio interés. Tener que estudiar no iba a colar, así que, para cuando quise darme cuenta, estaba pedaleando por el puente hacia su casa.

Capítulo 10

Pude ver el morro de la camioneta sobresalir por detrás de la deteriorada cabaña. Andoni ya había llegado. También vislumbré una tenue luz que iluminaba una de las ventanas laterales. Bajé de mi bicicleta y anduve arrastrando los pies, procurando hacer ruido al revolver la gravilla del suelo. Ojalá me oyera llegar y saliera. No estaba preparada para llamar a su puerta. ¿Qué pensaría al encontrarme allí de nuevo?

Al ver que no salía, me acerqué a la ventana iluminada. El cristal estaba rajado y no había persianas ni cortinas. Solté mi bici y apoyé las manos contra los cristales, evitando la grieta para no cortarme. Acerqué la cara a la ventana.

La luz provenía de unas velas que formaban un triángulo sobre una mesita de noche. Al lado, una gran cama con las sábanas perfectamente estiradas y, al otro, una mecedora que aún se movía, sobre la cual había algunas prendas de ropa. Los escasos muebles parecían demasiado nuevos para pertenecer a esa malograda casa, lo que me llevó a pensar que tal vez los hubiera hecho Andoni con sus propias manos.

De pronto, se abrió una puerta detrás de la mecedora y un haz de luz iluminó toda la habitación, cegándome por un momento.

Aparté el rostro del cristal, pero no las manos. En los pocos segundos que tardé en recuperar la visión, una silueta que bloqueaba parte de la luz eléctrica que me había dejado fuera de juego atravesó la estancia.

Las manos de Andoni se apoyaron sobre el cristal al otro lado de la ventana, quedando nuestras palmas enfrentadas y solo separadas por un centímetro de vidrio. Pude ver el gesto de confusión de su rostro cuando me reconoció y abrió la ventana haciéndome apartar las manos, que parecían haberse quedado pegadas. Di un paso hacia atrás.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó después de sacar medio cuerpo fuera. Tenía el pelo mojado y el torso al descubierto con algunas gotas de agua en sus hombros. Acabaría de salir de la ducha. Esperaba que al menos llevara una toalla a la cintura. ¿Es que iba a tener que ver a este muchacho semidesnudo siempre? Intenté convencerme de que había tela del ombligo para abajo, lo único que la pared ocultaba de él, y traté de hablar.

—Me envía mi madre. Es por el armario.

Los motivos se me atropellaron y me arrepentí de mis torpes palabras, que lo único que dejaban claro es que no estaba allí por voluntad propia.

—¿Por eso espiabas por mi ventana? —Su media sonrisa me robó el aliento.

Me quedé en blanco. No tenía excusa posible ante el hecho de estar cotilleando por la ventana de su casa. Inventé un motivo que pareció convencerle.

—Disculpa, era curiosidad. He pasado por delante de esta cabaña cientos de veces, pero nunca había visto el interior.

—Si quieres, puedes entrar. La verás mucho mejor que desde la ventana. —Se rio. Seguía pensando que era una cotilla—. Pero te

adelanto que no hay gran cosa que ver.

Metió de nuevo la mitad de su cuerpo en la casa y, en cuanto dio un paso hacia atrás, miré hacia el suelo. Aún no estaba segura de que hubiera una toalla amarrada a su cintura.

—¿No vas a entrar? —se asomó de nuevo.

—Yo... quería darte tiempo a que te vistieras. —Alcé la mirada, pero no levanté la cabeza.

Se rio a carcajadas.

—Edurne —dijo mi nombre y no pude evitar desear encontrarme con sus ojos—, no es la primera vez que me ves sin camiseta.

No podía ser de otra forma. Antes o después deberíamos hablar de nuestro primer encuentro. Pero yo aún no estaba preparada para ello. No hasta que me sintiera capaz de hablar con él, o al menos mirarle, sin que pareciera que me estaba derritiendo. Salí por peteneras.

—Bueno, pero imagino que si acabas de salir de la ducha querrás terminar de asearte y vestirte. Puedo esperar aquí un rato.

Se rio de nuevo, aún más fuerte que antes. ¿Qué tenía de gracioso lo que acababa de decir? Me tenía desconcertada.

Se apoyo en el alfeizar de la ventana y, de un salto, cayó sobre el césped. Solo noté el impacto de sus pies contra el suelo por el sonido, porque me descubrí a mí misma con las manos en la cara, tratando de no ver... «sus vergüenzas».

—No me estaba duchando. Estaba intentando arreglar la ducha, que es muy distinto. —Me apartó las manos de la cara agarrando mis muñecas con suavidad—. Tranquila, llevo pantalones.

Noté sus manos sujetando con suma delicadeza las mías, a pesar de sentirlas frías y algo ásperas.

—Y no has tenido mucho éxito con la reparación —balbuceé para decirle algo y que dejara de mirarme tan fijamente.

Me soltó y se sacudió el pelo mojado.

—Me parece que tendré que seguir bañándome en el río, por el momento—. Restregó las manos por las perneras de su pantalón marrón, que parecía negro de lo mojado que estaba—. Tienes razón, será mejor que me cambie. —Se volvió hacia la ventana y entró de nuevo en la casa de un salto—. La puerta está abierta. Puedes ir echando un vistazo. Enseguida estoy contigo.

Cerró la ventana haciendo temblar el endeble cristal.

Me acerqué a la entrada. Solo se podía acceder por una puerta, aunque al parecer Andoni prefería usar las ventanas. La abrí despacio y entré. El suelo protestó ante mi llegada. Anduve con paso firme para que Andoni pudiera oír que había entrado y que supiera exactamente dónde estaba. Me sentía fatal por haberle parecido una cotilla.

Inspeccioné la primera estancia de la cabaña de una sola planta. Era lo que parecía una sala, pero estaba tan vacía que podría haber sido cualquier otra cosa. Excepto varias columnas de cajas apiladas y el hueco de una chimenea, solo contaba con dos sillas y una pequeña mesa sobre la que estaban las únicas velas que alumbraban la estancia. Los tres muebles parecían nuevos. Estaba segura de que también los había hecho él.

Al parecer, lo único que quedaba de la cabaña original era la estructura exterior, porque hasta la cocina era nueva. Una puerta sin manilla, de las que se abren hacia ambos lados, era el acceso a una pequeña habitación con un frente de cocina nuevo, pero de un estilo algo rústico que conseguía no desentonar con el entorno. La estancia no estaba iluminada. Movida por la curiosidad de ver mejor los muebles de madera que envolvían la nevera, la lavadora y los fogones, apreté el interruptor sin pensar. Un calambre recorrió mi brazo y se extendió por todo mi cuerpo. El fluorescente del techo se

encendió solo un segundo para apagarse tras un chispazo. Pude notar un olorcillo a quemado y hasta me pareció ver humo en la oscuridad.

—¡¿Estás bien?! —oí gritar a Andoni a lo lejos.

Antes de que pudiera responder, llegó hasta mí provocando que la madera del suelo sonara violentamente bajo sus vertiginosos pasos. Me hizo girar sobre mí misma agarrándome de los hombros. El calambre que había absorbido mi cuerpo al tocar el interruptor pasó a las manos de Andoni haciéndolo estremecer.

—¡Caray! ¿Siempre das calambre a quien te toca?

—Por lo general, no. —Ya era la segunda vez que la electricidad pasaba entre nuestros cuerpos al entrar en contacto. Pero esta vez tenía un motivo razonable.

—Lo siento, tendría que haberte advertido de que los cables estaban un poco sueltos. Solo he conseguido que funcionara la luz en el baño y la cocina. Y, por lo que veo, no lo he hecho muy bien.

Olfateó el aire, arrugando la nariz al detectar el olor a quemado.

—No ha sido culpa tuya. Yo no tendría que haber tocado nada sin permiso.

Menuda imagen le estaba dando. Primero husmeaba por su ventana y después toqueteaba lo que no debía. Para colmo, le dejaba sin la poca luz que había logrado tener.

Pero él no estaba enfadado, ni siquiera molesto. De hecho, parecía ver divertido mi exceso de curiosidad.

—¿Qué dices? Me acabas de librar de electrocutarme. Gracias por hacerlo tú en mi lugar.

¿Mes estaba tomando el pelo? Se reía entre dientes y me miraba sin esa sombra de tristeza en los ojos, o al menos no podía verla bajo la luz de las velas.

—Ahora, en serio —dejó de reírse y levantó mi barbilla con su

dedo índice. Esta vez no hubo electricidad en el contacto—. ¿Estás bien?

—Sí, ya se me ha pasado el tembleque. —Me sacudí para expulsar cualquier resto de la energía que había entrado en mi cuerpo a través del cable que había tocado.

—Muy bien. ¿Quieres ver el resto de la casa? —Me dio paso con un gesto de su mano—. Aunque ya ha anochecido y tendrás que conformarte con la luz de las velas.

Me dirigí hacia la puerta que señalaba y entré en el cuarto que había visto desde la ventana. La puerta del baño estaba abierta e iluminaba la habitación. Era la única luz eléctrica con la que contaba en toda la casa después de mi brillante intervención en la cocina.

—Y esto es todo —me dijo cuando eché un vistazo al baño medio inundado—. A no ser que quieras ver el cobertizo también.

Tras la proposición abrí la boca para decir lo que pensaba en realidad, pero mientras hablaba pensé que la propuesta era una ironía respecto a mi curiosidad.

—¿Qué hay en el cobertizo?

Debería pensar las cosas antes de hablar.

—Nada en especial. Podríamos decir que es mi taller.

—Ah.

Con ese sonido indefinido quería hacerle ver que me daba por satisfecha con la visita guiada. Él no lo interpretó igual.

—Vamos, te lo enseñaré.

Lo miré sorprendida y no le seguí. Él ya estaba andando hacia la puerta de la entrada. Al ver que no avanzaba, se detuvo y me miró con los ojos entrecerrados. Parecía que intentaba averiguar por qué no me movía. Por los cambios de expresión de su cara, tuve la sensación de que se le habían ocurrido muy distintas razones.

—Tranquila, allí sí hay luz. —Me ofreció su mano.

No pude evitar aceptarla. Estaba tan dispuesto a satisfacer mi curiosidad que me resultaba imposible no hacer lo mismo con su disposición a hacerme de guía turístico por su propia casa. Volver a tocarlo era algo que intentaba no desear.

Me llevó de la mano hasta que estuvimos en la puerta del cobertizo, a unos metros detrás de la casa y algo oculto entre los primeros árboles del bosque.

Me soltó para abrir la pesada puerta. Pulsó dos interruptores y los fluorescentes se encendieron poco a poco. Uno de ellos permaneció parpadeando casi un minuto, volviendo tenebrosa mi visión de reconocimiento del interior del cobertizo. Cuando por fin se encendió por completo sentí la mirada de Andoni sobre mí. Esperaba algún comentario. Le dije lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿Es aquí donde has hecho los muebles que hay en la cabaña?

Me miró levantando una ceja. El gesto me resultó muy familiar y me vi a mí misma o a mi padre en su expresión. Debía de haber dicho alguna tontería.

—¿Cuánto tiempo crees que se tarda en hacer una silla o una cama?

Hizo una pausa esperando una respuesta. Solo me encogí de hombros.

—Edurne, solo llevo una semana aquí. Ya los traía hechos. —Puse cara de inocente y me sonrió—. Pero me alegra que hayas deducido que los había hecho yo mismo.

—Son fantásticos.

—Mira, esto es lo único que he hecho desde que he venido. Excepto empezar a arreglar la cabaña, claro.

Se dirigió hacia el fondo del cobertizo y descubrió una mesa a medio hacer que estaba cubierta por una tela.

—La pondré en la cocina cuando esté terminada.

—Es muy bonita. —No sabía por qué mi mano había sido tan indiscreta, pero de pronto estaba tocando la superficie aún sin pulir de la mesa.

—Es madera de cedro —me explicó—. Es la única que he podido encontrar en el pueblo. Mañana por la mañana iré a la ciudad a por madera de roble para hacer vuestro armario.

¡El armario! Había ido allí para explicarle lo de las baldas y volver. Seguía castigada y mi visita tenía el único fin de darle el aviso de mi madre. Si tardaba mucho mis padres iban a sospechar.

—Precisamente venía para hablarte del armario.

Aguardó en silencio mi explicación. Tardé en seguir hablando porque había vuelto a fijar su penetrante mirada en mí y mi cerebro volvía a trabajar a un ritmo demasiado lento.

—Mi madre le ha dado un par de vueltas y le ha consultado a mi padre. Al final ha decidido seguir tu consejo de poner solo cinco baldas. Me ha pedido que viniera a avisarte antes de que te pusieras a hacerlas.

—Es muy considerado por su parte avisarme del cambio. Dale las gracias, por favor.

—Claro.

—Y gracias a ti por venir a decírmelo.

—De nada.

Me di cuenta de que era sumamente educado, además de muy solemne al hablar cuando se trataba de trabajo.

—¿Alguna cosa más? —me preguntó tras unos segundos en silencio.

—No, no de momento.

Miré mi reloj y me di cuenta de que llevaba allí media hora. Demasiado tiempo para dar un simple mensaje.

—Entonces, solo has venido a decirme eso.

—Sí, de hecho, debería irme. —Empecé a ponerme nerviosa. ¿A qué otra cosa pensaba que podría haber ido?

—¿Tienes prisa? —me preguntó de forma casual, siguiéndome según salía del cobertizo.

—La verdad es que sí. Llevo aquí más tiempo del que debería y ya estoy castigada por llegar tarde una vez.

—¿Llegabas tarde el sábado? —Se acercó hasta estar a tan solo un paso de mí.

Me di la vuelta y le clavé la mirada.

—Muy agudo.

Se rio.

—Tú no eres la única que siente curiosidad. Entiende que me desconcertó verte por aquí a esas horas y sola.

—Es una larga historia de la que mis padres no saben ni la mitad. Te agradecería que fueras discreto y que no mencionaras que me viste.

—¿Me pides que les mienta? —Trató de parecer ofendido, incluso horrorizado, por eso supe que exageraba.

—Solo te pido que no lo menciones. Ellos no te van a preguntar nada. Ni se lo imaginan.

—Descuida, tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias.

—Siempre y cuando me cuentes qué hacías por aquí.

—¿Qué?

¿Me estaba chantajeando?

—Te he advertido que no eres la única curiosa. Creo que es justo. Yo no hablo a cambio de que tú lo hagas.

—No es muy justo. Tú no tienes que hacer nada y yo sí.

Se quedó pensando. Yo resoplé indignada.

—De acuerdo. Tú hablas y yo te llevo a casa para que no llegues

tarde hoy. Tu bici no parece muy rápida. ¿Trato hecho?

No esperó a que le respondiera. Rodeó el edificio y en un minuto apareció con mi bici a cuestas. La subió a la parte trasera del Land Rover y entró en la cabina. Abrió desde dentro la puerta del copiloto e hizo parpadear las luces a modo de aviso. Pensé en algo que inventar para satisfacer su curiosidad mientras me sentaba a su lado, solo separados por un curioso tercer asiento en la parte delantera. Era mejor decirle la verdad, aunque fuera sin muchos detalles. Ya tenía en mi cabeza cuatro versiones de lo que había pasado el sábado.

Una era la oficial, la que había contado a mis padres: había vuelto en el coche de Jon con mis amigas. La segunda era la que les había contado a ellas, excepto a Nuria, tercera versión. Todas pensaban que había vuelto en taxi. Nuria sabía que lo había hecho andando. Pero no conocía la verdad completa, la cuarta versión, y era que me había encontrado con Andoni.

Crear una quinta adaptación para él me parecía demasiado complicado considerando mi poca experiencia con las mentiras. Desde luego, me había estrenado a lo grande.

—¿Es una historia muy larga? —Lo miré confundida—. Es para conducir más despacio si fuera necesario —bromeó.

—No demasiado. Te lo voy a resumir bastante —refunfuñé.

—Te escucho —murmuró mientras se incorporaba al camino.

No me podía creer lo que le estaba a punto de contar a un desconocido.

—El sábado fue el cumpleaños de mi amiga Natalia.

—¿Cuántos cumplió?

—Dieciocho.

—¿Sois de la misma edad?

—Yo aún tengo diecisiete.

—Te echaba alguno más. —Me miró de reojo.

—Bueno, tengo diecisiete y medio.

—Oh, y medio.

Me molestó el tono con el que repitió mis palabras.

—Sí, nací en diciembre. ¿Cuántos años tienes tú?

—Veinte. Y nueve días.

—Oh, entonces..., felicidades, supongo.

Llevaba solo una semana en el pueblo. ¿Habría llegado aquí justo por su cumpleaños?

—Gracias..., supongo —sonrió—. Continúa.

Retomé la historia que apenas había empezado.

—Bueno, el novio de Natalia y un amigo suyo nos llevaron a todas a celebrarlo a La Loko.

—¿Qué es eso?

—Una discoteca. Está al final del camino del río.

—¿Volviste desde allí andando sola?

—¿Vas a interrumpirme todo el rato? —Soné más borde de lo que pretendía.

—Disculpa. Sigue.

—El caso es que mis amigas me dejaron sola con el amigo del novio de Natalia.

—Entiendo —murmuró.

—No, no entiendes nada. No es lo que piensas.

—No puedes saber lo que pienso —protestó.

—Ni tú puedes saber lo que pasó —repliqué.

Cogió aire para objetar algo más, pero se calló. No quería que pensara que entre Jon y yo había algo. Me horrorizó la idea.

—¿Vas a dejar que te lo cuente o no? Tú eres el que ha querido saberlo.

—Sí, prometo no volver a interrumpirte. Solo dime una cosa

antes. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Él.

—Jon. ¿Por qué?

Su voz se endureció.

—Por nada. Quiero saber de quién huías.

—Te he dicho que no era lo que estabas pensando, fuera lo que fuera lo que pensabas.

—De acuerdo. Continúa.

—Bueno, mis amigas creían que nos queríamos quedar solos y se marcharon sin mí. Con lo que no contaban era con que yo no quería quedarme con él y que, además, él había bebido demasiado para conducir. Me negué a montarme en su coche. Y se marchó sin mí.

Decidí omitir detalles como el intento de beso y el tortazo.

—¿Eso es todo?

—En resumen, sí.

—Así que decidiste volver andando a casa para despejar tus ideas y contemplar el espectacular cielo de aquella noche.

—No, no fue así exactamente. Habría llamado un taxi de no haber olvidado mi móvil. Y habría entrado en la discoteca a llamar desde un teléfono público si no se hubiera montado una pelea en el aparcamiento. Mi única opción era la que decidí tomar.

Detuvo la camioneta unos metros antes de llegar a mi casa.

—¿Por qué te paras aquí? Mi casa está un poco más adelante.

—Hay un chico en tu porche.

Acerqué la cara al parabrisas y vi el León rojo de Jon delante de mi casa. Pude ver a mi madre hablando con él justo antes de cerrar la puerta. Jon recorrió el camino del jardín y se metió en su coche.

—Por tu cara, deduzco que ese es Jon. —Su voz sonó seria.

—Me habían dicho que iba a venir a pedirme perdón, pero en el fondo esperaba que no lo hiciera. Me alegro de no haber estado en casa.

El León pasó a toda velocidad por el lado izquierdo de la camioneta. Yo me encogí en el asiento tratando de ocultarme.

—¿He de suponer que ese chico no te hizo nada? —Noté su voz tan preocupada como sus ojos cuando me miraron en mi escondite.

—No tienes que suponerlo. No me hizo nada. Solo que...

—¿Qué? —preguntó impaciente.

—Él sí quería que nos dejaran solos el sábado. Yo lo rechacé varias veces y cuando le dije que no me iba a montar con él en el coche trató de obligarme. Entonces yo le di una torta.

La preocupación de sus ojos desapreció de inmediato.

—¿Y por eso te escondes?

—No me apetece hablar con él. Ya sé lo que me va a decir y aún no estoy preparada para perdonarlo. Me siento... decepcionada.

No podía creerme que le estuviera mostrando de forma tan abierta mis sentimientos a un desconocido. Al plantearme esta cuestión, me di cuenta de que ya no veía a Andoni como tal.

—Hoy te has librado, pero no te puedes esconder de los problemas. Tienes que enfrentarlos.

Ahora me parecía que me hablaba como un hermano mayor. Cuando lo miré para responderle, descubrí que jamás podría verlo de esa forma.

—Mientras esté castigada, me niego a hablar con él. No puedo salir en toda la semana por llegar tarde y, en gran parte, es por su culpa.

—En ese caso, hazle sufrir un poco —me propuso con voz juguetona—. Pero, como no quiero que dejes de hablarme a mí también, más vale que entres en casa antes de que te vuelvan a

castigar. Te estarán esperando para cenar.

Miré mi reloj. Eran las nueve y cuarto. Siempre cenábamos a las nueve.

—¡Cielos! ¡Sí que es tarde!

Andoni salió después de mí y bajó la bici de la parte trasera de la camioneta.

—Gracias por traerme.

—A ti, por confiar en mí.

—Supongo que mantendrás tu palabra de no decir nada. —Me quise asegurar. Había hablado demasiado. ¿Cómo había conseguido sacarme toda esa información?

—Soy un hombre de palabra —corroboró. A través de sus ojos pude ver que no mentía.

—Me alegra saberlo.

Cogí la bici y me alejé despacio. Me giré hacia él tras apenas dos pasos.

—Hasta mañana, Andoni. —De pronto, me sentí extraña al alejarme de él.

—Buenas noches, Edurne —respondió con gesto amable.

No arrancó el motor hasta que me vio entrar por la puerta de mi casa.

—¡Ya he vuelto!

—Llegas justo a tiempo para cenar —anunció mi madre desde la cocina.

Mi padre apagó la tele y salió de la sala. Me pasó el brazo por encima del hombro y me llevó hasta la mesa.

—Dime, hija, ¿cómo se ha tomado el carpintero que tu madre no aguante ni el primer día sin empezar a hacer cambios?

Seguía vacilando a mi madre y no se había parado a pensar en que había tardado más de lo necesario para llevar un recado.

—Bien, agradece que le avisemos antes de empezar.

—Lo ves, Alejandro, te dije que era mejor.

—Sí, siempre tienes razón —admitió con sarcasmo.

—Por cierto, Edurne, poco antes de que llegaras ha pasado por aquí un amigo tuyo. Jon, ha dicho que era. Quería hablar contigo, pero, como no estabas, ha dicho que volvería mañana.

—Ah, vale —preferí no hacer ningún comentario.

—¿Es ese amigo del novio de Natalia? El hijo de ese inspector de policía, que era del pueblo, ¿cómo se llama...?

—Adolfo Beltrán —intervino mi padre—. Fue el que detuvo a aquel ratero que rondaba por los comercios del pueblo, cuando aún era solo un oficial. Supongo que eso le sumó puntos.

—El mismo. ¿Es él, hija?

—Mmm, creo que sí —intenté parecer desinteresada.

—¿Y qué querría a estas horas tu amigo? —preguntó mi padre levantando su ceja.

—No lo sé. Mañana me lo dirá, imagino. —Escurrí el bulto. Tenía un día para inventar un motivo convincente y practicar cómo decirlo sin que se me notara la mentira. Empezaba a estar harta de tener que mentir a mis padres por culpa de Jon.

—¿Es tu novio? —preguntó mi padre sin bajar aún la ceja.

—¡No! —exclamé encolerizada.

—Pero parece que quiere serlo —añadió mi madre.

—No sé por qué piensas eso. Solo somos amigos. —Ya ni eso.

—Bueno, bueno. Yo solo he dicho que me había parecido que el muchacho mostraba un mayor interés por ti, viniendo a buscarte a casa y eso. No te enfades.

—Me enfado porque no es cierto. No es mi novio ni lo va a ser. ¿Está claro?

Mis padres se miraron sorprendidos. Yo no volví a hablar en toda

la cena. Ellos cambiaron de tema y me dejaron en paz hasta que terminamos de fregar.

—¿Te has desenfadado ya, Edurne?

—No estaba enfadada, mamá, solo me ha molestado que pensarais algo que no es.

—Como prefieras llamarlo —concluyó.

No iban a dejarme en paz con el tema, así que me busqué una tarea que hacer para irme de la cocina cuanto antes.

—Voy a lavar a mano el vestido que me dejaste y después me iré a dormir. Buenas noches.

Les di un beso y busqué en el armario junto a la lavadora el detergente de prendas delicadas. Antes de salir por la puerta, mi padre me llamó.

—Espera, Edurne, quería preguntarte algo.

—Dime, papá.

—¿Estabas enterada de las detenciones que hubo el sábado en la discoteca a la que fuiste?

Me quedé blanca.

—No, no tenía ni idea. —No mentí, aunque imaginaba la causa.

—Viene en el periódico, échale un vistazo. Pero no quiero que vuelvas a pisar ese lugar.

—Alejandro, he leído que fue en el aparcamiento, no en la propia discoteca, y no había ningún trabajador implicado.

—Me da lo mismo; al salir se puede encontrar con todo el pastel. Si suele haber bronca por allí, no quiero que se acerque.

—Como quieras, papá —quise tranquilizarlo. Por el momento no tenía pensado volver. Ya intentaría persuadirle más adelante si fuera necesario. Era la primera vez, que yo supiera, que había habido jaleo cerca de la disco—. Voy a leer el artículo, por curiosidad.

Salí disparada hacía la sala a coger el periódico. Me sentí muy

preocupada por el pobre chaval indefenso al que habían pateado. Ojalá las detenciones no se debieran a la muerte de nadie. Crucé los dedos antes de llegar a la sala.

«Cinco detenidos tras una pelea en las inmediaciones de una discoteca».

El titular de la portada no hablaba de los heridos ni de las causas de la pelea, así que busqué ansiosa la página seis en la sección local y leí atropelladamente el pequeño artículo. Poca información para algo que yo valoraba como muy importante.

Al parecer, las causas de la enganchada habían sido unos insultos entre dos cuadrillas. Algunos de ellos se encontraron más tarde con uno de los otros que iba solo y se ensañaron con él. Los demás no tardaron en llegar y se montó una batalla campal entre más de quince personas, resultando seis de ellas con heridas leves. Al primer muchacho tuvieron que darle varios puntos en la cabeza, pero no fue necesario hospitalizarlo.

Mientras lavaba el vestido en el baño, mi imaginación voló mezclando lo que había visto realmente con lo que describía el diario. Me pareció muy triste que por unos insultos dos cuadrillas hubieran acabado a golpes, e incluso detenidos. Al menos el muchacho estaba bien. No podía evitar sentirme culpable por no haberle podido ayudar.

Me acosté dándole vueltas a la cabeza con el tema. Solo el recuerdo de Andoni me hizo olvidar la angustiosa pelea y me ayudó a conciliar el sueño.

Capítulo 11

Los martes teníamos Economía a primera hora. Nuria era mi compañera de pupitre en esa clase y aprovechó que la profesora nos había dado ejercicios para hacer en parejas para interrogarme sobre la dichosa noche del sábado.

—Bueno, creo que hay algo que ibas a contarme.

—Ah, ¿sí? ¿Sobre qué?

—Venga, Edurne. Sabes que no diré nada. Cuéntame los detalles inconfesables. ¿En serio Jon y tú no os besasteis?

—Ya te he dicho que no pasó nada con Jon.

—Pero no sería porque él no lo intentara.

—Desde luego que lo intentó, y varias veces. Una de ellas me asustó.

Recordaba cómo me había agarrado por la cintura y acorralado contra su coche para besarme. Justo antes de oler su aliento ebrio.

—¿Te asustó más que andar sola por el río?

—Fue otro tipo de miedo. No es comparable.

—Sí, tenías tanto miedo que tuviste alucinaciones. Mira que pensar que había luz en la cabaña.

Tenía que decírselo. Necesitaba hablar con alguien de ello. Además, Nuria ya había prometido mantener el secreto. Y, de todas

mis amigas, era la más discreta.

—No fueron alucinaciones.

—¿Cómo?

—Que realmente había luz en la cabaña.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Has vuelto para comprobarlo?

—Algo así. Es una larga historia.

Nuria puso cara divertida y cogió su mochila.

—No te preocupes, tenemos un buen rato para que me lo cuentes. —Abrió una carpeta y sacó varios folios escritos—. Estos balances los hice ayer estudiando, son del final del libro.

Vaya casualidad. Ya no tenía escapatoria. Quizá fuera mejor así.

—A ver, por dónde empiezo... Bueno, digamos que no fui sincera del todo contigo el domingo. Sí que me encontré con alguien de camino a casa. Pero en aquel momento no sabía quién era.

—¿Con quién te encontraste? ¿Dónde?

Empecé a ponerme nerviosa ante su curiosidad.

—Al llegar a la cabaña del pescador no solo vi luz. También vi a un chico que no conocía.

—¿Era guapo? ¿Te dijo algo?

—Apenas cruzamos un par de palabras. Yo le dije que iba a casa y él que estaba pescando. Y... sí, es guapísimo.

—¡Y por qué te marchaste sin decirle nada más!

—Ya llegaba muy tarde. Además, era un extraño en mitad del bosque y de madrugada. Por muy guapo que fuera, me asusté bastante.

—¿Le has vuelto a ver? ¿Cómo era?

Preguntas y más preguntas.

—Sí, le volví a ver ayer. Resulta que mi madre quiere hacer un armario empotrado y estaba buscando un carpintero. Cuál fue mi sorpresa al ver a Andoni en la puerta de mi casa ayer por la tarde y

sin tener ni idea de quién era realmente ni qué hacía allí. Casi me da un infarto cuando le vi. ¿Cómo iba a saber que él era el carpintero?

—¡Dios mío! ¿Y te reconoció?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Nada en ese momento. Me echó un par de indirectas que mi madre no pudo coger. Pero luego, cuando fui a la cabaña, me lo dio a entender más claramente.

—Espera, espera. ¿Fuiste a la cabaña y le viste?

—Ah, sí. Es que resulta que vive allí.

—¿Qué? ¡Si está ruinosa!

—Bueno, él la está arreglando. Solo lleva una semana aquí. Imagino que la ha comprado. No se lo he preguntado.

La profesora pasó por nuestro lado y miró nuestros ejercicios. Hicimos como que discutíamos sobre los ingresos y gastos y se marchó a su mesa.

—Así que se llama Andoni y es carpintero. —Nuria se quedó pensativa unos segundos antes de volver con el interrogatorio—. ¿Cuántos años tiene?

—Acaba de cumplir veinte.

—¿Y ya vive solo? Qué raro. Encima, en medio del bosque. Muy raro —repitió meditabunda.

—Sí, la verdad es que es poco habitual.

Nuria hizo otra pausa antes de preguntarme de nuevo, esta vez más bajito.

—¿Y por qué fuiste a la cabaña?

—Mi madre me pidió que le diera unas indicaciones sobre el armario.

—Ah...

Nuria me miró desconfiada.

—¿Te gusta?

—Apenas acabo de conocerlo.

—Eso no importa.

Tenía razón.

—Creo que... podría llegar a gustarme... mucho.

—Uf, tiene que ser muy pero que muy guapo. —Su sonrisa se volvió traviesa.

—Es más que eso. Es... misterioso.

—¿Misterioso? Lo sería la noche que le viste, pero, ahora que ya sabes qué hacía allí, como mucho es... raro.

—No, no me refiero a eso. Tiene una mirada triste que no puede ocultar. Es como si algo terrible le hubiera pasado y lo atormentara. Me inspira... ternura.

Acababa de darme cuenta de que ese era el sentimiento que predominaba, aunque no el único.

—¿Ternura? ¿Hacia un tío bueno que apenas conoces? Yo sentiría otra cosa.

Se rio demasiado alto y la profesora nos llamó la atención con un chisteo.

—Qué bruta eres, Nuria —le recriminé, pero yo también reí.

—Anda, Edurne. No me digas que no te sientes atraída por él.

Lo pensé unos instantes. Recordé las dos veces que le había visto con el torso al descubierto. Debí de sonrojarme.

—Bueno...

—Sí, sí te sientes así. Y mucho.

—De acuerdo. He de reconocer que, además de ser guapo, es atlético, se le nota hasta con camiseta. Pero sin ella es aún más... portentoso.

A cada nuevo adjetivo con el que lo calificaba me notaba enrojecer.

—¿Lo has visto sin camiseta? —Nuria abrió la boca como un buzón.

—Sí, dos veces. Bueno, una con una camisa abierta y el pantalón algo caído —detallé con voz tomada.

—Y dices que te inspira ternura —se mofó.

—No es incompatible.

—Edurne, a veces pienso que eres de piedra.

—¡No lo soy! —protesté.

—Bueno, si no lo eres, ya me contarás cómo es tenerle en tu casa haciendo el armario ese y no quedarte mirándolo como una boba. Y, si se quita la camiseta, ni te cuento.

La profesora recogió los ejercicios y nos repartió un examen para practicar. Esta vez había que hacerlo de forma individual y sin hablar. Agradecí no poder seguir con la conversación.

—Nuria —le avisé muy bajito antes de empezar—, de esto ni una palabra a nadie.

Ocultó los labios cerrando la boca con fuerza y comenzó su examen.

A primera hora de la tarde, dejé a mi madre viendo su culebrón favorito y volví a mi habitación a estudiar. Mi padre no solía comer con nosotras entre semana. Como chef en el restaurante más célebre de la comarca, trabajaba a jornada continua.

Repetí los balances de Economía que supuestamente había hecho a la mañana y escogí varios ejercicios más del final del libro. Estaba tan concentrada en los asientos contables que tardé varios segundos en reaccionar cuando oí sonar el timbre de la puerta.

Noté que se me alegraba la cara al pensar que Andoni ya había llegado y que estaría a solo un piso de distancia de mí. Miles de excusas se me pasaron por la cabeza para salir de mi cuarto y

cruzarme con él como por casualidad. Quería verlo, aunque solo fuera para saludarlo.

Pero, antes de abrir la puerta, una segunda posibilidad me vino a la mente y no llegué a girar la manilla. ¿Y si era Jon? Mi madre había dicho que volvería.

Me sentía como una cobarde. Lo mejor iba a ser encararme con él cuanto antes y pasar página, por muy pocas ganas que tuviera de aceptar sus disculpas.

Unos toquecitos en mi puerta acabaron con mi disyuntiva.

—¿Edurne?

Volví a sentarme en el escritorio intentado aparentar concentración en mis apuntes. Sabía que abriría la puerta antes de darme tiempo a responder.

—Adelante.

Mi madre entró y pude ver a Andoni a su lado. Respiré aliviada.

—Hola, Andoni —saludé alegre. Realmente lo estaba.

—Hola, Edurne —me respondió sonriente. Parecía que él también estaba contento.

—Le estaba comentando a Andoni que tengo que salir a hacer unos recados en un par de horas. Si necesitara cualquier cosa, ¿podrías dejar tus estudios un ratito para ayudarlo?

—No sé, mamá, ya sabes que me supone muchísimo esfuerzo parar de estudiar —dije con sarcasmo.

—No me interpretes mal, bonita. Te quedas estudiando en tu cuarto hasta la hora de la cena. Si Andoni no necesita nada, solo quiero que salgas para ir al baño o a merendar, que para algo estás castigada.

Me crucé de brazos e hice un puchero.

—¿Ha quedado claro? —insistió.

—Como el agua —farfullé disgustada.

—Bueno, te dejamos seguir estudiando.

Pude ver a Andoni guiñarme un ojo antes de que mi madre cerrara la puerta.

¿Qué habría querido decir con ese gesto? ¿Era solo un saludo? Lo interpreté como una señal de que iba a procurar necesitar algo para que yo no tuviera otro remedio que atenderlo. Seguro que se compadecía de mí por mi castigo. No quise ilusionarme mucho con la idea por si solo eran mis propias fantasías.

Eran casi las seis cuando oí a mi madre marcharse y me asomé a la ventana para cerciorarme. Me parecía demasiado descarado salir de mi cuarto a la de ya, así que me senté y seguí estudiando. Esperaría a que Andoni decidiera venir a buscarme. Ojalá no tardara mucho.

No podía concentrarme en los ejercicios y los minutos se me estaban haciendo eternos. No pasaba nada si fingía ir al baño y a la vuelta me acercaba al desván a ver qué tal iba. Sería una simple muestra de buena educación.

Tiré de la cisterna con la puerta del baño abierta. Quería asegurarme de que la oyera, era mi coartada. Subí los escalones y toqué a la puerta, que estaba entreabierta.

—¿Se puede?

—Claro, es tu casa —respondió de inmediato.

—¿Cómo lo llevas?

Pude ver los primeros tablones ya empotrados en la pared de la ventana.

—Bien, gracias. ¿No te estarán molestando los ruidos para estudiar?

La verdad es que apenas me había dado cuenta de los martillazos. No había intentado estudiar realmente desde que él había llegado.

—No, solo estoy haciendo ejercicios, no necesito mucha concentración.

—De todas formas, he estado pensando que sería mejor que viniera por la mañana, que es cuando estás en clase. Yo no podría estudiar con estos golpes en el piso de arriba.

—¡No! —grité demasiado alto y demasiado rápido—. Quiero decir que no es necesario. Puedo estudiar sin problema. —Busqué otra excusa que no tuviera que ver conmigo—. Además, mi madre trabaja por la mañana esta semana, no habría nadie en casa.

Me mordí la lengua en cuanto hablé. Pensaría que no confiábamos en él como para dejarlo solo. Decidí callarme para no volver a meter la pata.

Siguió trabajando sin responderme. Le observé un largo rato apoyada en la puerta. Se desenvolvía con muchísima naturalidad, como si hubiera hecho ese trabajo durante toda su vida. Utilizaba con gran precisión las herramientas y las depositaba con cuidado en su caja después de usar cada una de ellas.

Tras fijar otro tablón contra la pared, se detuvo para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano. Después me miró.

—¿No deberías estar estudiando?

—Estoy haciendo un descanso —justifiqué—. ¿Te estoy distrayendo? Perdona.

Él volvió a secarse el sudor sin dejar de mirarme.

—Bueno, un poco —confesó—. Pero no importa.

Me dedicó una de sus prodigiosas y puras sonrisas y creí que el mundo se detenía en ese momento. Menos mal que él pareció no darse cuenta de mi atolondramiento y siguió hablando.

—Perdona que hasta ahora no se me haya ocurrido nada que pudiera necesitar. Veo que no tienes muchas ganas de estudiar.

«¡Lo sabía!», me dije a mí misma. El guiño tenía el significado

que había pensado. Aterricé de nuevo en el desván cuando la tierra volvió a rotar.

—A mí sí se me ocurre. —El sudor de su frente me dio una pista —. ¿Tienes sed?

—Algo frío no me vendría mal —aceptó.

—Vamos a ver qué hay en la nevera —le invité. Prefería que bajara y descansara él también a tener que subírselo al desván.

Bajamos hasta la cocina y le ofrecí una silla. Se sentó con los dedos entrelazados sobre la mesa, a la espera de su bebida.

—Vamos a ver, además de agua, tenemos zumo de manzana o de piña..., tónica, té al limón y... —saqué la cabeza de dentro de la nevera— ¿cerveza?

—No gracias, no bebo alcohol.

Otra cosa más para que me gustara. Al final Nuria tenía razón.

—También queda un refresco de naranja —dije volviendo a echar una ojeada a la nevera.

—¿Tú que vas a beber? —Se incorporó sobre la mesa. Pude ver más de cerca su cara y sus ojos, que hoy no se mostraban tristes en absoluto.

—Zumo de manzana. —Le mostré la botella.

—Lo mismo para mí, por favor.

Cerré la nevera y abrí la puerta del armario sobre la fregadera. Me puse de puntillas para alcanzar los vasos más grandes, que estaban en el último estante. El primero lo cogí enseguida, pero, por mucho que me estiraba, no conseguía llegar al segundo.

—Espera. —Me estremecí ante esa palabra tan familiar.

En un momento estaba a mi lado y cogía el vaso sin ninguna dificultad. Era la primera vez que me fijaba en su altura. Me sacaba casi una cabeza.

Me entregó el vaso y volvió a su silla mientras yo servía el zumo,

pero no llegó a sentarse. El timbre sonó y se dirigió a la puerta sin darme tiempo a reaccionar.

—Voy yo —le oí decir desde la entrada.

Ya sabía quién era, pero tenía la esperanza de equivocarme. Pasaron varios segundos sin oír absolutamente nada. Empecé a preocuparme y me acerqué a la puerta con un vaso en cada mano.

Andoni estaba de pie frente al umbral de la puerta sin decir nada. No se volvió hacia mí cuando pregunté.

—¿Quién es, Andoni? —Se me quebró la voz.

Una cabeza se asomó por la puerta. Las manos me convulsionaron al ver la cara de disgusto de Jon y se me derramó parte del zumo de los vasos.

—¡Tú! —exclamé tratando de controlar mis temblores.

Andoni me miró y entrecerró los ojos al fijar su mirada en mis manos.

—¿Conoces a este chico? —preguntó dirigiéndose más a Jon que a mí.

—Sí me conoce, y muy bien —respondió por mí.

Hizo amago de entrar en casa, pero Andoni no se apartó de la entrada, por lo que Jon no pudo dar más de un paso.

—Vaya, Edurne, no sabía que tenías un hermano mayor —habló dirigiéndose también a Andoni en vez de a mí.

—No soy su hermano. —La voz de Andoni fue rotunda—. Soy un amigo.

Los dos se miraron de una forma que no me gustó nada de nada. Decidí acabar con todo cuanto antes.

—Jon, ¿querías algo?

—Sí, tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Parecía que estaba exigiendo hablar conmigo en lugar de venir a pedirme disculpas. Le habría dado con la puerta en las narices de no

haber estado allí Andoni. Pero la noche anterior él me había aconsejado que me enfrentara a mis problemas, y no quería parecer una inmadura.

—Está bien, pero hablaremos fuera.

—¿Estás segura? —Andoni me miró con alerta en los ojos en cuanto me acerqué a ellos.

—Sí, no te preocupes. —Le di los vasos que aún sujetaba—. Puedes esperarme en la cocina, enseguida vuelvo.

Salí al porche y arrimé la puerta tras de mí, sin llegar a cerrarla. Me apoyé en el marco y esperé a que Jon, que estaba a tan solo un paso de distancia, empezara a hablar. Quería que aquello fuera lo más rápido posible.

—¿Qué tal estás, Edurne? —Su tono fue bastante más dulce.

—Muy bien, muchas gracias. Pero no creo que estés aquí para preguntarme eso. ¿Me equivoco?

Jon miró al suelo antes de seguir hablando.

—Sí, bueno, para eso también. Me quedé muy preocupado el sábado y como no has respondido a mis llamadas...

—Si hubieras estado realmente preocupado por mí, habrías esperado conmigo a que viniera un taxi, en vez de dejarme sola.

Apretó los ojos y suspiró.

—Tienes toda la razón. Es lo que tendría que haber hecho. Pero, cuando me diste la torta, me enfadé tanto que...

—Te di la torta porque tú me enfadaste primero. Trataste de obligarme a hacer algo que yo no quería. —Alzó la vista con gesto de incomprensión—. Sí, ir contigo en el coche. Estabas borracho.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, eso es discutible.

—No, no lo es. Y, aunque lo fuera, mis motivos para no querer ir contigo deberían dar igual. No tienes ningún derecho a intentar

empujarme dentro de tu coche.

Volvió a agachar la cabeza.

—Está bien. No solo te pido perdón por dejarte sola. También me disculpo por intentar obligarte a hacer cualquier cosa que tú no quisieras.

Entendí que, aparte de lo del coche, con «cualquier cosa» se refería a quedarme con él a solas con engaños o a sus intentos fallidos de besarme.

—Muy bien. Disculpas aceptadas. Pero no pretendas que me olvide de todo así, sin más.

Alzó la cabeza y pude ver que estaba demasiado sonriente. Se veía victorioso.

—Lo sé. Sé que tardarás un tiempo en olvidarlo, pero esperaré. —Se acercó más a mí y me acarició la mejilla con el dorso de su mano—. Sabes lo que significas para mí.

Di un paso hacia la puerta para esquivar su caricia. Se estaba tomando demasiadas confianzas teniendo en cuenta que hacía menos de cinco segundos que le había perdonado.

—Disculpa, no lo he podido evitar. Hoy estás tan guapa... —Intentó volver a acariciarme, pero giré la cabeza para esquivarlo—. Me encanta cómo te queda el pelo recogido.

A pesar de evitar el roce de su mano con mi mejilla, alcanzó un mechón de mi coleta y lo atusó.

—Jon, tengo que entrar en casa. —Quería que se marchara ya.

—Oh, claro. Tu amiguito te está esperando.

Sus absurdos celos ya habían vuelto a estropearlo todo. Este chico nunca iba a escarmentar.

—Sí, y es de mala educación hacer esperar a la gente. —Me sentí un poco hipócrita, ya que yo tampoco era muy puntual. Pero lo que quería era hacer callar a Jon.

—¿Ya saben tus padres que cuando no están recibes a ciertos amigos dentro de casa?

—Basta de insinuaciones, Jon, tus celos me ponen enferma. —Abrí la puerta dejando claro que iba a entrar en cuanto terminara de hablar—. Mis padres saben perfectamente que Andoni está aquí. Es mejor que te marches ya.

Me atravesó con la mirada y detuvo la puerta con una mano antes de que pudiera cerrarla.

—¿Te veré el fin de semana?

—No lo sé, depende de lo que haga con mis amigas.

Olvidé por un instante que estaba castigada, pero era algo que tampoco podría haber reconocido ante él. En la versión que Jon conocía del sábado, yo no había llegado tarde a casa.

—Está bien. Ya me enteraré a través de Ager. Seguro que Natalia es más precisa sobre vuestros planes.

Apartó su mano de la puerta y se marchó sin despedirse. Me deshice la coleta con rabia al entrar en casa. Di un portazo y me sacudí el pelo para quitar la forma de la goma. Gustarle a Jon era algo que ahora quería evitar por todos los medios.

Capítulo 12

Di un brinco al darme la vuelta y ver a Andoni, que seguía de pie en el mismo lugar donde le había dejado. Aún tenía los vasos llenos en las manos.

—¿Estás bien? —Vi que intentaba leerlo en mi cara.

—Sí, ya está todo aclarado.

—¿Por qué no le has dicho quién soy y qué estoy haciendo aquí?

—Porque no es de su incumbencia. Además, tú has sido el primero que le has dicho que eras mi amigo.

—Porque pensaba que no querías hablar con él y creía que eso podría ahuyentarlo por el momento.

Se rio. Yo me sentí muy triste de repente.

—Ah, era eso. Pensaba que lo habías dicho en serio.

Nos quedamos en silencio. Sabía que la tristeza se me estaba notando en la cara, pero fui incapaz de borrarla.

—A lo que me refiero es a que nos conocemos aún muy poco como para poder decir que somos amigos amigos.

No pude contener una sonrisa.

—Vamos a solucionar eso ahora mismo. Vamos a charlar mientras tomamos algo, como hacen los amigos. Así nos conoceremos un poco más.

Cogí uno de los vasos de zumo y me dirigí a la cocina. Andoni me siguió y se sentó frente a mí en la mesa.

—¿Y de qué quieres charlar, amiga? —Dio un gran trago a su zumo.

—De ti. Cuéntame qué te ha traído a nuestro pueblo.

Noté cómo tragaba con dificultad. Había hecho una pregunta inapropiada.

—Necesitaba un cambio de aires y siempre he querido vivir en plena naturaleza.

—La cabaña es una buena opción en ese caso. —Traté de mantener la conversación sin preguntar de forma muy directa. No quería volver a hacerle una pregunta que le resultara incómoda.

—Necesita muchos arreglos, pero he pagado muy poco por ella. Y el lugar es fantástico.

—¿Te gusta el pueblo?

—Cada vez más —murmuró y centró la mirada en mis ojos. Pregunté lo primero que se me ocurrió para huir de su hipnotismo. No sabía cómo lo hacía, pero cada vez que me miraba así me costaba más apartar la vista.

—¿Y qué opinan tus padres de que te independices tan joven?

Una lúgubre sombra que ya había visto antes se apoderó de los, hasta entonces, radiantes ojos de Andoni. Apretó el vaso con tanta fuerza que creí que lo iba a romper.

—Mis padres. —Su voz se volvió amarga. —Mis padres... murieron.

Sentí una puñalada en el estómago. De pronto entendí toda la ternura que me había inspirado y tuve una necesidad imperiosa de cuidarlo y consolarlo.

Acerqué mi mano y la apoyé sobre la que sujetaba su vaso.

—Lo lamento muchísimo.

Andoni pareció despertar ante mi contacto y borró la sombra de sus ojos sacudiendo la cabeza.

—Gracias. No te preocupes. Es algo que sucedió hace ya mucho tiempo.

Me sonrió con amabilidad y dio dos palmaditas a mi mano con la que tenía libre.

—Te toca. —Dio otro trago.

—¿Cómo? —Retrocedí por encima de la mesa hasta mi silla.

—Cuéntame algo de ti.

—Ah, vale. ¿Qué te gustaría saber? Te advierto que mi vida no es muy interesante.

Se rio. Me temí una pregunta que no me iba gustar.

—¿Puedo preguntar lo que quiera? —Su tono sonaba divertido.

—Supongo que... no hay problema. —Ya me estaba arrepintiendo.

—¿Qué pensaste cuando me viste por primera vez? Sé sincera.

Acababa de hacerme la única pregunta que no quería responder. Esa y que se le ocurriera intentar averiguar por qué parecía que me derretía cuando estaba cerca de él.

—¿Sincera? En ese caso..., te vas a reír —confesé.

—Prometo intentar contener la risa. —Apretó los labios, pero ya se ensanchaban poco a poco.

—Los primeros instantes pensé que podrías ser... —carraspeé— un fantasma.

Me tapé los ojos avergonzada. Separé un poco los dedos para ver la expresión de Andoni. Realmente estaba intentando no reírse, pero no lo conseguía del todo.

—Ya decía yo que la cara de espanto que habías puesto no era muy normal. No creo tener un aspecto tan aterrador.

—Claro que no. —No me había entendido—. Lo que ocurre es

que esa cabaña lleva abandonada muchos años y hay una leyenda sobre el pescador que vivió allí. Se dice que murió ahogado. Me la han contado desde niña y mi imaginación me jugó una mala pasada. Tú dijiste que estabas pescando y además vi luz en la ventana. Todo encajaba.

—Sí, sí, claro. Era muy lógico. —Esta vez soltó una carcajada.

—Has prometido no reírte —le increpé señalándole con el dedo.

—He prometido intentar no hacerlo. Pero es demasiado gracioso, perdona.

No pude evitar reír con él. Me encantaba verlo tan alegre después de haberle hecho confesarme parte de su trágico pasado. Se lo debía.

—Bueno, ríete a gusto de mis miedos.

—Creo poder quitarte ese miedo enseguida. —Se acercó a mí apoyándose con los codos sobre la mesa—. Te voy a contar un secreto, pero promete no desvelárselo a nadie. Me viene muy bien que exista esa leyenda sobre la cabaña. Tendré más intimidad en mi casa, teniendo en cuenta que el embarcadero del río es público.

Me apoyé sobre mis codos como él y me acerqué hasta que nuestros rostros estuvieron a escasos centímetros.

—El pescador sigue vivo, aunque está muy enfermo. Hace años que sus hijos se lo llevaron a un hospital de la ciudad, pero en los últimos meses ha empeorado tanto que no creen que aguante mucho más. Por eso decidieron vender la cabaña. Él era el único que tenía verdadero interés en ella.

—Oh, pobre hombre —musité. Ahora lo veía como un anciano enfermo y no como un fantasma que salía de entre las aguas del río por las noches.

—Había varias personas interesadas en el terreno, pero todas pretendían derribar la cabaña y construir un chalet de ladrillo.

Cuando los llamé al ver su anuncio, les dije que era carpintero y que mi intención era restaurarla. En esa misma llamada me rebajaron el precio y me citaron para firmar enseguida.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Esa cabaña era lo que más apreciaba su padre. No querían que se destruyera. Creían que se lo debían por no haberla mantenido en todos estos años. Yo les prometí respetar la estructura lo máximo posible. De hecho, se lo prometí al propio Esteban, el pescador. Aunque está muy enfermo, pudo hablar conmigo y vi que se sentía muy agradecido por lo que iba a hacer.

—Vaya... Esteban. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. —Me sentí fatal por desconocer tanto sobre aquel hombre.

—Era muy amigo de Damián, el dueño de la ferretería. Me pidió que le saludara de su parte cuando llegara al pueblo. Él me ha ayudado mucho con todo lo del traslado y las piezas y materiales que iba a necesitar. Aún no tendría cocina si no fuera por él.

Se dejó caer sobre el respaldo de su silla y yo hice lo mismo. Habíamos estado mucho rato hablando muy cerca el uno del otro. Tanto como para distinguir que sus negras pupilas eran solo un tono más oscuras que sus iris. Me sentía algo mareada.

—Ayer mismo le había dejado en la ferretería algunas fotos de los trabajos que he hecho desde que soy carpintero. Tu madre pasó por allí a la mañana y Damián le habló de mí. Al ir a por bisagras nuevas para las puertas me dio vuestra dirección.

Las casualidades volvían a surgir una tras otra. Empezaba a pensar que no era posible que se tratara todo de una simple coincidencia. El destino debía de tener algo que ver en todo aquello.

—Bueno, creo que será mejor que siga con el trabajo y que tú vuelvas a estudiar. —Se levantó y vació el vaso de un último trago—. Gracias por el zumo. Estaba delicioso.

—No, espera. Tengo una última pregunta. —Me levanté tras él, que ya atravesaba el umbral de la puerta.

—Dime.

—¿Qué pensaste tú cuando me viste por primera vez?

No me podía creer que me hubiera atrevido a preguntárselo. Pero necesitaba saberlo, además, él lo había preguntado antes. Me pareció justo.

—Sinceramente —exigí, tal como él lo había hecho.

Suspiró antes de colocarse a solo un palmo de distancia de mí.

—Pensé... —Soltó una risa suave y esquivó mi mirada por un instante— que me había quedado dormido esperando a que picara algún pez y que debía de estar soñando.

Yo no pude evitar agachar la vista, aunque él no me miraba. Sentí muchísima vergüenza, sin ni siquiera saber muy bien por qué.

—Soñando —murmuré creyendo que él no lo oiría.

Pero lo hizo. Y buscó mi mirada.

—Creí que eras un sueño porque de repente apareciste como de la nada, me miraste como si me conocieras y yo... —suspiró como si le faltara el aliento— yo sentí que también te conocía de algún modo irracional. Como si ya hubiera soñado contigo antes. Y además eras... —noté su mano sujetar mi barbilla y alzar mi rostro para evitar que esquivara sus ojos de nuevo— preciosa.

Acarició mi mejilla con las yemas de sus dedos y, con el pulgar, recorrió suavemente la base de mi labio. Tomé aire de forma brusca y él apartó su mano de inmediato.

Se giró para salir por la puerta de la cocina, pero, antes de desaparecer a través del umbral, se volvió hacia mí de nuevo.

—Al contrario que Jon, opino que te favorece mucho más el pelo suelto.

Tuve que sentarme de nuevo en la silla en cuanto oí los pasos de

Andoni escaleras arriba.

La cocina me daba vueltas y los labios me temblaban. Los golpes en el desván me hicieron reaccionar y me levanté a fregar los vasos para no pensar en lo que acababa de suceder.

¿Por qué me sentía desorientada? ¿Era por la caricia de sus dedos? Recordaba la repulsión que había sentido ante un gesto similar de Jon. En cambio, cuando Andoni me había tocado, el sentimiento había sido radicalmente opuesto. Cuando había dibujado con su pulgar la curva de mi labio había sentido que me ahogaba, y sus palabras me habían dejado sin aliento. Mi necesidad de respirar había provocado que apartara su mano. Si no hubiera interrumpido ese momento..., ¿habría llegado a besarme?

Uno de los vasos se me escurrió de entre las manos llenas de espuma al contemplar esa posibilidad. No, no lo habría hecho. Si acababa de decirme que no éramos aún ni amigos, ¿cómo iba a besarme?

Tan solo había sido sincero con lo que pensó aquella noche y, si me había visto guapa, tampoco era para tanto. Probablemente la luz púrpura del cielo y mi espectacular vestido habían contribuido. Yo también había sido sincera y le había contado mi teoría paranormal. Debía suponer que me lo debía. Pero la caricia era un extra al que no estaba obligado.

Me estremecí ante el recuerdo justo cuando mi padre entró por la puerta principal, lo que significaba que ya eran las seis y media.

—Hola, hija, ¿no deberías estar estudiando? —inquirió en cuanto puso un pie en la cocina.

—Jo, papá, dame un respiro. —Acababa de llegar y ya me estaba llamando la atención.

—Bueno, tienes que alimentarte bien para estudiar mejor. ¿Habías bajado a merendar?

Me pareció una excusa perfecta.

—Sí, pero ya he acabado. Las mates me esperan.

No tenía ni pizca de hambre. El estómago se me había cerrado y me sentí incapaz de beber agua siquiera.

—Veo que Andoni está trabajando —comentó mirando hacia el techo. Ahora los golpes eran bastante fuertes y se oían desde la cocina—. Más bien, lo oigo.

—Lleva aquí desde las cuatro. Mamá se ha ido hace rato a hacer unos recados, pero estará al llegar.

—¿Y puedes concentrarte con esos ruidos?

—Sí, sí, perfectamente. —No quería que mi padre viera mal que Andoni estuviera en casa—. Además, ahora voy a hacer ejercicios de matemáticas y me concentro mejor si pongo música. Apenas oiré los golpes.

Subí corriendo a mi cuarto antes de que mi padre pudiera contradecirme. Mientras cerraba la puerta, escuché la tele a mayor volumen del habitual. Iba a ver su concurso de todas las tardes sin siquiera subir a saludar a Andoni. Imaginé que no querría interrumpirle.

Pasé varias horas haciendo matrices. Los ejercicios de matemáticas me entretenían bastante. Era la asignatura que mejor se me daba. Quizás fuera porque podía estudiar con música puesta, aunque fuera clásica. Los discos de mi madre me ayudaban a concentrarme más que estar en silencio. Esta vez había elegido música de Joaquín Rodrigo. De sus obras, mi favorita era el Concierto de Aranjuez. La agradable melodía me ayudó, además, a relajar mis nervios y a olvidar en parte lo sucedido, y que Andoni aún estaba en mi casa.

Eran las nueve cuando llamaron a mi puerta.

—La cena, hija. —Mi padre habló desde el otro lado.

—Ya voy. Solo deja que termine este ejercicio.

Abrió la puerta y miró por la rendija sin entrar.

—Hoy has estudiado mucho. Estoy orgulloso de ti.

Lo miré sonriente. Ya no parecía disgustado conmigo.

—¿Ya te vas, Andoni? —Le oí decir al cerrar mi puerta. Bajé un poco el sonido de la música para poder escuchar. Ahí estaba espiando otra vez.

—Sí, he terminado con lo más difícil. Mañana seguiré. A la misma hora.

—Muy bien, coméntaselo a Nieves, que es la que va a estar en casa. Ven, está en la cocina.

Bajaron las escaleras. Andoni se iba a marchar sin despedirse de mí. No sabía si la tristeza de la que se llenó mi corazón se debía solo a su marcha. Tal vez la parte final del Adagio del Concierto de Aranjuez acentuaba ese pesar. La había catalogado como una pieza llena de nostalgia y desconsuelo. El momento en el que el rasgueo de la guitarra daba paso a violines, flautas y clarinetes entonando el tema principal con mayor intensidad siempre hacía que dejara cualquier cosa que tuviera entre manos para cerrar los ojos y detenerme a escucharlo. Me ponía la piel de gallina.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y salí disparada de mi cuarto dejando el ejercicio de matemáticas a medias.

—Me muero de hambre. ¿Qué hay de cena? —Me acerqué a los fogones y levanté la tapa de una cazuela. Quería parecer casual y de paso disimular la humedad de mis ojos.

Andoni estaba al otro lado de la cocina hablando con mi madre, que hizo una pausa en su conversación para responderme.

—Pollo guisado.

—Mmm, qué rico. —Me relamí.

En cuanto me cercioré de que mis ojos estaban secos, me di la

vuelta y miré a Andoni. Me observaba con rostro tranquilo.

—Bueno, Andoni, quedamos así entonces.

—Eso es, once y media. Hasta mañana. —Volvió a mirarme, esta vez de reojo.

—Buenas noches —respondí contrariada. ¿Cómo que a las once y media?

Mi madre lo acompañó a la puerta. En cuanto volvió a la cocina le pedí explicaciones.

—Mamá, ¿he oído bien? ¿Va a venir Andoni por la mañana?

Parecía que iba a llevar a cabo su decisión de no molestarme con los golpes para que pudiera estudiar. No lo podía permitir, porque de ese modo, no lo vería. La presión de hacía unos minutos me aplastó el corazón de nuevo.

—Sí, pero solo mañana. Claudia tiene que llevar a los trillizos al logopeda y me ha pedido que le cambie el turno en el hospital. Andoni, además, me ha comentado que a primera hora de la tarde tiene que hacer unos recados y quería recuperar esas horas a la mañana. Como yo estaré en casa no hay problema, pero a la tarde te tocará quedarte a ti pendiente de lo que necesite. Aunque, según me ha dicho, hoy no ha necesitado interrumpir tus estudios.

Un millón de sentimientos se encontraron en mi algo menos apretujado corazón. Iba a seguir viéndolo por las tardes y, además, al día siguiente iba a volver a estar sola con él. Alegría y nervios revoloteaban en mi estómago. Fui incapaz de terminar la cena.

—Hija, tienes que comer más. Estudiar desgasta mucho.

—Es que me habéis llenado mucho el plato —intenté zafar de dar más explicaciones y recogí la mesa para empezar a fregar.

—Déjalo y sal si quieres un rato al porche. Te vendrá bien tomar el aire.

Le di un beso a mi padre en su hoyuelo y volé hacia el columpio

de la entrada.

El aire seguía siendo cálido y me columpié bajo la brisa nocturna tarareando la música que había estado escuchando a la tarde. Me descubrí a mí misma dejando caer unas lágrimas por mis mejillas sin ninguna intención de detenerlas. ¿Qué me estaba pasando?

Interrumpí el balanceo del columpio confusa por mi comportamiento. Cerré los ojos y visualicé el recuerdo que guardaba de Andoni acariciándome esa tarde: su dulce mirada mientras yo entreabría la boca cuando pasó su dedo bajo mi labio.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral de arriba abajo haciéndome abrir los ojos, física y metafóricamente. Estaba extendiendo una alfombra roja hacia mi corazón a un perfecto desconocido.

Si con Jon, al que conocía de varios meses, me había llevado la decepción del siglo tras haberme hecho falsas ilusiones con él... ¿Cómo se me ocurría ser tan camicace como para creer que Andoni podía ser el hombre de mi vida tras un par de encuentros y otro par de conversaciones?

No tenía una respuesta racional a eso. Simplemente, era algo que sentía de forma natural y... extraña. Había un vínculo entre nosotros, algo invisible, pero que él también había reconocido haber sentido. Como si ya me conociera de antes, tal vez un sueño...

Esa noche tardé en dormirme más de dos horas, durante las cuales estuve sopesando la posibilidad de subir al desván a ver lo que Andoni había estado construyendo con sus grandes y fuertes manos. Si además abría la ventana e intentaba verlo a través de la noche con los prismáticos de mi abuelo, mis padres podrían oírme y no habría excusa posible para mi comportamiento.

Intenté pensar en cualquier otra cosa, como los inminentes exámenes, para poder conciliar el sueño. Pero, hasta que no me

puse el MP4 con la música *chill out* que tenía reservada para estos momentos de insomnio, no conseguí pegar ojo. Aun así, soñé con el roce de su mano en mi rostro.

Capítulo 13

El miércoles salimos del instituto una hora antes. De una a dos había aula de apoyo de matemáticas, la única asignatura en la que no iba a necesitar refuerzo. Solo Nuria volvió conmigo al pueblo. Tania y Nerea se quedaron a mejorar sus mates y dejamos a Natalia con Ager antes de que llegara el autobús. Como no, Jon y él ya habían hablado.

—Hola, chicas. —Ager nos saludaba con amabilidad, como siempre. —¿Qué planes tenéis para este fin de semana?

—Yo pensaba estudiar —respondí al instante. Sabía por qué nos lo preguntaba.

—¡Toma, y yo! Pero, si no salgo, aunque sea un rato, me puede dar algo —avisó Natalia. Ya estaba maquinando algún plan y trataría de convencernos a todas para que nos apuntáramos.

—Yo estoy estudiando todas las tardes y tenía pensado hacerlo incluso hasta el sábado. Si veo que para el domingo voy más o menos bien, igual me doy una vuelta.

—Sal el sábado y ya estudiarás el domingo, no seas aguafiestas. El domingo no hay nada que hacer.

Natalia insistía en salir el sábado. Yo no iba a poder, aunque quisiera.

—Yo creo que la idea de Edurne es muy buena. ¿Qué pasa si el domingo no diera tiempo a estudiar por haber salido el sábado? Planeando librar el domingo, en caso de ir pillada de tiempo, siempre te queda un día extra.

La lógica aplastante de Nuria me había salvado de nuevo.

—¿Y qué queréis hacer el domingo? —refunfuñó Natalia.

—Si sigue haciendo este tiempo veraniego, podemos ir al río —propuse con auténticas ganas de darme un chapuzón—. El domingo pasado me lo perdí.

—Es una gran idea. —Ager se apuntó enseguida. Sabía lo que vendría después—. Les puedo preguntar a mis amigos si les apetece ir.

Me miró de refilón. Yo no dije nada.

—Estupendo, habrá que estudiar el sábado por si acaso —se resignó Natalia y se subió al Golf.

Ambos se despidieron de nosotras desde la ventanilla.

El autobús no tardó mucho en llegar. Nuria y yo nos sentamos atrás del todo. En cuanto se puso en marcha, a Nuria se le encendió su vena cotilla de nuevo.

—Bueno, ¿qué me cuentas de tu carpintero particular? ¿Hay novedades?

—Demasiadas. —No pude evitar ser sincera. Necesitaba desahogarme.

—Pues ya puedes empezar a contar, que el viaje no es muy largo y quiero saberlo todo.

Le expliqué lo ocurrido la tarde anterior, desde que había invitado a Andoni a beber algo y hasta que Jon se había marchado.

—Uf, Jon tiene que estar que trina, con lo celoso que ha resultado ser.

—Que se aguante. No tiene ningún derecho a estarlo, yo no soy

nada suyo.

Nuria se asomó a mis ojos sonriendo.

—¿Y cómo va tu «no-atracción» por Andoni?

—Fatal —confesé. No podía más.

—¡Lo sabía! —gritó victoriosa—. ¿Cuánto te gusta ya?

—No lo tengo medido. Solo sé que es lo más fuerte que he sentido por un chico en toda mi vida.

Nuria abrió la boca como un túnel, un gesto muy suyo cuando estaba sorprendida.

—No me digas, Edurne, en serio... ¿No te habrás enamorado ya de él?

No contesté. Agaché la cabeza y un par de lágrimas cayeron desde mis pestañas.

—¡Edurne! ¡Pero no llores! ¡Es genial!

—No, no lo es. No puedo estar enamorada en cuatro días. Menos cuando él no cree que seamos ni siquiera amigos aún.

Le expliqué nuestra conversación en la cocina, sin dejarme ni un solo detalle, excepto el que había prometido guardar en secreto. La leyenda del pescador ahogado debía seguir viva. Cuando le dije que Andoni era huérfano, la cara de alegría de Nuria se entristeció un momento hasta que llegué a la parte de la historia en la que Andoni me acariciaba. Nuria gritó tan alto que los pocos pasajeros del autobús se giraron para mirarnos.

—¡Iba a besarte!

—No, no lo creo. —Traté de tranquilizarla.

—Tú sabrás, pero, por lo que me cuentas, si no iba a hacerlo ganas no le faltaban. Un chico no te acaricia los labios y te dice que eres preciosa porque sí.

—Déjalo, Nuria, por favor. No quiero hacerme ilusiones. Bastante mal lo estoy pasando ya.

—Pero... ¿por qué? No hay nada de malo en lo que me cuentas.

El autobús se detuvo y nos bajamos. Teníamos que coger distintas direcciones para ir a casa, pero Nuria no parecía tener prisa.

—Oye, ¿está ahora en tu casa? ¿Puedo conocerlo?

—¡Ni hablar!

—¿Por qué? Podemos hacer que voy a por unos apuntes y, de paso, me lo presentas.

—Te repito que él no cree ni que seamos aún amigos. Sería un poco raro que te lo presentara.

No quería ni que se imaginara una pizca de lo que sentía por él. Me moriría si me rechazaba. Debía seguir actuando como si nada.

—Bueno, como quieras. Pero deja que te dé un consejo, aunque yo no sea la más indicada para dártelo.

Se había puesto muy seria y me agarraba de las manos con fuerza.

—La verdad es que un consejo de amiga me vendría genial ahora mismo —admití respondiendo al apretón de manos.

—Escucha bien: lucha por lo que quieres.

Me quedé de piedra. Jamás pensé que Nuria me diría algo así. Ella era muy buena y una gran amiga, pero era muy tímida y tenía poca iniciativa. Aun así, me pareció un consejo muy coherente.

—Lo intentaré —prometí y le di un gran abrazo—. Gracias por escucharme, Nuria.

—De nada, tontorrona. Encantada. —Me guiñó un ojo y dobló la esquina hacia su casa.

Estuve pensando en el consejo de Nuria durante todo el camino. Tal vez Andoni aún estuviera trabajando en el desván. Iba a ir por la mañana y después de unos recados volvería. Eran casi las dos y, según parecía, él se iba a ir a primera hora de la tarde.

Me temblaron las piernas al verlo descargando unas tablas de la parte trasera de su Land Rover. Me acerqué a ayudarlo en cuanto me sentí capaz de andar sin caerme.

—¿Te echo una mano? —pregunté apoyándome en la cabina del vehículo.

Él estaba subido en la camioneta y tuvo que apartar una de las tablas para verme. Me sonrió y me pregunté cómo era posible que estuviera aún más guapo que el día anterior.

—¿Has hecho novillos? —Su gesto mostraba que estaba bromeando.

—Claro que no. Hoy salíamos una hora antes.

Me paré a pensar por qué sabía que esa hora no era la habitual para volver a casa. No le quise dar demasiadas vueltas.

—¿Puedes venir aquí atrás y ayudarme a bajar las baldas?

Cargué una a una las tablas con él, llevándolas desde la camioneta hasta el porche. Cuando las cinco estuvieron junto a la casa, saqué las llaves para abrir, pero Andoni empujó la puerta.

—Está abierta. La he dejado así porque tu madre... ya se ha marchado.

El destino quería que él y yo estuviéramos solos, casi tanto como lo quería yo. «Lucha por lo que quieres». Recordé las palabras de mi amiga.

—Vaya, me va a tocar comer sola —mascullé mientras metía un par de tablas y las apoyaba en el recibidor.

Andoni cogió las otras tres y las colocó con el resto antes de cerrar la puerta.

—¿Tú has comido ya? —pregunté al ver que él no iba a decir nada.

—Aún no, pero debo ir a recoger el sofá que tengo encargado. Comeré en casa cuando vaya a dejarlo.

Lo miré con la ceja arqueada. Me había sonado a excusa y no me iba a dar aún por vencida.

—Sea cual sea el almacén donde está tu sofá, seguro que también paran para comer.

Me crucé de brazos y me apoyé en el marco de la puerta de la cocina esperando más excusas.

—Seguro que sí —reconoció, pero no se movió de la puerta.

—Te propongo una cosa —quise adelantarme a cualquier evasiva —: te quedas a comer conmigo y después yo te acompaño a recoger el sofá. Seguro que necesitas ayuda para descargarlo.

Me miró con los ojos muy abiertos antes de entrecerrarlos a la vez que sonreía de medio lado.

—Tus padres se van a enfadar si pierdes horas de estudio. Además, estás castigada.

Lo fulminé con la mirada y descrucé los brazos para colocarlos en jarras a la altura de mis caderas.

—¿Se puede saber de parte de quién estás tú?

Se carcajeó ante mi enfado.

—De la tuya, por supuesto. —Su respuesta fue inmediata y sin dejar de reírse. Me sorprendía mucho la gracia que le producían algunos de mis comentarios. Pero me encantaba verlo reír.

—Entonces, sé un buen amigo y no dejes que coma sola. Luego yo seré una buena amiga y te acompañaré a por tu nuevo mueble.

Se acercó a mí y se puso serio.

—Veo que te molestó bastante lo que te dije ayer.

No sabía a cuál de todos sus comentarios se refería. Se me cortó la respiración al pensar en el que me había hecho soñar con él esa noche.

—¿A qué te refieres?

—A que no te gustó que te dijera que aún no éramos amigos.

Tenía razón, no me había gustado ni pizca que me dijera eso. Me había puesto tan triste que se me había notado hasta en la expresión.

—Claro que no. A nadie le gusta que le digan esas cosas.

—Lo siento. Ya no lo pienso así.

Una gran sonrisa se dibujó en mi cara y le contagió. Creí derretirme otra vez.

—Entonces..., ¿trato hecho? —Extendí la mano a modo de acuerdo oficial.

—De acuerdo, tú ganas. —Estrechó mi mano y la agitó varias veces. De pronto detuvo el movimiento—. Aunque creo que el que sale ganando soy yo.

—Eso da igual. —Lo solté y, antes de que cambiara de idea, entré en la cocina.

—No da lo mismo. Tú vas a hacer dos cosas por mí y yo no voy a hacer ninguna por ti.

—¿Qué dos cosas? —Le seguí la corriente mientras ponía cubiertos para dos.

—Me invitas a comer y me ayudas a llevar el sofá.

—Bueno —pensé lo más rápido que pude dos «contrafavores»—, tú no dejas que coma sola y, además, guardas silencio sobre mi pequeña escapada de esta tarde. Necesito ver algo que no sea mi casa y el instituto.

Se sentó en la misma silla del día anterior y se apoyó en el respaldo resoplando.

—¿Cómo consigues que todo parezca tan sencillo?

Me alegré al verle darse por vencido.

—Es cuestión de práctica —respondí sintiéndome como la vencedora de una competición.

Andoni me ayudó a poner el resto de los servicios y esperó a que

calentara los guisantes con jamón que mi madre había dejado hechos. Busqué en la nevera algo que hacer de segundo plato. Opté por unos filetes de ternera, que le mostré.

—¿No serás vegetariano por casualidad?

—No, soy bastante carnívoro.

Se levantó y se acercó a mí. No sé en qué estaría pensando cuando retrocedí un paso ante su proximidad. Él se rio cuando tragué saliva con dificultad. Vi sorpresa en su cara.

—¿Me permites? —preguntó y cogió la bandeja de carne—. Ya que me invitas a comer, deja al menos que cocine yo.

Solté los filetes y saqué una sartén. De pronto estábamos mano a mano cocinando. Bueno, yo solo removía los guisantes mientras él freía la carne. Se notaba que tenía práctica en los fogones. Yo no había heredado la maña en la cocina de mis padres, así que me alegré de no haber tenido que demostrárselo calcinando el segundo plato.

Comimos en silencio. Solo unas miradas furtivas y alguna sonrisa puntual. Al terminar, Andoni recogió los platos y sirvió los filetes como un camarero profesional.

—Se supone que tú cocinabas, nada más —le recordé al verle tan servicial. Se suponía que la anfitriona era yo.

—Déjame ser atento. Me siento más cómodo. Ya me estoy arrepintiendo de hacerte cargar luego con un tresillo.

—Te recuerdo que hemos hecho un trato. No puedes romperlo ahora —le reclamé inquieta ante la posibilidad de que se negara a llevarme con él.

—Lo sé. Y yo te recuerdo que soy un hombre de palabra.

—No lo he olvidado —le advertí. No era la primera vez que me lo decía.

Comimos la carne también en silencio, pero esta vez nos

miramos más veces. Me volvía loca pensar en qué estaría pensando él. Pero no fui capaz de decirle absolutamente nada hasta terminar de comer.

—¿Te apetece un postre? —Me dispuse a recoger los platos, pero él fue más rápido y retiró los de ambos. Los llevó al fregadero y empezó a lavarlos.

—De eso nada. Ni se te ocurra fregar, eres mi invitado.

—No soy un invitado cualquiera. —Claro que no lo era—. Tus padres me han contratado para hacer un trabajo y estoy aquí comiendo con su hija.

—Que te quede una cosa clara —estaba furiosa con la visión que estaba teniendo de sí mismo. Le miré a los ojos para que no hubiera lugar a dudas de que hablaba muy en serio—: desde que hemos dejado las baldas en el recibidor y hasta que volvamos de tu casa, no eres Andoni, el carpintero que han contratado mis padres. Eres Andoni, mi amigo. —Abrió tanto los ojos que se le arrugó la frente como nunca había visto—. Y ahora eres mi invitado, así que ya puedes ir sentándote a comerte una natilla o una pera. O lo que sea que te apetezca.

Soltó los platos en cuanto terminé de hablar y se sentó de nuevo en la silla. Me sentí vencedora por segunda vez.

Saqué una natilla de la nevera y cogí una pera del frutero. Las deposité con fuerza frente a él.

—¿Tengo que comerme los dos postres? —preguntó con voz infantil.

—Claro que no. Come lo que se te antoje.

—Gracias. Es que antes... me has dado miedo.

Pero se rio a carcajadas. Ya estaba otra vez más alegre de lo que podía esperar.

—¡No me tomes el pelo! Sé que no te doy miedo en absoluto.

—No estés tan segura. Ahora tengo un poco de miedo de levantarme a por una cucharilla. No sé si tengo que esperar a que me la des tú.

Seguía riéndose por dentro. A mí ya no me hacía tanta gracia. No quería que pensara que tenía mal carácter.

—No soy ningún ogro.

Saqué una cucharilla del cajón y se la dejé con delicadeza en la mesa. Después cogí la pera, la lavé y le di un violento mordisco mirándolo con rabia en los ojos. Debió de pillar la indirecta porque dejó de reírse. Aun así, me quedé de pie junto a la fregadera mientras terminaba la pieza de fruta.

—Sé muy bien que no lo eres. —Abrió la natilla y lamió los restos que quedaban en el interior de la tapa sin apartar su mirada de la mía.

Tomé ese gesto como una respuesta a mi impetuoso bocado a la fruta, pero no pude soportarle la mirada ni un segundo más cuando le vi pasar la lengua y los labios por la afortunada tapa.

Me di la vuelta y empecé a fregar. Noté mis manos temblorosas y agradecí tenerlas ocupadas para que él no lo percibiera.

Ya estaba ahí de nuevo esa sensación de calor en mis venas; mis instintos más primarios gritando que reclamara a ese hombre como mío.

Le oí arrastrar la silla al levantarse y pisar con fuerza según se acercaba a mí. Dejó resbalar la cucharilla por el lateral de la fregadera a modo de tobogán y apoyó el envase de la natilla en la encimera. Pude ver la tapa tan limpia como una patena. Me estremecí al recordar su gesto. Definitivamente, me estaba volviendo loca.

—Muchas gracias por el banquete —me susurró y aún permaneció un segundo detrás de mí, en silencio, como a la

expectativa mientras yo me quedaba inmóvil, antes de dirigirse a la puerta—. Ya que no me dejas ayudarte aquí, voy a subir las baldas al desván. Avísame cuando acabes y nos marcharemos.

Antes de subir a avisarle pasé por el baño y me lavé los dientes. Me miré en el espejo y me di cuenta de que una camisa blanca, unos vaqueros ceñidos y unas sandalias no eran la mejor indumentaria para ir a recoger un sofá. Corrí hasta mi habitación tratando de hacerle esperar lo menos posible y me enfundé una camiseta y unas mallas grises. Pasé las cosas del bolso a una bandolera más informal y me calcé mis deportivas más cómodas.

—Cuando quieras —le indiqué desde la puerta del desván.

Él ya estaba colocando la segunda balda. Había tardado en cambiarme más de lo que pensaba.

—No pienses que te voy a dejar cargar realmente el sofá —me advirtió tras mirarme de pies a cabeza—. No era necesario que te vistieras para una mudanza completa.

—No soy tan debilucha como aparento. —Lo miré de arriba abajo, como había hecho él conmigo—. Y no eres tan fuerte como para cargar con un tresillo tú solito.

Cerró la caja de herramientas y se dirigió hacia la puerta.

—Eso ya lo veremos —me retó bajando las escaleras delante de mí.

—¿El qué? ¿Piensas bajar tú solo el sofá de la camioneta? —Le detuve a medio camino, exigiéndole una respuesta—. ¿Quieres romperte la espalda?

—No. Me refiero a que ya veremos lo fuerte que eres. —Apretó su dedo contra mi bíceps y se rio antes de seguir bajando las escaleras.

Capítulo 14

En menos de quince minutos llegamos a una nave industrial de las afueras de la ciudad. Por el camino fuimos canturreando las canciones pachangueras que sonaban en la radio. Me sorprendió oír la voz de Andoni, bastante grave al hablar, más fina al cantar.

Los mozos del almacén de muebles fueron muy amables y colocaron con sumo cuidado el sofá en la camioneta. Era demasiado largo, de tres plazas, por lo que una de ellas se salía por la parte trasera del Land Rover. Tuvieron que amarrarlo con correas para mantenerlo fijo. Por supuesto, Andoni los ayudó, pero a mí no me dejó ni bajarme. Apenas pude distinguir el sofá desde la ventanilla, solo vi que era de color beige claro y que parecía tener grandes cojines.

Antes de marcharnos, Andoni les pagó en efectivo y estrechó la mano de cada uno de los mozos que le habían ayudado. Era la persona más educada y agradecida que había visto en mi vida.

—¡En marcha! —exclamó sonriente cuando entró de nuevo en la cabina.

Tardamos algo más en recorrer el camino de vuelta al pueblo porque teníamos que ir bastante más despacio con el sofá en la parte de atrás. Tras pasar el puente, en los baches del camino del

río, el mueble rebotó y, al caer, chocó con violencia contra la chapa del vehículo.

Saqué la cabeza por la ventanilla para comprobar que no había daños. El viento me despeinó y Andoni me miró sonriente sin dejar de cantar la canción que sonaba en la radio. Apartó los alborotados mechones de pelo que me tapaban la cara y los colocó detrás de mi oreja. Pellizcó suavemente el lóbulo antes de volver a apoyar la mano en el volante y girar alrededor de la casa para aparcar. Noté que la oreja me ardía como si estuviera prendida en llamas.

Maniobró con cautela hasta dejar la camioneta de espaldas y casi pegada a la ventana de la sala. En cuanto bajé del vehículo pude ver las intenciones de Andoni. Realmente no habría necesitado mi ayuda. Si pretendía meter el sofá por la ventana, con solo empujarlo caería por su propio peso en el interior de la casa.

—¿Estás lista? —preguntó ofreciéndome su mano.

—¿Para qué?

—Para subir a empujar el sofá.

Antes de poder responder, me había cogido por la cintura y me había sentado en el borde del Land Rover. Solo tuve que girar sobre mí misma y meterme en el pequeño hueco que quedaba entre la cabina y el tresillo.

Soltaba las correas amarradas a conciencia y arrancaba los plásticos protectores mientras me daba indicaciones.

—Muy bien. En cuanto abra la ventana, tú empujas y yo tiro desde dentro. No quiero que del impacto se haga un boquete en el suelo.

Lo vi alejarse camino a la entrada y estuve practicando la mejor postura para empujar sin caerme. El hueco era muy estrecho.

—Estoy listo. —Me asomé por un lateral y lo vi abriendo los dos cristales de la ventana—. A la de tres, empuja con todas tus fuerzas.

—¡Entendido!

—Una, dos y... ¡tres!

Puse ambas manos a los laterales del sofá y, con el hombro, empujé con energía, echando todo el peso de mi cuerpo hacia delante.

—¡Para, para!

—¿Qué pasa? ¿Te has hecho daño? —pregunté asustada. El sofá apenas se había movido un palmo.

—No, no es eso. —Se puso de cuclillas y, cuando alzó la cara, pude ver que se estaba partiendo de risa. Es que... ¡no entra!

—¿Qué?

Salté de la camioneta y entré en la casa. Andoni no estaba en la sala. Avancé y encontré un sillón orejero del mismo beige que el sofá que no estaba allí la primera vez que había ido a su casa. Me imaginé que estaba amueblando poco a poco. Me acerqué a la ventana y pude ver que el sofá estaba casi empotrado contra los laterales de la ventana, pero que de alto cabía perfectamente.

—La ventana de la cocina es del mismo tamaño —le oí murmurar al atravesar la puerta—. Por lo que imagino que todas las de la casa lo son. Va a haber que cargarlo a pulso.

Acercar la camioneta hasta la puerta suponía subir el sofá a pulso para sortear los tres escalones del pequeño porche. Miré hacia la puerta y me pareció aún más estrecha que el hueco de la ventana.

—¿Cómo metiste la cama? —Era mucho más grande que el sofá.

—La desmonté y la volví a montar —me explicó rascándose la frente.

Volví a mirar a la ventana y se me encendió la bombilla.

—¿Y si hicieras lo mismo con la ventana? —propuse—. Eres carpintero, seguro que no te cuesta demasiado volver a montarla.

Andoni frunció el ceño y se acercó de nuevo al sofá. Lo empujo hacia fuera y midió con las manos el ancho del marco.

—Podría funcionar —murmuró y se dirigió de nuevo a la cocina.

Enseguida volvió con unas herramientas y en pocos minutos había dejado un hueco en la pared lo suficientemente ancho.

—Vuelvo a mi puesto —indiqué al ver que terminaba.

Coloqué el pie derecho en el escalón de la puerta del copiloto y subí el izquierdo al lateral de la parte trasera de la camioneta. Me apoyé en el techo de la cabina con las manos y logré llegar hasta el sofá sin necesidad de que Andoni me aupara. No me habría importado nada en absoluto que me hubiera vuelto a coger por la cintura para ayudarme a subir. Pero en el fondo me alegraba que confiara en que era capaz de subir por mi cuenta. También me gustó haberle sido más útil de lo que él había pensado al darle la idea de cómo meter el sofá. La ilusión me duró poco, pues me imaginé que habría encontrado esa misma solución tarde o temprano de no haber estado yo. Me consolé pensando que a mí se me había ocurrido antes que a él.

—¿Estás lista? —volvió a preguntarme.

—¡Cuando quieras! —grité tomando posiciones.

—Una, dos y... ¡tres!

Volví a empujar con todas mis fuerzas. Esta vez el marco no ofreció resistencia y el sofá se deslizó sin frenos a través del hueco de la ventana. Empleé tanta fuerza a la espera de una mayor resistencia que caí de cabeza sobre el sofá y Andoni tuvo que frenarlo antes de que impactara contra el suelo.

Me quedé tumbada cabeza abajo en el mueble inclinado y apoyado en el alfeizar solo unos centímetros.

—¡No te muevas! —exclamó cuando intenté incorporarme.

—¿Por qué? —pregunté haciendo equilibrio.

—Si cambias de postura, tal vez caiga de golpe —me advirtió.

Soltó con suavidad el lateral que sujetaba apoyándolo en el suelo y se dirigió a la ventana para coger a pulso el otro extremo.

—No te muevas hasta que te avise.

Obedecí quedándome inmóvil y casi sin respirar. En unos segundos me encontraba tumbada en postura horizontal. Fui a levantarme una vez estabilizado el mueble, pero Andoni lo empujó con fuerza, arrastrándome con él, hasta colocarlo paralelo a la pequeña mesita y perpendicular al sillón orejero.

—Puedes quedarte ahí y probarlo mientras vuelvo a poner el marco. Has hecho un buen trabajo.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunté poniéndome de costado—. Si me he caído de cabeza al empujar y has tenido que bajarlo tú solo.

Me entró la risa floja al recordar el fiasco que había resultado mi colaboración.

—Tú has cumplido tu parte, que era empujarlo desde arriba. Y tenías razón, eres más fuerte de lo que pensaba. —Se rio antes de darme la espalda para volver a montar la ventana.

Me quedé tumbada tal como me había sugerido y me acurruqué en el sofá. Era muy cómodo.

Desde mi lujosa posición me deleité observando a Andoni trabajar. Me lo imaginé tumbado como yo estaba en ese momento y deseé poder compartirlo con él algún día. Fantaseé con cómo sería quedarme dormida abrazada a él y entre esos confortables cojines, que olían a nuevo de forma maravillosa.

Me sentía capaz de pasar el resto de las tardes de mi vida en esa postura junto a él, abrazados en el sofá de «nuestra casa». Sacudí la cabeza para bajar de mi nube particular cuando le oí dirigirse a mí.

—¿Qué tal? ¿Le das tu aprobado?

—Sí, le doy un sobresaliente —exageré el gesto de acurrucarme en él—. Es muy cómodo, pero le falta algo.

—¿El qué? —Se sentó en la otra esquina, junto a mis pies, y botó como un niño pequeño para comprobar lo mullido que era. Me hizo botar a mí también.

—Una tele que mirar mientras estás aquí tumbado.

—No veo la tele. Nunca me ha gustado.

Me resultó bastante extraño.

—A mí me ayuda a evadirme de la realidad ver una peli de vez en cuando. Además, es algo que te haría compañía. Aquí debes de sentirte muy solo.

De pronto, la sensación de ternura volvió y me impulsó a acercarme a él y abrazarlo. Me senté en mi extremo del sofá para intentar contenerme.

—Suelo estar muy ocupado y entretenido. De momento, no necesito nada más.

—¿Y un perrito? Seguro que te gustan los animales. ¿Me equivoco?

Andoni sacudió la cabeza ante mi segunda propuesta.

—Tuve un perro de niño. Se llamaba Toro. Le puse ese nombre porque era muy chiquitín, era un caniche. —Me reí de la contradicción. Él prosiguió—: Quise compensar su desventaja poniéndole un nombre que implicara fortaleza. Todos los demás perros se metían con él cuando lo sacábamos a pasear hasta que un día un *rottweiler*, el más grande y agresivo que he visto en mi vida, le mordió.

—¡¿Qué le pasó a Toro?! —exclamé moviéndome al asiento central de un salto.

—Los veterinarios no pudieron curarle las heridas internas. Tenía varios órganos desgarrados y tuvieron que darle una inyección para

que no muriera agonizando.

Cada historia que Andoni me contaba de su pasado era una tragedia. Aún no me había dicho cómo habían muerto sus padres, pero dudaba de que no hubiera sido de forma trágica. No había manera de que perder a tus padres no lo fuera.

Me acerqué un poquito más a él y entrelacé mi brazo al suyo.

—Vaya, lo siento mucho. Tuvo que darte muchísima pena. —Porque me salió así, sin más, apoyé la cabeza en su hombro.

Él dejó caer la suya hacia mí.

—Solo tenía seis años cuando pasó. Mis padres quisieron comprarme otro, pero yo me negué. Ningún otro perro podía sustituirle. Además, tenía miedo de que el siguiente corriera la misma suerte.

—Entiendo. Nada de perros... ni de teles. ¿Qué le pasó a tu primera tele?

Nuestras cabezas se agitaron cuando se rio. Yo me resistí al movimiento para no apartarme de su musculoso brazo. Había conseguido sacarle de la nostalgia en la que se había sumido. Su voz se había tornado amarga y me estaba arañando los oídos. No podía soportar su dolor. Ahora era mi dolor. Solo quería verlo feliz.

—Yo no necesito una tele, es algo a lo que nunca le he prestado mucha atención. Pero, si eso va a hacer que tú te aburras menos cuando vengas a visitarme, me haré con una.

—¿Cómo? —pregunté confusa por sus últimas palabras.

—Si ahora somos amigos, supongo que de vez en cuando vendrás a visitarme. —Levantó la cabeza. Yo hice lo mismo para poder verle la cara—. Para el sábado tengo previsto acabar el armario, por lo que a partir de entonces no nos veremos en tu casa.

—Claro que vendré a visitarte.

Me llenaba de alegría comprobar que había pensado ya qué

pasaría con nosotros cuando terminara su trabajo en mi casa. En mi corazón se encendió una luz de esperanza. Tal vez sintiera algo parecido a lo que sentía yo por él.

—Bueno, va siendo hora de marcharse. A este paso no acabaré para el sábado y tú suspenderás tus exámenes.

Se soltó de mi brazo, pero me ayudó a levantarme tomándome de la mano. Fuimos agarrados hasta llegar al Land Rover.

Eran casi las seis de la tarde cuando aparcamos frente a mi casa. Pronto llegaría mi padre y tenía que encontrarme estudiando.

—Se acabó el recreo. —Suspiré a modo de despedida delante de mi habitación. Era el punto donde Andoni y yo debíamos separarnos.

—¿Qué te toca estudiar hoy? —Echó una mirada curiosa hacia mi escritorio a través de la rendija de mi puerta entreabierta.

—Me temo que no puedo retrasar más la hora de ponerme con las dos guerras mundiales. Nos cae una fijo en el examen de Historia del Mundo Contemporáneo.

Silbó y agitó la mano.

—Me temo que eso te va a llevar mucho más que una tarde.

—Como poco hasta el sábado. Quiero asegurarme el aprobado, y el examen solo tendrá dos preguntas. La otra tiene muchas posibilidades de ser la unificación de Alemania, pero de eso apenas me acuerdo y prefiero dejarlo para el final.

—Si Bismarck te da problemas, ya sabes dónde encontrarme.

El nombre me resultaba familiar, pero no tenía muy claro de quién me estaba hablando. Me lo notó en la cara.

—Veo que no prestas mucha atención en clase —se mofó.

—Y tú prestabas demasiada. ¿Cómo puedes acordarte... dos años después?

—Yo no estudié esa asignatura. Simplemente he leído sobre el tema.

Me parecía increíble que alguien tan joven leyera sobre ese tipo de cosas solo por leer. A mí me resultaba tan complicado memorizar asignaturas de solo teoría que apenas rozaba el suficiente la mayoría de las veces.

—Te tomo la palabra. —Ya tenía una excusa nueva para ir a visitarlo al desván al día siguiente—. Si veo que me atasco con ese alemán, subiré las escaleras.

Entré en mi habitación y él no se movió hasta que cerré la puerta. Me quedé escuchando al otro lado para comprobar que subía. En menos de un minuto empecé a oír los martillazos.

Dado el calibre de los apuntes que me esperaban sobre el escritorio, los golpes me empezaron a resultar más molestos de lo que había pensado.

Elegí el CD de Grieg para camuflar el ruido. *La Mañana* era una melodía suave que no me distraería de la lectura. Cerré los ojos dispuesta a coger fuerzas para empezar con la segunda de las guerras, que conocía mejor que la primera. Si el ser humano fuera realmente «humano», años después no tendríamos que seguir recordando, e incluso estudiando, las barbaridades que cometía contra sus semejantes.

Traté de ignorar mis pensamientos pacifistas por el momento, autoconvenciéndome de que la humanidad podía aprender de sus propios errores.

Sin apenas darme cuenta, encontré una motivación para ponerme a leer. No empezaría por las guerras mundiales, sino que memorizaría todo lo que pudiera sobre el famoso Bismarck y mataría dos pájaros de un tiro. Por un lado, casi me aseguraría el cinco en Historia. Por el otro, podría pasar más rato con Andoni al día siguiente contrastando opiniones sobre (según podía leer en la

primera página de mis apuntes) el Canciller de Hierro.

Casi eché a mi padre de mi habitación cuando subió a saludarme. «¡Estoy estudiando!», le grité dando un bote cuando abrió la puerta sin llamar. Me había dado un susto de muerte. Estaba tan concentrada que ni me acordaba de que llegaría en cualquier momento.

—Pues sigue, sigue —me animó y salió enseguida, bastante sorprendido de verme tan volcada en mis apuntes.

El CD sonó más de cuatro veces seguidas. Lo había puesto en repetición automática y hasta que no vino mi madre a buscarme para cenar no me di cuenta de lo tarde que era.

—¡Las diez!

—Tranquila, aún no hemos cenado. Hace solo media hora que he llegado del hospital. Hoy hemos tenido mucho trabajo.

Ni me había dado cuenta del hambre que tenía. Por lo general, ya habría bajado un par de veces a por algo de picar, por el mero hecho de hacer otra cosa. Pero esa tarde me había concentrado tanto que había pasado cuatro horas estudiando sin descanso. La capacidad de Otto von Bismarck para liar a tantos países con sus tejemanejes había conseguido captar todo mi interés.

Ni siquiera me había dado cuenta de la hora que era y Andoni se habría marchado ya. No le había oído bajar y él no se había despedido de mí. Me molestó más de lo que habría querido que no tocara a mi puerta antes de volver a su casa.

Me senté a la mesa y comí sin apenas masticar.

—Hija, te vas a atragantar —me advirtió mi padre al verme engullir.

—Has cocinado tú, ¿verdad? —lo felicité guiñándole un ojo—. Me encanta tu tortilla de patata.

—Tu madre no llegaba y... he alargado un poco mi jornada laboral.

Aunque mi padre cocinaba de vicio, por lo general no lo hacía en casa, a no ser que fuera una ocasión especial o mi madre no pudiera. Para él era como llevarse trabajo al hogar.

—Oye, que yo también he estado trabajando —protestó mi madre.

—Hoy todos hemos trabajado mucho —continúo mi padre con la boca llena—. Edurne no ha parado de estudiar. Y el artista ha dejado terminado medio armario antes de irse.

—¿Medio armario? —pregunté disgustada. Realmente no quería que lo acabara nunca.

—Por lo menos. Y le está quedando muy bien. Deberías subir a verlo —me aconsejó mi padre.

En cuanto recogimos los platos subí a ver la creación de Andoni. El Artista le había apodado mi padre. Y con razón. Según mis cálculos estaba terminado más o menos un tercio, no la mitad. Me consolé al ver que por lo menos iba a necesitar hasta el sábado, como él me había dicho.

No me quedé mucho más admirando su obra. Quería acabar de estudiar la unificación alemana antes de que volviera al día siguiente. Ya tenía varias cosas que quería comentarle sobre el canciller. Lo que más curiosidad me causaba era saber qué pensaba él de ese personaje, qué le había llamado tanto la atención como para querer leer sobre él.

Estudié hasta que el sueño pudo conmigo y caí rendida en la cama. La guerra de Prusia y Austria contra Dinamarca me hizo tener complicadas pesadillas.

Capítulo 15

Los jueves no teníamos Economía, por lo que Nuria no pudo estar sola conmigo en toda la mañana. No sabía si me alegraba de que no pudiera interrogarme sobre Andoni o si en realidad me moría de ganas de contarle todo lo que habíamos hecho juntos el día anterior. Tenía miedo a que, si hablaba de ello, mis sentimientos por él se reforzaran. Y ya me parecían lo bastante fuertes. Se habían agarrado con uñas y dientes a mi corazón y no lo soltaban. Que se hubiera marchado el día anterior sin despedirse de mí atravesaba mi pecho como si me hubieran echado ácido.

—¡Hola, chicas! —Ager nos saludó y salió del León rojo aparcado en la parada del autobús. ¿Qué hacía allí Jon?

Miré mi reloj y me horroricé al ver que solo era la una y cuarto. Aún faltaban diez minutos para que llegara el autobús.

—Venimos a rescataros de la pesada rutina —anunció Ager abrazando a Natalia.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué teníais pensado?

—Como tengo el Golf en el taller, le había pedido a Jon que me acercara para recogerte hoy, que salías antes. De camino, hemos visto que el kiosco del parque estaba abierto y Jon me ha propuesto llevaros a todas a tomar un helado. Me ha parecido una idea

estupenda. ¡Con el día que hace!

—¿Antes de comer? —Natalia arrugó el labio superior ante la pésima idea.

—Un helado apetece a cualquier hora. —Jon se decidió a abrir la boca. Aún no nos había dicho nada a ninguna. A mí ni me había mirado.

—Sí, además están dejando el parque como nuevo. Al pasar hemos visto a mi tío colocando los nuevos columpios. Ya sabes, colabora con el ayuntamiento en estas tareas.

—¿No os apetece ir a verlo? —nos preguntó Jon, pero esta vez me miró solo a mí.

—No queda lejos, aunque podemos ir en el coche si queréis. ¿Dónde están Tania y Nerea?

—Se han tenido que quedar en la clase de apoyo de Matemáticas. No salen hasta dentro de una hora.

—Perfecto, así cabemos justo los cinco en el coche. —Jon ya estaba en el asiento del conductor sin que nadie hubiera aceptado todavía. Me pareció muy feo que se alegrara de que mis dos amigas no pudieran venir.

—Yo aún tengo mucho que estudiar —comenté mirando mi reloj.

—Venga, Edurne, no seas así. Tienes toda la tarde, y a mí me apetece un montón ir. ¡Mira qué día hace!

La cara de Nuria era tan suplicante que no pude negarme. Si yo no iba, ella tampoco se animaría a estar sola con Jon y una parejita, era demasiado tímida.

—Está bien, pero solo un rato. No quiero que mi madre coma sola.

—¡Gracias! —Me dio un abrazo antes de salir corriendo hacia el coche.

Yo anduve más despacio y sin mucho entusiasmo. No me

apetecía demasiado apuntarme a un plan propuesto por Jon.

Cuando llegué al coche, Nuria ya estaba sentada en los asientos traseros. Natalia y Ager lo hicieron a su lado antes de que yo pudiera elegir sitio.

—¿A qué esperas? —preguntó Jon desde la ventanilla. Me miraba con gesto triunfal.

Me resigné solo por tener la fiesta en paz y fui de copiloto. Menos mal que íbamos cerca y solo tendría que estar unos minutos sentada a su lado.

—Huele a tabaco —mencioné sin pensar. Había notado el olor y me había salido el comentario por inercia. Me mordí la lengua.

—Varios de mis amigos fuman y yo les dejo hacerlo dentro del coche. ¿Crees que podrás soportarlo cinco minutos?

Su tono fue bastante borde.

—Perdona, era una simple observación.

Se hizo un silencio en el coche.

—¿Podríais dejar de comportaros como niños y estar sin discutir al menos una hora? —nos pidió Ager con la cabeza entre nuestros asientos—. Pensaba que habíais hecho las paces.

—Ah, ¿sí? —Natalia no estaba al tanto. Me sorprendió, puesto que Ager sí lo sabía—. ¿Y por qué nadie me ha dicho nada?

—Fue el martes. Yo se lo acabo de contar a Ager. A Edurne no le habrá dado tiempo —me excusó Jon.

Me había dado tiempo de sobra, pero no quería hablar de él. Solo se lo había contado a Nuria y porque formaba parte de mi historia con Andoni. Jon era un mero personaje secundario, aunque entrometido.

—Y sí podemos estar sin discutir. ¿Verdad, Edurne?

—Sí, una hora será posible. —Quise darle un voto de confianza. Esperaba que lo supiera apreciar.

Pero él volvió a meter la pata. En cuanto accedí a intentar no discutir, apretó su mano a la que yo tenía apoyada sobre mi pierna. No sabía lo que me quería decir con ese gesto y lo aparté, simulando que estiraba mi falda lo máximo posible hasta mis rodillas.

A Jon no le gustó nada mi reacción y dio un violento volantazo para aparcar a la orilla del río, a la sombra entre dos chopos demasiado juntos. Mi puerta quedó bloqueada contra el tronco y se me hizo imposible abrirla. Me pregunté por qué habría aparcado allí habiendo sitio de sobra en la zona de aparcamiento, que estaba a solo unos metros.

Jon bajó del coche y echó su asiento hacia delante para dejar salir a los pasajeros de la parte trasera de su León de tres puertas. Luego volvió a colocar el asiento y me ofreció su mano para ayudarme a salir.

—¿Dejarte ayudar sería demasiado esfuerzo para ti? —Su voz era burlona esta vez.

No le respondí y gateé sobre el asiento sin dejar de sujetar mi falda. Jon tiró de mí con un brazo alrededor de mi cintura y me sacó del coche como quien coge a un gato. Me revolví hasta pisar el suelo, pero siguió sosteniéndome por la cintura hasta que llegamos a la terraza del kiosco. Al llegar a la mesa, me soltó y me hizo sentar en una silla. Después cogió otra para él, la pegó a la mía y se acomodó como si nada.

—¿Se puede saber por qué has hecho eso? —le increpé. Él no respondió, pero lo cacé mirando de forma furtiva por encima de mi hombro.

Me giré y se me cayó el alma al suelo cuando vi a Andoni. ¿Habría visto la patética escena que Jon había preparado para él? Apenas tardé un segundo en entender por qué había aparcado así y

por qué me había agarrado exactamente del mismo modo que Ager agarraba a Natalia unos pasos por delante. Solo que a mí me llevaba forzada.

Estaba segura de que había visto a Andoni al llegar y se le había ocurrido montar ese numerito para que pensara algo que no era. El martes me había demostrado de nuevo sus celos, que emergieron al no dejarle entrar en casa y, sin embargo, sí permitírselo a otro amigo.

Andoni estaba colocando la máquina de un tren de madera en la parte central de los columpios del parque, a tan solo unos metros. Era imposible que no nos hubiera visto.

—¿Qué miras, Edurne? —Natalia siguió mi vista.

No supe qué responder y busqué la mirada de Nuria a modo de auxilio. Ojalá me entendiera, aunque esta vez lo tenía muy difícil.

—¿Vamos a por esos helados? —propuso mi amiga. Algo era algo.

—Oye, Ager, ¿ese de ahí no es tu tío Damián? —Natalia señaló hacia los columpios.

Ager se levantó y dio un fuerte chiflido.

El dueño de la ferretería le devolvió el silbido y apareció a nuestro lado en unos segundos. ¿Cómo no me había enterado antes de que era tío de Ager?

—¡Ager! ¿Cómo tú por aquí?

—¡Hola, tío! Te hemos visto antes desde la carretera. ¿Es que no vas a parar nunca de trabajar?

—Ay, hijo, hay cosas que nunca cambian. —El anciano habló con resignación, pero no perdió la sonrisa.

—He ido a buscar a mi novia al instituto. Te acuerdas de Natalia, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Cómo iba a olvidar una cara tan bonita? —Damián

zarandeó a Natalia apretando su hombro de forma algo brusca. Ella sonrió con timidez.

—Y hemos traído a las chicas a despejarse un poco antes de ponerse a estudiar para los exámenes —siguió explicando Ager.

—Muy bien, muy bien. —Nos sonrió a todas y abrió mucho los ojos al detenerse en mi rostro—. Anda, Edurne. ¿Qué tal? ¿Cómo están tus padres?

Esperaba que Damián no me reconociera, hacía años que no entraba en la ferretería, pero estaba demasiado cerca de mi casa y mi madre iba allí a menudo.

—Muy bien, muchas gracias.

—Ya me ha dicho Andoni que al final se pusieron de acuerdo y que está haciendo ese armario para tu madre. ¿Qué le parece hasta el momento?

Noté que Nuria y Jon me miraban con interés. Cada uno de ellos acababa de descubrir algo que no sabía. Vi en Jon un gesto de desconfianza al averiguar que Andoni trabajaba en mi casa. A Nuria la vi agarrarse a la silla con ambas manos, al fin le había puesto rostro a Andoni. Su boca volvía a ser un gran túnel.

—Aún no está terminado, pero lo que va haciendo nos está gustando mucho.

—Me alegro. Sabía que no os iba a defraudar. Míralo. —Señaló hacia los columpios—. Ahí lo tengo, echándome una mano con la restauración de las áreas recreativas. Tenemos para todo el verano.

Los cuatro se asomaron a ver a Andoni siguiendo la señal del dedo de Damián. Nuria me dio una patadita por debajo de la mesa.

—¿Y quién es ese chico, tío? Nunca lo había visto por aquí.

Al parecer, Ager no estaba compinchado con Jon. La verdad es que no me lo hubiera esperado de él. En cambio, empezaba a pensar que Jon había planeado traernos al parque y hacer el paripé

agarrándome por la cintura desde antes de que aceptáramos ir. Seguro que cuando habían visto al anciano desde la carretera Jon había distinguido a Andoni. No tenía pruebas, pero habría puesto la mano en el fuego por mi teoría.

—Le ha comprado la cabaña a Esteban, que está ya muy enfermo. Al parecer, se la ha vendido con la condición de que la restaure. Y ahí anda el chaval, todo el día trabajando. —Se giró hacia mí—. Cuando acabemos aquí, probablemente tendrá que ir a tu casa.

—Sí —contesté enseguida—. Suele venir a las tardes.

Jon soltó una seca risotada.

—¿Qué? —preguntó Natalia.

—Nada, nada. Cosas mías. —Jon siguió riendo entre dientes y me miró de reojo.

—Bueno, chavales, tengo que seguir con los toboganes. —Damián simuló deslizarse por uno con gesto juguetón—. Que os divirtáis.

—Hasta luego, tío.

Lo seguí con la mirada hasta que llegó junto a Andoni. Le dijo algo y él miró hacia nosotros. Levantó una mano y saludó.

Respondí con el mismo gesto. Nuria también los hizo, con su cara más sonriente. Le devolví la patadita que me había dado antes y ella se encogió de hombros con mirada inocente, pero no dijo nada.

—¿Tú sabías lo de la cabaña del pescador? —quiso averiguar Natalia. Me miraba con el ceño fruncido.

—Sí, bueno, es lógico —me excusé.

—¿Y cuándo pensabas contárnoslo? —La voz de mi amiga se endureció—. Para alguien nuevo que viene al pueblo y tú, que tienes información de primera mano, no la compartes con tus amigas.

—No pensé que os pudiera interesar.

—Pero ¡¿qué dices?! —Natalia estaba muy molesta—. ¿Alguien viviendo en la cabaña encantada? Es como para querer enterarse.

—No digas tonterías, no está encantada —rebatió Ager.

—Bah, eso es lo de menos. ¿De dónde viene ese tal Andoni? ¿Dónde vivía antes?

—No sé tanto de él, Natalia. —Quise que dejara de interrogarme cuando antes.

—Pensaba que erais muy amigos —apuntó Jon.

Todos me miraron atónitos esperando mi respuesta.

—Y lo somos. —Si pretendía que renegara de él, perdía su tiempo.

—¿No me digas? —Natalia sonó indignada—. Edurne, últimamente no me cuentas nada.

—¿Cómo de amigos? —insistió Jon, como si Natalia no hubiera hablado. Su cara era un poema. Estaba entre furioso y dolido.

—Amigos, sin más. ¿Has acabado con el interrogatorio? ¿Puedo ir a por ese helado ya?

Me levanté y Nuria se apresuró a venir conmigo. Natalia nos siguió, pero antes se aseguró de que estuviéramos solas un momento.

—¿De qué los queréis vosotros, chicos? Yo os los traigo. —Empujó a Ager por los hombros hacia abajo, sentándolo en la silla en cuanto hizo amago de incorporarse.

—De limón.

—Yo no quiero nada, gracias. —Pude oír decir a Jon con desgana.

—¡Marchando! —Natalia se apresuró a seguirnos hasta el kiosco. En cuanto estuvo con nosotras, comenzó su interrogatorio.

Sabía que tenía que desvelar parte de la historia, pero debía

tener cuidado con lo que le contaba. Si se enteraba de que le había mentido sobre lo del taxi, se enfadaría muchísimo. Me concentré en simplificar todo lo máximo posible.

—En serio, Edurne. ¿Qué ha sido todo eso?

—¿A qué te refieres? —Necesitaba más tiempo para organizar mis explicaciones.

—Dos helados de avellana, por favor. —Nuria intentaba pasar del tema. Sabía que ella no debía aparentar tener más información que los demás.

—Espera, Nuria, pídeme lo mismo a mí y uno de limón para Ager. Nada para Jon. —Hizo una pausa antes de dirigirme una mirada y una pregunta que no me esperaba—. ¿Desde cuándo conoces a ese pedazo de tío?

Me relajé un poco. Natalia iba a enfocar sus preguntas hacia el más que obvio atractivo de Andoni y tal vez se olvidara de que no le había confiado desde el minuto cero cada detalle de mi vida, como cuando éramos inseparables.

—Desde hace poco. Mi madre le contrató el lunes para que nos hiciera un armario en el desván.

—¿Este lunes?

—Sí. Y ha venido a casa todos los días desde entonces.

—Es muy poco tiempo, Edurne. ¿Cómo os habéis hecho amigos tan pronto?

Buena pregunta.

—Es un chico encantador y...

—Y guapísimo —me cortó Nuria al traernos los helados. Tenía una cara demasiado alegre.

—Quería decir *y* que es muy fácil hablar con él. —Aunque al principio me había costado articular palabra—. Estos días hemos tenido bastantes oportunidades de charlar, al estar en mi casa... —

No iba a mencionar mis visitas a la cabaña.

—Y otra cosa —Natalia no iba a conformarse con eso. Seguimos junto al kiosco a pesar de tener ya los helados en la mano—: ¿cómo es posible que tus propias amigas no tengamos ni idea del tema y que Jon esté al tanto?

Otra buena pregunta.

—Veréis —quise incluir a Nuria, ya que Natalia la había implicado en su pregunta. Me sentía fatal por hacerla mentir por mí—, el día que Jon vino a mi casa a pedirme disculpas, Andoni abrió la puerta por casualidad. Me notó reacia a hablar con él y, cuando Jon preguntó si era mi hermano, Andoni le respondió que era un amigo.

La cara de Natalia reflejaba sus ganas de saber más. Decidí regalarle algún otro detalle antes de que derritieran los helados.

—Y, como le dije a Jon que mejor hablábamos en el porche, probablemente se montó sus películas. ¿Por qué a un amigo le dejo entrar en casa y a otro no?

—Porque estabas enfadada con él —me apoyó Nuria.

—Y porque el otro está trabajando dentro —explicó con lógica Natalia—. ¿No se lo dijiste?

—No. Se acaba de enterar. Por eso creo que se ha reído antes, cuando Damián lo ha contado.

—Bueno, bueno. Me da exactamente lo mismo lo que piense Jon. —No me podía creer lo que acababa de decir—. Lo que quiero saber es... ¡si te gusta!

—Natalia, ¡siempre con lo mismo!

El regaño de Nuria fue de lo más hipócrita. Ella me había preguntado exactamente eso hacía bien poco. Me lo tomé como una forma de apoyarme.

—¿Qué quieres, Nuria? Que está como un tren salta a la vista. Y ha sido ella misma la que ha dicho que es encantador. Mi pregunta

está más que justificada.

—Podría llegar a gustarme —le di la misma primera respuesta que a Nuria. Si le decía que estaba loca por sus huesos, se enfadaría conmigo por no habérselo contado antes.

—¿Y qué pasa con Jon? —Su voz se volvió menos cómplice que antes.

—Absolutamente nada. —Lo tenía más que claro.

—Hasta hace cuatro días sí pasaba, y mucho. —Natalia estaba disgustada. Parecía haber olvidado lo que me había hecho y volvía a estar emperrada en que estuviéramos juntos.

—El sábado abrí los ojos con Jon. No es como pensaba y me ha decepcionado mucho.

—Así que sí que te gusta el carpintero. —No iba a parar hasta sacármelo.

—Una cosa no quita la otra. Cuando Jon dejó de gustarme aún no conocía a Andoni. —Aunque le conocí poco después.

—Ya... —No estaba muy convencida. Aunque cierta idea le hizo quitarle importancia. Su sonrisa la delató—. ¿Y piensas presentárnoslo?

—¡Eso, eso! —Nuria estaba ansiosa por conocerlo. Era la segunda vez que lo pedía. Tuve que sujetarla del brazo al ver que se dirigía ya hacia los columpios.

—Algún día de estos. —Intenté ser lo menos concreta posible—. Ahora está trabajando.

—¿Qué pasa con ese helado? —Ager nos hizo señas desde la mesa para que fuéramos. Jon estaba cruzado de brazos en su silla mirando a Andoni de manera descarada.

—¡Ya vamos! —Natalia le hizo una señal con la mano indicando que esperara un poco. Luego se volvió de nuevo hacia mí—. Espero que nos informes si hay novedades. —Se dirigió hacia la mesa por

fin. Antes de llegar me susurró tapándose la boca—: No me puedo creer que no hayas dicho nada hasta ahora.

Nos sentamos junto a los chicos y degustamos los helados en un silencio algo incómodo. Casi me atraganto al recibir una gran patada de Nuria por debajo de la mesa. No pude evitar quejarme por el golpe en la espinilla y me atraganté finalmente al ver la cara de mi amiga. Miraba por encima de mi cabeza con un gesto de lo más expresivo. Fui incapaz de girarme hasta que oí su voz.

—Hola. —El tono casual reflejaba que el saludo se extendía a todo el grupo. Aún me estaba girando a cámara lenta cuando dio dos suaves toques en mi hombro a modo de llamada.

—Edurne, perdona que te interrumpa. ¿Te puedo comentar un asunto?

Él siempre tan educado.

—Sí, claro. —Me levanté como un rayo, dispuesta a alejarnos unos pasos de los demás. Pensaba que quería hablar en privado.

—No, no te molestes. Es solo un momento. —Volvió a tocar mi hombro para hacer que me sentara de nuevo.

Sentí las miradas de los otros cuatro clavadas en mi espalda.

—Por favor, dile a tu madre que esta tarde no podré seguir con el armario. Nos quedan varias piezas por montar en el parque. Damián quiere terminar hoy, y no quiero dejarlo solo.

No podía creer que esa tarde no fuera a verlo.

—Descuida, yo le aviso. —Estaba segura de que se me había notado la decepción en la voz.

—Pero lo de acabarlo el sábado sigue en pie. Si no hay problema, iré también por la mañana para recuperar las horas de hoy.

—Mi madre podrá esperar un par de días para utilizar su nuevo armario, no hay ninguna prisa. —Ojalá no fuera tan bueno en su

trabajo y tardara tres semanas más.

Me dedicó una de sus majestuosas sonrisas y supe que mis amigas no la pasarían por alto.

—Ya sabes, me gusta cumplir mi palabra. —Me guiñó un ojo—. Nos vemos mañana—. Me echó una última mirada antes de despedirse con la mano abarcando también a los demás—. Pasadlo bien.

—Hasta otro día, Andoni. —La voz de Nuria sonaba eufórica.

Me quedé mirándolo mientras se alejaba. Cuando me giré, los rostros de cada uno de mis acompañantes reflejaban muy distintos sentimientos.

Por un lado, Nuria tenía la boca entreabierta por la sorpresa y estirada por la sonrisa, lo que hacía que soltara una risilla tonta muy delatadora. La cara de Natalia también era de sorpresa, pero no reflejaba alegría, sino incomodidad, al igual que la de Ager. Decidí no darle importancia al imaginar que se debía a su consideración por Jon, quien apoyaba los codos sobre la mesa, con el cuerpo totalmente echado hacia delante. Parecía dispuesto a levantarse de forma inminente.

—Sí que parece muy majo —comentó con inocencia Nuria. No se daba cuenta de que hablar de Andoni no era una buena idea en ese momento.

—¿Habéis acabado? —Jon se levantó y sacó las llaves de su bolsillo—. Me están esperando para comer.

De pronto tenía prisa.

Nos levantamos y fuimos al coche. Jon se adelantó y lo sacó de entre los chopos. Se detuvo frente a nosotros y salió para abatir su asiento. Todos se sentaron como habíamos venido. Tuve que volver a ir de copiloto. Esta vez era todavía más incómodo.

Jon puso la música a tope evitando cualquier conversación

durante el camino hacia el pueblo. Nadie protestó. Dejó primero a Ager y Natalia en casa de ella, quien había pensado invitarlo a comer.

Si hubiéramos tomado el camino habitual, mi casa habría sido la siguiente por la que hubiéramos pasado. Pero Jon dio una vuelta extraña por algunos callejones y aparecimos en la calle de Nuria.

—Hasta mañana, Edurne, que estudies mucho. —Acercó sus dedos pulgar y meñique a su cara, simulando un teléfono, mientras salía del coche por la puerta del conductor. Jon estaba de pie fuera y no pudo verlo.

—Adiós, Jon. Muchas gracias.

—Cuando quieras, guapa. —Pude oír cómo le daba dos besos al despedirse. Me extrañó bastante. Entre nosotras era una costumbre, incluso con los amigos del pueblo de Ager. Con los de la universidad nunca nos habíamos saludado dándonos dos besos, exceptuando la vez que nos los presentaron. ¿Qué se traía entre manos?

Subió de nuevo al coche y se puso en marcha. Conducía demasiado despacio para lo que acostumbraba. Me temía una conversación en ciernes.

—¿Qué vas a hacer este sábado?

—Tengo que estudiar. —Y además estaba castigada—. ¿Por qué?

—Me preguntaba si vendrías a vernos jugar. Es la final y estoy seguro de que ganaremos. —Engreído—. Después iremos a celebrarlo a lo grande.

Visualicé una celebración que significara «a lo grande» para Jon. Diferentes bebidas alcohólicas participaban en esa fiesta.

—De verdad, tengo que estudiar. —Me abstuve de preguntarle por las actividades que tenían planeadas tras el partido—. Pero emitiré ánimos y buenas vibraciones para vosotros desde mi escritorio.

—Natalia también tiene exámenes y Ager me ha dicho que irá.

—Bueno, es su novia. Es lógico.

Jon me miró de reojo. Si las miradas mataran yo habría sido un cadáver en ese momento.

Detuvo el coche junto al jardín de mi casa y sacó la llave del contacto.

—Suerte. Espero que ganéis. —Cogí mi mochila y me dispuse a salir del coche, pero la puerta estaba bloqueada.

—Sé que lo haremos. El equipo está muy motivado. Pero yo lo estaría más si tú vinieras a verme.

Ahora me sentí culpable. Tal vez habría ido a verlos si no me quedara un día de penitencia. Seguramente la propia Natalia me lo habría pedido. Pero era imposible, mi padre no iba a levantarme el castigo un día antes.

—Lo siento, Jon, en serio. Me queda aún muchísimo por estudiar y si salgo el sábado no me va a dar tiempo.

—Sé que vais a ir el domingo al río. Podrías aplazar tus estudios del sábado al domingo. El río estará ahí todo el verano y finales del campeonato solo hay una al año.

Ager ya le había comunicado nuestros planes a su amigo. Estaba claro que tanto Natalia como él tenían complejo de celestinos.

—Podría, pero lo del domingo no era seguro. La idea era estudiar el sábado y solo ir al río si para el domingo habíamos acabado. —Su cara volvió a mostrar su enfado—. Lo siento, pero no quiero suspender.

—Deja ya las excusas, Edurne. —Sujetó mi barbilla y giró mi cara hacia la suya para obligarme a mirarlo a los ojos—. Dime la verdad. Quieres quedarte en casa el sábado para estar con él.

Andoni había dicho que, para poder terminar el armario a tiempo, iría el sábado por la mañana y por la tarde. Jon se había

quedado con sus palabras y me había preparado una encerrona. Era la segunda del día.

—Abre la puerta, Jon. Quiero marcharme. —Aparté de forma brusca su mano de mi barbilla y me acerqué a la puerta.

—No hasta que lo admitas. —Sus ojos, los mismos que hasta hacía bien poco me habían parecido tan bonitos, ahora echaban chispas y resultaban de lo más intimidantes. Pero yo no me iba a doblegar.

—No tengo nada que admitir. Abre la puerta. —Esa situación se me empezaba a parecer a la del sábado, solo que esta vez estaba atrapada dentro de su coche en vez de acorralada contra él.

—Ya veo que no se puede cometer un solo error contigo. —Suspiró y sacudió la cabeza—. ¡Qué rápido me has cambiado por otro!

—Deja de decir eso. Entre tú y yo nunca ha llegado a haber nada. Y Andoni y yo solo somos amigos.

Que yo quisiera ser algo más no significaba que Andoni tuviera que corresponderme. Por el momento me conformaba con su amistad y no quería que los celos de Jon la estropearan.

—Vamos, Edurne, no estoy ciego. He visto cómo lo miras. —Ante eso no podía defenderme—. Y también cómo te mira él a ti. Puede que logréis engañar a tus padres, pero a mí no.

Jon levantó la cabeza a modo de saludo mirando a través del parabrisas. Seguí la línea de su mirada y me encontré con mis padres agarrados de la mano y saludándonos.

Oí cómo las puertas se desbloqueaban y salí *ipso facto* del coche. Jon también se bajó.

—Hola, hija. ¿Hoy te han traído a casa? —Era más que evidente. Mi padre hacía esa pregunta en lugar de decir: «¿Por qué estás sola con un chico en un coche delante de casa?».

—Jon nos ha acercado a Natalia, a Nuria y a mí —aclaré.

—Hola, Jon. ¿Qué tal tu padre? —Mi padre intentó ser más amable, pero se le ocurrió darle un apretón de manos que Jon no pudo resistir. Blandengue.

—Muy bien, muchas gracias. —Intentó disimular que se sacudía la mano atusándose el pelo en cuanto se la soltó.

—Me alegro. —Abrió la puerta de la cerca del jardín y me miró invitándome a que pasara yo delante.

—Salúdale de nuestra parte, ¿lo harás? —Mi madre se despidió con la mano antes de seguirme hacia la casa.

—Por supuesto. —Jon se giró hacia su coche, pero se detuvo y se acercó un par de pasos hacia la verja.

—Edurne, entonces... ¿vendrás el sábado?

Si pretendía delatarme con respecto a Andoni delante de mis padres, buscaría la forma de hacerle pagar por ello. Me sentí una inútil por no ser capaz de encontrar ninguna forma satisfactoria de venganza.

—Lo siento, Jon. Ya te he dicho que tengo que estudiar.

No perdí de vista a mi padre en ningún momento, tratando de comunicarle con la mirada que no se le ocurriera mencionar lo de mi castigo.

—¿A dónde pensabais ir? —Al parecer, no era tan perceptivo a mi lenguaje corporal como Nuria.

—Había invitado a Edurne a que viniera a animarnos a la final del campeonato de baloncesto universitario. Pero si tiene tanto que estudiar...

—Voy fatal con Historia, papá. Ya sabes lo que me cuesta memorizar esos tochos.

Mi padre levantó una ceja. Por fin me había entendido. Si yo reconocía que iba tan mal, es que realmente no pretendía que me

levantara el castigo.

—Los estudios son lo primero. En otra ocasión, chaval.

—Sí, seguro que volvemos a llegar a la final el año que viene.

Jon se metió en el coche y aceleró a fondo al salir de mi calle.

Mi padre se quedó mirándolo con asombro antes de dirigirse hacia la casa con nosotras.

—Pensaba perdonarte el último día de castigo. Has estudiado mucho esta semana—. Cerró la puerta de casa después de que mi madre y yo entráramos.

—No te he visto mucho interés en ir a ese partido. —Mi madre me miraba confusa.

—¿Por qué iba a querer ir a ver a diez tíos sudorosos lanzando un balón a un aro?

Mi padre se mostró atónito.

—¿Y qué hay de cuando ves la NBA conmigo por la tele?

—¡Eso es distinto! Eso... es espectáculo.

Me encantaba el baloncesto. Me hubiera gustado ver la final del campeonato universitario. Ya había acudido a varios partidos y los estudiantes jugaban realmente bien. El equipo de Ager y Jon era muy bueno y habría ido a formar parte de la afición si las cosas se hubiesen presentado de otra manera.

—Como quieras, cariño. Si realmente vas tan mal en Historia, será mejor que te quedes estudiando el sábado.

—Además, así estarás para recibir a Andoni a la tarde. Tu padre y yo vamos a estar todo el día en el restaurante. Hay una boda y voy a ir a ayudarlos con la cocina.

Mi madre solía ayudar —si no le tocaba trabajar en el hospital— cuando alguien se ponía malo repentinamente o cuando había algún evento especial en el restaurante que capitaneaba mi padre. Cocinaba mejor que muchos profesionales del gremio.

—Por eso tengo la tarde libre hoy —canturreó mi padre y sacó una cerveza de la nevera.

Era el destino, sin duda.

—Precisamente me he encontrado hace un rato con Andoni y me ha pedido que os avisara de que hoy a la tarde no podrá venir. Tiene otro trabajo urgente. Pero había pensado venir el sábado desde la mañana para acabar el armario en la fecha prevista.

—Qué chico más profesional. —Mi madre seguía con sus halagos. Me encantaba. —Aun con contratiempos, pretende cumplir con lo acordado.

—Pero tampoco pasa nada porque lo acabe el lunes o el martes, ¿no? —Esperaba que mi madre fuera benévola.

—Claro que no. Mañana le diré que, si le viene mal quedarse aquí todo el día, no se preocupe, que no hay ninguna prisa.

—De todas formas, Edurne estará en casa, que venga cuando quiera. —Mi padre tenía la antena puesta a pesar de estar viendo la tele acomodado en el sofá.

—Estaré, porque tengo muchísimo que estudiar.

Bien. Con el visto bueno de mis padres, y conociendo a Andoni, el sábado estaríamos solos durante todo el día, aunque mi madre le diera más plazo. Él era «un hombre de palabra».

Esa tarde estudié durante tanto rato seguido que acabó doliéndome la cabeza y mezclé los acontecimientos de las dos guerras mundiales en mis pesadillas.

Capítulo 16

Nuria estuvo ansiosa durante todo el viaje en autobús hacia el instituto. Algo quería decirme que no podían escuchar nuestras otras tres amigas. Me sorprendió que Natalia no abriera la boca respecto a lo sucedido en el parque el día anterior. Tal vez estaba esperando a que yo lo mencionara primero, puesto que Tania y Nerea no estarían enteradas. Desde luego, no dije ni mu.

Teníamos Economía a última hora y Nuria estalló al fin cuando se sentó en nuestro pupitre.

—Estuve esperando tu llamada.

—Lo siento, lo olvidé.

—Te habría llamado yo, pero no quería interrumpirte si estabas con él...

—Sabes que ayer no vino. Lo dijo delante de ti.

—¡Es verdad! ¡Se me había olvidado! Y, si no estabas ocupada con tu Romeo, ¿por qué no me llamaste tú?

—¿Y qué querías que te contara?

—¿Te tengo que recordar que te fuiste sola a casa con Jon? Después de cómo se despidió de mí, estoy segura de que te tenía preparada alguna historia. Darme dos besos y llamarme «guapa», cuando nunca antes lo había hecho, fue una forma muy infantil de

tratar de darte celos.

—Eres guapa —rebatí.

Aunque era cierto que el momento y las formas habían sido muy sospechosas.

Ella fingió echarse hacia atrás una larga melena, cuando la llevaba bien cortita y rizada, y alzó la barbilla con chulería, aunque enseguida puso los ojos en blanco y rio.

—Quería que fuera a verle jugar el sábado —acabé contándoselo —. Es la final.

—¿Y vas a ir?

—Claro que no. Estoy castigada, ¿recuerdas?

—Pero... él no lo sabe..., ¿o sí? Ay, Edurne, con tanto secreto me estoy empezando a hacer un lío.

Pobre Nuria. No era la única.

—Lo siento. No me gusta que tengas que mentir por mí. Tampoco me gusta verme obligada a hacerlo yo, pero ya no puedo dar marcha atrás.

—Tranquila, la causa lo merece. ¿Lo verás hoy? A Andoni, claro.

—¡Espero que sí! —Solo había pasado una tarde sin verlo y ya lo echaba de menos. Estaba más colada por él de lo que pensaba.

—Mañana quiero un dosier completo sobre mi mesa —me advirtió con un raro tono de voz emulando a un alto cargo de una multinacional.

—Tranquila, sabes que te cuento todo... Lo que se puede contar.

—¿Qué? ¿Ha pasado algo que no se pueda contar? —Los ojos se le salían de las órbitas.

—No, todavía no... —La dejé con la curiosidad por las nubes—. ¡Para mi desgracia!

Las dos nos reímos, sabiendo de sobra a qué me refería, y la profesora nos llamó la atención.

—Edurne Urquijo y Nuria Zabala. ¿Podéis contar el chiste en alto? Así nos reiremos todos.

No hizo falta que contáramos nada porque nuestros compañeros se rieron por la regañina. Mantuvimos silencio durante el resto de la hora, solo Nuria hizo un breve comentario por lo bajo.

—Es aún más guapo de lo que imaginaba. Pero lo que me ha parecido de verdad, con solo mirarlo, es que es muy buena gente.

—¿A que sí? —Me emocionó muchísimo que lo hubiera percibido tan rápido. Me hacía sentir menos loca por confiar de tal manera en alguien al que aún estaba empezando a conocer.

Ese viernes era el último día de clase. A partir del lunes empezaban los exámenes y solo hacía falta acudir a las aulas de apoyo para reforzar alguna materia de cara a la inminente selectividad. Yo aún no sabía a cuáles iba a ir. Historia era una de las primeras candidatas de cada año, pero esta vez tenía un profesor particular en casa. Aunque no encontrara el momento de hablar con él sobre las batallas europeas de siglos pasados, ya había estudiado más que suficiente motivada por esa posibilidad. Sin duda, había merecido la pena.

Salimos bastante tarde de Economía y casi perdemos el autobús de y veinticinco. Solamente había un autobús cada hora y tener que coger el siguiente hacía que llegara a casa a comer a las cuatro de la tarde. Mi estómago no podría soportarlo.

—¡Qué bien! Tenemos sitio juntas atrás del todo. —Tania avistó los lugares libres que quedaban.

Atravesamos el pasillo hasta la última fila de asientos. Todas se fueron acomodando y tuve la sensación de que me habían reservado el asiento central. Borré las pocas dudas que me quedaban cuando las miradas de todas se fijaron en mí.

—¿Qué pasa? —pregunté intimidada.

—Eso es lo que queremos saber nosotras. ¿Qué pasa, Edurne?

La voz de Nerea era inquisidora. Alguien había abierto la boca, y sabía que Nuria no había sido.

—¿Qué es lo que os ha contado Natalia? —La miré a ella.

—No sabía que fuera ningún secreto. —Enseguida se puso a la defensiva.

—Nos ha dicho que hay un chico nuevo en el pueblo y que está trabajando en tu casa. —Nerea sabía aún más que eso, se le notaba en la voz.

—Hasta ahí todo correcto. —La miré esperando el resto.

—Y que, cuando fue a hablar contigo ayer, parecía que erais muy amigos.

—¿Eso parecía? —No recordaba haber hecho nada fuera de lo normal. —Somos amigos, desde hace unos días.

—Pues parecía que os comíais con la mirada. —Natalia y sus conclusiones precipitadas. Tal vez yo sí lo hubiera mirado así. Por su parte, seguro que no.

—Bueno, ¿y... algo más?

—Sí. —Tania siguió metiendo cizaña—. ¿Cuándo lo vamos a conocer?

—Eso, que Tania y yo somos las únicas que no lo hemos visto aún.

—No lo sé. Vive en el pueblo. Seguro que algún día coincidís.

—Dile que venga este domingo al río con nosotros. También habrá chicos. Aunque si viene Jon... —Natalia miró por la ventanilla.

—Si viene Jon me va a dar lo mismo que esté Andoni o que no. Le voy a hacer el mismo caso: ninguno.

—¿No le has perdonado lo del sábado? —La pregunta de Tania llevaba algo detrás.

—No es por eso, únicamente... —Empezaba a hartarme de hablar de Jon. ¿Por qué tenía que salir en la conversación?

—Seguro que también se puso celoso ayer, cuando Andoni fue a hablar contigo. —Aquí estaba la segunda parte. Tania y Nerea lo sabían todo. Natalia las había puesto al día.

—Por mí, puede hacer lo que quiera. Es su problema. Pero yo no soy nada suyo, que se vaya haciendo a la idea.

Natalia pareció molesta con el tema de nuevo.

—Tú sabrás, pero yo no los juntaría por el momento. Es muy probable que Jon venga el domingo al río. Dale tiempo para que se desencapriche de ti antes de que te vea con otro.

La cólera se apoderó de mí.

—Mira, Natalia, Andoni es mi amigo y, si le quiero invitar al río y él decide aceptar, me da exactamente igual quién esté allí. Si Jon tiene algún problema, que se vaya él.

—Eso. —«¡Gracias, Nuria!»—. Andoni es vecino ahora y las cascadas pertenecen al pueblo. Puede ir cuando quiera. Jon es el que está fuera de lugar.

—Es amigo de Ager, Nuria. —Natalia la fulminó con la mirada, de ventanilla a ventanilla.

—Pero nuestra cuadrilla son los amigos de siempre de Ager, los de su pueblo. Jon ha venido después.

—¿Y? —Natalia y Nuria no tenían el mismo punto de vista.

Se veía a la legua que aquella discusión no llevaba a ningún lado y me propuse cortarla cuanto antes.

—El río es un espacio público, puede ir quien quiera. ¿A qué hora queréis quedar el domingo?

Natalia resopló antes de contestar.

—Ya que no vamos a salir el sábado, puesto que ninguna queréis venir al partido, podríamos pasar todo el domingo al sol para

despejarnos.

—A las doce —propuso Tania.

—¡Hasta que se vaya el sol! —secundó Nerea.

—Yo lo necesito de verdad —confesé. No había nada como un día en el río. Sobre todo, si te habías pasado encerrada toda la semana en casa. Aunque lo cierto es que no me podía quejar del todo. El castigo me había venido muy bien para algunas cosas...

—Nos vemos el domingo, chicas. —Nuria se despidió antes de doblar la esquina.

—Estudiad mucho mañana, que el domingo no se puede faltar —recordó Natalia dirigiéndose más a mí que a nadie. Después se fue hacia su calle con Nerea y Tania.

La mano invisible del destino volvió a hacer de las suyas esa tarde. Mi madre comió aún más rápido que yo para poder doblar turno y librar al día siguiente. Si iba a ayudar a mi padre en el restaurante, necesitaba devolver las horas en su trabajo.

Se despidió al salir por la puerta y me extrañó no oír cómo la cerraba. Pensé que lo habría hecho con suavidad y seguí fregando los cacharros. Se me cayó un vaso en cuanto oí su voz.

—Hola. —Andoni me saludó con un susurro en el oído.

—¡Me has dado un susto de muerte! —Los pedazos de cristal rebotaron contra la fregadera. Uno me alcanzó la mano y me cortó. Me la llevé a la boca y absorbí la sangre. No era muy profundo.

—¿Te has cortado? Perdona, no pretendía asustarte.

—No es nada. El corazón está peor. —Vaya si lo estaba, aunque por más motivos—. Casi me da un infarto. No deberías ser tan sigiloso.

—Tu madre me ha visto bajar de la camioneta y me ha dejado la puerta abierta. Te he oído fregando y no quería subir sin saludarte.

Y yo angustiada porque el otro día se había ido sin despedirse...

—La próxima vez, hazte notar antes de estar a mi espalda, por favor.

—Lo haré. Ahora hay que curarte ese corte.

—De verdad, no es nada. —Recogí los pedazos de cristal esparcidos por toda la fregadera.

Andoni detuvo mi tarea sujetándome la mano por la muñeca e inspeccionó el rasguño.

—A ver... Creo que no vas a necesitar puntos —bromeó.

—Nada que una tirita no pueda solucionar.

Subimos al piso de arriba en busca del botiquín. Saqué la caja de tiritas y, antes de que pudiera abrirla, Andoni me la quitó de las manos e hizo de enfermero.

—Te has cortado por mi culpa. Deja al menos que te ayude.

—¿Es una especie de compensación? —Ojalá dijera que sí.

—Bueno, no es gran cosa por haberte hecho sangrar, pero es más que nada.

—Sé cómo puedes compensarlo con creces.

Dejó de doblar el envoltorio de la tirita que acababa de colocarme con delicadeza y me miró con los ojos muy abiertos. Había un brillo inusual en ellos.

—¿Y cómo, exactamente? —preguntó con cautela. ¡A saber lo que se le habría ocurrido!

—Pareces tener bastante idea sobre Historia. Podrías ayudarme con algunas dudas que tengo.

Arqueó una ceja y abrió la boca, tal vez para poner alguna excusa, pero no se lo permití.

—No te quitaré tiempo de trabajar. Te iré contando lo que he aprendido y, si ves que hay algo que no te cuadra, me paras. Me ayudarás mucho, de verdad.

Bajó la ceja. Buena señal.

—No soy un experto, Edurne. Solo he leído algunos libros y no he memorizado todas las fechas ni acontecimientos muy concretos.

—No importa, esas cosas las tengo en los apuntes. Lo que necesito es entender la generalidad, separar una guerra de otra. Se me mezclan todas, hasta en sueños.

Se rio y salió del baño.

—¿Lo harás? ¿Me ayudarás?

—Está bien. Si es solo eso, creo que puedo ayudarte.

—¡Gracias! —Corrí a mi habitación a por mis apuntes para subir al desván antes de que cambiara de idea. Él estaba esperándome junto a la puerta.

—¿Sobre qué vamos a charlar? —Aún no parecía muy convencido.

—De lo que me va a entrar en el examen. Guerras mundiales y unificación alemana. La Revolución francesa y la industrialización ya cayeron en los parciales. No creo que se repitan.

—Eso nos puede llevar toda la tarde. —Su observación me animó, pero noté en su voz que le preocupaba.

—Si ves que no te dejo trabajar, dímelo y me iré a la habitación. No quiero molestarte.

Abrió la puerta del desván y me invitó a pasar con un gesto de su mano.

—Aunque te cueste creerlo, soy capaz de hacer dos cosas a la vez. —Sus ojos se iluminaron. Esa tarde estaba de buen humor.

Comenzamos con las causas y los bandos de la Primera Guerra Mundial. En realidad, no tenía dudas sobre eso. Conocía con claridad los motivos y los implicados en cada una de las guerras, pero se me mezclaban los tratados y los nombres de las batallas. Lo peor eran las fechas concretas, aunque eso tampoco lo mezclaba;

sencillamente... lo olvidaba. Dichosa memoria selectiva.

—¿Quién perdió? —me preguntó tras más de una hora matizando y corrigiendo las conclusiones que yo había sacado de mis apuntes.

—Los malos —respondí de forma automática.

Tuvo que soltar la barra que estaba a punto de colgar en el interior del armario para echarse a reír.

—¡¿Cómo que los malos?! ¡¿Qué clase de respuesta es esa?!

—No sé, supongo que fue así. No he llegado aún a ese punto. Es que me las he estudiado al revés. —Normal que me liara después—. La Segunda me parecía más interesante.

—Las cosas no son tan sencillas como definir a los bandos como buenos y malos. No es una película. Es la vida real. Todos perdieron, sobre todo en vidas humanas.

—Ocho millones de muertos. —Ese dato no se me había olvidado.

—Y otros tantos inválidos o mutilados. Una masacre.

—Aunque la Segunda fue aún peor. —También recordaba esas cifras escalofriantes—. Doce millones de muertos en el bando de «los malos» y cincuenta millones en el de «los buenos».

Sacudió la cabeza y me miró con cara de auténtico profesor.

—No, no me mires así. Perdona que no pueda ser imparcial cuando hay campos de concentración de por medio. He tenido auténticas pesadillas por culpa de las fotos del libro.

—¿Te pasas las noches soñando con lo que estudias antes de acostarte?

—No siempre. —Si supiera que la mayoría de las noches soñaba con él...

—Veamos si la Segunda te la sabes mejor. La Primera deberías repasarla un poco. Al menos las consecuencias. No escribas en el

examen que «ganaron los buenos».

Se rio entre dientes.

—Igual a mi profesor le hacía reír como a ti y me ponía buena nota.

—Deja que lo dude. Los profesores no suelen poner muy buena nota cuando un examen les hace gracia.

—¿Cómo estás tan seguro?

Tardó más de un minuto en responderme. Esperó a terminar de encajar la barra para las perchas y se sentó en el suelo frente a mí.

—Mi madre era profesora en la facultad de Historia.

El brillo de sus ojos se apagó de pronto. Ya no tenía ninguna duda de qué significaba la sombría mirada que se apoderaba de él en ocasiones. Le había hecho recordar la muerte de sus padres de nuevo.

—¿Por eso sabes tanto de Historia? —No pude evitar preguntarle.

—Interesarme por lo que les gustaba, conocer en profundidad a lo que se dedicaban ha sido una forma de tenerlos conmigo. Me formé como carpintero por él. Leí libros de Historia por ella.

Cogió mis apuntes y los hojeó de forma distraída. Comprendí que no quería hablar más del tema. Tenía su particular manera de recordar a sus padres. La ternura me invadió el alma de nuevo. De no haber temido su rechazo, lo habría abrazado allí mismo.

—Vamos a ver... —Eligió una hoja al azar de entre todos mis apuntes—. ¿Qué país de la actualidad era llamado antes Prusia?

Aparqué en mi cabeza lo aprendido sobre las dos guerras y retrocedí hasta la unificación alemana. Eso no me sonaba.

—¿Qué? ¡Eso no viene en mi libro!

Se carcajeó y una chispa se encendió en sus pupilas. Estaba otra vez conmigo.

—¿Era una pregunta para pillar?

—Más o menos. Ya no existe como tal, pero es parte de la actual Alemania. Berlín y Brandeburgo en concreto.

—Eso no me lo van a preguntar.

—Pero es un dato mucho más relevante que otros. —Siguió hojeando mis apuntes e ignorando mi desconcierto. Pensaba que sabía más de lo que él me estaba haciendo ver. Tal vez estudiar todo el sábado no fuera suficiente para aprobar.

—¿Solo te interesa saber lo que te vayan a preguntar? Pensaba que eras mucho más curiosa.

¿Le había decepcionado? Le iba a demostrar que sí era curiosa, solo necesitaba motivación.

—Sí hay algo que me gustaría saber. ¿Qué opinas sobre Bismarck? —Le vi en la cara que le había sorprendido—. Me dijiste que te preguntara si me daba problemas.

—¿Y te los ha dado?

—No, demasiados. Me ha llamado la atención y me gustaría saber tu opinión.

Dejó mis apuntes a un lado y apoyó las manos en el suelo para recostarse hacia atrás. Parecía sentirse cómodo con el tema.

—Era un hombre de pensamientos retorcidos, aunque inteligente.

—Era un poco liante, ¿no crees?

Sacudió todo el cuerpo al reírse.

—Es una manera sencilla de explicar su política. —Volvió a sentarse a lo indio frente a mí—. ¿Has leído *El príncipe*?

Negué con la cabeza, sorprendida por el título. Me sentía como en un examen para el que no había estudiado.

—No tiene nada que ver con cuentos de hadas. Es una obra de Maquiavelo.

—Me suena el nombre del autor, pero no sé quién es.

—Era una especie de filósofo político, entre otras cosas. Si te ha llamado la atención la forma de pensar de Bismarck, también te lo parecerá esta obra. Podría dejártela si quieres.

—Me encantaría leerlo en verano. Ahora tengo demasiado que estudiar.

—Sé que te va a resultar interesante, pero no sé si te va a gustar.

—¿Por qué? —¿Por qué podría gustarle a él y a mí no?

—Porque, según lo que escribió en este libro, hacer algo malo está justificado cuando es para evitar un mal mayor. Y conociendo tu definición de buenos y malos...

—No creo estar de acuerdo con eso... No sé. Depende.

—¿Depende?

—Sí, depende... de cómo de malo sea eso malo que hagas. O si lo otro malo que quieres evitar es muy pero que muy malo... Es muy complicado. No lo tengo nada claro.

Creí ver orgullo en su cara cuando acabé mis divagaciones.

—Si lo lees, igual resuelves tu dilema moral. Y yo te daré mi opinión al respecto.

—¿No puedes dármela antes?

—No, no quiero condicionarte.

—Dame al menos una pista...

Sabía que saber su opinión al respecto me ayudaría a conocerle mucho más.

Balanceó la cabeza buscando alguna pista que me satisficiera.

—En mi opinión, las personas que tienen una mente tan privilegiada deberían usarla para otros fines.

—Esa pista no me ayuda mucho. —No me había enterado de nada.

—Cuando lo leas, te lo explico. Aunque igual para entonces ya me entiendas.

—Te tomo la palabra.

—Sabes que la cumpliré. —Me guiñó un ojo, se incorporó de un brinco y siguió con el trabajo.

Recogí mis apuntes para marcharme. Él se giró al verme salir por la puerta.

—¿Ya no tienes más dudas?

Volví a entrar.

—Millones.

—Pues siéntate ahí. Aún no me has contado la Segunda Guerra ni la unificación.

Le solté mi chapa durante más de dos horas. Esos temas me los sabía bastante bien. Él apenas me interrumpió.

Unos toques en la puerta entreabierta del desván cortaron mi discurso y me hicieron comprender que eran ya las seis y media.

—¿Se puede? —Mi padre asomó la cabeza. Su cara era un poema.

—Claro, adelante, papá. —Tenía que explicarle la situación antes de que se enfadara.

—Edurne, no deberías estar molestando a Andoni. Está trabajando.

Aquello me sentó fatal.

—¡No le estoy molestando! Tenía problemas con algunos temas y le he pedido ayuda. Su madre enseñaba Historia en la universidad. —¿Por qué tenía que ser tan bocazas y no pensar antes de hablar? No tendría que haber mencionado a su madre.

—Vaya, no me digas. —Mi padre entró en el desván y hojeó mis apuntes. No se había creído que estuviéramos estudiando.

—Yo mismo me he ofrecido a ayudar en lo que pudiera. No es

ninguna molestia.

Parecía no haberse enfadado por mi gran bocaza.

Empecé a comprender las ideas de Maquiavelo. Un pequeño mal justifica evitar uno mayor. Él no se había ofrecido a ayudarme, yo se lo había pedido. Pero esa mentirijilla podía salvarme de volver a ser castigada por no estar estudiando en mi habitación o por estar molestando. Esperaba que no mintiera al decir que no le suponía una molestia ayudarme.

—En ese caso, seguid. —Dejó la puerta más abierta de lo que estaba y se marchó.

Contuve un suspiro.

—Gracias —susurré en cuanto oí la tele en la planta baja.

—De nada. Siempre es un placer ayudarte.

¿Cómo podía ser tan encantador? ¿Se entrenaba?

—Y... perdona por abrir la boca con lo de tu madre. No he pensado antes de...

—No pasa nada. —No parecía molesto por ello. Estoy muy orgulloso de poder decir que tenía una madre culta y trabajadora. Puedes decírselo a quien quieras.

—Ella también estaría muy orgullosa de ti. —Me levanté y me acerqué a él—. Estoy segura de que los dos lo están.

Me miró con gesto apacible. Aunque en sus ojos no estaba aquella sombra, sí reflejaban nostalgia. Me pellizcó una mejilla y señaló mis apuntes.

—Estábamos en los bombardeos atómicos. Dónde y cuándo.

Continuamos con las clases particulares durante otras dos horas.

Oí llegar a mi madre y miré mi reloj.

—¡Las ocho y media! —No me podía creer que llevara tantas horas sentada en el suelo. Creí que me dolerían las piernas y la

espalda al levantarme, pero solo se me habían dormido un poco.

—Yo he terminado por hoy. —Andoni comenzó a guardar las herramientas—. Y creo que tú también. Aprobarás Historia si repasas un poco las fechas.

—¿Tú crees? —Me sentía muy orgullosa y, sobre todo, segura.

—No tengo la menor duda.

Me sonrió confiado. Sentí que creía en mí.

—¿Se puede? —Esta vez era mi madre. ¿Por qué dudaban de que se pudiera entrar?

—Adelante, ya íbamos a bajar. —Cogí mis apuntes y Andoni su caja de herramientas.

—Hola, chicos. ¿Cómo es eso de que estabais estudiando?

Mi padre se había chivado. Mi madre estaba tan sorprendida como él.

—Andoni sabe bastante de Historia. Me ha estado ayudando. Y yo no le estaba molestando, si es eso lo que te preocupa.

—No, claro que no. —No pensaba igual que mi padre. Miró el armario y cambió de tema—. ¡Pero si casi está acabado!

El armario parecía formar parte de la habitación de toda la vida.

—Lo cierto es que he avanzado más de lo que esperaba, pero queda lijar y barnizar. Además de algún que otro detalle: tiradores, manillas...

—Es más fiel al boceto de lo podía imaginar. —Lo miraba como un niño a un juguete. Me dio un poco de vergüenza.

—Yo me muero de hambre. —No había probado bocado desde la comida. Ni siquiera había bebido agua. Jamás había estado tanto rato seguido estudiando. Si Andoni hubiera elegido ser profesor en lugar de carpintero, habría muchos menos suspensos por el mundo.

—En ese caso, a cenar, hija, que ya es hora.

Bajamos hasta la entrada y acompañamos a Andoni a la puerta.

—Gracias por todo, Andoni.

—De nada. —Me sonrió de esa manera que me derretía por dentro, aunque enseguida se dirigió a mi madre—. Mañana vendré a la mañana, si no hay problema.

—Claro, ven cuando quieras. Edurne no tiene clase y estará en casa. Alejandro y yo trabajamos todo el día. Tenemos una boda y toca cocinar para doscientos. ¡Imagínate!

—Eso son muchos platos. —No pareció sorprendido por la noticia. Ni para bien ni para mal. Como si no le afectara la idea de que fuéramos a estar los dos solos todo el día. Me molestó más de lo que me permití reconocerme a mí misma.

—Así que ya veremos el resultado el domingo. Que mañana te dé Edurne el visto bueno cuando termines.

—Puedo volver otro día si hay alguna cosa que queréis que retoque.

Me parecía genial que volviera otro día, pero no que dudaran de mi criterio.

—Soy capaz de dar el visto bueno —protesté.

—No lo dudo, cariño. Y, con lo que acabo de ver, creo que no voy a tener ninguna pega el domingo.

—Muy bien. Hasta mañana, entonces —se despidió, sonriéndome una vez más. Sus ojos brillaban demasiado cuando se cruzaron con los míos.

Devoré la ensalada y las albóndigas en cinco minutos.

—Por lo que veo, no has merendado. —Mi padre me pasó una servilleta. Tenía tomate por la barbilla.

—No. He estado estudiando mucho.

—Qué curioso que sepa tanto de Historia siendo carpintero, ¿no crees? —Mi madre esperaba explicaciones.

—Su madre es profesora de universidad —comentó mi padre con tono formal.

—Qué raro. Creí entender a Damián que sus padres habían fallecido.

Se me atragantó una albóndiga.

—¿Edurne? —Mi padre me golpeó la espalda.

—Sí, su madre era profesora. Y su padre era carpintero.

—Estás muy informada —farfulló mi padre. Bebí agua para tragar mejor y para evitar dar más detalles.

—Deja que los chicos se hagan amigos. —Mi madre era genial—. El muchacho es nuevo en el pueblo y no conocerá aún a casi nadie. Edurne, podrías presentarle a tus amigas y a esos chicos con los que vais a veces, Ager y los demás.

—Sí, es una buena idea. —Claro que lo era.

—Venga, hoy pronto a dormir, que hay que madrugar mañana. —Mi padre recogió la mesa y le ayudé a fregar.

Para las once ya estaba en la cama. Estaba agotada. El sábado iba ser un día importante. Todo el día con Andoni, solos en mi casa. Estudiar Historia ya no iba a ser una excusa válida. Me concentré en pensar alguna que fuera convincente, pero caí rendida.

Esa noche soñé que me cortaba con la grieta del cristal de la ventana de su casa y que él me llevaba en sus brazos hasta un hospital de campaña digno de la Segunda Guerra Mundial. Pude incluso oír el silbido de la bomba de hidrógeno al caer sobre nuestras cabezas en algún lugar de Hiroshima. Me desperté sobresaltada al sentir la vibración de su impacto contra el suelo. Solo era un trueno. Eran las cinco de la mañana y había empezado a llover a cántaros. Pobres novios y sus doscientos invitados. Ojalá escampara para media mañana.

***

Logroño, septiembre de 1993, trece años antes

—No lo entiendo, mamá —dijo Andoni al entrar por la puerta de su casa.

—¿Qué es lo que no entiendes, tesoro?

Andoni era un niño muy precoz a sus siete años, por lo que se quitó la mochila escolar para dejar la chaqueta en el perchero y después la llevó hasta la mesa del salón, donde su madre le había ayudado a hacer las tareas del colegio el curso anterior. Aunque tal como estaba la superficie de aquel mueble en esos momentos, llena de platos sucios y objetos variados, tuvo que decantarse por una silla. Eligió la que no tenía la mancha de leche que se le había derramado esa mañana, porque su madre se había dormido y había tenido que desayunar tan rápido que había acabado tirando el vaso. También se había manchado el uniforme del colegio, pero su madre no le había dado importancia y lo había limpiado con un trapo húmedo. Andoni estaba deseando quitarse aquella ropa.

—¿Por qué yo tengo que volver al colegio y tú no tienes que volver al trabajo?

—Yo tengo una excedencia laboral, tesoro. Tú no puedes alegar eso para faltar al colegio.

—¿Estás malita?

—Algo así. Sí.

—¿Es por lo de papá?

Paloma besó a su hijo en lo alto de la cabeza, sobre sus sedosos rizos oscuros dolorosamente similares a los de su padre, le cogió de la mano y le hizo acompañarla hasta el sofá. Tuvo que apartar la ropa pendiente de planchar para poder sentarse.

—Andoni, a veces las personas nos ponemos malitas por dentro.

No como papá, no es algo que nos dañe el cuerpo físico, como una leucemia. Es un dolor del alma. Yo aún no he sanado tras su muerte. Y necesito algo de tiempo para poder volver a la universidad y dar las clases como los alumnos se merecen. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Por supuesto. Eres muy muy listo.

—¿Y cuánto crees que vas a tardar en estar bien?

—Eso... nadie puede saberlo.

—Yo quiero que estés bien. Yo... también echo de menos a papá, pero volver a ver a mis amigos me ha puesto contento. Igual si tú ves a tus alumnos, o a otros profesores que te caigan bien, te pones contenta y todo vuelve a ser... no como antes, pero menos... triste. Y desordenado.

Andoni vio cómo su madre palidecía y tragaba saliva.

—Ay, corazón. Lo siento tanto. Te prometo que voy a intentar volver a ser yo misma. Pero... es que no puedo. No puedo...

Se echó a llorar y se marchó a su habitación, donde se quedó más de una hora.

Andoni se cambió de ropa, merendó un bocadillo con pan duro y un plátano demasiado maduro. Después hizo las pocas tareas del primer día y puso la tele a todo volumen, esperando que eso hiciera reaccionar a su madre. Se quedó dormido y se despertó en su cama, con el pijama puesto y la luz quitamiedos encendida. Aunque con eso ya no le bastaba para no estar asustado.

Un año y medio después, su madre conoció a aquel hombre que trastocó para siempre la vida de ambos. La hizo recuperar la alegría tan de repente que los cambios fueron vertiginosos. Se mudaron a Lyon, donde todo era nuevo: el colegio, la gente, incluso el idioma. Su madre no trabajaba fuera de casa, se dedicaba a tenerla impoluta y a cocinar cosas extravagantes, que a Andoni no le gustaban ni la

mitad que las del comedor escolar, donde su padrastro había insistido en apuntarlo, a pesar de que su madre estuviera en casa las veinticuatro horas.

Él preadolescente incomprendido y confuso en el que se fue convirtiendo no lo vio venir hasta que fue demasiado tarde, porque aquel hombre se había encargado de ocultar la verdad demasiado bien. Y, cuando todo estalló, Andoni, con solo trece años, no llegó a tiempo.

Capítulo 17

Cuando bajé a desayunar vi dos pucheros en los fogones. Mi madre me había dejado la comida hecha a pesar de haberse marchado a las siete de la mañana. Me sentí culpable por ser tan mala cocinera. De ese verano no iba a pasar. Aprendería a cocinar, al menos lo justo para sobrevivir. Y tenía otro plan: leer un libro de un... ¿filósofo político? Mis amigas iban a flipar en colores cuando se enteraran. Maquiavelo. Me sonaba el nombre, pero no porque le conociera, sino por la palabra «maquiavélico». Me sentí orgullosa de descubrir el origen del adjetivo, lo que me recordó que tenía que estudiar Lengua y Literatura.

Eran ya las once y Andoni no llegaba. Tal vez la intensa lluvia le había causado problemas. Once y media. Estaba que me subía por las paredes. Los sintagmas nominales y verbales se me atragantaban a cada minuto que pasaba.

Doce y cuarto. El timbre. Por fin.

—Hola. ¡Cuánto has tardado! —«Ya te vale. Y yo aquí esperando para poder verte. ¡Madre mía! ¡Qué guapo estás hoy! Me encanta cómo te queda el pelo así, mojado...».

—Buenos días... —Estaba muy serio y acelerado—. Buf, llevo una mañana de perros. —Entró y se sacudió la cabeza como uno—. Más

vale que me ponga ya con estas piezas porque me tengo que volver a ir en una hora.

—¿Una hora? ¿Por qué? —Subí tras él por las escaleras.

—He pasado por la ferretería muy temprano. Iba a por los tiradores y lo demás. Damián estaba al teléfono y, en cuanto ha colgado, me ha pedido que lo acompañara a arreglar el destrozo que hizo en los columpios nuevos un rayo que cayó anoche. Llevamos horas tratando de adecentar la zona.

—¿Ha sido para tanto? —Ignoraba el poder destructor de un solo rayo.

—Todo el trabajo del otro día, a la basura.

—Vaya. Lo siento mucho.

—El problema no es volver a hacerlo, sino que ya estamos en temporada y los fines de semana el parque se colapsa de visitantes. Para los negocios de los alrededores es perjudicial que las áreas recreativas no estén en condiciones. Sin mencionar lo peligroso que es para los niños tener maderas partidas en mitad de la plaza.

—Pero... con esta lluvia dudo que ningún niño vaya a los columpios.

—Hoy se salva. Pero para mañana han dado mejor tiempo. Un auténtico día de domingueros.

Empezó a colocar los tiradores en los cajones a una velocidad de vértigo.

—¿Y tú cómo sabes que han dado buen tiempo para mañana si no tienes tele?

Se levantó y me miró a los ojos de repente. Era la primera vez desde que había llegado que sentía que fijaba su vista en mí. No me gustaba nada que me hiciera tan poco caso.

—Porque leo los periódicos. —Recuperó su habitual gesto, pícaro cuando me chinchaba—. La historia del mundo se escribe cada día.

No hay que leer únicamente sobre acontecimientos antiguos.

Empezaba a inquietarme que este chico fuera tan listo. Y que tuviera razón siempre me crispaba, sobre todo cuando no tenía argumentos para rebatirle.

—Así que... ¿voy a tener que comer sola? —Tuvo que notar la pena en mi voz.

—No es para tanto. Yo como solo casi a diario. —Eso no me ayudaba nada. Me entristecía aún más.

—Pues, mira, justo hoy que ibas a comer acompañado tienes que irte.

—Bueno. Si es por eso, tranquila. Comeré con Damián.

—Yo pondré la tele, aunque sea para oír voces y que parezca que hay alguien conmigo.

—Lo siento...

Le había hecho sentirse culpable. Decidí dejarlo trabajar. Lo veía agobiado.

—Bueno, me voy a mi habitación. Los análisis sintácticos y morfológicos me esperan.

—Estarás muy bien acompañada en ese caso. —Dejó de mirar un momento las manillas de las puertas para verme salir. No era suficiente.

A la una y media dio dos golpes en mi puerta y me gritó que volvería sobre las cuatro. Para cuando salí de la habitación, ya se había marchado. Rompió su impecable trayectoria de buena educación y me dejó sumida en una frustración nueva para mí. ¿Por qué de pronto el destino había decidido dejar de estar de mi lado?

Después de comer, sola y con desgana, decidí poner algo de música clásica para poder concentrarme en lo que estudiaba. *El amor brujo,* de *Manuel de Falla* ayudó mucho menos de lo habitual, por lo que

apenas avancé nada en las más de dos horas que tardó en volver a sonar el timbre.

—Buenas tardes, Edurne. —Andoni parecía haberse dejado el agobio por el camino. Y chorreaba agua por los cuatro costados.

—¡Estás empapado hasta los huesos!

—No ha parado de llover en todo el día. Pero al menos hemos dejado los columpios en condiciones. Los niños podrán jugar mañana.

¿Por eso estaba a punto de coger una pulmonía? ¿Para que los niños pudieran jugar? Ese lado suyo aún no lo conocía.

—Vas a ponerte enfermo —lo acusé e hice que me acompañara escaleras arriba. Me detuve en el armario de ropa de casa y encendí la luz del baño, justo al lado.

—Llueve mucho, pero no hace nada de frío. —Se sacudió los pantalones, que chorreaban sobre la alfombra del pasillo.

No le creí nada. Le temblaban los brazos. Iba a darse una ducha caliente o no le dejaría seguir trabajando. Metería su ropa en la secadora o incluso le dejaría algo de mi padre. Él lo entendería perfectamente.

—¿Quieres ducharte? —Le hice un gesto con la cabeza señalando la puerta del baño tras de mí.

—¿Vas a ducharte tú también?

Debí de sonrojarme. Al menos la cara me ardía como el fuego avivado al oír de fondo precisamente la *Danza ritual del fuego*, mi pista favorita del CD de *De Falla*. Andoni comprendió lo que yo había interpretado de su pregunta y también se sonrojó antes de reírse a carcajadas.

—No era una proposición. Pero como te veo con todo preparado...

Señaló la toalla que acababa de sacar del armario y que estaba

entre mis manos. Había pensado que era para mí. Y la luz del baño estaba dada.

—Yo me suelo duchar por la mañana. Y tengo mi albornoz. Esto es para ti.

Le di la toalla y le empujé por los hombros para que entrara al baño.

—No hace falta, de verdad. —Intentó salir, pero cerré la puerta.

—Pásame tu ropa. La meteré en la secadora. Mientras, te dejaré algo de mi padre. Si te pusieras malo, no me lo perdonaría —grité desde el pasillo.

—Edurne, ¿puedo salir un momento? —Solté la manilla y entreabrió la puerta—. Tengo ropa seca en el Land Rover.

—Vale. Yo te la traigo. Pero tú te duchas ahora mismo.

—Sí, señorita. —Sacó sus llaves del bolsillo y me las dio—. Es una mochila verde, a los pies del copiloto.

Si llevaba ropa en el coche..., ¿por qué no la había cogido para cambiarse? Había entrado en casa calado hasta el tuétano. ¿En qué estaba pensando este chico?

Al volver pude oír el ruido del agua de la ducha. Le dejé la mochila junto a la puerta y bajé a preparar un chocolate caliente. Eso sí era capaz de hacerlo sin que se pegara, probablemente por lo mucho que me gustaba y todas las tazas que me había preparado.

—Andoni, baja un momento —le grité en cuanto oí la puerta del baño.

—Mmm, qué bien huele. —Menos mal. Mientras servía las dos tazas, había empezado a dudar de si le gustaría el chocolate.

—En un día de lluvia, no hay nada mejor que una ducha caliente y una buena taza de chocolate.

Me alegró verlo sentarse en la que ya era su silla sin necesidad de tener que decirle yo que lo hiciera. Que no rechazara la taza y

que le diera un sorbo de inmediato me hizo casi tanta ilusión como sus palabras.

—Me resulta muy sencillo acostumbrarme a tus mimos. —Dio un segundo sorbo—. Está delicioso.

—Te los has ganado de sobra. ¡Por los niños que podrán jugar mañana en el parque! —Levanté mi taza y brindé con la suya. Él también la alzó.

—Y por los doscientos comensales de la boda. Aunque haga un día deprimente, seguro que al menos comerán de lujo.

—No lo dudes. Mis padres cocinan de vicio.

—Lo sé. Lo he comprobado yo mismo.

Cierto. Había probado los guisantes con jamón de mi madre. Pero no mis filetes; el otro día los había hecho él. Me alegraba que al menos mi chocolate fuera de su agrado.

—Me encantaría quedarme aquí charlando contigo, pero tengo un armario que barnizar.

—Claro, claro. Yo tengo que seguir estudiando.

No me apetecía mucho, pero me paré en la puerta de mi cuarto y me quedé mirando a Andoni. Quería verlo subir las escaleras. Sería una buena imagen para visualizar el resto de la tarde. Pero él también se paró en mi puerta.

—Si vas a seguir escuchando música mientras estudias, ¿podrías dejar la puerta abierta? Hoy ya no haré mucho ruido y me gustaría oír a *De Falla*.

—¿Conoces *El amor bujo*? —Cómo no. Él tenía que saber de los grandes músicos. Eso también era historia.

—Me sorprende que lo conozcas tú.

—¡Oye! ¿Qué quiere decir eso?

—No creí que te gustara la música de siglos pasados. Lo único que sé de tus gustos musicales es que frecuentas discotecas.

Dejé que mi cara mostrara el desagrado que me había causado su hipótesis.

—Para ser tan listo, sacas conclusiones demasiado precipitadas.

Rio sorprendido.

—¿Y quién dice que sea listo?

—Yo lo digo. Pero ahí te equivocas. Me gusta la música dance, la clásica, el pop, el rock y los boleros. Me gusta cada uno en el momento que corresponde.

—En eso tengo que darte la razón. —Se giró y se dispuso a subir las escaleras. Algo había dicho que le había incomodado.

—¿En qué tengo razón, exactamente? —grité antes de que se alejara demasiado.

Se detuvo, pero me respondió sin mirarme.

—En que cada cosa tiene su momento. —Siguió subiendo y lo último que dijo apenas pude oírlo. Pensé que en realidad no me lo estaba diciendo a mí. —Aunque a veces yo lo olvide.

Me conecté al Messenger para ver si estaba alguna de mis amigas. No podía seguir estudiando. Las últimas palabras de Andoni revoloteaban por mi habitación y no me dejaban concentrarme.

Natalia fue la primera en hablarme. Me explicó con lujo de detalles lo que se iba a poner para ir a ver la final de baloncesto. Iba a ir con las novias de otros jugadores, ya que ninguna de sus amigas nos dignábamos a acompañarla. Después tendrían una gran fiesta de celebración en el bar del hermano del base del equipo. Parecía que en realidad daba lo mismo el resultado. La cogorza se la iban a pillar igualmente.

De forma paralela a mi conversación con Natalia, en otra ventana Nuria me interrogaba sobre Andoni y me proponía cientos de excusas para subir al desván y estar con él. Ninguna me pareció

válida y me abstuve de probarlas. No quería que pensara que lo acosaba, todo el día allí, dándole la vara con mis exámenes y mis dudas.

Natalia me preguntaba entre tanto qué camiseta creía que debía ponerse, si la verde, más simple, pero de mucho escote, o la negra de mangas asimétricas, muy bonita y moderna pero más comedida. Era un gran dilema para un acontecimiento tan especial como el último partido de la temporada. Al menos ella lo veía así. Estaba a punto de responderle que se pusiera la que la hiciera sentir más cómoda, cuando un fugaz flash blanco iluminó mi habitación, que solo contaba con la luz de la pantalla del ordenador. En tres segundos, un trueno hizo retumbar los cristales.

Me levanté y abrí la ventana. El cielo estaba tan cubierto por tenebrosas nubes negras que parecían ser las doce de la noche, a pesar de que aún faltaban unos minutos para las siete de la tarde. Por lo general, las farolas no se encendían hasta esa hora. En menos de un minuto, numerosos relámpagos iluminaron el encapotado cielo dejando ver dónde caían los rayos como si se tratara del mismísimo apocalipsis. Los truenos sonaban como si hubieran puesto altavoces en las nubes, y las alarmas de algunos coches se dispararon por la vibración.

La lluvia empezaba a ser muy fuerte, viniendo acompañada además por un violento vendaval. Estaba a punto de cerrar la ventana y volver al refugio de mi cuarto cuando un último rayo cayó tan cerca que pude ver un chispazo al final de la calle. Numerosas ventanas vecinas, hasta ese momento iluminadas, se apagaron al unísono. *Pantomima*, mi segunda pista favorita del CD que estaba sonando se detuvo de golpe y la luz de la pantalla de mi ordenador se desvaneció junto con las dos ventanas de conversación que tenía abiertas.

El rayo había hecho irse la luz de toda la calle. Mi casa incluida.

Salí a tientas de mi habitación y me adentré en el lóbrego pasillo. La vista no se me había acostumbrado aún a la oscuridad y palpé la pared para que me sirviera de guía hasta el pasamanos de las escaleras. Tenía que bajar a la cocina para coger una linterna.

Sentí unos pasos detrás de mí al final del pasillo y me detuve.

—¿Andoni? —Me giré sobre mí misma tratando de vislumbrar su silueta en la oscuridad.

Nadie respondió, pero pude sentir los pasos acercarse más.

—Andoni..., ¿eres tú? —Mi voz sonó temblona.

—¡Bu! —Una repentina luz iluminó unos ojos saltones y una cara pálida en medio de la oscuridad.

—¡Muy gracioso! —Me había hecho pegar un bote.

Andoni se partía de risa.

—Perdona, es que me lo has puesto a huevo. —Apartó la linterna de su cara y enfocó la mía, cegándome.

—¿Qué quieres que piense si te llamo y no respondes? —Otro trueno hizo retumbar la casa entera.

—Pues que soy yo y que te quiero dar un susto. Desde luego, no esperaba conseguirlo. ¿Todavía piensas que soy un fantasma?

No debería habérselo dicho. Me vacilaría con el tema por el resto de mi vida.

—Un fantasma no, pero un loco asesino que se cuela en mi casa es más probable.

Me pareció ver que su cara se demudaba un segundo antes de que apagara la luz. También creí oírle murmurar algo como: «No bromees con eso».

¿A qué estaba jugando? ¿Pretendía asustarme de verdad?

—Haz el favor de encender la linterna —le regañé como a un niño pequeño.

—¿Por qué? —La encendió y apagó varias veces de forma rápida —. ¿No me digas que te dan miedo las tormentas o... la oscuridad? —La dejó apagada de nuevo.

Podría haberle mentido. Podría haberle dicho que estaba aterrada y que se quedara conmigo hasta que volviera la luz. Pero no me gustaba la idea de que pensara que era una miedica.

—No es eso. Necesito luz si quiero ir al garaje a dar los plomos.

No obtuve respuesta. La luz tampoco se encendió.

—Andoni, deja de jugar. —No entendía su actitud. No era propia de él.

Encendió la linterna y enfocó la entrada. Me agarró de la mano y me ayudó a caminar a su lado.

—Podemos intentarlo, pero me temo que el problema no es solo en tu casa. He visto por la ventana que toda la calle está sin luz.

—¿Y qué hacemos? ¿Llamar a la compañía eléctrica?

Andoni abrió la puerta y se asomó. La luz de los faros de un coche al pasar entró en el recibidor, iluminándonos y mostrando a mis ojos lo que mi carne sentía. Me seguía cogiendo de la mano.

—Lo único que podemos hacer es esperar. —Cerró la puerta y volvimos a sumirnos en la oscuridad.

—Andoni, para con la dichosa linterna. —Pude oírle golpearla en cuanto soltó mi mano. Empecé a extrañar su contacto y estuve a punto de intentar encontrarla de nuevo. Me contuve apretando los puños, puesto que él no podía verme.

—Ahora no he sido yo. Se le deben de haber gastado las pilas. Lleva años en esa caja de herramientas.

Esperé unos segundos a ver si conseguía encenderla, pero las pilas no respondieron. Fui sigilosamente a la cocina y cogí la linterna de debajo del fregadero. No confiaba mucho en las pilas, podían correr la misma suerte que las de Andoni. No recordaba haberlas

cambiado nunca. Esperaba que mis padres fueran más cuidadosos con esas cosas.

—¿Edurne? —Andoni me llamó desde la entrada.

Decidí pagarle con la misma moneda y darle un susto. Al menos podía intentarlo. No le respondí y me quedé quieta.

—¿Así que quieres jugar al escondite? —Usó su voz más pícara y se me puso la piel de gallina—. ¿Y qué gano si te encuentro?

Tropecé con una silla al tratar de dar un rodeo y pude oír los pasos de Andoni avanzar hacia mi posición. Me escondí detrás de la puerta de la cocina, pegándome contra la pared como si fuera parte de ella.

—¿Dónde estarás...? —No me podía creer que quisiera jugar en serio. La situación era surrealista.

Sentí sus pasos adentrándose en la cocina e intenté salir de puntillas hacia el recibidor. Otro relámpago iluminó el interior de la casa y Andoni me vio pretendiendo huir durante un segundo.

Salí corriendo escaleras arriba, mas él corrió tras de mí y me alcanzó en el segundo peldaño. Me agarró por la cintura levantándome en el aire y haciéndome soltar la linterna que aún no había encendido. Yo me reí y pataleé hasta que me apoyó en suelo del recibidor.

—Te tengo —me susurró al oído desde mi espalda y manteniéndome abrazada.

Fui incapaz de decir nada, ni tan siquiera de moverme, a excepción del tembleque de mis rodillas.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó cuando, tras su susurro, sentí el roce de sus labios en mi oreja. No pude evitar tocar los brazos que me rodeaban cuando noté bajar su nariz por mi cuello e inhalar profundamente. Dejé caer el peso de mi cuerpo contra el suyo y apoyé mi cabeza en su hombro, permitiéndole olfatear mi

garganta con mayor facilidad.

Mi respiración, lejos de sosegarse tras mi corta huida por las escaleras, se aceleró aún más, volviéndose arrítmica.

—Hueles de maravilla. —Creí desplomarme al sentir de nuevo sus labios en mi oreja. Menos mal que me tenía bien sujeta entre sus brazos.

El destino quiso darme la espalda de nuevo haciendo que la luz volviera en ese preciso momento. En mi dormitorio solo estaba encendido el ordenador cuando el rayo había caído, por lo que tenía que ser la luz del desván la que iluminaba de forma muy tenue el recibidor, mostrándonos a ambos nuestras siluetas abrazadas reflejadas en el espejo de cuerpo entero de la entrada. Las farolas de la calle contribuyeron pocos segundos después a que nuestras miradas se cruzaran en el espejo. El turbado reflejo del rostro de Andoni se recompuso y se alejó del mío, llevándose el resto de su cuerpo con él. Mis brazos sintieron un repentino frío.

—Toma, tu linterna. —La cogió de uno de los escalones cuando empezó a subir de nuevo al desván—. No parece haberse roto.

No iba a resignarme a que las cosas se quedaran así. Ahí había ocurrido algo, no podía tratarse solo de parte de un juego. Quien perdía al escondite no solía ser abrazado y olisqueado hasta perder el sentido.

Subí tras él sin saber cómo preguntar a qué había venido aquello. No encontré la forma de hacerlo.

—¿Te queda mucho? —Conversación casual. Patético.

—Había terminado ya de lijar. Falta barnizar.

—Y eso... ¿cuánto es?

Se detuvo en la puerta de mi cuarto.

—¿Tienes prisa?

Yo no le había hecho nada. ¿Por qué parecía enfadado conmigo?

—No. Es que... no me apetece estudiar.

—¿Tienes examen el lunes? —Voz de enfado de nuevo. «Andoni, ¿qué te pasa?».

—No. El martes tengo el de Historia, y no pienso tocar nada hasta el lunes a la tarde. Ya sabes, repaso de última hora.

Mi ordenador terminó de reiniciarse y pitó para avisarme. Andoni miró la pantalla iluminada y cambió el gesto. Ahora parecía indiferente.

—Bueno, pues ponte a jugar o a navegar por Internet. A veces hay que despejar la mente para poder pensar con claridad.

Me dio la espalda y subió a zancadas hasta el desván.

Apagué el ordenador y me tumbé en la cama, derrotada. Menuda calamidad. No había sido capaz de preguntarle qué demonios había ocurrido en el recibidor y, además, él se había comportado de lo más extraño conmigo antes de irse a terminar su trabajo.

Puse mi CD favorito de Aerosmith y subí el volumen para que pudiera oír que, efectivamente, me gustaba todo tipo de música. Adelanté a propósito las pistas hasta llegar a *Crazy*. ¿Pillaría la indirecta? Me estaba volviendo loca. Ya no sabía por dónde cogerlo.

Fui pasando de una pista a otra con el mando desde la cama según iba cambiando mi estado de ánimo. Canturreé las canciones que tanto me habían ayudado a subir mi nota en inglés, movida por el interés de cantar correctamente a dúo con Steven Tyler mis canciones preferidas. Siempre me había resultado una forma muy efectiva de desahogarme, aunque esta vez procuré limitarme a mover los labios. Tampoco quería que Andoni saliera corriendo al oír mis alaridos. Además, ya había llovido suficiente durante todo el día.

Unos toquecitos en la puerta abierta de mi habitación corroboraron el título de la canción que estaba escuchando.

Amazing. Efectivamente, era asombroso que Andoni se dignara a bajar. Me hablaba normal de nuevo.

—¿Interrumpo? —¿Qué iba a interrumpir? Estaba tumbada en mi cama con las piernas contra la pared y los brazos en cruz.

—No, pasa. —Me incorporé de un salto.

—Estoy a punto de acabar y tengo dudas sobre si este tono de barniz será lo bastante oscuro. ¿Podrías darme me tu opinión?

Quería mi opinión. Se suponía que era lo que mi madre le había indicado. Tampoco era para tanto, entonces.

Subí detrás de él y me quedé absorta mirando el armario. Había quedado espectacular. Nunca antes había pensado que un mueble pudiera llegar a impresionarme.

—Dime, ¿qué te parece? —Jugueteaba con las manos, retorciéndose los dedos. Parecía nervioso. No tenía por qué.

—Ni se te ocurra cambiar nada. —Si a mí me había impactado el resultado, a mi madre la iba a dejar boquiabierta.

—¿Seguro que el tono está bien? Con esta luz se ve distinto que con la solar.

—Por esa ventana no entra demasiada luz. Esta va a ser la que ilumine el desván la mayor parte del tiempo. El tono es perfecto, y doy mi visto bueno.

Sonrió al oír mi aprobado y sacó un pincel de la caja de herramientas.

—Entonces, vamos a dar el toque final.

Me quedé observándolo terminar sentada en el suelo. No hablamos nada durante más de diez minutos. Él subía y bajaba de la escalera para perfilar el canto de cada puerta.

—¿Cuál es tu árbol preferido? —me preguntó de pronto mientras terminaba de rematar las últimas aristas.

—No sé, nunca me lo he planteado. —Solté de golpe una de las

lijas que estaba curioseando—. Supongo que cualquier árbol frutal. Me gustan todas las frutas. Y los frutos secos.

Se subió de nuevo a la escalera y pasó el pincel con suavidad por el perfil del armario.

—Tienes que decidirte por uno.

—¿Por qué?

—Tú solo hazlo —insistió.

Pensé durante un buen rato. Elegir mi árbol favorito no era algo que quisiera tomarme a la ligera. Si iba a decidirme por uno, debía hacerlo a conciencia.

—Podría ser el avellano. —Andoni dejó de barnizar y me miró con gesto extrañado—. Es que me encantan las avellanas y todo lo que sepa a avellana. ¡Sobre todo el helado!

Me relamí recordando su delicioso sabor. Andoni asintió con la cabeza.

—Entonces, está decidido. Será un avellano —concluyó a la vez que cerraba la escalera.

—¿Qué será un avellano?

—El próximo árbol que plante. Aunque, bueno, es más un arbusto que un árbol. —Me sonrió antes de ponerse a recoger sus herramientas para marcharse.

—¿No me digas que además de carpintero eres jardinero?

—No. Pero se puede decir que tengo una tradición.

Salió por la puerta del desván.

—¿Qué tradición? —Lo seguí escalera abajo.

—Es algo... personal.

Me quedé cortada, pero no podía dejar que se marchara sin que me contara de qué iba todo aquello. Me moría de curiosidad.

—Tengo derecho a saber por qué vas a plantar un avellano si va a ser mío —le exigí cortándole el paso antes de que saliera por la

puerta.

Me miró con el ceño fruncido y media sonrisa.

—¿Y quién te ha dicho que va a ser tuyo?

—Tú. En el momento que me has hecho decidir qué árbol o... qué arbusto iba a ser, lo has convertido en mío.

Me miró pensativo. No podía creer que mi torpe excusa fuera a resultar eficaz.

—Apuesto a que no has visto un avellano en toda tu vida —me susurró recuperando la sonrisa.

—No —reconocí—. Pero esta es mi oportunidad.

Se quedó callado unos instantes.

—Si quieres que sea tuyo, tendrás que hacer algo más que decidir qué va a ser. —Soltó sus herramientas y me agarró con delicadeza de las muñecas levantándolas hasta la altura de mi cara. Noté la aspereza de sus grandes manos—. Tendrás que plantarlo tú misma. —Desvió su mirada hasta clavarla en mis ojos—. ¿Te sientes capaz?

Tardé más en responder de lo que habría querido, no porque no me sintiera realmente capaz de hacerlo, sino porque su mirada conseguía hacer que me quedara muda e inmóvil.

—Claro que sí. Siempre que tú me ayudes —puntualicé.

Soltó mis muñecas y abrió la puerta de la calle. Cogió sus herramientas y la mochila que había dejado en la entrada y, antes de salir, se giró hacia mí.

—Te espero mañana a las doce del mediodía en la cabaña. No llegues tarde.

Cerró la puerta antes de que pudiera contestarle. ¿Teníamos una cita? ¿Quedar para plantar un avellano podía considerarse una cita?

Estaba de pie en el vestíbulo intentando definir con una palabra nuestro encuentro del domingo, cuando recordé el sobre con el

dinero que mi madre me había dejado en el cajón de la cómoda para pagar a Andoni. ¿Cómo se me podía haber olvidado? ¿Y cómo se había ido él sin recordármelo?

Lo cogí y salí corriendo de casa con una docena de preguntas en mi cabeza. Ya no llovía y Andoni estaba colocando las herramientas subido en la parte trasera de su camioneta, que estaba aparcada en la acera de enfrente. Grité su nombre mientras cruzaba la calle. Al verme, bajó de un salto y cayó de pie como un gato justo delante de mí.

—Ya te has arrepentido —afirmó más que preguntó. Volví a ver la sombra de tristeza que habitaba en su mirada.

—¡Por supuesto que no! —me quejé y cogí su mano por la muñeca como él lo había hecho antes con las mías.

Me miró perplejo hasta que deposité el sobre su palma abierta.

—¿Por quién me has tomado? —le increpé antes de cruzar de nuevo la calle—. No pienso quedarme sin mi avellano.

Subí los tres escalones del porche y atravesé el umbral de la puerta que había dejado abierta al salir corriendo. Me volví para verlo marchar, pero seguía allí de pie, con el sobre apoyado en su mano extendida.

La estampa me recordó a la primera vez que nos vimos. Cuando me detuve en el puente para girarme y volver a verlo, tenía la misma expresión, la misma postura. Solo que esta vez sí llevaba camiseta. Y, por supuesto, faltaba el turbador albor púrpura que había hecho aún más mágico nuestro primer encuentro.

—Además, tienes que contarme lo de esa tradición secreta —le dije casi gritando para que pudiera oírme. Le despedí con la mano antes de cerrar la puerta.

Tuve que mirar a escondidas tras las cortinas de una de las ventanas de la sala para comprobar que recuperaba el movimiento y

se marchaba. Pude ver cómo abría la puerta del vehículo y lanzaba el sobre al asiento del copiloto sin ni siquiera abrirlo.

Giró ciento ochenta grados para retomar el camino hacia la cabaña y, al pasar por delante de la ventana donde yo creía estar escondida, me pitó y me saludó con la mano. ¡Me había descubierto!

Subí de dos en dos las escaleras hasta mi habitación y encendí de nuevo mi ordenador. Me conecté a Internet y escribí en Google «plantar avellano».

Me resultó fácil escaquearme de bajar a cenar, puesto que mis padres habían dado por sentado que, para las diez y media, la hora a la que llegaron, ya lo habría hecho.

Nada más tuve que aguantar quince minutos de alabanzas de mi madre sobre lo espectacular que había quedado el armario y el buen criterio que había tenido Andoni a la hora de elegir el tono del aún fresco barniz, cosa que ella había olvidado indicarle. Me sorprendió ver a mi padre darle la razón y mirar con mayor detenimiento el mueble de lo que hubiera esperado, visto el vago interés que había mostrado al respecto durante toda la semana.

En cuanto se fueron a la cama, volví a mi habitación y me quedé hasta bien entrada la noche haciendo un curso intensivo de jardinería.

Capítulo 18

Por la mañana no había ni rastro de la tormenta del día anterior. El sol resplandecía y sus rayos me despertaron al colarse por las rendijas de la persiana a medio cerrar.

No eran ni las ocho y media, pero tenía muchas cosas que hacer antes de ir a casa de Andoni a plantar juntos mi avellano.

Debía hacer los ejercicios de Economía que me quedaban pendientes y, además, tenía que ducharme y ayudar a mi madre con la ropa que no había planchado en toda la semana. Para las once y media pretendía salir de casa. Quería llegar antes de la hora que Andoni me había indicado. «No llegues tarde». ¿Tendría planes para después?

Mis amigas querían a ir al río e incluso comer allí. Yo podría llevar las cosas desde la mañana y unirme a ellas por la tarde. Era la excusa perfecta para salir de casa sin dar explicaciones de adónde iba en realidad. No es que fuera a hacer algo inconfesable. Podría decirles perfectamente a mis padres que me había hecho amiga de Andoni. Que íbamos a plantar un árbol sonaba algo más extraño, pero tampoco tenía nada de malo.

Decidí aplazar un poco el momento de anunciarles que tenía un nuevo amigo. En teoría, esa semana había estado en mi habitación

todas las tardes. ¿Cuándo habría tenido tiempo para hacer migas con él? Se suponía que él estaría trabajando mientras yo estudiaba. Me di cuenta de que habíamos entablado una profunda amistad en muy poco tiempo, aunque estaba convencida de que para mí era mucho más profunda que para él.

Me duché y desayuné a toda velocidad. Descarté ponerme con los ejercicios al ver más de dos coladas completas esperando a ser planchadas. Puse la tele y estuve viendo las series juveniles que echaban mientras acababa con todas las arrugas.

—No hacía falta que lo plancharas tú todo, Edurne. Te recuerdo que ya no estás castigada. —Mi madre entró bostezando en la sala.

—¿De verdad crees que se me había olvidado? En cuanto me cambie, me marcho al río con mis amigas. ¡Me muero por darme un chapuzón!

—Por lo que parece, vais a poder bañaros —observó tras apartar la cortina para echar un vistazo al cielo—. Hace un día estupendo. ¿Vas a venir a comer?

—No, me llevaré un bocata. —Entonces me di cuenta de que si no me ponía ya a hacerme la comida no me daría tiempo a llegar a la hora.

Guardé en mi mochila la toalla, ropa para cambiarme, las chanclas, crema de sol, la cartera y el móvil. Antes de meter el teléfono, le mandé un mensaje a Nuria.

«Diles a todas que me uniré a vosotras más tarde porque me faltan un par de temas de Historia por estudiar. Realmente, he quedado con Andoni. Luego te cuento. Un beso».

Sabía que Nuria se volvería loca al leer mi SMS, pero que sería

discreta y usaría la coartada que había inventado.

Me puse mi bikini favorito y un vestido playero. Aún no hacía mucho calor, pero ese domingo prometía ser tan veraniego como el anterior. Cuando bajé a prepararme el bocata, mi madre ya me había hecho una tortilla y mi padre entraba por la puerta de casa con el pan y el periódico.

—¿A dónde vas corriendo? —Mi padre me dedicó una sonrisilla.

—¡Me voy al río! Ya no estoy castigada, ¿o sí?

—Claro que no. —Puso cara de culpabilidad. Aunque era estricto le disgustaba tener que castigarme.

Mi madre preparó el bocadillo mientras yo saqueaba la nevera. Agua, zumos y algunas piezas de fruta. Iba a necesitar provisiones para todo el día.

—Pasadlo bien —oí a mi padre desde el sofá cuando salía por la puerta.

—No lo dudes —respondí antes de dar un portazo sin querer. Estaba nerviosa y no controlaba mis movimientos.

Se me puso la piel de gallina mientras cogía velocidad con mi bici y el viento impactaba contra mi cuerpo. Igual me había abrigado poco para no ser aún ni mediodía. Aunque los nervios también podían ser los causantes de mi estremecimiento.

Llegaba en hora a mi «casi cita» con Andoni, por lo que me acerqué despacio a la cabaña una vez que atravesé el puente. Pude verlo bordear la casa y él también reparó en mí.

—La verdad es que creí que no serías puntual.

—Me pediste que lo fuera.

Me miró de arriba abajo.

—¿Piensas darte un chapuzón?

Habría deducido eso al ver las cuerdas de mi bikini atravesar el escote que dejaba al descubierto mi vestido.

—Había quedado para ir al río con mis amigas. Pero puedo ir más tarde.

—Si ya tienes planes, podemos plantar tu avellano otro día.

Atravesó el porche y cogió una ramita que había en una pequeña maceta en el suelo. Entré en la casa tras él.

—Claro que no. El día es muy largo y ellas estarán en las cascadas hasta la hora de cenar. Me da tiempo de sobra a hacer ambas cosas. —Solté mi mochila y arranqué el pequeño tallo de avellano de sus manos.

—¿Las cascadas? ¿No es una zona un poco peligrosa para bañarse?

—¿Estás preocupado por mí? —Pude comprobar en sus ojos que era así.

—Claro. No quiero que te ahogues.

Una brillante idea cruzó por mi cabeza y no pude esperar a comunicársela.

—Podrías asegurarte de que no me pase nada si vinieras conmigo. Probablemente vaya toda la cuadrilla: mis amigas y los amigos de Ager, el novio de Natalia.

—¿Ese no es el sobrino de Damián?

—Sí, es un chico muy majo. Y los demás también. Seguro que seríais buenos amigos.

Andoni arqueó una ceja y volvió a coger la pequeña maceta de mis manos antes de salir de nuevo por la puerta.

—¿Te apuntas o no? —Lo seguí casi corriendo. Se dirigía a grandes zancadas hacia el cobertizo.

—Ya veremos.

Entró en la caseta y me dio una pala y un rastrillo bastante pequeños. Luego llenó de agua una regadera.

Anduvimos unos metros adentrándonos más en el bosque. Se

detuvo al llegar a un pequeño claro libre de zarzas y otros árboles.

—Aquí. —Señaló el centro del terreno despoblado. Los rayos del sol tenían libre acceso a esa zona virgen.

—¿Qué hago? —pregunté, pero enseguida empecé a cavar. Recordaba los pasos que había estado estudiando en Internet la tarde anterior.

—¿Habías hecho esto antes? —preguntó ante mi determinación.

—La verdad es que no. Está claro que tú sí. Cuéntame cómo va eso de tu tradición.

Se arrodilló como yo, muy cerca de mí. Cogió el rastrillo en miniatura y me ayudó a cavar.

—Mi teoría es que la naturaleza nos da solo aquello que necesitamos para vivir. Si cogemos más de lo que nos corresponde, debemos devolvérselo de alguna manera.

Detuve mi pequeña excavación y me quedé mirándolo.

—Es una teoría muy ecologista, teniendo en cuenta que trabajas con madera.

—Precisamente por eso, yo le debo mucho a la naturaleza. Desde hace ya dos años, por cada nuevo trabajo que realizo, planto un árbol.

—¿Y cuántos llevas ya plantados?

Se echó a reír antes de levantarse.

—Uf, he perdido la cuenta.

Sacó el brote de avellano de su maceta y me lo dio.

—Haz tú los honores —solicitó.

—Imagino que, entonces, este no es tu primer avellano. —Me entristeció pensar que hacerlo juntos no iba a ser tan especial para él como para mí.

—He plantado infinidad de especies, pero este es mi primer avellano..., aunque realmente sea tuyo.

Se agachó de nuevo y rozó sus manos con las mías cuando me ayudó a hundir las raíces en la tierra de forma que quedaran bien fijadas en el interior del surco.

—Además, esta es la primera vez que tengo compañía durante mi tradición. —Con una regadera, cubrió de agua el montículo que abrazaba la pequeña rama. Yo seguí apretándolo hasta que terminó. Los dedos se me embarraron—. Enhorabuena, ya has plantado tu primer árbol. —Me ayudó a incorporarme.

—Arbusto —especifiqué extendiendo todo el barro que tenía en mi mano derecha por la suya—. Y es *nuestro* avellano.

Miró su mano fangosa arrugando la nariz y frotó la plasta contra mi brazo con gesto divertido. Acaba de empezar una batalla.

—Conque esas tenemos... —Cogí una pequeña bola de barro del reciente montículo y se lo lancé. No calculé bien mi disparo e impactó contra su cabeza. Yo y mi terrible puntería.

Abrió la boca como un túnel, un gesto que me recordó mucho al de sorpresa de Nuria. Se tocó el nacimiento del pelo junto a la frente y rescató la masa de tierra. Hizo una pelotita con ella y me la lanzó de nuevo. Tuve que apartarme para que no chocara contra mi hombro. Me agaché a por más munición y, cuando me incorporé, lo vi armado con la regadera y con toda la intención de vaciármela por encima.

—¡Ni se te ocurra! —le grité antes de salir por piernas de vuelta hacia la cabaña.

—¡Ven aquí! Solo quiero quitarte el barro —me gritaba entre risas y lanzándome agua mientras balanceaba la regadera.

—¡No me alcanzarás! —Corría a pocos pasos de él, driblando los árboles que encontraba por el camino.

En el último sprint me vi atrapada en el embarcadero. Ya no había escapatoria. Había vuelto a perder el juego. Un hormigueo

recorrió mi garganta al recordar las consecuencias de perder al escondite el día anterior.

—No lo hagas —le pedí con los ojos entrecerrados y los hombros encogidos, a la espera de una ducha fría.

—Dame un buen motivo para no hacerlo —me retó con media sonrisa y acercándose tanto a mí que me obligó a retroceder, haciendo que mis talones sobresalieran por el borde de la estructura de madera que se adentraba en el río.

—Porque está muy fría —fue lo primero que conseguí argumentar—. Y porque yo te lo pido. —Esas palabras le hicieron cambiar el gesto, borrando su sonrisa traviesa.

Pensé que le había persuadido hasta que dio otro paso hacia mí y me tuve que agarrar a sus brazos para no caerme al agua. Manché con mis manos embarradas las mangas blancas de su camiseta. Él retrocedió dos pasos.

—Mira lo que acabas de hacer. —Se puso tan serio que por un instante creí que se había enfadado de verdad. Pero dejó caer la regadera sobre las tablas y, tras mostrarme la más provocativa de sus sonrisas, se sacó las zapatillas con dos puntapiés y se lanzó al río tal como estaba.

—¡Estás loco! —exclamé a la par que me apartaba para evitar que el agua me salpicara tras el impacto de su cuerpo contra la superficie.

—¡Está buenísima! —Se adentró en una zona más profunda—. ¡Vamos, métete! —me invitó agitando la mano.

No me podía creer que se hubiese lanzado vestido al agua, pero me tranquilizó saber que no se le había ocurrido desnudarse. No me lo pensé dos veces. Yo llevaba mi bikini, así que me quité el vestido y las bailarinas y me lancé al agua conteniendo la respiración. Esperaba que la temperatura del río me dejara sin aliento, pero no

fue para tanto.

Nadé hasta él, pero huyó de mí sumergiéndose y desapareciendo durante un largo rato. Empecé a preocuparme. ¿Cuánto tiempo podía permanecer sin respirar?

—¡Andoni! —Di vueltas sobre mí misma una y otra vez, me estaba asustando.

—¡Te pillé! —Apareció de repente detrás de mí y me hundió la cabeza durante unos segundos en el agua.

—¡Eres un tramposo! —protesté cuando conseguí emerger. Él se desternillaba de risa.

—Vamos, solo era una broma —se disculpó—. Dejaré que me devuelvas la aguadilla. Si eres capaz, claro.

Se quedó de pie, muy quieto. El agua le llegaba hasta la barbilla, por lo que yo no podía hacer pie si quería mantener la nariz en la superficie. Cogí impulso y me lancé a sus hombros con fuerza para tratar de hundirlo, pero nada. Estaba tan tenso que me era imposible sumergirlo.

—Así no vale —protesté y volví a la carga.

Esta vez tomé mayor impulso y apoyé ambas manos sobre su cabeza, pero apenas logré que la inclinara hacia un lateral.

—¿Pretendes romperme el cuello? —me acusó. Probablemente le había hecho daño.

—Lo siento, es que si te resistes es imposible —me defendí. Me sentía fatal.

El juego se detuvo unos instantes. Andoni se frotaba la nuca con gesto de dolor mientras yo movía manos y piernas para poder flotar, fustigándome a mí misma por haber sido tan bruta y haber estropeado el clima de diversión que se había creado.

—Creo que eso ha sido falta. —Giró el cuello a ambos lados a modo de calentamiento. Tramaba algo.

—¿Me vas a expulsar del partido? – le seguí el juego.

—No es necesario hasta la segunda falta —me explicó sus normas—. Pero sí serás sancionada.

Me estremecí. No podía imaginar cuál sería mi castigo.

—¿A qué tipo de sanción te refieres? —Mi voz sonó tan temerosa como me sentía.

—¿Alguna vez has volado sobre el agua?

—¿Volar?

No me aclaró nada. Se sumergió y, para cuando quise darme cuenta, estaba a caballo sobre sus hombros.

—¡Bájame! —grité sujetándome a lo primero que alcancé: su cara.

—Enseguida, en cuanto despegues. —Me agarró por los tobillos —. ¿Estás lista?

—¡No! ¡No estoy lista! ¡No sé qué tengo que hacer!

Hundí mis dedos en su cabellera aferrándome tan fuerte que tuve que hacerle daño.

—Si me arrancas el pelo, será la segunda falta y te expulsaré del partido definitivamente —se rio a carcajadas.

Lo solté, pero apreté mis muslos a su cuello y crucé las piernas por detrás de su espalda.

—Venga, a la de tres. Yo te impulso y tú saltas.

—Andoni, no sé si seré capaz. Estoy muy lejos del agua. — Estaba visualizando mi gran tripada contra la superficie.

—Intenta caer bien, cabeza y brazos primero, ¡Y disfruta del vuelo! —No me dio tiempo a replicar más—. Una, dos y... tres.

Se sumergió hasta que el agua cubrió su cabeza. Soltó el nudo de mis piernas y, agarrándolas por los tobillos, me elevó por encima de sus hombros al mismo tiempo que él saltaba fuera del agua.

La sensación de volar fue literal. No solo me había alzado en el

aire, sino que además me había impulsado hacia delante y acabé en el agua a una distancia considerable de él.

—¡Ha sido increíble! —exclamé cuando conseguí emerger.

—Lo ves, si al final te ha gustado.

—¡Otra vez! ¡Por favor! —Nadé hasta él y me encaramé a su espalda para repetir de nuevo la divertida experiencia.

Conseguí que me lanzara cuatro veces. Antes de la quinta, lo noté respirar de forma irregular y comprendí que ya era suficiente.

—Uy, perdona, tienes que estar agotado. —Me deslicé por su espalda para liberarle de mi peso. Él me ayudó a entrar de nuevo en el agua y me puso frente a él. Como seguía sin hacer pie, me sujeté pasando mis manos por detrás de su nuca.

—Edurne..., ¡vas a acabar conmigo! —resopló.

—Tranquilo, no te lo volveré a pedir. Con cuatro vuelos al día es suficiente. —Le sonreí. Me lo había pasado realmente bien.

—No me refería solo a eso —farfulló bajando la mirada.

Creí comprender a qué se refería cuando me percaté de la cercanía de nuestros cuerpos. Aunque él estuviera vestido por completo, yo estaba en bikini, abrazándole por el cuello. Noté sus manos en mi espalda, dudosas de dónde apoyarse, hasta que por fin optaron por mis caderas y me atrajeron con fuerza a través del agua hasta pegarme por completo a él. Sentí su contacto como fuego sobre mi carne, uno en el que ansiaba quemarme.

Alcé mis ojos hasta encontrar los suyos en cuanto sentí el impacto. ¿Qué significaba esa cercanía? Le lancé esa pregunta a través de mi mirada y creí leer en la suya lo que yo estaba anhelando. Creí que iba a besarme.

Sus ojos negros, con las pestañas pegadas por la humedad, me atravesaban llenos de fuego. Yo solo era capaz de entender ese ardor como rabia o deseo. Me mantuve quieta, exceptuando el

balanceo que la corriente del río ejercía sobre nosotros, a la espera de su reacción. El corazón se me salía del pecho.

En unos segundos, parpadeó como si despertara de un sueño, sus ojos se apagaron y se volvieron apacibles.

—¿Quieres quedarte a comer?

Capítulo 19

—¿Qué? —No podía creer el giro que había dado la situación.

—Te debo una comida, y ya que estás aquí...

Soltó el nudo de mis muñecas tras su nuca y nadó a toda velocidad hasta el embarcadero.

Yo estaba tan desconcertada que tardé en seguirlo, mucho más despacio. Para cuando llegué a la orilla, Andoni me esperaba con una toalla sobre su cuerpo y otra en la mano para mí.

Me ayudó a salir del agua y me rodeó con ella, frotándome los brazos.

—No hacía falta que te molestaras, tengo mi toalla en la mochila. —Frené sus cuidadosos movimientos y me giré para mirarlo. Aún estaba trastornada por lo que acababa de suceder.

—Hoy eres mi invitada. —Se señaló a sí mismo—. Así que déjate atender como corresponde.

Avanzó hasta el muelle y recogió mi vestido y mis bailarinas.

—Vamos, tienes que quitarte el bikini mojado. Te vas a quedar helada.

Lo seguí hasta la casa tiritando. Una vez dentro, llevó mi ropa y mi mochila a su cuarto.

—Puedes cambiarte aquí. Y, si quieres —encendió la luz del baño

—, puedes ducharte mientras hago la comida. —Miró al suelo un momento—. Perdona..., igual tienes que irte ya. Había olvidado que te estaban esperando.

—Ya te he dicho que van a estar allí todo el día. Puedo quedarme un ratito más. —Cerré la puerta, empujándolo con ella fuera de la habitación. No quería que insistiera en que me marchara. No después de que me hubiera invitado a comer con él. Era mucho más de lo que esperaba ese día.

Observé su habitación. Era humilde, como el resto de la casa, pero estaba muy limpia y ordenada.

Entré en el baño y decidí darme una ducha rápida para quitarme los restos de tierra del cuerpo. El agua caliente de la ducha recién arreglada me hizo dejar de temblar, pero, en cuanto me cubrí con la toalla para secarme, volví a estremecerme al recordar que Andoni había tenido ese mismo gesto minutos antes.

Contuve mis pensamientos mientras me vestía. Si me ponía a recordar nuestro abrazo en el río y la confusa frase de Andoni, «vas a acabar conmigo», me sonrojaría y él lo notaría en cuanto saliera de su cuarto. Me concentré en los momentos divertidos que habíamos vivido, la lucha con el barro y los juegos acuáticos. Era como si fuéramos otra vez niños pequeños, excepto por la sensación que había recorrido todo mi cuerpo al entrar en contacto con el suyo.

Me puse mi bikini de recambio y la misma ropa que había llevado y salí en busca del cocinero. Al atravesar la sala, percibí un aroma de lo más apetecible y unos canturreos que provenían de la cocina. Hubiera jurado que los tarareos eran su propia versión del «Te quiero, te quiero», de Nino Bravo. El corazón se me aceleró y decidí asegurarme de que mis oídos no empezaban a tener alucinaciones como las habían tenido mis ojos una vez en el porche.

—¡Qué bien huele!

—Si huele bien, espera a probarlo. —Se giró y me guiñó un ojo. Era un buen momento para preguntar.

—¿Qué cantabas? —Me acerqué a los fogones a curiosear.

—¿Cuándo? —Dejó de pelar la patata que tenía en las manos.

—Ahora, antes de que entrara.

—No sabría decirte... A veces canturreo de forma inconsciente, lo primero que me sale. Suelo hacerlo cuando cocino o cuando trabajo.

—Y cuando conduces. —Le recordé que habíamos ido juntos en su coche cantando las propuestas de la radio.

—Sí, también. Y en la ducha, como todo el mundo. —Sonrió. Parecía de muy buen humor.

—Por cierto, ¿quieres ducharte tú también? Puedo seguir yo con eso hasta que vuelvas. —Cogí una de las patatas que estaban aún sin pelar.

—Cuando meta las truchas al horno. Por ahora, tú te sientas y yo cocino. ¿De acuerdo?

—Déjame ayudar, porfa. —No quería estar sentada sin hacer nada.

—No puedes pedir a tus invitados una cosa y luego tú hacer otra cuando estás al otro lado. No es justo.

—¿Eres un justiciero? —Quise poner algo de humor a la conversación, que se había vuelto muy seria de pronto.

—Digamos que no creo mucho en la justicia de este mundo.

Sabía a lo que se refería. Estaba segura de que hablaba de la muerte de sus padres. Me abstuve de preguntar nada y me quedé sentada en silencio. Si él quería, sabía que podía contármelo.

—¿Puedes echar un ojo a los tallarines mientras vuelvo de la ducha? —Volvía a parecer relajado. Sus altibajos me trastornaban.

—¡Tallarines! —exclamé. Me encantaba la pasta.

—Solo vigila que no se peguen. Estarán hechos en cinco minutos.

—Eso no es mucha labor que digamos. ¿Puedo al menos poner la mesa?

Se detuvo en la puerta antes de marcharse.

—Como quieras. Estás en tu casa.

Encontré sin problemas los platos y los cubiertos, por lo que apenas tardé un minuto. Me concentré en remover la pasta para que no se pegara. Sus tallarines tenían una pinta de lo más apetitosa.

—¿Cómo va ese primer plato? —Di un bote al oírle a mis espaldas. No había hecho nada de ruido al entrar.

—Yo creo que ya están. —Apagué el fuego y me senté en la silla —. Ya he cumplido lo pactado. Ahora, me dejo atender.

Soltó una carcajada y sirvió la comida.

Tras el banquete me sentí encoger hasta hacerme del tamaño de una pulga. ¿Cómo se supone que iba a sobrevivir el día que me independizara después de probar manjares como la cocina de mis padres o la de Andoni? Yo no era capaz ni de freír un huevo sin estrellarlo. De ese verano no pasaba. Tomaría clases de cocina. Además, estaba rodeada de tres grandes profesores en potencia.

—¿Quieres postre? —Hice amago de recoger mi plato cuando Andoni se levantó, pero me lo retiró antes de que llegara a hacerlo.

—He repetido de todo. Si como algo más, voy a reventar. —Me golpeé la curva de la tripa que deformaba mi vestido.

—Tengo algo a lo que no te podrás resistir. —Abrió la nevera para sacar una tarrina de plástico que posó sobre la mesa.

—¡Helado de avellana! —exclamé impactada por la sorpresa.

—¿Una bola o dos? —Ya se acercaba con dos platos y un cucharón.

—Una, una. No puedo negar que me encanta, pero de verdad que me siento llenísima.

—No te preocupes. El helado es digestivo. —Hizo caso omiso de mi petición y me sirvió dos bolas de mi helado favorito, al igual que para él.

—Muchas gracias. —Comí una cucharada y la saboreé cerrando los ojos—. Delicioso —murmuré.

Cuando volví a abrirlos, Andoni me miraba con suma atención.

—Oye..., una pregunta. ¿Cómo es posible que tengas mi helado favorito en la nevera, si te dije ayer mismo que me gustaba?

Arqueó una ceja. Pero sonrió.

—No te voy a desvelar todos mis secretos.

—Deberías. Los auténticos amigos siempre se dicen la verdad y no tienen secretos. —Lo creía de verdad y siempre lo había cumplido. Aunque últimamente no estaba siendo coherente con ello. Llevaba una semana ocultando mi gran secreto a mis amigas, excepto a Nuria.

Me pareció notar que la última cucharada de helado se le atragantaba.

—Cierto. No debería ocultarte nada. Perdona. —Suspiró profundamente, como si fuera a hacerme una gran confesión. Dónde había comprado el helado no me parecía tan difícil de reconocer.

—¿También es tu helado favorito? —Era posible que fuera así y que lo tuviera en la nevera desde hacía días. Aunque lo acabábamos de empezar.

—Podría serlo. —Comió otra cucharada y se relamió—. Lo compré ayer en la ciudad. Cuando salí de tu casa fui hasta allí en busca de un esqueje de avellano. Pasé cerca de una heladería y... me acordé de ti.

—¿Eso es todo? —No parecía nada del otro mundo, salvo por

que yo me sentía de lo más halagada.

—¿A qué te refieres?

—¿Ese es el secreto que no me querías desvelar?

—No, no era ese. Y sí quiero decírtelo, pero aún no he encontrado el momento.

De pronto me sentí hecha un manojo de nervios.

—Este me parece un buen momento para hablar de lo que quieras. —Tuve que controlar mi voz para que no notara que me costaba respirar.

—Vale. Mejor vamos a la sala. Estaremos más cómodos.

Me sorprendió su urgencia. Ni siquiera esperó a fregar los platos ni a recoger los del postre. Tuve que ser yo la que guardara el helado en la nevera para que no se derritiera encima de la mesa. Estaba cabizbajo en el sofá cuando salí de la cocina. Pude ver esa terrible sombra en su mirar cuando levantó el rostro al sentir que me sentaba a su lado. El corazón se me cerró en un puño cuando caí en la cuenta de lo que me quería revelar.

—Esto que te voy a contar ahora... no se lo he dicho a nadie desde que llegué aquí. Nadie en el pueblo lo sabe y me gustaría que siguiera siendo así. Por eso he buscado un lugar en el que nadie me conociera y una casa apartada para tener intimidad y paz.

—Tranquilo, te prometo que no saldrá de aquí. Y yo también soy una mujer de palabra.

Apoyé mi mano sobre la suya, apretada y haciendo fuerza contra su pierna. Conseguí que la relajara tras unos segundos de contacto.

—No sé muy bien por dónde empezar. Es difícil elegir un momento para explicarte lo feliz que era antes de que todo sucediera. La verdad es que tuve una primera infancia maravillosa.

—Empieza por donde quieras. Solo me hace falta saber lo que tú necesites que escuche.

Andoni apretó mi otra mano con la suya, sin alzar la vista de algún punto del suelo que él había elegido como seguro.

Comenzó contándome que, cuando aún no había superado la agónica muerte de Toro, su caniche, su padre tuvo que ingresar en el hospital de urgencia. Entonces recibió la terrible notica que le habían estado ocultando para no preocupar a un niño tan pequeño antes de tiempo. Su padre tenía leucemia y se moría. Lo hizo al cabo de ocho meses. Así que con siete añitos no solo había sufrido su propio duelo, sino que además había tenido que convivir con la depresión de su madre. Otra enfermedad aún más difícil de comprender para alguien de tan corta edad y que lo obligó a madurar de golpe, ya que su madre fue cayendo en picado en un pozo sin fondo, desatendiendo todos los aspectos de su existencia: su trabajo, su casa, su salud e incluso a su hijo.

Sin abuelos ni otros familiares, fueron sus profesores y algunas madres de sus compañeros de colegio quienes se encargaron de ciertos aspectos del día a día de Andoni, hasta que una noche se puso enfermo, con fiebre tan alta, por lo que su madre tuvo que llevarlo a urgencias. Solo fue una neumonía, pero aquel episodio la hizo empezar a salir a flote. Parecía que poco a poco todo se iba arreglando, ella incluso había mencionado pedir la reincorporación a su trabajo. Pero era verano y aún podían disfrutar de las vacaciones. Así que se fueron a la zona de las Landas francesas. Y allí, en un restaurante junto a la playa, fue donde conoció a un hombre y su vida dio un giro de ciento ochenta grados.

Sus manos volvieron a formar dos piedras bajo las mías cuando llegó a ese punto de la historia. Me acerqué un poco más a él en el sofá y le acaricié el pelo, aún húmedo. Pareció ejercer un efecto relajante, que lo ayudó a continuar.

—Al principio pensé que sería algo bueno que se enamorara de

nuevo. Y Lucas parecía un gran tipo. No la culpé por querer olvidar el dolor e ilusionarse con una nueva vida, ni siquiera cuando se casaron y tuve que alejarme de todo mi mundo, mi colegio, mis amigos... Él me adoptó legalmente y nos trasladamos a Toulouse —me explicó—. Allí conocí a su familia: sus padres y su hermano menor, quienes parecían admirarlo más que quererlo. Era un hombre de negocios que viajaba mucho y siempre estaba alardeando de sus logros, sus contratos millonarios y cosas que a mí me aburrían, así que no hacía mucho caso en las comidas familiares de los domingos. Fingía que aún no comprendía bien el idioma, aunque lo aprendí rápido. A mi madre siempre la trataron como alguien inferior, a pesar de su puesto en la universidad, al que renunció de forma definitiva. De hecho, no volvió a trabajar; se convirtió en la perfecta ama de casa que nunca había sido. Lucas ganaba más que suficiente para los gastos de los tres, para el colegio privado en el que me inscribió, además de todos los deportes y actividades extraescolares que le fue posible. Pasaba tantas horas fuera que apenas era consciente de lo que ocurría entre las paredes de mi casa, hasta que fue demasiado tarde.

Calló de golpe y respeté su silencio. Me negué a adelantarme a sus palabras, aunque mil preguntas se agolpaban en mi garganta. Me temía algo muy muy malo.

—El primer golpe que presencié no fue el primero que ella recibió, pero sí marcó un antes y un después. Yo tenía once años, estaba en mi habitación porque me habían puesto un montón de deberes. Hacía tiempo que los resolvía solo; Lucas decía que mi madre no debía ayudarme en esos asuntos. Pero tuve una duda que no me dejaba avanzar en las tareas y fui a buscarla a su dormitorio, que estaba en la planta de arriba. Lo oí gritar ya desde el pasillo. La acusaba de mentir, de haber manipulado los resultados de una

clínica para hacerlo quedar a él como menos hombre, alguna estupidez así decía. Al parecer, estaban intentando que ella se quedara embarazada y no lo conseguían. Y el problema lo tenía él. «¡Yo no soy estéril!», gritó y después sonó el golpetazo. Cuando entré, mi madre estaba tirada en el suelo y tenía la mano en la cara.

—Ay, Andoni, lo siento mucho.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Intenté que no cayera ni una sola de ellas, bastante tenía él con contener su voz para disimular que estaba a punto de echarse a llorar como para estropearle los esfuerzos y desahogarme yo en su lugar. Tragué saliva y apreté la mandíbula intentando no visualizar la escena que me estaba describiendo. Pero era imposible.

—Me lancé contra él como un toro embravecido. Era muy joven, pero fuerte. Él mismo había contribuido a que me desarrollara con tanto deporte. Como no se lo esperaba, cayó al suelo de espaldas y se dio en la cabeza. Pero, antes de que yo pudiera hacer nada más, se levantó y me amenazó con su puño. Entonces mi madre se interpuso entre nosotros, ocultándome a su espalda, y, aunque recibió el golpe por mí, le gritó: «¡Ni se te ocurra tocar a mi hijo, cabrón!».

»Al parecer, no se esperaba que lo enfrentara ni que se refiriera a mí como únicamente suyo, cuando desde la boda siempre me había nombrado como «nuestro», así que se quedó desconcertado. Yo salí de detrás de ella, dispuesto a una pelea si fuera necesaria. Algo lo hizo echarse atrás y, tras una mirada de absoluto odio a ambos, cogió las llaves del coche y salió de casa. Nosotros lo hicimos también, antes de que volviera, con nuestras cosas más esenciales en un par de maletas.

—¿Se divorciaron? —pregunté después de un rato de silencio.

—Ella le envió los papeles desde Logroño al cabo de unos

meses. Nunca los recibió de vuelta. Su hermano es abogado y volvió locos a los que mi madre contrató con mil líos burocráticos. En cambio, el propio Lucas se encargó de atormentar a mi madre con cientos de llamadas, daba igual que ella cambiara de número móvil o fijo. Hasta nos mudamos de casa dos veces, porque de vez en cuando la llamaba borracho y le decía que cualquier día se presentaría en casa y la haría cumplir con sus deberes conyugales. Eso lo sé porque la oí contárselo a una amiga, otra profesora de la universidad, que la estaba tratando de animar a volver a trabajar. La aconsejaba que lo denunciara. Como yo estaba de acuerdo, pero creí que a un crío de trece años le haría menos caso que a una mujer de su misma edad, fingí no haber escuchado nada y volví a mi cuarto, donde se suponía que estaba estudiando.

»Me convencí de que mi madre había acudido a la policía y que las llamadas y amenazas acabarían. Por eso no estaba preparado cuando llegué una tarde de jugar con mis amigos al fútbol y lo encontré sobre ella en mitad del salón, en el preciso momento en el que la asfixiaba con sus propias manos.

Contuve el aliento y entrelacé aún más fuerte mis dedos con los suyos. Él no me miraba y su rostro era una máscara impenetrable.

—Una vez más, me abalancé sobre él. Ya era de su misma altura, aunque Lucas seguía siendo más fuerte que yo. Forcejeamos en el suelo y vi que pretendía acabar conmigo del mismo modo que había hecho con mi madre. Una parte de mí esperaba que abriera los ojos y se levantara del suelo, aunque en el fondo sabía que ya estaba muerta.

—Dios santo, Andoni...

Él sacudió la cabeza, pidiéndome que lo dejara continuar. Ahora no podía parar, supe que necesitaba llegar al final de la historia, así que me mantuve callada.

—Logré darle un rodillazo en las tripas y me lo quité de encima. Me apresuré a salir de casa para pedir ayuda y él trató de alcanzarme... con un cuchillo de cocina en la mano.

Mi grito ahogado lo hizo apartar la mirada del lugar perdido en el suelo donde la había fijado. Tardó unos segundos en enfocar la vista, pero sus ojos se encontraron con los míos y, de pronto, soltó mis manos, retirándolas como a cámara lenta contra su propio regazo, punto donde fijó su mirada. Entonces comprendí la gran culpa que cargaba a sus espaldas. Supe lo que pasó antes de que me lo confesara.

—Vivíamos en un sexto piso. Yo no volví a mirar hacia arriba después de verlo bajar con el cuchillo en alto; me aterraba la idea de tropezar, caer o simplemente perder unos segundos de la ventaja que le llevaba y que él me alcanzara. Mi objetivo era llegar a la calle, porque no podía perder el tiempo llamando a las puertas de los vecinos, que tal vez no se encontraran en casa o no quisieran ayudarme.

»Supe que había tropezado por el grito ahogado que escuché a pocos metros de mí y los golpes que sustituyeron al sonido de los zapatos. Luego, solo hubo silencio. Yo estaba casi en el portal, pero tuve que girarme a mirar. Y lo vi en una postura imposible, retorcido sobre las escaleras y el cuchillo... clavado en un costado. No pude moverme hasta que la anciana del primero salió al rellano, alarmada por los golpes, supongo, y se encontró la escena.

—¿Estaba... muerto?

—Eso dijeron. Yo apenas recuerdo el alboroto del resto de los vecinos, la policía poco después y los gritos en el sexto piso cuando descubrieron el cuerpo de mi madre. Porque yo no pude articular palabra hasta días después. Tengo muchas lagunas de lo ocurrido. Y lo que me hizo la familia de mi padrastro terminó de hundirme.

—¿Qué te hicieron?
—Trataron de convertirme en el culpable de ambos asesinatos.

Capítulo 20

El resto de la historia la escuché sin apenas respirar, sentía que si hacía un movimiento en falso Andoni se rompería en mil pedazos. Me resultaba imposible comprender cómo había sobrevivido a todo lo que vino después de aquel terrible suceso en su casa. Cómo había pasado por la investigación policial, los peritos, psicólogos, la prensa... Y todo, completamente solo. Porque la familia de su padrastro había negado en todo momento la historia que había contado Andoni, llegando a presentar una denuncia en su contra y acusándolo de haber sido él mismo quien había matado, no solo a su padrastro, sino a su propia madre. Cualquier cosa con tal de excusar a su hijo de lo que había hecho.

Por supuesto, las pruebas forenses revelaron la verdad; testimonios como el de la profesora amiga de su madre y los registros de llamadas corroboraron la versión que Andoni consiguió dar días después ante un psicólogo especializado. Sin embargo, él era menor de catorce años y esos supuestos abuelos que habían querido acusarlo de doble asesinato, sus tutores legales. Consiguieron ingresarlo en un centro de régimen cerrado con informes fraudulentos sobre su salud mental. Y, como muchos de los otros internos sí que provenían de entornos desestructurados, acabó

teniendo más de un problema con varios de ellos.

Andoni no quiso entrar en detalles en esa parte de su historia, solo me contó que había pasado por dos centros distintos y que, cuando estaba a punto de lograr que le concedieran la independencia legal al cumplir lo dieciséis, sucedió el peor de aquellos incidentes en los que se vio envuelto sin remedio y, dado su expediente, un juez estableció que permaneciera bajo custodia del estado hasta su mayoría de edad.

—Por suerte, me trasladaron a un centro de régimen abierto y pude solicitar estudiar un módulo de carpintería. En cuanto cumplí los dieciocho, busqué al antiguo socio de mi padre en su negocio y le pedí una oportunidad como aprendiz. Me acogió sin pensárselo dos veces. Me pagó un sueldo muy por encima de mi categoría profesional y me permitió vivir en el primer piso de la carpintería. Cuando ahorré lo suficiente para un vehículo y un sitio propio donde vivir, me marché a buscarme la vida por mi cuenta. Y aquí estoy —concluyó con un suspiro resignado que acompañó de una sonrisa tímida.

No pude evitar soltar mucho aire de golpe y, después, un sollozo que fue el inicio de un sentido llanto. Me llevé la mano a la boca, enfadada conmigo misma por no poder evitar expresar por fin todo lo que había estado reteniendo casi una hora.

Andoni secó las lágrimas que me habían desobedecido y se habían escapado de mis ojos, recorriendo mis mejillas a gran velocidad. Yo no pude evitarlo más y lo abracé con todas mis fuerzas. Él no solo lo permitió, sino que me correspondió con el mismo fervor.

—Gracias —susurró—. No sabes cuánta falta me hacía esto.

—De nada. Siempre que quieras.

Perdí la noción del tiempo. Había soñado que él me tenía entre

sus brazos varias noches desde que le había conocido. Pero que fuera yo quien lo refugiaba en los míos era algo que superaba mis propias fantasías.

El abrazo iba mucho más allá de lo puramente físico. No sentía que tocaba solamente su piel, llegué a creer que tenía su alma entre mis dedos cuando los deslizaba por su pelo y que entraba por cada poro de mi piel cuando su respiración me rozaba.

Cada uno de sus fuertes latidos era una prueba irrefutable de su vitalidad, a pesar de que había estado a punto de perder la vida. Era casi un milagro que siguiera en este mundo, y para mí lo era tenerlo a mi lado. Había superado adversidades que yo no era capaz ni de imaginar y, por encima de todas ellas, había llegado a ser la mejor persona que había conocido jamás.

Cuando se separó poco a poco de mí, sus ojos negros mi miraron con una ternura que me desarmó.

—Siento no poderte contar un pasado más alegre y... normal.

—Y yo siento no poder volver atrás en el tiempo para que nada de todo eso hubiera pasado. —No controlaba lo que le decía—. No poder evitar llorar cuando el que debería llorar eres tú... y... ¡haberte hecho sentirte obligado a recordarlo todo para contármelo!

—Sh, tranquila. —Esta vez fue él quien acarició mi pelo para tratar de relajarme. Lo consiguió un poco—. Ya no hay nada que hacer, he necesitado años para ser consciente de eso. He llorado cientos de días y más de mil noches por lo sucedido. Y tú no me has hecho contártelo, he querido hacerlo yo. Lo necesitaba.

Andoni seguía acariciándome tratando de consolarme. ¿Cómo había llegado a eso? El que tenía que ser reconfortado era él. Me erguí y recuperé sus manos entre las mías.

—Gracias. Gracias por confiar en mí y... abrirme tu corazón.

—Me acabo de quitar un gran peso de encima —resopló—. Sobre

todo, porque no has salido corriendo.

—¡Dios mío! ¡Claro que no!

—Los vecinos no podían evitar mirarme de reojo al pasar. Sabían lo que la prensa y lo rumores habían contado de lo sucedido. Vicente perdió algunos clientes cuando me acogió.

—Pues que les den a todos.

Mi vulgar expresión le hizo sonreír y acabamos riéndonos a carcajadas.

—Yo no contaré nada. No hace falta que nadie sepa nada sobre tu pasado. Pero gracias por confiármelo a mí.

—Confío en ti. Y quiero que tú también puedas estar segura de que puedes confiar en mí, siempre. Nunca te haría daño, Edurne.

—No hace falta que lo digas. Lo sé perfectamente. Aunque no conociera tu pasado, de alguna forma, sí sentía que te conocía a ti, a la persona que eres en realidad, la que habita aquí —toqué su pecho con mi dedo índice—. Y tú también me conocías a mí, ¿recuerdas? Lo supiste la primera vez que me viste, aquella noche púrpura.

—Era una señal —susurró él y sus ojos brillaron de un modo peculiar.

—¿Una señal de qué?

—De que, a pesar de todo lo malo, algo muy bueno estaba a punto de suceder —pronunció con tono solemne.

Recordé la historia de cómo se conocieron mis padres una noche similar y tuve que darle la razón. Aunque no pude verbalizarlo porque mi móvil sonó en algún lugar de la casa.

—Creo que te llaman. —Se incorporó y fue a por mi mochila.

—No, deja que suene. Ya llamaré más tarde.

No me hizo caso y dejó la mochila sobre la mesita de la sala.

—Cógelo, puede ser importante.

Sus ojos estaban secos, pero seguía habiendo una gran nostalgia

en ellos. Decidí cumplir su petición, aunque con desgana.

—¿Sí? —intenté sonar casual. Era Natalia.

—Edurne, guapa, son las cinco de la tarde. ¿A qué hora piensas venir? ¿Cuándo se haga de noche?

—¿Ya son las cinco? No me había dado ni cuenta. Me he entretenido, perdona.

Vi a Andoni recoger mi mochila y sacudir en su mano las llaves de su camioneta. Me hizo un gesto con la cabeza hacia fuera de la cabaña. Se me pasó toda la tristeza de golpe al entender que aceptaba acudir al río con mis amigos.

—¿Y cuándo piensas venir?

—Ahora mismo salgo para allá. ¿Estáis donde siempre?

—Sí, en la primera cascada. No tardes, que empieza a hacer algo de fresco.

—Llego en quince minutos.

Me enganché al brazo de Andoni y frené cuando le vi intención de salir por la puerta.

—Ya sé que te gusta bañarte vestido, pero creo que sería mejor que cogieras una toalla y un bañador. —Me reí, tratando de animar un poco el ambiente, pero él estaba demasiado serio.

—Solo voy a llevarte.

—¿Por qué? Te vendrá muy bien estar con más gente, te ayudará...

—Otro día, de verdad. Hoy prefiero quedarme en casa.

—Me quedo contigo.

Lo solté y me dirigí de nuevo al sofá. Él me sujetó del brazo sin dejarme avanzar más de un paso.

—No. Tú tienes que ir con tus amigos, ya habías quedado y no puedes dejarlos colgados.

—Pero quiero quedarme contigo. —Me aferré a su brazo.

—Edurne... —Miró hacia otro lado—. Me gustaría estar un rato solo.

El corazón se me rompió como un cristal al caer al suelo. No lo podía creer después del día que llevábamos juntos, de todo lo que habíamos hecho y lo que nos habíamos dicho. ¿Por qué de pronto no me quería a su lado?

—¿Qué...? ¿Por qué?

—Lo necesito. Es todo.

Solté su brazo y salí corriendo por la puerta. Me subí a mi bici tratando de no llorar, otra vez.

—Espera, deja que te lleve. —Salió trotando tras de mí.

—Puedo ir sola. Si no vas a quedarte, no hace falta que te molestes.

—No es molestia.

—Entonces, ven y quédate. —No pude contener una traicionera lágrima. Él la contuvo por mí con su dedo índice.

—Cada cosa tiene su momento y su lugar. Tú ahora tienes que estar en el río con tus amigos. Yo tengo que estar aquí solo. Es lo que ambos necesitamos ahora mismo. Durante la semana nos volveremos a ver.

Siguió acariciando mi mejilla con dulzura con el resto de sus dedos.

—Andoni, no tienes ni la menor idea de lo que necesito en este preciso momento. —Apreté su mano más fuerte contra mi mejilla antes de agarrar el manillar y alejarme de él—. ¡Hasta pronto! —le grité a medio camino del puente.

Un pensamiento aterrizó en mi mente mientras pedaleaba y me torturó durante todo el camino. La tarde anterior a la noche que conocí a Andoni, mi mayor preocupación había sido qué ropa ponerme para salir. En cambio, Andoni a mí misma edad —y ya

mucho antes— lidiaba con problemas de verdad, de los que te marcan de por vida, y no con tonterías superficiales.

Debía de pensar que era una cría inmadura. Yo misma me sentía de esa forma, cuando lo que más ansiaba era ser la mujer que le devolviera la fe en que en la vida pueden ocurrir cosas buenas. Yo quería ayudarlo a vivir con tanta alegría e ilusión que los años malos fueran solo un espejismo en su memoria. Quería contribuir a que fuera todo lo feliz que puede ser un ser humano en esta vida. Quería... quería asegurarme de que cada día del resto de su existencia se sintiera acompañado, comprendido, protegido...

Si no era eso amar a alguien, es que yo no comprendía nada, ni siquiera a mi propio corazón.

Capítulo 21

Exceptuando la cargante mañana del lunes, el resto de la primera semana de exámenes fue de lo más monótona. Durante las cuatro horas que pasamos repasando en la biblioteca para preparar el examen de Historia, tuve que aguantar el sermón de Natalia sobre lo mal que me había portado con Jon en el río el día anterior, no haciéndole ni caso en las dos escasas horas que me había dignado a estar con ellos. No podía creer cómo le había ignorado mientras él contaba una y otra vez cómo habían ganado la final por el último triple que había marcado Ager gracias a su preciso pase. Según ella, le había hecho el mayor desprecio que se le puede hacer a un chico y, probablemente, pasaría de mí a partir de ya.

Si estando ausente esas dos horas pensando en el chico que de verdad me importaba había logrado desinteresar a Jon, mi involuntario pasotismo había logrado lo que no había conseguido yo misma de forma voluntaria. Era mejor que Jon se fijara en cualquier otra chica cuanto antes.

No me atreví a acercarme a la cabaña de Andoni hasta el jueves por la tarde, después del examen de Lengua y Literatura. No había sabido nada de él desde el domingo anterior. Ya no tenía que acudir a mi casa para trabajar y venir a verme no parecía estar entre sus

prioridades. Yo había tenido que obligarme a mí misma a quedarme estudiando para no recorrer con cualquier excusa el escaso trecho que nos separaba.

El jueves, después de comer, subí al desván. Cogí los prismáticos de mi abuelo, ahora guardados en uno de los cajones del nuevo armario, y espié por la ventana esperando divisar el Land Rover de Andoni como prueba de que le encontraría en casa. Pero no lo vi. Tardé poco en convencerme de que lo podría haber aparcado detrás de la cabaña y que por eso no estaba a la vista, así que en menos de un minuto estaba montada en mi bici camino de su casa.

Aparqué junto a la barandilla del pequeño porche y llamé a la puerta. Traté de abrirla al no obtener respuesta, pero estaba cerrada. Su coche tampoco estaba tras la casa; me acerqué al cobertizo a asegurarme de que no estuviera trabajando allí.

Tampoco respondió nadie, pero la puerta no estaba cerrada con llave, así que entré para comprobar que, como me temía, no le iba a ver tampoco esa tarde.

Antes de salir de su taller, vi por el rabillo del ojo la regadera que habíamos usado el domingo al plantar nuestro avellano y decidí sacar partido a mi paseo hasta la cabaña. La llené en el pequeño grifo que había junto a la puerta y me adentré en el bosque.

La montañita de tierra que abrazaba el esqueje apenas se elevaba ya del suelo y estaba casi seca. Tal vez Andoni hubiera olvidado cuidar del «recién nacido». Una llamita de instinto maternal prendió en mí al considerar a ese nuevo ser al que habíamos dado vida juntos como nuestro hijo. El retoño necesitaría agua y cuidados, aunque solo fuera de vez en cuando... No, imposible. No podía haberlo olvidado. Él tenía una tradición y no habría decidido crear otro ser vivo para dejarlo morir después.

Me agaché y miré la ramita y las tres hojas con detenimiento.

Parecía sano y bien arraigado en el terreno. Derramé un chorro de agua sobre él y empapé bien la tierra y las hojas de nuestro pequeño. Me senté a observarlo absorber el alimento e imaginé cómo sería cuando creciera y las deliciosas avellanas que nacerían de él. La naturaleza era algo mágico.

Me relajó bastante estar allí sentada un largo rato, pero volví a la cabaña esperando encontrar a Andoni de vuelta. Al ver que no era así, me marché a casa a seguir estudiando para los últimos exámenes, pero la añoranza me estuvo importunando toda la tarde.

El viernes no fuimos al instituto a repasar ninguna materia y me levanté tarde. Volví a ir a la cabaña antes de comer y el sábado lo hice por la tarde, un par de horas antes de ir al parque con mis amigas. Pero Andoni no estaba ni un día ni el otro. ¿Dónde se había metido?

Pasar, había pasado por su casa. Pude comprobar que la puerta del cobertizo estaba cerrada con llave cuando el sábado pensé en regar de nuevo el avellano y así hacer tiempo para que volviera. Pasé a visitar al futuro arbusto y pude ver unas huellas de botas que no había visto el jueves. Por el tamaño de las pisadas, era muy probable que fueran de Andoni. Además, ¿quién iba a caminar por el bosque en línea recta hasta el pequeño avellano, dar un rodeo y volver hasta el camino donde se perdían las huellas?

Me alegró comprobar lo que en el fondo ya sabía, que iría a darle los cuidados que necesitara. Parecía que lo había vuelto a regar. Deberíamos hablar de ello. ¡A ver si lo íbamos a acabar ahogando!

El domingo estuve toda la mañana tratando de estudiar para el examen de Filosofía, pero me sentía incapaz de concentrarme al

recordar la tarde que había pasado estudiando con Andoni, en la que me había recomendado el libro de un filósofo-político. Todo lo que hacía me recordaba a él. Bajar a beber zumo, ir a ducharme, ayudar a mi madre a preparar la comida, verme reflejada en el espejo de la entrada...

Decidí hacer algo de deporte después de comer para despejar la mente y preparar mi cuerpo para el examen de Educación Física del día siguiente.

Correr por el camino del río me pareció una buena excusa para pasar por allí de forma casual.

Aunque ya estaba agotada cuando atravesé el puente, aceleré el ritmo en cuanto divisé el capó del Land Rover tras la cabaña. ¡Por fin iba a verle!

Llegué con la lengua fuera y me encontré de frente con Andoni, que salía de su casa bastante acelerado.

—¿A dónde vas tan rápido? —inquirió mientras frenaba delante de él.

Yo podría haberle preguntado lo mismo.

—Estoy entrenando. Mañana tengo examen de Educación Física.

—Y si se te ha ocurrido venir corriendo hasta aquí. —Parecía una acusación. ¿Es que le molestaba?

—Pues sí. Ya que tenía que correr, venir aquí era la mejor elección. Hace una semana que te no veo y quería saludarte. —Dios mío, ¡cómo le había echado de menos!

—Muchas gracias, pero me temo que la visita va a tener que ser muy corta. Tengo que marcharme ahora mismo.

Al final el pasar a saludarle iba a ser justo eso. Hola y adiós.

—¿A dónde tienes que ir con tanta urgencia?

Le noté en la cara rastros de cansancio. No estaba segura de si esa era la expresión que tenía, porque llevaba barba de varios días y

ocultaba parte de su expresivo y perfecto rostro.

—Estoy trabajando en la renovación de las áreas recreativas de la comarca. Damián y yo tenemos hasta fin de mes para terminar las que están más deterioradas.

—¿Trabajas todo el día? —Sus ojeras estaban muy marcadas.

—Y todos los días. Ya ves, es domingo por la tarde y allá voy de nuevo.

Se dirigió hacia su coche.

—Andoni, deberías descansar más. Tienes mala cara.

—Últimamente tengo algo de insomnio. —Ya éramos dos. Se subió al asiento y me habló desde la ventanilla—. ¿Quieres que te acerque a tu casa... o a otro sitio?

Me habría encantado poder pasar con él más rato, pero había ido allí con la excusa de salir a correr. No iba a resultar convincente volver a casa a rueda.

—No, gracias, volveré corriendo. Quiero aprobar mañana el examen.

—¿A qué hora lo tienes? —La pregunta me extrañó.

—A última, de una a dos.

Asintió con la cabeza.

—Que tengas suerte. Seguro que los haces muy bien. —Arrancó el motor y se marchó dejándome desconcertada de nuevo.

Esa noche tardé en dormirme aún más que el resto de la semana. La frustración me hacía dar vueltas en la cama. ¿Cómo podía haber tenido una conversación tan fría con Andoni esa tarde después de haberme abierto su corazón de par en par una semana antes? Ni qué decir sobre la interminable semana sin verle. ¿Es que él no me extrañaba? Se había pasado toda la semana trabajando y, además, apenas había dormido. No había tenido tiempo para pasar por mi casa a saludarme. Y, aunque lo hubiera tenido, quizá tampoco

se habría acercado. Ni siquiera me había preguntado qué tal me habían salido los exámenes que ya había hecho. El de Historia entre ellos. ¿Dónde estaba su perfecta educación?

Tenía que encontrar la manera de que pudiéramos vernos más a menudo, o al menos hablar. Sabía que no tenía ordenador, ¡ni siquiera tele! Pero en los tiempos que corrían, llevar un móvil era como portar el DNI, por lo que, si aún no se había hecho con uno, yo me encargaría de eso. No me costaría mucho convencerlo de que lo iba a necesitar. Todo trabajador autónomo, como él, precisaba de un número de contacto para sus clientes.

Andoni de momento hacía trabajos pequeños en los pueblos cercanos y tenía el contacto de Damián en la ferretería. Me daba la impresión de que era una especie de padrino para él. Tal vez lo más parecido a un padre que había conocido en mucho tiempo, además del socio de su padre que lo había acogido. Me alegré por él y conseguí relajarme un poco. Al final logré conciliar el sueño.

El lunes fuimos a la biblioteca del instituto un par de horas antes del examen de Educación Física. Ya no teníamos clases y quedar para repasar juntas nos hacía obligarnos a estudiar. Después de haber hecho ya los controles más difíciles, las ganas de hincar codos iban mermando.

Nuria se pasó las dos horas mandándome papelitos camuflados con apuntes en los que me preguntaba si había visto ya a Andoni y de qué habíamos hablado. Le llamé la atención varias veces por precaución. Aún no había encontrado el momento adecuado para confesarles a mis amigas que mi relación de amistad con Andoni era más especial de lo que les había contado hasta el momento. Al menos lo era para mí. Sabía que podía confiar en ellas, pero la relación de Ager con Jon me coartaba las ganas de explicar mis

profundos sentimientos a Natalia. Ella habría sido la primera a la que se lo habría explicado si no hubiera detectado en mi mejor amiga su predilección hacia Jon.

Empecé a ponerme nerviosa al entrar en el gimnasio. El profesor no nos había dicho en qué iba a consistir el examen. Lo único que sabíamos era que se trataba de una prueba individual y otra en equipos. Según íbamos saliendo de los vestuarios, nos fue entregando un peto a cada uno. En total, doce rojos y trece azules completaban la clase, chicos y chicas mezclados. Cada uno tenía un dorsal con un número del uno al veinticinco.

Ramón nos explicó que primero haríamos la prueba individual, que iba a consistir en una serie de saltos de vallas y un recorrido cronometrado de cincuenta metros. La prueba grupal sería después y consistiría en un partido de baloncesto, rojos contra azules, en el cual él iría indicando los cambios de los jugadores para poder examinarnos a todos.

Salimos al patio e hicimos una fila ordenada según nuestros dorsales para el salto de vallas y la prueba de velocidad. Yo tenía el número siete. Cambiarme rápida y salir del vestuario de las primeras había sido penalizado con ser la primera de las chicas en hacer el examen. Me temblaron las rodillas cuando el quinto de los chicos de mi clase saltó como una gacela las vallas y terminó la prueba con un increíble sprint, batiendo el récord del instituto, según mi profe.

Esperaba otra envidiable muestra de agilidad del chico que me precedía en la fila, pero el pobre Fernando rozó con la punta de la zapatilla una de las vallas y aterrizó en el suelo de cemento del campo de fútbol. Tuvieron que llevárselo a Secretaría entre dos de los compañeros que ya se habían examinado para conseguir material de botiquín. Al parecer, no tenía nada roto, pero sangraba por los codos, la barbilla y la nariz.

Cuando el profe me indicó que era mi turno ya no me temblaban las rodillas, me tambaleaba yo entera. El guantazo que se había pegado Fernando iba a ser poca cosa en comparación con mi inminente caída. Me abriría la cabeza y me fracturaría ambos brazos, tal vez solo una pierna, la primera en impactar con el suelo después de tropezar con la primera o, a lo sumo, la segunda de las cinco vallas. Solo habíamos practicado ese tipo de ejercicios un par de días y había sido a principio de curso. No me sorprendió la elección de la prueba en el profesor menos apreciado por todo el instituto, al que solían apodarle con un insulto que rimaba con su nombre.

El profe dio otro pitido con su silbato indicándome que era mi turno.

—Venga, Edurne, tú puedes. —Natalia me agarraba por los hombros y Nuria levantaba ambos pulgares con una sonrisa radiante. Confiaban más en mí que yo misma.

No alargué más el suplicio y cogí carrerilla para salvar al menos el primer obstáculo.

Creí que había llegado mi hora cuando, en la cuarta valla, el pie se me quedó algo retrasado tras el salto y perdí un poco el equilibrio, tirando la valla tras de mí. Me desvié unos pasos hacia la derecha del circuito, pero conseguí recobrar la verticalidad y me lancé a por la última valla emitiendo un gutural grito al concentrar todo mi esfuerzo. Los cincuenta metros hasta el final del campo de fútbol los recorrí con rabia, orgullo y un inmenso alivio. Iba a salir ilesa de la cruzada y, además, tendría buena nota por haber tumbado una única valla. Sonreí triunfal y sin aliento al llegar a la portería más alejada, donde se acababa el patio del instituto.

Aún estaba dando los últimos pasos de frenada de mi carrera cuando pude oír el silbato del profesor dando por concluida mi prueba. Unos aplausos demasiado cercanos me hicieron levantar la

vista, pero no pude incorporarme. Seguía jadeando y con las manos apoyadas sobre mis rodillas, tratando de recuperar el aliento, cuando mis ojos se encontraron con la sonriente cara de Andoni, que aplaudía con los brazos en alto.

—¡Guau! ¡Has estado genial!

No lo podía creer. Había venido a ver mi examen. ¿Por eso me había preguntado el día anterior a qué hora lo tenía?

—¿Cuándo has...? —No podía ni hablar, me faltaba el aire por la carrera, pero aún más por el impacto de su presencia—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Alcancé a ver su camioneta aparcada junto a la acera, al otro lado de la verja que me separaba de él.

—Desde el dorsal tres. Cuando el seis se ha caído, he estado a punto de saltar esta verja para preguntarle a tu profesor si era un sádico y si pretendía acabar con todos vosotros. —Sus ojos reflejaban verdadera preocupación—. Pero tú lo has hecho tan bien que tal vez le deje torturar al resto de tus compañeros.

Se echó a reír y apretó con su dedo índice la punta de mi nariz, que sobresalía entre las rejas de la verja. Ojalá tuviera fuerzas para separarlas y pasar al otro lado con él.

—No lo he hecho tan bien, he tirado una, y eso baja nota.

—Que yo sepa, eso no penaliza.

—Pues mi profe sí lo hace.

—Para mí tienes un diez. —Se agarró a las rejas y se acercó a mí con gesto de preocupación—. Me había asustado mucho al ver que perdías el equilibrio, pero te has recuperado enseguida y has saltado la última como un cervatillo.

Me hizo reír al compararme con Bambi. Su nueva sonrisa, rodeada por una perilla que le hacía varios años mayor, me hipnotizó como lo habría hecho su sonrisa más juvenil.

—Como mucho, tendré un nueve. Y aún falta el partido de baloncesto.

—¿Saldrás a las dos? —Miró su reloj.

—Algo más tarde. Lo que tarde en ducharme.

Torció el gesto.

—Te iba a proponer acercarte a casa cuando salieras. Tengo que recoger unos materiales de la cabaña, pero he quedado con Damián a las tres y aún tengo que comer...

—Estaré aquí a las dos y cinco. No te marches.

—Muy bien. —Se separó de la verja y anduvo unos pasos a la derecha, acercándose más al campo de baloncesto, paralelo al de fútbol—. A ver qué tal encestas.

Volví corriendo junto con el resto de la clase antes de que el profesor me llamara la atención. Era un alivio que la segunda prueba fuera un partido de baloncesto, deporte que no se me daba del todo mal. Si hubiera sido de fútbol, habría echado a Andoni de allí con cualquier excusa. No quería que viera cómo rompía las piernas de mis compañeros con mis involuntarias patadas.

Mis amigas, que aún aguardaban su turno, me miraban atónitas cuando llegué.

—¿Quién era ese, Edurne? —La sonrisilla de Tania respondía a su propia pregunta.

—Es el carpintero. —El tono de Natalia sonó despectivo—. ¿Qué quería?

Me sentí muy molesta con ella.

—Me va a llevar luego a casa, así que no me esperéis para coger el bus.

No pensaba darles más explicaciones. Natalia había decidido con su actitud que ese no era el momento para confesarles mis sentimientos hacia él.

—¡En serio! —Nuria se mostró demasiado entusiasmada y Nerea lo notó.

—¿Y eso qué significa, aparte de que es muy amable contigo? —Ella siempre tan sutil.

—Nada, que somos amigos. —Por desgracia, eso era realmente lo único que significaba.

—¿Podemos acompañarte cuando salgamos? Así nos lo presentas.

Tania y Nerea saltaban nerviosas. Les hacía auténtica ilusión.

—Hoy no puede ser, chicas, tiene mucha prisa. De hecho, voy a marcharme en cuanto acabemos, sin ducharme ni nada. Espero no sudar mucho en el partido de baloncesto.

Acerqué la nariz a mi axila. El reciente esfuerzo no me había hecho transpirar apenas. Había sido intenso pero breve. Con la sudadera sería suficiente para disimular la posible sudada que me esperaba y me llevaría menos de cinco minutos ponérmela y salir del instituto. Merecía la pena si podía estar un rato con Andoni. Necesitaba hablar con él, aunque solo fueran los quince minutos de trayecto hasta casa.

—¿Y cuándo le vamos a conocer, entonces? —Tania se cruzó de brazos y dio botes como una niña caprichosa.

—Un día de estos, de verdad. Estoy tratando de convencerlo para que venga con la cuadrilla algún día.

—¡Es una idea genial! —Nuria secundó mi propuesta de inmediato.

—Pero no os prometo que vaya a ser muy pronto. Está bastante ocupado con su trabajo.

—Seguro que saca un rato para estar contigo. —Nerea me guiñó un ojo y señaló con la cabeza hacia la verja. Andoni estaba apoyado en las rejas, mirando a través de ellas. Sentí como si su mirada me

atravesara.

—Es muy guapo. —Tania enfocaba apretando los ojos. Me pareció demasiado descarado y le di un codazo.

—En serio, Edurne. Dinos qué os traéis entre manos. —Natalia parecía no aprobar en absoluto lo que fuera que se imaginaba que pasaba.

—Nos estamos conociendo —fue mi única pista. La cogí por los hombros y la coloqué detrás del número quince. Le tocaba después.

Me prepararé junto con el resto de mis amigas para observar una exhibición de destreza por parte de Natalia. Era la más alta de toda la clase y no debería haber tenido ningún problema para superar la prueba. Pero en el cuarto obstáculo, tropezó de tal forma que el pie se le enganchó y cayó al suelo enredada en la valla. Todas corrimos hacia ella al oír el crujido de su tobillo.

—¡Natalia! ¿Estás bien? —Ramón se me adelantó e hizo girar su tobillo para comprobar el daño.

El grito de Natalia fue determinante.

—Creo que te has hecho un esguince. —La cara de Ramón apenas mostraba culpabilidad, más bien asqueo.

—Hay que llevarla al hospital —le indiqué ante su lentitud de movimientos.

—Uf, sí, será lo mejor. A ver qué profesor está por aquí todavía. Yo no puedo dejar los exámenes a medias.

No me lo podía creer. Menudo irresponsable.

—Me duele mucho. —Natalia trataba de levantarse con la ayuda de Nuria y Nerea, pero era incapaz de apoyar el pie derecho.

—¿Tanto te duele? ¿No podrías aguantar hasta que termine al menos las pruebas individuales?

La falta de compasión del profe rozaba el sadismo, así que decidí poner solución por mi cuenta y riesgo.

—Si tú tienes que quedarte obligatoriamente a hacer los exámenes, sé de alguien que podría llevarla al hospital ahora mismo. —Señalé hacia la verja. Andoni seguía allí—. Un amigo me está esperando y tiene aquí el coche.

Ramón miró hacia donde le había señalado y después nos miró a ambas. El dolor se reflejaba en la cara de Natalia y supuse que la inquietud asomaría por mis ojos cuando el profe accedió.

—Está bien. Pero apuntaros mi móvil y, en cuanto sepáis algo, me llamáis.

Anotó su número en una de las hojas de calificaciones y arrancó la esquina para dármela.

—¿Puedo ir con ella? —No me lo esperaba de él, sobre todo después de su falta de compasión—. ¿Y el examen?

Sacudió la mano, como echándonos del patio.

—Bueno, bueno. Sé de sobra cómo juegas al baloncesto.

Nos acompañó a la verja para abrir la cerradura de la puerta. Tania y Nuria fueron a los vestuarios a toda velocidad a por nuestras mochilas mientras Ramón y yo cargábamos con Natalia, que lloriqueaba a cada paso. Debía de dolerle bastante.

Andoni se acercó al vernos llegar. Lo había visto todo, pero no sabía lo que le iba a pedir.

—Andoni..., ¿sería mucho pedirte que nos acerques a urgencias? Parece que Natalia tiene un esguince.

El profe no esperó a oír respuesta y apoyó el brazo de la accidentada sobre el hombro de Andoni antes de volver al patio. Noté nerviosismo en mi amiga.

—Ya sé que tienes que irte a trabajar, pero solo sería acercarnos hasta allí. Luego ya nos las apañaremos.

Andoni no respondió, se limitó a sacar las llaves de su bolsillo trasero y me las lanzó.

—Abre la puerta, por favor. —Sentí mi hombro libre del peso de Natalia en cuanto Andoni la levantó en brazos para sentarla en el vehículo. Unos inadmisibles y absurdos celos se apoderaron de mi al verla tan cerca de él.

Tania y Nuria aparecieron con nuestras mochilas cuando ya estábamos poniéndonos el cinturón. Las dejaron en la parte trasera y se despidieron de nosotros con cara de póquer.

—Llamadnos en cuanto podáis.

El profe les indicó con un pitido que entraran en el recinto.

Capítulo 22

Calculé que tardaríamos unos diez minutos en llegar al hospital de la ciudad si no había tráfico. Yo iba junto a la ventanilla con la pierna de Natalia sobre las mías mientras ella se balanceaba hasta donde le permitía el cinturón con los ojos más tiempo cerrados que abiertos.

—Enseguida llegamos, aguanta un poco. —Andoni aceleró al mirar de reojo a Natalia.

—Lo que más me duele... —suspiró profundamente— es pensar que me lo haya podido romper y me pierda el viaje a París.

Dejó asomar media sonrisa de su dolorido gesto. Yo le estampé un gran beso en la mejilla para darle ánimos.

—Ya verás como no es más que una torcedura. Una simple caída no puede contigo.

Apretó mis manos con fuerza y volvió a balancearse mientras entrábamos en el área de urgencias del hospital.

Andoni se apeó raudo y rodeó el vehículo hasta llegar a nuestra puerta. Me ayudó a bajar y volvió a cargar con Natalia en brazos. Yo cogí las mochilas y los seguí.

—Edurne, ¿podrías pasarme el móvil? Está en el bolsillo pequeño. Quiero llamar a Ager para que venga.

—Claro. —Apoyé las mochilas sobre los asientos de la sala de

espera y Andoni sentó con delicadeza a Natalia en uno de ellos.

—Gracias..., has sido muy... amable. —Parecía avergonzada y se concentró en desbloquear el teclado de su teléfono.

—No hay de qué. — Él parecía algo incómodo también.

Me dio apuro dejarlos solos mientras me acercaba al mostrador de recepción a dar aviso del accidente de mi amiga. Eché un vistazo mientras esperaba a que me atendieran y vi a Andoni sentado con las manos sobre las rodillas mirando a la nada mientras Natalia hablaba por teléfono. Por suerte, en menos de quince minutos un celador se llevó a Natalia en una silla de ruedas.

—Vamos a hacer unas placas.

—¡Esperad aquí hasta que venga Ager, por favor! —gritó angustiada Natalia desde el final del pasillo. Parecía que se dirigiera a un quirófano en lugar de a una sala de rayos X.

—Por supuesto, no te dejaremos sola. —La saludé con la mano para que pudiera verme allí, a su lado. ¿Cómo iba a irme? Seguía siendo mi mejor amiga.

Nos quedamos unos minutos en los asientos de la sala de espera. Andoni seguía pareciendo estar algo incómodo.

—Muchas gracias por traernos. Mi profe tenía intención de examinar a toda la clase antes de traer a Natalia a urgencias. Pedírtelo a ti es lo primero que se me ha ocurrido.

—Me alegra poder ayudar. —Él siempre tan encantador.

Miré el reloj de la sala de espera. Eran casi las dos.

—Si tienes que irte, tranquilo. Yo me quedaré aquí hasta que llegue Ager.

—No voy a dejarte aquí sola.

Me encantaba la idea de pasar horas con él hablando en la calurosa salita, pero no quería que llegara tarde a trabajar por mi culpa.

—No pasa nada. Tú aún tienes que comer e ir a trabajar. Yo tengo toda la tarde.

Me echó un vistazo rápido y recobró su postura erguida con gesto serio.

—¿Tanto interés tienes en que me vaya?

¿A qué había venido eso? Si fuera por mí, nunca se alejaría de mi lado.

—Estás de broma, ¿verdad?

Pude oírlo reír por lo bajo. Me tranquilizó pensar que en realidad no creía que yo quisiera que se fuera.

Ager entró por la puerta corriendo como loco. Se detuvo al llegar a nuestros asientos.

—¿Dónde está? ¿Qué os han dicho? —Me pregunté qué le habría contado Natalia para que estuviera tan alarmado.

—Tranquilo, están haciéndole unas placas. Quieren descartar que se haya roto algo, pero lo más probable es que sea un simple esguince.

Suspiró aliviado y se desplomó en el asiento contiguo al de Andoni relajando los hombros y dejando el cuerpo muerto. Me pareció muy tierno verlo tan preocupado.

—Ya verás como no es nada. —Andoni parecía empatizar con el sufrimiento de Ager. Que hablaran me alegró más de lo que esperaba.

—Gracias. —Ager estrechó la mano de Andoni y la apretó con firmeza—. Muchas gracias por haberla traído tan rápido. —Golpeó su hombro con un par de palmaditas—. Ha sido una suerte que estuvieras por allí. Si fuera por ese tarugo de profesor que tienen, aún estaría esperando tirada en el suelo.

—No hay de qué. —Andoni respondió a los golpecitos en el

hombro reconfortando a Ager.

Me estremecí al ver que los dos chicos tenían un trato cordial y la posibilidad de que llegaran a ser amigos algún día me llenó de esperanza. Yo quería que Andoni fuera feliz. Se lo merecía. Yo podía intentar ser la mejor amiga del mundo para él, e incluso algo más si él quisiera, pero necesitaba relacionarse con otros chicos de su edad. La gran estima que le tenía a Ager, sumada a que era el novio de mi mejor amiga, hizo del muchacho la mejor de las opciones para tratar de que Andoni socialice un poco más.

—¡Ager! —La voz de Natalia retumbó en toda la sala mientras volvía por el pasillo.

—Hola, mi vida. ¿Cómo estás? ¿Qué te han dicho?

Ager se levantó de un salto y besó a Natalia en la frente antes de arrodillarse para poder ver su tobillo.

—Bueno, me sigue doliendo. Ahora me llevan a un box. Tengo que esperar a los resultados de las radiografías.

—¿Puedo ir con ella? —Ager le puso la más inocente de sus caras a la enfermera que arrastraba la silla de ruedas.

—Sí, pero solo uno.

Ager volvió a nuestros asientos a por la mochila de mi amiga.

—Muchas gracias por todo, chicos. —Me besó en la mejilla y volvió a darle la mano a Andoni—. Id a comer. Ya me quedo yo con ella.

—¿Seguro que no necesitas que me quede? —Esta vez ofrecería mi apoyo individual. La colaboración de Andoni ya la había ofrecido sin permiso una vez.

—No, no. Ya he llamado a sus padres y estarán al llegar. Vosotros habéis hecho más que suficiente. Gracias, de verdad.

—Gracias... a los dos. —Natalia se despidió con la mano que no sostenía Ager.

—Llámame cuando te digan qué tienes —le pedí. Quería saberlo por mi propia tranquilidad y porque tenía que avisar al profe, aunque no sabía muy bien por qué debería hacerlo después de cómo se había portado.

—Parece un buen tío —murmuró Andoni entre dientes mientras salíamos del aparcamiento.

—¿Quién, Ager? —quise asegurarme de que hablábamos de la misma persona.

—Sí. Se nota que la quiere mucho.

Me sorprendió ver en qué se había fijado él de la reciente situación. Esperaba que comentara algo sobre lo agradecido que se había mostrado con nosotros o la confianza con la que le había tratado, estrechándole la mano repetidas veces y golpeándole el hombro en plan colegueo. Pero él se había quedado con la claridad de sus sentimientos hacia Natalia.

—¿Quererla? Yo diría que la adora. Haría cualquier cosa por ella.

—¿Y ella por él? —La pregunta me extrañó.

—Claro. Ella también lo quiere. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

Me corroyeron unos punzantes celos provocados por el repentino e inesperado interés de Andoni en mi amiga. Cuando la había cogido en brazos me había dado envidia por poder estar tan cerca de su piel, pero que ahora estuviera dentro de sus pensamientos me quemaba por dentro. El no saber exactamente qué motivaba esa curiosidad me hizo perder el juicio en los pocos minutos que tardamos en llegar a mi casa.

—¿Por qué piensas que Natalia no haría por Ager lo mismo que él por ella?

Andoni detuvo el motor y se apoyó de lado en el volante para

poder verme la cara, que ardía por la desesperación.

—Yo no he dicho que piense eso.

—No, pero lo has preguntado.

Por su forma de mirarme, comprobé que había captado que sus comentarios no me habían sentado bien. Intentó explicarse.

—Por lo poco que sé de Ager a través de Damián y de cómo se ha comportado hoy, creo que es una buena persona. Por eso, creo que merece algo bueno.

—¿Y mi amiga no lo es?

¿Qué estaba insinuando? Los celos se tornaron enfado.

—¿Me dejas acabar? —Cruzó su dedo índice sobre mis labios, sin llegar a tocarlos por un milímetro, y me quedé muda.

Asentí con la cabeza.

—No conozco a Natalia. Lo único que sé de ella que es tu amiga. Con eso me basta para considerarla merecedora de una buena persona. Solo quería tu confirmación.

—Pues te lo confirmo. Pero sigo sin entenderlo.

—¿Cómo podría explicártelo? —Se rascó su nueva barbilla poblada por una perilla que me seguía resultando extraña.

—Dime exactamente lo que estás pensando. —Ya no sabía si sentía celos, rabia o curiosidad infinita.

—Muy bien. —Clavó la mirada en algún lugar del horizonte al otro lado del limpiaparabrisas—. Me estoy volviendo a abrir a las relaciones humanas. Para ser capaz de desenvolverme en sociedad me fijo en cómo se relacionan los demás. Ahora mismo, he observado a Ager y he visto su preocupación y su sufrimiento. También me he fijado en ti y he visto tu implicación y tus deseos de ayudar a tu amiga. En cambio, en Natalia no he visto gran cosa, solo su interés por que viniera su novio antes que sus propios padres.

Retrocedí en mi memoria y analicé las reacciones y el

comportamiento de Natalia. Todo lo que había hecho me parecía normal dadas las circunstancias.

—Para empezar, se ha caído y le dolía bastante el tobillo. —Dejó de mirar al horizonte y prestó atención a mis palabras—. Tal vez por eso no estaba muy habladora. Después, ha llamado a Ager porque ha acabado las clases y estaría libre para ir al hospital. En cambio, sus padres estarían trabajando. Y, en general, tiene un carácter bastante más reservado que Ager.

Andoni negó con la cabeza y se rio.

—¿Qué?

—Lo ves, tus reacciones son sencillas de interpretar. Has defendido a tu amiga a capa y espada.

—Porque es una buena persona. —No me habían gustado sus insinuaciones.

—Y yo no lo dudo, solo que no he tenido ocasión de averiguarlo por mí mismo. Hay personas a las que me cuesta más captar... y llegar.

Era cierto. Entre ellos no había mucho *feeling*. Natalia era más partidaria de Jon que de Andoni, y eso podía provocar que no emitiera buenas vibraciones hacia él. Pero, si después de cómo se había portado con ella no le daba una oportunidad, realmente tendría que darle la razón a Andoni sobre sus dudas hacia la bondad de mi amiga.

El motor rugió y lo interpreté como una invitación a que me marchara. Ya le había robado mucho tiempo del que no disponía.

—Gracias por todo. —Abrí la puerta, pero me detuve antes de bajar—. ¿Cuándo te volveré a ver?

Se quedó pensativo unos segundos.

—Esta semana tengo mucho trabajo y tú varios exámenes. ¿Qué tal los llevas?

—Bien. Mejor de lo que esperaba. Del de Historia salí muy contenta.

—Me alegro. —Su cara lo corroboraba—. Espero que me enseñes las notas y que sean sobresalientes.

—Bueno..., con aprobar todas me conformo.

—Deberías ponerte objetivos más ambiciosos, así te asegurarás llegar más lejos.

¿Me estaba hablando solo de exámenes?

—Estudiaré para el diez —prometí mientras bajaba del asiento.

—Ese es el espíritu. —Levantó el puño y metió primera, alejándose de mí.

Estuve el resto de la semana fustigándome por dejarle marchar sin haberme dado una respuesta concreta. No sabía cuándo le volvería a ver y él me había puesto la excusa de su trabajo y mis exámenes. ¿Por qué no podía querer verme tanto como yo a él?

Capítulo 23

El viernes volví directa a casa tras el último examen. Estaba agotada y solo quería comer algo y echarme una siesta. Cuando entré oí a mi madre hablar por teléfono. Por sus últimas palabras, deduje que al otro lado de la línea estaba mi tía Lourdes, su hermana.

—Hola, Edurne. ¿Qué tal el último examen?

—Bien, ya sabes, era el de Mates. —Si la media con las notas de selectividad me lo permitía, quizá me decantara por unos estudios universitarios en el que las mates fueran la base, como ADE. Si no, tal vez hiciera algún módulo de contabilidad. Pero paso a paso, aún tenía que aprobar todo—. ¿Hablabas con la tía?

—Sí. Estamos preparando todo para el viaje.

—¿Qué viaje?

—El que vamos a hacer todos juntos este verano, tu hermana también irá. A tu padre le han dado todo el mes de julio y yo no tendré problemas para cambiar algunas fechas con las compañeras.

—¿Nos vamos a ir todo el mes? —No, no era posible.

—Sí, hija. ¿No te hace ilusión? Siempre habías querido ir a Francia. Y ahora que tus tíos han arreglado la casa en la que nació Jean, podremos pasar con ellos el verano. Yo me muero por conocer

Saint-Suliac, me han hablado maravillas de ese pueblito marinero. Y seguro que convencemos a tu padre para pasar unos días en París. ¡Hace tanto que estuve que apenas me acuerdo de lo bellísima que es!

Mi madre estaba entusiasmada con la idea. Yo quería conocer Francia desde pequeña, París en especial. Pero la oportunidad resultaba ser más bien inoportuna.

—Sí, pero un mes... Nunca nos hemos ido tanto tiempo.

—Ya, tu padre siempre ha tenido mucho trabajo en verano, y yo suelo tener que partir las mías en quincenas. Pero ahora que le han ascendido a primer chef, tiene ciertos privilegios.

—Sí, supongo que papá lo necesita.

—Todos lo necesitamos. ¿Cuándo te dan las notas?

—Esto..., el lunes que viene. Pero toda esa semana serán las recuperaciones. Puede que tenga que hacer alguna antes de selectividad.

—Seguro que no hará falta, ya lo verás. De todas formas, no tendrías nada a partir de julio. La matrícula de la universidad la puedes hacer *online*. —Mi madre era partidaria de la uni y daba por hecho que la nota me daría—. Así que nos podemos ir... —se acercó a mirar el calendario pegado en la nevera— el sábado, que es día uno.

—Claro..., genial.

Después de comer subí a mi habitación, pero no pude echarme la ansiada siesta. Esas dos semanas sin apenas ver a Andoni habían sido agónicas. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir durante todo un mes alejada de él?

Salí de casa y recorrí a pie el camino hasta la cabaña. Como me temía, tuve que dar media vuelta sin poder verlo. Nunca le

encontraba en casa. ¿Por qué tenía que trabajar tanto?

Caminé con desgana hasta el parque, donde había quedado con toda la cuadrilla. Lo de Natalia había resultado ser un esguince, pero no podía andar largas distancias, aunque Ager la llevaba a caballito a todas partes. Así que nos quedamos en el pueblo por ella. Si no, habríamos ido hasta la ciudad a celebrar el fin de los exámenes yendo de compras, al cine o a merendar algo. Lo dejaríamos para el día que nos dieran las notas, si había motivos de celebración, claro.

Esa tarde noté a Nuria más inquieta que de costumbre. Cuando entramos en la tienda de golosinas aproveché que estábamos solas para preguntarle:

—¿Qué te pasa, Nuria? Hoy estás rarísima.

—Bueno... —Se puso colorada. Esperé una confesión inminente —. Hay algo que llevo días queriendo contarte.

—¡Y a qué estás esperando! ¡Suelta por esa boquita!

Nuria había sido mi paño de lágrimas durante las últimas semanas y yo no me había dado cuenta de que ella también necesitaba desahogarse. Me sentí muy egoísta.

—Creo que me gusta... Koldo.

—¡En serio! ¡Es fantástico!

De los tres amigos de Ager que solían venir con nosotras, sin duda era el más majetón.

—No es fantástico. No creo que yo le guste a él. —Nuria pagó un único paquete de pipas, poca cosa en comparación con los atracones de gominolas que se solía pegar.

—¿Y por qué no ibas a gustarle?

—Mírame, ningún chico se fijaría en mí.

Su inseguridad me enfureció. Nuria era muy guapa, pero no se arreglaba demasiado. Vestía con ropas anchas que no favorecían su curvilínea figura.

—¡No digas bobadas! Cualquier chico se moriría por que tú le hicieras caso. Y a Koldo en concreto creo que le caes muy bien. Siempre habláis mucho. De hecho, creo que contigo es con la que más habla.

—¿Tú crees? —Un brillo de esperanza relució en sus ojillos tristones.

—Estoy segura.

—¿Crees que debería decirle algo?

—No soy la más indicada para aconsejarte algo así. Mírame a mí. Estoy aquí suspirando por Andoni sin decirle lo que siento por él.

—Somos unas cobardes. —Tenía razón.

—Hagamos un pacto. —De pronto, la valentía se apoderó de mí.

—¿Cuál?

Nos detuvimos a unos pasos de donde estaban el resto de nuestros amigos. Pude ver que Koldo miraba hacia nosotras..., más bien hacia Nuria. ¿Cómo no me había fijado antes? La pecosa cara del nuevo amor de mi amiga estaba más sonriente cuando la miraba.

—Hagamos lo que tú misma me aconsejaste el otro día: ¡luchar por lo que queremos!

Nuria abrió su boca con una marcada O. Pero en sus ojos observé determinación. Estaba dispuesta a dejar de ser una cobarde, como yo.

—¿Se lo vamos a decir? No sé si seré capaz. ¿Y si me rechaza?

—No hay que pensar eso. Hay que estar seguras de que se mueren por nuestros huesos. —Aunque a mí también me iba a costar convencerme de ello.

—Está bien. Lo haremos. ¿Cuándo? ¡Ahora no!

Pensé en mi próximo viaje. Me quedaba poco tiempo.

—Antes de irnos de vacaciones. —Eran escasas tres semanas,

pero no podía esperar más.

—Yo no me voy hasta agosto. Creo que Koldo se va la segunda quincena de julio.

—Ya tienes más tiempo que yo. Creo que me voy el día uno.

—¡Dios mío, Edurne! ¿Te imaginas que nos dicen que sí?

Koldo nos saludó y nos indicó que nos acercáramos. Parecía impaciente por que volviéramos junto al resto. Era muy buena señal.

Señal... Recordé que Andoni había mencionado que el cielo púrpura de la noche que nos conocimos había sido una señal de que algo muy bueno iba a suceder. Casi lo había olvidado. Aquello me dio nuevas esperanzas.

—Tú ya tienes el sí, te apuesto lo que quieras. —Le di un codazo para que se diera cuenta de la impaciencia de Koldo y volvimos junto a ellos.

Pasé el resto de la tarde facilitando que se sentaran juntos, procurando no ser demasiado descarada. La química entre ellos saltaba a la vista. Un trocito de mi afligido corazón se alegró al ver que era posible. El ser valiente podía tener su recompensa.

Ahora yo solo tenía que encontrar el momento adecuado, pero no tenía mucho tiempo.

El domingo volví a la misma hora que la semana anterior. Esperaba encontrar a Andoni en su casa antes de que se fuera a trabajar por la tarde. Debí haber ido antes, porque cuando bajé de mi bici volví a pillarlo a punto de marcharse.

—¿Otra vez a trabajar? —Ese no iba a ser el momento adecuado. Necesitaba más tiempo para hacerle una declaración.

—Así es, me quedan pocos días y mucho trabajo pendiente.

Ni siquiera me saludó. Cargó las herramientas en el vehículo y subió al asiento.

—¿No vas a coger libre ni un solo día a la semana?

—Ahora mismo no puedo, Edurne. Ya te dije que tenemos hasta fin de mes para terminar, y vamos algo atrasados.

—Entonces... —agaché la cabeza y mi voz sonó llorosa—, no nos veremos hasta agosto. En julio me voy de vacaciones.

Por fin le hice reaccionar. Bajó del coche, se acercó a mí y alzó mi cara por la barbilla.

—¿Todo el mes? —A él también le parecía mucho.

—Sí, todo julio.

Le noté una extraña expresión que no identifiqué con ningún sentimiento que conociera. Al menos, no parecía indiferencia.

—¿Y a dónde os vais? —Su voz también era extraña.

—A un pueblo de la Bretaña francesa. Es donde nació el marido de mi tía. Y tal vez mi madre convenza a mi padre para que pasemos unos días en París.

—Eso está bastante lejos. —Se subió de nuevo al asiento y arrancó el motor—. Seguro que lo pasáis muy bien.

Su extraña voz sonaba ahora enfadada. No sabía si eso era una buena o una mala señal.

—La verdad es que no me apetece irme tanto tiempo. —Me acerqué a su ventanilla. La bajó del todo cuando me asomé y detuvo el motor.

—¿Mañana te dan las notas? —La pregunta fue formulada por su voz de siempre. La extraña y enfadada se había esfumado.

—Sí. —Me alegraba que se acordara.

—Volveré a casa a comer sobre la una. Podrías venir a enseñármelas.

La sangre circuló rauda por mis venas de nuevo. Volvía a querer verme.

—Aquí estaré. Prepara pañuelos por si vengo llorando

desconsolada.

Se rio y volvió a encender el motor.

—Estoy convencido de que no van a hacer falta. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Esa noche descansé de verdad por primera vez durante las dos últimas semanas, sabiendo a ciencia cierta que al día siguiente lo vería.

Capítulo 24

Pasamos toda la mañana del lunes celebrando el pleno de las cinco. ¡Ninguna íbamos a tener que recuperar nada! No recordaba otro curso tan exitoso. Las clases de refuerzo de Matemáticas de Nerea y Tania habían dado sus frutos, aunque el esguince de Natalia había manchado su impecable boletín con un suficiente. Al menos, Ramón no había hecho honor a su apodo por lo sucedido.

Me bajé del autobús en la siguiente parada a la habitual. Quería ir a ver a Andoni y enseñarle mi brillante resultado en Historia, además del resto de los aprobados y ningún suspenso. No tener que estudiar para recuperar nada me daba algo de margen para estar con él antes de los exámenes de selectividad, para los que tendría que repasar lo que ya sabía, por si acaso. Pero lo importante ya estaba hecho.

Recorrí el puente lo más rápido que pude y entré en su casa sin llamar. Estaba entretenido leyendo el periódico y mi avasalladora forma de irrumpir en la sala le sobresaltó. Dio un bote en el sillón y lanzó el diario sobre la mesa antes de levantarse para recibirme.

—Mira, mira —canturreé e hice bailar mi boletín de notas delante de su cara. Me lo arrebató de la mano y lo leyó con atención.

—Enhorabuena, no están nada mal. —Me lo devolvió y se

marchó a su habitación.

Lo seguí.

—¿Solo nada mal? No he bajado del seis y tengo tres nueves. —Eran mis mejores notas de los últimos años—. Las de Educación Física y Mates son habituales en mí. Pero la de Historia es mérito tuyo.

—De eso nada. El examen lo hiciste tú. —Asomó la cabeza por la puerta del armario de su cuarto al hablarme y siguió buscando algo.

—Ya, pero tú me ayudaste un montón. Del seis al nueve puedes considerarlos puntos tuyos.

Se rio y cerró la puerta del armario, escondía algo detrás de su espalda.

—Cierra los ojos.

—¿Para qué? —Me puse nerviosa de repente.

—Para recibir tu regalo. No me he dado cuenta de envolverlo. —Se encogió de hombros y entrecerró los ojos. Parecía avergonzado —. Hacía mucho que no le regalaba nada a nadie.

—¿Un regalo? ¿Por qué? —Mi voz delataba mi ilusión.

—Te lo has ganado por aprobar todas. Mi madre siempre me hacía un regalo a final de curso. Premiar el esfuerzo era su tradición.

—No tendrías que haberte molestado. —En realidad me entusiasmaba la idea.

—Lo he hecho encantado. —Me regaló una de sus radiantes sonrisas. Con eso habría tenido más que suficiente.

—Espera... Aún no sabías que había aprobado todas. Te acabo de enseñar las notas.

—Sabía que lo lograrías. Y, aunque no lo hubieras hecho, te repito que se trata de un premio al esfuerzo. He visto cuánto has estudiado.

—En ese caso... ¡Muchas gracias! —Me sentía eufórica por verlo

seguir la tradición de su madre conmigo.

—Vamos, ciérralos. —Se impacientó.

Apreté los párpados y estiré los brazos juntando las palmas abiertas hacia arriba para recibir mi premio. Noté cómo agitaba su mano por delante de mi cara, queriendo comprobar si de verdad no podía ver. Apreté más los ojos y solté una risilla. Me había pillado, aún podía ver un poquito, lo justo para enfocar mis manos.

Posó una de las suyas sobre mi cara y noté cómo apoyaba un objeto en mis palmas extendidas. Antes de apartar su mano, recorrió mi cara con una caricia hasta llegar a mi barbilla. La piel se me erizó.

—Ya puedes abrirlos.

Despegué mis párpados lentamente. Todavía podía sentirlos temblar por el dulce contacto de sus dedos. Una linda cajita apareció ante mi vista.

—Es lo único que me enseñó a hacer mi padre de niño con madera. Ábrelo, es un joyero.

Levanté la tapa y descubrí el interior forrado en terciopelo púrpura.

—Es precioso. —El color me hizo recordar nuestro primer encuentro.

—Gira la manija. —Señaló un lateral de la cajita.

Palpé recorriendo con mis dedos el finísimo barniz y encontré una pequeña manivela. Le di vueltas sin ser capaz de reconocer la melodía. Andoni me hizo señas girando sus dedos más despacio de lo que yo lo estaba haciendo. En unos segundos identifiqué la canción.

—*Strangers in the night?*

—Sí... Bueno..., de las melodías que he encontrado, era la que me pareció más apropiada. —Bajó la mirada—. Teniendo en cuenta cómo nos conocimos.

Creí enloquecer.

—Muchísimas gracias. —Me acerqué a él y lo besé en la mejilla. Me pareció ver algo de rubor camuflado por su barba, que me pinchó un poco.

—Vaya, rascas —protesté llevándome la mano a la comisura del labio.

—¿En serio? —Se frotó la cara.

—Estás mejor sin esa cosa. Tienes una cara demasiado bonita para esconderla bajo todo ese pelo. —El comentario me salió del alma y no pude evitar confesar lo que pensaba.

Se desternilló.

—Es mucho más cómodo que tener que afeitarse casi a diario.

—Pues a mí no me gusta.

—Es mi barba. Podré decidir si quiero o no llevarla.

—Si un día te despiertas y no la tienes, es que yo misma te la he afeitado.

—¿En serio lo harías?

—¿Entrar a hurtadillas en tu casa cuando estés dormido?

—No, afeitarme. —Puso los ojos en blanco—. Lo otro sé que no serías capaz de hacerlo.

Le saqué la lengua por su comentario final.

—Afeité varias veces a mi padre cuando se rompió el brazo derecho hace tres años. Y de lo otro sería capaz de sobra. —Me eché un farol. ¿Me estaba retando?

Se quedó un rato pensativo y tirando de los pelos más largos de su perilla.

—¿Hace tres años no fue la boda de tu hermana?

—Sí, exactamente. —Me sorprendió que recordara detalles como ese. Cada vez tenía más claro que prestaba una gran atención a todo lo que le contaba, aunque eso lo recordaría de cuando mi

madre le habló de la reforma de su habitación, porque yo no le había hablado del tema—. Tendrías que ver las fotos. El padrino vestido de frac y con el brazo en cabestrillo. Todo un espectáculo.

Me miró con una expresión juguetona que me dejó atónita y entró en el cuarto de baño.

Inspeccioné mi regalo mientras regresaba. Era precioso. El joyero de madera era perfecto, aunque era evidente que estaba hecho a mano. La cajita musical estaba encajada en una esquina y la manivela atravesaba el lateral derecho con un finísimo agujero forrado con el mismo terciopelo púrpura que envolvía el interior. No solo la música estaba inspirada en nuestro primer encuentro, también el color del cielo estaba presente en el obsequio. ¿O tal vez fuera el color de mi vestido?

Hice sonar el estribillo de la conocida canción de Sinatra hasta que Andoni salió del baño.

—Hazlo —me ordenó entregándome una cuchilla de afeitar y un bote de espuma.

—¿Me estás hablando en serio? —No me lo podía creer.

—Si no lo haces, no me la quitaré.

—Eso no lo puedo permitir —exageré mi tono para demostrar aún más disgusto del que sentía. ¿De verdad le gustaba llevar esa cosa puesta?

Apoyé mi nuevo joyero en su cama y lo empujé de vuelta al baño. Tropezó con la pequeña bañera y se sentó en el borde.

—Necesito una toalla. —Me empezaron a temblar las manos. Hacía mucho que no manejaba una cuchilla. Yo me depilaba con cera. ¿Y si le cortaba?

Estiró el brazo y alcanzó una toalla que tenía junto al lavabo. La apoyé sobre sus hombros a modo de babero.

—¿Listo? —Lo amenacé con la maquinilla como si fuera el

cuchillo de *Psicosis*—. Te estás jugando el cuello —le advertí y, de pronto, el mundo se me cayó encima. Recordé de golpe lo que le había ocurrido con su padrastro y... quise que me tragara la tierra.

Él debió de notar mi malestar y me sonrió con una calma inesperada.

—Confío en ti —respondió con rotundidad y levantó la barbilla—. Adelante.

Sus palabras me dieron ánimos para comenzar con la labor. Si lo hacía con cuidado, no tendría por qué sufrir ningún daño. La oportunidad de tocar su rostro me resultó demasiado tentadora como para dejarla escapar.

Cogí un poco de agua formando un cuenco con las manos y le mojé bien la cara antes de extender la espuma. Él se aferró con ambas manos al borde de la bañera donde estaba sentado y puso la espalda muy recta.

—Allá voy —avisé en el momento de pasar la cuchilla por primera vez.

Avancé despacio, muy concentrada en cada pasada, procurando no hacer ningún movimiento brusco para no cortarle. Puse especial precaución en las zonas más angulosas y delicadas, como las curvas de sus sensuales labios. Durante todo el tiempo pude sentir su mirada clavada en mí.

Cometí el error de apartar un instante la vista de mi labor, cruzándome durante una fracción de segundo con sus penetrantes ojos negros. La mano se me fue y la cuchilla llegó hasta su garganta.

—¡¿Te he cortado?!

—No, creo que no —respondió dando un par de toques con sus dedos por la zona del accidente—. Pero ha faltado poco.

—Me has desconcentrado —me justifiqué—. ¿Te importaría

cerrar los ojos hasta que termine?

—Sí, me importaría. Quiero verte hacerlo. —Clavó su mirada en la mía, pero cerró los ojos en unos segundos.

Seguí afeitándole con más cuidado, intentando descifrar el significado de lo que me acababa de decir. En pocos minutos, su cara volvía a ser el rostro perfecto de siempre. Le aclaré los restos de espuma y le sequé con la toalla. Él permaneció inmóvil y con los ojos cerrados.

Me quedé mirándolo y tuve que reprimir el instinto que me impulsaba a besarlo en ese preciso momento. Estaba a tan solo unos centímetros de su boca y él no me vería acercarme, por lo que no podría huir a tiempo. Si quería, podía robarle un beso allí mismo.

Aunque me moría de ganas de saborear sus labios, el miedo a su reacción me disuadió. Decidí cumplir mi fantasía solo a medias y besarlo en la mejilla como lo había hecho al recibir el regalo.

—Mucho mejor así. —Apoyé mis manos en sus hombros y besé con suavidad su mejilla antes de rozarla contra la mía dibujando círculos—. Ya no rascas —susurré.

Sus manos soltaron de inmediato el borde de la bañera y se posaron sobre mis caderas atrayéndome un poco más cerca de él. La sangre de mis venas comenzó a arder al sentir su contacto y su agitada respiración cerca de mi oído.

Frené el roce de mi mejilla y volví a besar la suya, casi alcanzando la comisura de su boca. Sus manos, que hasta ese momento apenas estaban apoyadas, se volvieron más seguras y ascendieron por mi silueta hasta apretar con firmeza mi cintura.

Aparté mi rostro del suyo para poder mirarlo. Andoni permanecía con los ojos cerrados, pero su expresión había cambiado. Su gesto ya no era relajado, como lo había tenido mientras le había estado afeitando. Ahora lucía un ceño fruncido y sus párpados estaban tan

apretados que parecía que le doliera algo.

No era capaz de entender qué significaba esa tensión en su expresión y una gran tristeza me inundó por dentro. ¿Había hecho algo mal? Antes ya le había besado y lo máximo que había percibido había sido un leve rubor. Solo había repetido el gesto, aunque esta vez no tenía el mismo significado. Con este último beso no quería decirle «gracias», sino «te quiero». Si lo había comprendido y eso le hacía tanto daño como parecía, solo había una explicación posible. Él me veía como una amiga y no quería nada más allá de eso. Sentí como si una gran espada se clavara en mi pecho al contemplar la posibilidad de que me viera como una hermana.

Un único hilo de esperanza me mantenía sujeta y evitaba que me hundiera en la más absoluta de las penas. A pesar de la tensión de su mandíbula y de sus párpados comprimidos, sus manos no me rechazaban, sino que me seguían aferrando por la cintura y me atraían hacia él lentamente.

Tuve un arrebato de locura y estuve a punto de lanzarme a sus brazos y de besarle, esta vez en los labios, para comprobar cuál de sus impulsos era más poderoso, si el rechazo que demostraba el gesto de su cara o la atracción que ejercían sus manos sobre mi cuerpo. Pero mi intención se vio truncada por el inoportuno sonido de mi móvil.

—Te llaman. —Andoni se levantó de un brinco y salió hasta la sala para ir en busca de mi bandolera. Me la trajo al baño en menos que canta un gallo.

—¿Sí? —respondí solo porque era mi madre la que llamaba. Cualquier otro tendría que haber esperado y posteriormente sufrir el más cruel de los castigos por haber interrumpido semejante momento.

—Hija, ¿dónde estás? Te estamos esperando para comer.

—Eh... Estamos celebrando que nos han dado las notas y que... ¡ninguna vamos a tener que recuperar nada! —Solo era una mentira a medias. Ya no lo estábamos celebrando.

—¡Qué buena noticia! Ya verás cuando se lo diga a tu padre... O, mejor, ven cuanto antes y se lo dices tú misma.

—Ahora mismo voy, mamá.

—Venga, te esperamos.

Colgué el teléfono y vi a Andoni mirando con detenimiento su cara en el espejo, subiendo y bajando la barbilla.

—No está nada pero que nada mal —reconoció pasando ambas manos en distintos sentidos por su rostro—. Has apurado bastante.

—Tanto que te he dejado rojeces. Debería echarte algún *after shave*.

—Yo no uso eso. Me irrita la cara.

—Si tienes la piel sensible existen bálsamos hidratantes especiales.

—¿Bálsamos? —Sacudió la cabeza—. Eso son chorradas.

—¡No digas eso! Mi padre usa uno de esos en vez de la típica loción con alcohol. Lo usan muchísimos hombres. Y no tiene nada de chorrada cuidarse la piel.

Se echó a reír.

—Las rojeces se me irán en unos minutos. Me pasa siempre.

—Tú sabrás. Es tu cara.

Me colgué la bandolera antes de salir del baño.

—Tienes que irte a comer, ¿verdad? —Su tono era triste ahora.

—Mis padres me están esperando. —Me acerqué a la cama y cogí mi joyero—. Muchas gracias por el regalo. Me gusta mucho.

—Me alegro. —Sonrió fugazmente antes de ponerse muy serio—. ¿De dónde vas a decirles a tus padres que lo has sacado?

La pregunta me descolocó.

—¿No puedo decirles que me lo has regalado tú? —No tenía nada de malo.

—No lo sé. Le acabas de mentir a tu madre. No le has dicho que estabas conmigo. No saben que somos amigos. ¿O sí?

Me sentí más avergonzada de lo que lo había estado en mucho tiempo. Tenía razón. Parecía que renegaba de Andoni ante mis padres. No les había mencionado ninguna de las ocasiones en las que había estado con él, y habían sido unas cuantas.

—La verdad es que... no les suelo decir con quién voy o dejo de ir. —Me miró con desconfianza.

—Creía que habíamos quedado en decirnos siempre la verdad y no tener secretos —me increpó con amargura en la voz. Sus ojos reflejaban decepción.

—Lo siento. No me ha parecido apropiado decirle que estaba en tu baño afeitándote. —Sonreí. A él no le cambió la cara—. Está bien. No les he dicho que suelo venir a verte. Pero saben que nos llevamos bien. Recuerda el día que nos vieron estudiando en el desván.

—Eso no significa nada. —Esta vez parecía enfadado.

—No te lo había contado, pero mi madre me dijo que estaba bien que fuéramos amigos. Que al ser nuevo en el pueblo no conocerías a mucha gente aún y que yo podría presentarte a mi cuadrilla.

Andoni abrió la boca para decir algo, pero se mordió el labio. Cogió las llaves del Land Rover de la mesita de noche y salió del cuarto. Le seguí fuera de la casa.

—¿Qué ibas a decir? —pregunté inquieta.

—Yo no puedo formar parte de tu cuadrilla.

—¿Por qué no? Te he propuesto varias veces que vinieras con nosotros y nunca has querido.

—No he querido porque sería un error. A algunos de tus amigos no les gusto.

—¿Por qué dices eso?

No entendía nada.

—¿Te acuerdas del día que estuvisteis en el quiosco del parque? ¿Y del día que Jon fue a tu casa a pedirte disculpas? Sé interpretar una mirada mejor de lo que piensas.

—Jon no es de mi cuadrilla. Es amigo de Ager, nada más. Mi cuadrilla son el resto de los chicos de su pueblo y mis amigas de aquí.

Andoni volvió a morderse el labio.

—Edurne..., no quiero que tengas problemas por mi culpa. Es mejor que dejemos las cosas como están, ¿sí?

Se subió a la camioneta y esperó a que yo lo hiciera también antes de arrancar.

—¿De qué problemas hablas? No entiendo nada.

No me respondió.

—Andoni, nada de secretos.

Me miró de reojo antes de contestar.

—Tú tenías tu vida antes de que yo llegara. No quiero que cambie por mi culpa.

—Demasiado tarde. Mi vida cambió en cuanto te conocí.

Aceleró al entrar en el puente. Nunca le había visto conducir tan rápido. Esperé a que se calmara antes de seguir intentando descubrir de qué estaba hablando.

—No quiero que tengas que perder otras amistades por querer ser mi amiga —me explicó finalmente al detenerse frente a mi casa.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Qué vaya a perder algún amigo?

—¿Acaso no has dejado de hacer algunas cosas con tus amigos porque estabas conmigo?

Lo miré directamente a los ojos.

—Hasta que tú accedas a estar con ellos en alguna ocasión, tendré que repartir mi tiempo entre todos mis amigos. Valoro tu amistad tanto como la de ellos. —Realmente más.

Andoni seguía serio, pero ya no estaba enfadado.

—De acuerdo. Un día de estos me uniré a vuestras actividades. En breve solo voy a trabajar por las mañanas.

—Así me gusta. —Me sentí inmensamente feliz de haber conseguido que cediera por fin. Y que de pronto no estuviera ocupado todo el día me daría más tiempo para estar con él antes de irme—. Seguro que habrá un plan para este fin de semana. Ya verás, mis amigos te van a encantar. A mis amigas ya les encantas.

—Ah, ¿sí? —No parecía muy convencido.

—Sí. Y a mis padres les va a parecer genial saber que tengo un amigo que me hace unos regalos tan bonitos. Sobre todo, si el motivo es haber estudiado mucho.

Se le alegró la cara al oír que iba a confesar a mis padres que el joyero era un regalo suyo.

—Deberías entrar ya. Tus padres te estarán esperando para comer y, si tardas más por mi culpa, no les va a hacer mucha gracia que sea tu amigo.

—Vale, pero solo si me haces un favor.

—¿Qué favor? —preguntó desconfiado.

—Deja de echarte la culpa de todo.

—Lo intentaré. —Agachó la mirada.

Salí del vehículo y me despedí desde el porche. No arrancó hasta que entré en casa.

Mis padres estaban sentados a la mesa, mirando el calendario que habían despegado de la nevera.

—Hola, cariño. —Mi madre me hizo señas para que me sentara

—. Estamos mirando cómo cuadrar los días de las vacaciones. Pero, antes de nada, ¿hay algo que quieras enseñarnos?

Posé sobre la mesa el joyero y el boletín de notas. Los ojos de mis padres se centraron solo en la cajita.

—Si vais a felicitarme por mis resultados de este año —abrí el boletín y lo extendí sobre la mesa—, he de avisaros de que no vais a ser los primeros. Mirad qué joyero me ha hecho Andoni por haber estudiado tanto.

—¡Caray! Tres nueves. —Mi padre se centró en las notas.

—Estoy muy orgullosa de ti, Edurne. Y fíjate qué detallista ha resultado ser Andoni. Qué cosa más bonita. —Mi madre inspeccionó el regalo.

—Su madre solía regalarle algo a final de curso y, como me estuvo ayudando a estudiar... —No sabía muy bien cómo explicárselo.

Mi padre pareció ignorar el tema y siguió mirando el calendario.

—Si solo tenemos que esperar a que hagas los exámenes de selectividad, que viendo estos resultados te van a salir de maravilla, podríamos irnos la última semana de junio.

—¿Qué? ¿Por qué? —Apreté el borde de la mesa con ambas manos con tanta fuerza que debí de dejar las uñas marcadas.

—Bueno, me deben varios días por horas acumuladas, y no quiero conducir en plena operación salida. Prefiero pasar la frontera unos días antes.

—Pero mamá tendrá que trabajar. —Ese era mi único argumento.

—Bueno, ya sabes que no tengo problemas para cambiar turnos.

No lo podía creer. Ahora que iba a poder estar algo más de tiempo con Andoni, me marchaba.

Subí a mi habitación sin apenas probar bocado y con el corazón dividido. Me entretuve girando la manivela de la cajita musical y no

pude evitar que la congoja se apoderara de mí. Pasé media tarde llorando como una Magdalena, no haciendo nada por evitarlo.

Hice caso omiso a todas las llamadas y mensajes que entraban en mi móvil. Mis amigas querían salir esa tarde, pero yo no estaba con ánimos. Ya las vería al día siguiente por la mañana. Habíamos quedado para ir de compras a la ciudad. Si me iba a ir en poco más de una semana, tendría que comprar algunas cosas más de las que tenía en mente.

Esa noche apenas pude dormir. Estuve dándole vueltas a la cabeza, intentado encontrar la forma de confesar a Andoni lo que sentía. Había hecho un pacto con Nuria, pero cumplirlo se había vuelto demasiado precipitado. ¿Cómo le iba a decir que le quería y después irme durante más de un mes de su lado? Si me rechazara, la distancia podría apaciguar el dolor o hacerlo aún más agudo.

Durante la mañana de compras me las apañé para estar a solas con Nuria y pedirle consejo. Ella se limitó a darme más plazo para cumplir nuestro pacto. Entendía que era muy precipitado y que, por el contratiempo, merecía tiempo extra. Ella, en cambio, estaba decidida a plantarse delante de Koldo ese mismo sábado. Ojalá se me contagiara su ímpetu.

Compramos algunos modelitos veraniegos y cremas de todo tipo. La cosmética era nuestra perdición. Había una enorme tienda en la que nos pasábamos horas probando muestras de colonia, maquillaje, cremas hidratantes y geles exfoliantes.

Al pasar por la sección masculina, me detuve a mirar los bálsamos *after shave*. Sabía que Andoni estaba en contra de todo eso, pero a mí me daba la impresión de que lo necesitaba. Además, le debía un regalo. Dudé entre varias marcas y aromas. Imaginar el olor de aquellas cremas en el rostro de Andoni me recordó al

momento en el que había tenido la oportunidad de besar su mejilla. Su propio olor ya me fascinaba, no necesitaba ningún perfume añadido.

Descarté todos los bálsamos, pero encontré algo que no iba a poder rechazar. Su trabajo le destrozaba las manos y debía cuidárselas. La crema de manos Extreme, que destacaba en un expositor en mitad del pasillo, era una buena elección. Tal vez tendría que insistirle para que la usara, pero conseguiría que lo hiciera.

Capítulo 25

Mis padres, que hasta la fecha no me habían insistido mucho en que fuera a la universidad a estudiar Administración y Dirección de Empresas —quizá porque creían que la nota de corte era demasiado alta para mis posibilidades—, cambiaron de opinión tras mi último boletín. Y me animaron a que aprovechara los últimos días para dar lo mejor de mí en selectividad. No quise decepcionarlos. Además, yo también había acabado deseando intentar acceder a esa carrera.

Así que, muy a mi pesar, aunque en el fondo era también una manera un poco cobarde de postergarlo, dejé mi declaración para después del último examen. El mismo día en el que mi madre me confirmó que nos marcharíamos en veinticuatro horas.

Me sentí incapaz de comer y mucho menos de hacer las maletas. Necesitaba llorar antes de ir a despedirme de Andoni. Mejor a solas que delante de él. Pasé media tarde en mi habitación tratando de expulsar toda la angustia para que él no la viera después. Pasadas las siete, me sentí con fuerzas para salir de casa y afrontar lo que tuviera que pasar.

Llamé a la puerta y entré anunciándome.

—Hola... ¿Andoni? Soy yo.

—Adelante. Pasa, estoy en la sala.

Seguí el sonido de su voz y el de unos golpes secos. Estaría arreglando algún cacharro de tantos. Él siempre trabajando.

—¡Maldito trasto! No sé ni por qué me molesto. Apenas la voy a usar.

Andoni intentaba arreglar una pequeña televisión por la fuerza bruta. Pero los golpes en la parte superior no conseguían que la imagen dejara de verse a saltos. Recordé la tarde que le había preguntado si no se sentía solo y si una mascota o incluso una tele no le harían algo de compañía. En cuanto a la mascota, prefería no recordar la triste historia de Toro, su caniche asesinado por un *rottweiler*. En cambio, sobre la tele recordaba perfectamente sus palabras:

«Yo no la necesito, es algo a lo que nunca le he prestado mucha atención. Pero, si eso va a hacer que te aburras menos cuando vengas a visitarme, me haré con una».

¡Cómo me había molestado que pensara que me aburriría yendo a verlo! Por otra parte, me hizo mucha ilusión que quisiera verme a gusto en su casa. Eso significaba que me quería a su lado.

—Darle golpes no creo que ayude mucho —dije entre risas.

—Lo sé —admitió riendo también—. Este ha sido mi último recurso. Llevo intentando que se vea algo toda la tarde. Pero con esta antena de cuernos no creo que consiga nada mejor que esta imagen capaz de producirme un ataque epiléptico.

Volví a reír al verlo parpadear a toda velocidad antes de desenchufar la vieja tele. Cuando estaba de buen humor apenas se podía ver esa perenne sombra de tristeza en sus ojos. Aproveché su estado anímico para que me resultara más fácil hacerle aceptar mi regalo.

—Deja eso un rato y siéntate. Te he traído una cosa.

Andoni me miró con los ojos abiertos como platos. Miró la bolsita que llevaba en la mano y se sentó en su sillón orejero. Parecía muy sorprendido. Recordé lo que me había dicho cuando me había regalado el joyero y me di cuenta de que era probable que hiciera mucho tiempo que no recibía un regalo de nadie más que del socio de su padre. Y yo me iba a estrenar con uno de lo más absurdo. Hice memoria y agradecí no haberle mencionado en ningún momento la palabra *regalo*.

—¿Una cosa? ¿Qué cosa? —preguntó impaciente.

—Es una tontería. —Me acerqué a él y me senté en el borde de la mesita que separaba el sillón y la tele—. De hecho, sé que piensas que es una chorrada, pero la necesitas. ¡Mira como tienes las manos!

Andoni frunció el ceño e intentó levantarse al ver el tubo de crema Extreme. Le empujé de nuevo hacia el sillón y decidí sentarme en sus rodillas para que no pudiera huir. Me había propuesto obligarlo a usarla, incluso a echársela yo misma si fuera necesario.

—Vamos, Edurne. No me hagas esto —protestó de nuevo, cogiéndome por la cintura e intentando levantarme. Tuve que usar todas mis fuerzas para impedirle auparme. Por suerte, el sillón le forzaba a tener una postura bastante reclinada y no pudo incorporarse, así que vencí.

—Por favor, Andoni. Hazlo por mí. —Puse cara triste y quité el tapón del tubo. Dio un largo resoplido y estiró las manos sobre los reposabrazos con las palmas hacia arriba.

—Adelante, tú ganas.

Me apresuré a empezar con el masaje antes de que cambiara de idea. Sus manos estaban ásperas y llenas de llagas. Intenté

extender la crema poco a poco y con suavidad para no hacerle daño. Acaricié los dedos de su mano izquierda uno a uno y muy despacio. Seguí el masaje por la zona de los nudillos, que estaban enrojecidos y hasta pelados. De pronto, levantó las rodillas haciéndome dar un bote y me cogió por la cintura. En menos de un segundo estaba reclinada de espaldas sobre él, con la cabeza apoyada sobre su hombro derecho y casi todo mi cuerpo sobre la parte derecha del suyo. Miré hacia mi izquierda y pude ver que nuestras cabezas estaban a escasos centímetros.

—La otra —susurró.

Por un momento me quedé pensando a qué se refería, hasta que noté su mano derecha apoyada en las mías. Quise incorporarme para alcanzar la crema, que había dejado en la mesa, pero Andoni volvió a sujetarme por la cintura y, cogiendo impulso, agarró el tubo con su mano izquierda. Rebotamos contra el sillón y, al caer, nuestros rostros quedaron todavía más cerca. Ignorando la proximidad, Andoni se limitó a echar un chorrito de crema en la palma de mi mano y a abrir la suya.

Sin apenas mover ninguna otra parte de mi cuerpo, repetí el masaje que le había dado anteriormente. Pero esta vez Andoni no mantuvo la mano inmóvil, si no que jugueteó un poco, deslizando los dedos entre los míos, quedando entrelazados cuando terminé de extender la crema.

Miré nuestras manos durante un par de minutos esperando alguna reacción por su parte.

—Me encanta esta sensación —pronunció finalmente emulando las caricias que había estado haciéndole—. Tienes unas manos mágicas.

Detuve sus caricias y me giré para encontrar nuestras miradas. Vi dulzura en sus ojos, pero se limitó a apoyar su cabeza sobre la

mía y a abrazarme rodeando mi cintura. A pesar de estar más a gusto así de lo que hubiera estado en ningún otro momento de toda mi vida, me aparté y busqué de nuevo sus ojos. Me armé de valor y le dije lo que estaba esperando casi desde la primera noche que le vi.

—¿Es que no piensas besarme nunca?

Nos quedamos mirándonos unos segundos. Yo esperaba que la respuesta no fueran palabras, pero lo fueron.

—Hace mucho que no estoy tan cerca de alguien. De hecho, nunca lo he estado tanto, Edurne. No sé muy bien... cómo actuar.

—No tienes que actuar de ninguna forma. Solo tienes que ser tú mismo y hacer lo que tu corazón te pida.

Andoni esquivó mi mirada, provocando un vacío en mi estómago.

—Edurne, no quiero equivocarme. No quiero perder la amistad que tengo contigo haciendo algo inapropiado o... que te disguste o... no sé. Solo tienes diecisiete años y yo... Perdóname.

—¡No me pidas perdón! —Me levanté de su regazo sin saber muy bien por qué. Realmente no quería separarme de él. Pero estaba enfurecida—. No tienes que disculparte porque solo sea una amiga para ti.

Me dirigí hacia la puerta y Andoni corrió para cruzarse en mi camino.

—No te pongas así —me pidió con los ojos enrojecidos y la cara desencajada.

—Andoni, había venido a decirte que mis padres han adelantado el viaje y nos vamos mañana mismo. —No pude alzar la vista del suelo. No quería que viera que estaba a punto de llorar.

—¿Cómo? ¿Mañana?

—Sí. Mañana al amanecer. Son ocho horas en coche y mi padre quiere llegar para comer. —Mi voz era temblorosa y no pude evitar

que salieran las primeras lágrimas.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —Tenía la misma voz que yo. Juraría que estaba a punto de llorar, pero mis ojos empañados no me permitían ver los suyos.

—No lo sé, pero ya da lo mismo. No volveré hasta agosto.

—No da lo mismo, Edurne. No puedes irte así. Deja que te explique...

No podía oír nada más. Solo quería despedirme de él y marcharme a mi casa a llorar sobre mi almohada. Sin darle tiempo a esquivarme, me apoyé en sus hombros y le di un fugaz beso en los labios.

Salí corriendo hacia mi bici y vi a Andoni mirar a través del marco de la puerta que yo había dejado entreabierta en mi huida. Pedaleé lo más rápido que pude hasta llegar a mi casa. Subí corriendo las escaleras y me lancé sobre mi cama para llorar hasta el día siguiente.

Mi madre me despertó a las cinco de la mañana. Parecía que acababa de ver un zombi cuando la luz iluminó mi cara.

—¡Hija! ¡Tienes las ojeras moradas!

—Apenas he dormido, mamá.

—Eso es por irte a la cama sin haber cenado nada. ¿Te encuentras bien? ¿Te duele el estómago?

Me dolía todo el cuerpo, pero a la vez era como si no lo sintiera, como si ya no fuera mío.

—Es solo insomnio. Ahora me levanto.

—Serán los nervios por el resultado de la selectividad y por el esperado viaje. —Mi madre no veía la hora de reunir a toda la familia —. ¿Quieres que te eche una mano para terminar con tu maleta?

Me ayudó a levantarme de la cama como a una enferma.

Realmente estaba convaleciente, pero mi dolencia no tenía cura. No conocía ningún remedio efectivo para sanar un corazón roto.

—No, gracias. Me ducho y la termino yo misma. Tú ponte con vuestras cosas.

Conseguí, con pequeños y lentos pasos, llegar hasta el baño y me duché con agua casi fría, pero ni así logré hacer reaccionar mi cuerpo. O tal vez fuera mi mente la que no estaba dentro de él y por eso no podía notarlo. Empecé a sentirme como una marioneta dirigida por mí misma, pero desde un sueño.

Cerré la maleta sin estar segura de lo que llevaba dentro y mis padres tuvieron que esperar a que me vistiera.

—Ya era hora. Está a punto de amanecer. —Mi padre ya estaba pisando el acelerador impaciente.

—¿Has desayunado algo? —Mi madre miró por el espejo retrovisor central.

—Sí. No te preocupes —mentí. Mi estómago estaba cerrado, o ni estaba...

—Seis y diez. Demasiado tarde. —Mi padre salió como un rayo del garaje haciendo rugir el motor del Mercedes que había decidido regalarse a sí mismo tras su ascenso en el restaurante—. A ver cómo te portas, bonito.

En cualquier otro momento me habría reído al oírle hablar con su coche. Llevaba meses deseando darle rodaje. Este viaje de casi dos mil quinientos kilómetros, ida y vuelta, iba a ser la prueba de fuego que estaba esperando. Yo apenas había montado tres o cuatro veces y me sentía en un coche extraño.

El altavoz de la parte trasera me sobresaltó. No estaba acostumbrada a oír tan de cerca la música. En nuestro viejo Peugeot 406 solo sonaba en las puertas delanteras. Pensé que el MP4 que llevaba en la bandolera no me iba a hacer falta, pero me equivoqué.

—Lo siento, mis chicas, pero vais a tener que aguantarme cantando si no queréis que me duerma —nos amenazó entre risas.

El CD de Il Divo que mi madre le había regalado por Navidad emitía las primeras notas de la versión de *Unbreak my Heart*, de Toni Braxton, y sentí como si lava hirviendo se escapara entre los resquicios de mi corazón hecho pedazos.

Busqué mi MP4 desesperada. La música discotequera que había sustituido al *chill out* hacía unos días me vendría muy bien para sellar mis oídos. ¡Malditos auriculares! ¿Dónde los habría metido?

La triste canción me llegó tan adentro que creí ver la camioneta de Andoni a punto de atravesar el puente cuando salíamos del pueblo. La humedad de mis ojos me estaba jugando una mala pasada. ¿O estaba teniendo alucinaciones de nuevo?

El sonido *bumping* de mis cascos bloqueó por un buen rato la música de uno de mis discos favoritos. Las cuatro maravillosas voces habían sido demasiado inoportunas. Sus palabras escocían como sal en las heridas.

Por suerte, al cabo de media hora el sueño me venció y dormí gran parte del viaje.

Capítulo 26

Exceptuando la parada a mitad de camino para echar gasolina y tomar un café y un pincho, llegamos de tirón a Saint-Suliac, ayudados por el GPS. La calidad de la orientación de mi padre no tenía nada que ver con la de su cocina. Eran casi las tres, demasiado tarde para comer en Francia, pero mi tía tenía aún costumbres españolas. Seguro que no comían a las doce.

Mi tía Lourdes se asomó a la ventana de la pequeña y preciosa casita en cuanto mi padre dio uno de sus inconfundibles chiflidos. En cinco segundos salió corriendo por la puerta principal.

—¿Dónde está mi hermana favorita? —canturreó tan jovial como siempre.

—Venga, Lu. Soy tu única hermana. —Mi madre no solía seguir sus bromas.

—Edurne, ¡cómo has crecido! La última vez que te vi llevabas dos coletas y te hurgabas la nariz.

—Tía, no exageres. Hace solo tres años que me has visto.

Fue en la boda de mi hermana, pero ya tenía catorce años por aquel entonces. No recordaba haber llevado dos coletas jamás.

—La de las coletas era tu sobrina mayor, hace más de quince años. Pero la que se hurgaba la nariz eras tú. —Mi madre parecía

más dispuesta a bromear en esta ocasión.

—Ay, sí. La pequeña Ane ya no es tan pequeña. ¿Cuándo vienen? ¡Me muero por conocer a mi sobrina-nieta!

Si yo no había visto a mi hermana más de dos veces en el último año viviendo en el mismo país, no me sorprendía que mi tía no conociera aún a Saray. Pensar que iba a ver a la enana de un añito me animó un poco.

—Vendrán la próxima semana. Nosotros nos hemos podido escapar antes, pero Roberto no tenía vacaciones hasta julio. —Se referían a mi cuñado.

Mientras sacábamos el equipaje del maletero, mi tío salió de la casa seguido de un pequeño *bulldog* marrón oscuro que enseguida se enredó entre mis pies.

—Le has gustado, *ma petite fille*.

Mi tío Jean tenía serios problemas para hablar nuestro idioma. A pesar de haber estudiado un año en la universidad de Pamplona, donde conoció a mi tía, jamás conseguía formular una frase completa sin meter alguna palabra en francés. A veces me parecía que lo hacía a propósito, marcando su propio estilo. Mi tía hablaba el idioma desde pequeña y ese era en el que se comunicaban entre ellos. Pero, cuando estábamos nosotros, preferían hacerlo en español para que mi padre no se sintiera fuera de lugar. Yo aún podría cazar algo de la conversación y mi madre la comprendía in problema.

—¿Cómo te llamas, bonito? ——Alcé al *bulldog* hasta la altura de mi cara y él me miró a los ojos e inclinó la cabeza. Tal vez solo entendiera francés.

—Napoleón —respondió mi tío. Por su cara, deduje que no lo había elegido él.

Dejé al pequeño tocayo del emperador en el suelo, pero él me

siguió todo el camino hasta descargar el coche por completo. Solo se separó de mí cuando empezamos a comer. Le oí devorar su ración desde la otra punta del salón.

Durante las más de tres horas que duró la comida, sobremesa incluida, mi madre y mi tía monopolizaron la conversación poniéndose al día sobre miles de anécdotas que eran totalmente ajenas a mi interés y también al de los maridos, que huyeron de la mesa del comedor en cuanto les fue posible. Jean llevó a mi padre al sótano para enseñarle su selecta bodega. Yo aproveché para escapar con ellos, pero decidí dar una vuelta por el pueblo en la bici de mi tía. Napoleón se animó a venir conmigo. Tal vez me hiciera de guía por las desconocidas callejuelas de Saint-Suliac.

Recorrí los alrededores intentando evitar las cuestas más empinadas. Llegué al puerto y el olor de la brisa del mar consiguió relajar mis sentidos. Realmente el pequeño pueblo de apenas ochocientos habitantes merecía estar entre los denominados *pueblos más bellos de Francia*. Una repentina lluvia me obligó a dejar el turismo por ese día y volví a la casa recién restaurada de mis tíos, guiada por Napoleón, puesto que yo no recordaba el camino ni por asomo.

Hasta que a mediados de la semana siguiente llegaron mi hermana Ane, Roberto y la niña, la rutina fue salir a pasear en bici con Napoleón y darme algún chapuzón en el mar. El tiempo no acompañó mucho, por lo que, en cuanto empezaba a llover, volvía a la casita situada en la Rue de la Gare, sin perderme a partir del tercer día.

Mis padres, y sobre todo mi tía, insistían en que fuera con ellos a todas partes, pero yo prefería estar sola. Necesitaba aclarar mi mente, y pasear por el pueblo descubriendo rincones nuevos cada

día me ayudaba, aunque solo fuera un poco. Poder llorar a solas, con la única compañía de mi nuevo amigo, Napoleón, era todo un consuelo dadas las circunstancias.

Por las noches me costaba más acallar mi llanto. Mis padres dormían en la habitación contigua y las paredes de la vieja casa, aunque renovada, no eran muy gruesas. Llegué a meter la cabeza debajo de la almohada hasta casi ahogarme para que ellos no consiguieran oírme. No tenían por qué sufrir por mí.

El primer sábado del mes amaneció mucho más soleado que el resto de los días que llevábamos allí. Más de una semana, aunque perfectamente podrían haber sido meses. El tiempo parecía haberse detenido en las calles aquel pueblo costero. Decidí aprovechar que no iba a tener que regresar a la casa en pocas horas y cogí la bici dispuesta a recorrer mayor distancia.

Seguí las indicaciones de los lugareños, que con amabilidad me habían estado informando los días anteriores cómo encontrar los puntos turísticos más señalados, como la escultura de *La Vierge de Grainfolet*, desde donde pude divisar unas espectaculares vistas del puerto, o la *Dent de Gargantua*, un menhir neolítico.

Esta vez me dirigí a *Le Moulin de Beauchet* y mi nuevo amigo decidió no seguirme. Tal vez el pequeño *bulldog* me entendiera mejor de lo que yo pensaba y supiera que me dirigía demasiado lejos. Llegué a pensar que había entendido que ese día me sentía aún peor que el resto. La distancia que me separaba desde hacía casi dos semanas de Andoni había generado un vacío en mi estómago y apenas era capaz de dormir, comer o hablar con nadie. Era una suerte que mis padres estuvieran entretenidos con mis tíos y así no fijaran su atención en mí. La excusa de hacer turismo por el bello pueblo me había venido de perlas para tener tranquilidad

durante un tiempo.

A media mañana llegué al antiguo molino de mareas. Me intrigaba conocer uno que se servía de las corrientes marinas en lugar de un típico río.

En cuanto vi el edificio, tuve que dar media vuelta y marcharme de allí. Aunque era de piedra y estaba a la orilla del mar, la visión me trajo unos recuerdos que ardían en mi memoria. Me recordaba a la cabaña del pescador junto al río de mi pueblo. La casa de Andoni.

Pedaleé con tanto ímpetu para huir de aquel insistente dolor que llegué sofocada a la casa, sorprendiendo al resto de mi familia en su llegada.

—¡Edurne! ¡Dame un beso!

Mi hermana llevaba a su hija en brazos mientras Roberto sacaba miles de trastos del maletero. La mayoría, juguetes de Saray.

—¡Hola, Ane! ¡Qué alegría veros!

La abracé con más fuerza de la que se esperaba. Me dirigió su típica mirada comprensiva, lo que significaba que había descubierto ya que algo me pasaba. Me conocía más que yo misma.

La pequeña Saray se escurrió de sus brazos y caminó ella solita hasta la entrada de la casa, siguiendo a su padre a través del umbral. Napoleón también quiso darles la bienvenida, pero huyó en cuanto Saray decidió tirar de sus orejas de murciélago. Esa tarde le vimos menos de lo habitual.

La sobremesa fue mucho más animada en esta ocasión. Los orgullosos padres contaban sin parar las travesuras de la pequeña Saray. Mi hermana no dejaba de decir que su hija le recordaba muchísimo a mí cuando era pequeña, que era igual de inquieta que yo. La niña lo corroboró subiendo y bajando de los sofás y tirando todo lo que encontraba en su camino.

Decidimos salir a pasear al atardecer. Hacía una temperatura

muy agradable y no parecía que a la noche fuera a refrescar, por lo que nos quedamos a cenar en un restaurante del puerto.

Llevarme a mi sobrina a jugar en un jardín cercano me valió como excusa para evadir las conversaciones de adultos que comenzaban tras cada comida. Era incapaz de seguir el hilo durante más de media hora; enseguida mi mente volaba a ochocientos kilómetros de allí y las ganas de llorar llamaban a mis ojos.

Saray parecía muy entretenida en el columpio en que la había montado mientras Napoleón husmeaba entre los arbustos de la plaza central del jardín. Nunca se separaba de mí. Ajusté el cierre de seguridad del columpio y pude dejar de agarrar a mi sobrina para montarme a su lado, balanceándome al ritmo de la música que emanaba de otro de los bares cercanos, sin dejar en ningún momento de vigilarla y dándole un empujoncito cada vez que protestaba porque mi columpio iba más alto que el suyo.

La preciosa nenita de ojos azules y rizos dorados se carcajeó al ver que conseguíamos ir sincronizadas en el balanceo y canturreó alguna canción que solo ella parecía entender.

En contrapartida a sus alegres balbuceos, pude distinguir las notas de una canción que llenó de nuevo de tristeza mi corazón. La desconocida música que había estado sonando en el bar hasta ese momento fue sustituida por una de las canciones de Miguel Bosé que siempre lograba enternecerme, sin tener motivos reales para ello. Llorando casi a cada hora, escuchar esa canción acabaría conmigo. Y, para colmo, se trataba de la versión en la que cantaba con Shakira, que me parecía aún más emotiva.

«Si tú no vuelves, se secarán todos los mares».

Yo podría haberlos llenado de nuevo con mis saladas lágrimas.

Napoleón pareció notar mi estado de ánimo y se acercó hasta sentarse bajo mi columpio. Parecía que llevaba medio mes

soportando mis bajones, como un fiel amigo.

Me columpié con más fuerza y me recosté para ver el cielo estrellado a través de la humedad de mis ojos. Pude divisar el vertiginoso paso de una estrella fugaz cuando atravesó el cielo en consonancia con la canción para acabar de torturarme por completo. ¿Es que el cielo siempre iba a profetizar mi destino?

«Y cada noche vendrá una estrella a hacerme compañía, que te cuente cómo estoy...».

¿Cómo estaría Andoni? ¿Estaría trabajando a diario y durante todo el día? ¿Seguiría arreglando su cabaña? ¿Iría con Damián a arreglar los parques de la zona? ¿Se habría vuelto a dejar barba? ¿Regaría al menos una vez por semana nuestro pequeño avellano? ¿Y... se acordaría de mí, aunque solo fuera un segundo entre todas sus actividades?

Mi hermana interrumpió mis divagaciones. Se acercó a nuestros columpios y nos impulsó a ambas a la vez. Saray se carcajeó de nuevo y canturreó tan alto que solapó la música que me había hecho llorar a mares, unas lágrimas que mi hermana tenía que haber visto al llegar.

—¿Cómo se llama?

Estiré los pies para frenar de golpe. La intuición de mi hermana era aún más sorprendente que la de mi madre.

—¿Lo conozco? ¿Es de tu clase?

Me hice la loca. Aún no estaba preparada. Necesitaba dejar de llorar antes.

—¿Quién?

—¡¿Quién va a ser?! El chico por el que lloras.

Para qué seguir tratando de ocultar lo evidente.

—Andoni. No lo conoces. Acaba de llegar al pueblo.

—Vaya, pues sí que te has enamorado rápido, entonces.

Mi hermana giró mi columpio y me miró a los ojos en la penumbra del jardín.

—Sí, demasiado rápido. Y demasiado profundamente —confesé con voz nasal.

Ane se sentó a mi lado en el tercer columpio de la fila. Saray protestó al ver que se alejaba y la balanceé de nuevo para que se calmara.

—¿Él lo sabe? —directa al grano. Como siempre.

—Sí.

—Se lo has dicho.

—Eh..., sí, más o menos.

—¿Cómo que más o menos?

—No le he dicho «te quiero» con todas las letras, pero se lo he dado a entender.

—Y él... ¿qué te dijo?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Que no quería estropear nuestra amistad, o algo así.

—¿Algo así o te dijo eso?

—Qué más da. No me corresponde y punto.

Ane volvió a girar mi columpio hacia el suyo.

—Mira, si algo he aprendido sobre los hombres es que hay que decirles las cosas de la forma más clara posible. Y sobre las mujeres, que, aunque nos las digan muy claramente, sabremos darles la vuelta hasta que signifiquen lo contrario.

Miré confusa a mi hermana. Sus palabras no me aclaraban gran cosa.

—¿Quieres decir que tengo que volver a decírselo, pero aún más claro?

—Eso. Y él tiene que aclararte también qué ocurre con vuestra amistad. Si él de verdad quiere que seáis amigos, no es tan mala

señal. Seguro que no tarda mucho en enamorarse de ti. ¡Mírate! ¡Ya eres toda una mujer!

Los ánimos de mi hermana me consolaron durante solo unos instantes.

—No sé, Ane. No lo conoces. Andoni ha sufrido mucho y no quiero agobiarlo con mis sentimientos. Si solo quiere mi amistad, tendré que tragarme el amor que siento para poder, al menos, estar con él.

Sin darme cuenta, acababa de tomar una decisión. Me resignaría a ser su amiga y, así, podría verlo como si nada hubiera ocurrido. Aunque no sabía si eso sería posible. Igual él no era capaz de aceptarme como su amiga después de lo que le había dicho.

—Nadie sabe mejor que tú lo que debes hacer. Pero te aconsejo que no te quedes con la duda. Si yo hubiera dejado pasar el tiempo y no hubiera decidido hablar con Roberto, ahora no estaríamos aquí columpiando a mi preciosa hija.

Mi hermana soltó la cadena del asiento y sacó a mi sobrina para que correteara por los jardines. No tardó en atrapar a Napoleón y agarrarle por las orejas. Era realmente una niña muy inquieta.

—Gracias. Hablaré con él cuando volvamos.

—Y hasta entonces... ¿podrías tratar de no llorar tanto y divertirte un poquito?

—Lo intentaré.

—Seguro que lo que hemos estado hablando mientras estabas aquí, mortificándote con tu dolor, consigue que te alegres.

Ane se hizo la interesante y se quedó callada más de un minuto. Odiaba que hiciera eso.

—¡Vamos, suéltalo! ¿El qué?

—En menos de dos semanas... ¡nos vamos a París!

Si algo podía despejar mi mente era cumplir uno de mis sueños.

Visitar la Ciudad de las Luz.

El resto de las vacaciones que pasamos en Saint-Suliac se me hizo más corto. La casa se había llenado de alegría con las risas de Saray, y las charlas con mi hermana me ayudaban a pensar en otras cosas. ¡Cómo la había echado de menos! En el pueblo, estando con mis amigas, no me había dado tanta cuenta de lo que la necesitaba. Ella había sido la persona a la que le había contado todo desde pequeña. Cuando se casó, dejó un enorme vacío en casa, pero yo estaba en plena adolescencia y había empezado a salir más con mis amigas, a conocer a gente nueva. Eso había amortiguado un poco el dolor de la distancia. Las separaciones resultaban ser algo demasiado dolorosas para mi sensible corazón.

Mi tía también era muy sentimental y lloró a moco tendido cuando nos despedimos de ella el día que salimos hacia París.

—¡Prometo ir a visitaros en Navidad, palabra! —Me dieron ganas de llorar de nuevo al verla tan afligida.

—*Bon voyage.* —Jean intentó consolarla mientras nos despedía, pero mi tía quería desahogarse a gusto y no le dejó. Era todo un carácter.

Nos alojamos en un hotel del Barrio Latino, cerca de la Sorbona, y recorrimos en metro la ciudad un día tras otro. Mis padres ya habían estado, mi madre incluso varias veces, pero estaba más que dispuesta a ver de nuevo la Catedral de Notre-Dame, los impresionantes Jardines de Luxemburgo o subir hasta el tercer piso de la Tour Eiffel.

Además del increíble paseo desde el Arco del Triunfo hasta el Museo del Louvre, recorriendo los interminables Campos Elíseos, con

sus *boutiques* y sus *bistrots*, lo que más me gustó fue el barrio de Montmartre.

En la guía que me había comprado nada más llegar a la ciudad, ya había visto que el Moulin Rouge estaba en este barrio más humilde y apartado del resto de la ciudad. Desde que había visto la película musical con Nicole Kidman y Ewan McGregor, me había propuesto visitar el molino rojo en cuanto tuviera la oportunidad.

El metro nos dejó a las puertas del famoso cabaret, que justo estaba encendiendo las luces rojas de las aspas de su icono en lo alto del edificio. Comprobé al grabar en vídeo la secuencia de encendido de luces que mi cámara se estaba quedando sin memoria. Llevaba dos semanas haciendo fotos de todos y cada uno de los lugares que había estado deseando visitar desde que había visto el álbum de fotos del viaje de fin de curso del instituto de mi madre. No recordaba ninguna que no hubiera visto con mis propios ojos en esas semanas.

Le pedí la cámara a mi hermana para hacer una foto de grupo con el molino de fondo. Cuando me acerqué a ver el cabaret de cerca, me sorprendió leer algo conocido. En el local de al lado había una discoteca cuyo nombre quizá hubiera sido el que inspirara al de la que había ido con mis amigas hacía un par de meses, La Loco.

El corazón se me encogió al recordar que aquella noche conocí a Andoni. Había tenido su recuerdo adormilado en mi memoria y mi corazón para poder, al menos, seguir respirando. Ser capaz de disfrutar de la hermosa ciudad había sido un privilegio al que no aspiraba cuando habíamos salido de Saint-Suliac. Pero ahora que había encendido el botón de los recuerdos con un estímulo tan simple como el nombre de una sala de fiestas, iba a ser imposible reprimir mi necesidad de pensar en él a cada instante.

La sillita de Saray fue una carga bastante pesada por las

empinadas cuestas del barrio de Montmartre. Tuvimos que turnarnos para empujarla y llevar a la niña a ratos en brazos. Subir las escaleras hasta el Sacré Coeur fue lo que acabó por destrozar la espalda de mi padre. Ya no estaba para esos trotes. Casi le da un infarto cuando, al llegar arriba, descubrimos que había un funicular. Mi madre tuvo que jurarle que no lo sabía.

Se quedó sentado con Roberto y la niña, que por fin se había dormido, mientras mi madre, mi hermana y yo recorríamos en silencio el interior de la majestuosa catedral. Encendimos unas velas y rezamos en silencio una oración por mis abuelos.

Cuando salimos, casi todos los turistas estaban sentados en las escaleras que acabábamos de subir. Un dúo musical amenizaba a los visitantes con una guitarra, una caja y una prodigiosa voz. Nos sentamos a escucharlos mientras veíamos el atardecer.

La panorámica desde lo alto del Sagrado Corazón era inigualable. Los tejados de todo París podían verse bajo un cielo anaranjado y la luna empezaba a asomarse a la vez que algunas estrellas en el despejado cielo de finales de julio. Habría dado cualquier cosa por contemplar aquella postal con Andoni a mi lado. Decidí borrar alguna foto repetida de mi cámara para poder grabar la escena con una música increíble de fondo. A ese dúo le quedaba muy poco de andar cantando por las calles. Tenían un gran talento que pronto sería descubierto por alguna discográfica.

Protesté cuando mis padres me urgieron a que me levantara de allí y fuera con ellos a por las últimas compras. Era nuestra última tarde en París y la ruta de *souvenirs* nos esperaba. El carrito de Saray resultó ser de lo más útil para cargar con todos los trastos que compramos. Dudé en atreverme a usar alguna vez la típica boina parisina que me había comprado. En cambio, la camiseta seguro que me la ponía más.

La última noche en el hotel no pegué ojo. Sabía que en menos de veinticuatro horas estaría tan cerca de Andoni que podría llegar hasta él incluso a pie. Al menos, estaba convencida de lo que le iba a decir. Valoraba su amistad por encima de mis sentimientos, no iba a darle un ultimátum para que eligiera quererme u olvidarse por completo de mí. Si aún quería mi amistad, yo se la daría sin reservas.

Siempre había oído decir que amar era más dar que recibir. Por fin sabía de qué iba ese juego de palabras, uno muy cruel y muy injusto. Andoni ya no era el único que no creía en la justicia de este mundo. ¡Con todo el amor que yo tenía para darle! ¿Por qué él no quería recibirlo?

Acabé por dormirme intentado responderme a mí misma a esa pregunta, pero ni en mis sueños encontré la respuesta.

Capítulo 27

Eran casi las once de la noche cuando llegamos a casa. Llevaba todo el camino pensando en lo que iba a decirle a Andoni cuando le volviera a ver. No quería perder su amistad y, si eso era todo lo que podía darme, era mejor que no poder estar con él. Con ese mes separados había tenido más que suficiente.

Mi padre y yo descargamos las maletas del coche mientras mi madre empezaba a preparar la cena. Yo no tenía hambre, estaba demasiado nerviosa como para sentarme a la mesa. Aun así, le di un bocado al pastel de frambuesas de mi tía, demasiado delicioso como para no comerse un trozo en cualquier momento.

—Mamá, para mí no hagas nada. Estoy agotada y me voy a la cama —anuncié y subí las escaleras hacia mi habitación cargando mis dos maletas.

—Edurne, no has comido apenas nada en todo el día. Tienes que cenar algo —me regañó mi padre.

—De verdad que estoy agotada, solo quiero dormir. Con un poco del pastel de la tía me vale, de veras —concluí sin detenerme. Ya estaba en mi habitación cuando terminé la frase.

Necesitaba estar sola y dormirme para al día siguiente ir lo más pronto posible a casa de Andoni. Me moría de ganas de verlo, de

hablar con él. No sabía qué pensaría tras nuestro último encuentro. ¿Y si no quería volver a verme? Había tenido todo un mes para olvidarse de mí. Si no quería complicaciones con una chica que buscaba en él algo más que amistad... No, no iba a pensar eso. Él quería ser mi amigo y no había querido que me marchara mal, pero yo no podía quedarme allí llorando mientras él me rechazaba. Había necesitado un mes alejada para asumirlo y poder enfrentarme a ello sin llorar.

Deshice mis maletas, separando la ropa para lavar, que era casi toda. Cada movimiento que hacía era más lento que el anterior, por lo que tardé una hora en vaciarlas, aún más de lo que había tardado en hacerlas. No podía concentrarme en lo que tenía entre manos. Lo único que ocupaba mi cabeza era que me encontraba muy cerca de Andoni y que quería verlo. No podía esperar más.

Me aseguré de que mis padres se hubieran ido a la cama antes de bajar las escaleras. Si me pillaban me iba a caer una buena. No tenía ninguna excusa creíble para escaparme a las doce de la noche. Me deslicé por la puerta trasera para coger mi bici del garaje y pedaleé despacio unos metros, pero aumenté la velocidad en cuanto me adentré en el camino del río.

El cálido viento veraniego hacía que mi falda se levantara y me molestara para pedalear. Estuve a punto de caerme un par de veces intentando sujetarla, así que empecé a avanzar más despacio, angustiándome por no poder llegar unos minutos antes.

En cuanto pasé el puente al otro lado del río, pude ver la luz encendida en la cabaña del pescador. Andoni estaba en casa y, además, despierto. Respiré aliviada y bajé de mi bici para acercarme a pie. Necesitaba pensar una excusa para explicarle qué hacía allí a esas horas de la noche. No quería que creyera que lo estaba acechando ni nada parecido. Para cuando llegué a la puerta, aún no

tenía ningún motivo convincente. Aun así, llamé, pensando improvisar mis palabras a la vez que sabía que no era una buena idea. No respondió.

—¿Andoni? ¿Estás aquí? —pregunte antes de tratar de girar la manilla. La puerta se abrió y avancé casi de puntillas por la sala. No estaba allí.

Atravesé la estancia y llegué a la de la cocina. Pude oír unos golpes, aquellos familiares sonidos que tanto había extrañado durante ese mes. Andoni estaría arreglando alguna cosa incluso a medianoche. Me sentí más relajada, seguía siendo el mismo Andoni del que me había enamorado.

Entré en la cocina y lo encontré tumbado boca arriba con medio cuerpo metido debajo del fregadero. Apretaba una tubería y el suelo estaba encharcado. Decidí hacer notar mi presencia con suavidad para no asustarlo y que no se diera un golpe en la cabeza.

—Andoni —lo llamé tras dar dos suaves golpes en la puerta.

Dejó de girar la llave inglesa y se quedó quieto. Esperé unos segundos y volví a llamarlo.

—Andoni, soy yo, Edurne —entoné un poco más alto, por si no podía oírme bien con la cabeza metida en el armario.

Se incorporó poco a poco. En cuanto se puso en pie, todos nuestros momentos juntos se agolparon en mi mente hasta llegar a la noche que lo conocí. Estaba casi igual que entonces. Llevaba puestos, medio desabrochados, sus vaqueros. Y nada más. Se sacó del bolsillo trasero un trapo y se limpió las manos mientras me miraba sin pestañear y sin decir nada.

Yo tampoco era capaz de articular palabra, solo podía suspirar por dentro ante aquel gesto dulce que me hacía sentir como si me acariciara con la mirada. Había ido allí con el propósito de dejarle claro que podía ser su amiga, si eso era lo que él quería. Pero mi

corazón no podía soportarlo. El mero hecho de tenerlo frente a mí había tirado por tierra los argumentos con los que me había tratado de autoconvencer una y otra vez.

—Hola —susurró dando un único paso hacia mí—. ¿Cuándo has vuelto?

De pronto, las palabras brotaron a toda velocidad y sin control de mi boca, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

—Acabo de llegar. No quería esperar a mañana para venir a verte. No podía. —Agaché la mirada, avergonzada por mi rotunda sinceridad—. Perdona que venga a estas horas.

—¡No! —La palabra fue gritada y apretó la boca antes de seguir en un tono más bajo—. No hay nada que perdonar. Me alegra que hayas venido. —Sonrió con timidez y dio otro pequeño paso hacia mí.

Yo me mantuve quieta a duras penas hasta que sus palabras acabaron con la poca fuerza de voluntad que me quedaba.

—Han sido los treinta y siete días más largos de toda mi vida.

En cuanto dio otro paso, corrí hacia él y lo rodeé con mis brazos, hundiendo mi rostro en su pecho. Él me abrazó con fuerza y expulsó mucho aire de golpe, como si mi impacto llevara el ímpetu de un tren de mercancías. Con una mano me aferró por la cintura, pegándome a su cuerpo con firmeza, y con la otra acarició mi pelo con la suavidad de una pluma.

Permanecimos en aquella postura sin decirnos nada durante un largo rato. No podría calcular cuánto. Hasta que, de pronto, oí su voz pronunciando mi nombre como una oración y no pude controlarme. Un poderoso instinto me llevó a besar la piel cuyo aroma había estado inhalando hasta llenar mis sentidos de él. Con delicadas caricias de mis labios, mi nariz y mis mejillas, fui ascendiendo con lentitud por su pecho y su cuello, deleitándome en

su anatomía, en cómo lo hacía temblar y tomar aire de forma entrecortada. Lo interpreté como una muy buena señal y, a riesgo de equivocarme y acabar pagando las consecuencias, seguí mi impulso y me apoyé en sus hombros para fundir mis labios con los suyos, como lo había hecho la última vez que nos vimos. Pero en esta ocasión no me limité a un roce fugaz, sino que lo besé con toda la intensidad que se había acumulado en mi corazón.

La parte de mí que había estado tratando de convencerme de que ser solo amigos era posible me atormentaba diciéndome que Andoni me apartaría de sus brazos y me rechazaría para siempre, incluso como amiga, por volver a intentar algo que él no compartía.

Para mi más absoluta euforia, no fue así.

Andoni respondió a mi beso con la misma ansia, incluso con más. Me levantó del suelo como si apenas pesara diez kilos y enroscó mis piernas alrededor de su cintura, a la que yo me aferré para estar lo más cerca posible de él. Apreté todo mi cuerpo contra el suyo sin parar de besarlo ni un solo instante. Su sabor me embriagaba, sus brazos parecían abrasar mi espalda, al igual que sus manos en y mis nalgas, mientras las mías revolvían su pelo y sujetaban su cara para comenzar con mayor profundidad el siguiente beso. Nuestros corazones latían a un ritmo frenético.

En un par de ocasiones estuvimos a punto de perder el equilibrio, chocando contra las paredes de la cocina, hasta que Andoni deshizo el nudo de mis piernas y me llevó en sus brazos hasta el sofá de la sala. Sin separar sus labios de mi piel, me recostó y se tumbó sobre mí. Estaba desorientada, ni siquiera sabía dónde me encontraba, solo importaba que estaba entre los brazos de Andoni y que no quería separarme ni un centímetro de él. Enrosqué una pierna alrededor de la suya, acoplándome a él, quien respondió acariciándola desde mi tobillo hasta mi muslo. En ese momento me

besó más despacio para empezar a bajar por mi cuello hasta llegar a mi hombro.

Respiraba con tanta dificultad que al abrir los ojos sentí cómo la cabeza me daba vueltas. Debería haberlos cerrado para frenar el mareo, pero no quería perderme la visión de Andoni acariciándome y besándome con semejante pasión. Me estremecí al verlo dibujar con su lengua un triángulo uniendo las tres pecas de la parte delantera de mi hombro.

Lo abracé contra mí para sentir aún más el peso de su cuerpo sobre el mío. Mis dedos caminaron por su columna vertebral antes de apresar los músculos en tensión de su espalda. Noté cómo su piel se erizaba.

Una explosión de sentimientos estalló en mi interior cuando volvió a subir por mi cuello y se detuvo al llegar a mi boca, abriendo sus ojos y mirando los míos. Con eso bastó para decírnoslo todo. Nos amábamos y nos deseábamos tanto en ese momento que no queríamos frenar.

Una ola de calor recorrió todo mi cuerpo cuando Andoni volvió a bajar por mi cuello besándome hasta llegar al final del pronunciado escote de mi camiseta. Se detuvo y levantó la parte inferior dejando mi estómago al aire. Recorrió con sus labios el contorno de mi cintura, parándose a cada poco para acariciarme con la punta de su nariz y rozar su mejilla contra mi abdomen. Perecía un gatito mimoso olfateando y comprobando la suavidad de mi piel. Con su rostro hundido a la altura de mi ombligo, colocó sus manos sobre mis costillas y coló las puntas de sus dedos por debajo de mi camiseta, levantándola unos centímetros más.

Sus yemas quemaban al contacto con mi piel y la forma en que su lengua comenzó a ascender, zigzagueando desde mi ombligo, me hizo respirar a un ritmo tan desacompasado que no pude evitar

dejar escapar un desesperado gemido.

Al instante, Andoni se detuvo.

Se incorporó y se sentó. Me miró unos segundos antes de tirar de mí, agarrándome por las muñecas, y me sentó sobre su regazo.

—Dios mío. Casi consigues hacer que pierda el control —me reprochó, aunque con una sonrisa, y apartó unos mechones de pelo de mi cara.

Yo todavía jadeaba intentando controlar los latidos de mi corazón. Podía sentir el suyo golpear desbocado en su pecho desnudo.

—Tú me has hecho perderlo por completo —contraataqué mientras me acurrucaba entre sus brazos.

Volví a percibir el maravilloso olor de su piel e inhalé profundamente para llenarme de ese aroma que me turbaba. Empecé a besar su pecho a la altura de su corazón para poder sentir también su sabor. Pero me detuvo, levantando mi barbilla y posando su pulgar sobre mis labios.

—Para, o conseguirás volver a confundirme. —Esta vez me miró con gesto severo.

—No quiero dejar de besarte. —Posé mis labios en su dedo con suavidad.

Andoni volvió a detenerme cogiendo mi cara entre sus manos. Pude ver una sombra de culpabilidad en su mirada antes de que cerrara los ojos y me diera un delicado beso en los labios.

—Edurne, yo tampoco quiero dejar de besarte, pero es lo que debemos hacer —susurró con su boca aún en la mía.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Precisamente porque no quiero dejar de besarte nunca, debes volver ahora a casa. Estoy seguro de que tus padres no saben que estás aquí.

—No, no lo saben. Pero ya me he escabullido. Si se llegan a enterar, da lo mismo que vuelva ahora o a la mañana —resolví acariciando su hombro.

—No da lo mismo. Quiero poder estar contigo mañana, y pasado, y al otro. Es mejor que ahora te marches.

Me incorporé y me senté a horcajadas sobre él, colocando sus manos alrededor de mi cintura. No quería irme, quería estar con él y lo demás me daba igual. Me sentía incapaz de razonar, había un impulso más fuerte que la razón que me ordenaba tocarlo, besarlo, respirarlo... Decidí continuar donde él lo había dejado. Me quité la camiseta y le dejé caer a un lateral del sofá.

—Edurne, detente ahora o yo no podré hacerlo después. —Estaba muy serio, pero en sus ojos había un profundo deseo que ya no podía ocultarme. Hice caso omiso de su advertencia y busqué de nuevo su boca, incrementando poco a poco la intensidad. Pude sentir cómo su respiración se volvía a acelerar y cómo sus manos recorrían mi espalda apretándome contra él. Besé el contorno de su oreja y le susurré:

—Quiero quedarme esta noche contigo.

Sus labios, que estaban recorriendo mi garganta, se detuvieron en seco al llegar a mi clavícula. Me agarró por los hombros y me separó de él.

—Basta, por favor, no me hagas esto —me rogó cerrando los ojos.

Me levanté y busqué mi camiseta para volver a ponérmela. Andoni estaba petrificado en el sofá, mirándome como un cachorro perdido. Me senté en el sillón para darle un poco de espacio.

—Edurne, no quiero que te vuelvas a equivocar. —Se inclinó hacia mí y me cogió las manos—. No quiero que te vayas; si fuera por mí pasaría esta y el resto de las noches de mi vida contigo. Pero

debes irte.

—Vale, tranquilo, lo entiendo. —Mi capacidad de razonar empezaba a reactivarse en mi cabeza.

—Vamos a ir poco a poco. Hoy ha sido nuestro primer beso. Dejemos lo demás para más adelante —propuso entre risillas.

—Bueno..., hoy hemos hecho mucho más que darnos un beso —le recordé por si había sido capaz de olvidarlo en tan poco tiempo.

—Cierto, y no deberíamos haber ido tan lejos. —De pronto se puso serio—. Vamos a justificarnos con que ha sido todo a causa de la euforia del reencuentro.

—Si prefieres verlo de ese modo —le dije algo resentida—. Yo lo veo así: nos hemos dejado llevar por lo que sentimos. Y eso no tiene nada de malo.

Me soltó las manos y se apoyó contra el respaldo del sofá.

—Sí tiene algo de malo. Tengo veinte años, tú solo diecisiete, y tus padres ni siquiera se imaginan que estás aquí.

—Esa excusa no me vale —protesté enfadada y él puso gesto de enfado también—. Ya estoy más cerca de los dieciocho que de los diecisiete. Y no es como si fueras un señor de cuarenta, solo me llevas dos años. Mis padres se llevan más. Mi cuñado le lleva más a mi hermana. Hasta Ager es tres años mayor que Natalia. Así que no, no hemos hecho nada malo.

Andoni se echó a reír. Me sorprendió que lo hiciera después de ponerme una cara tan seria. Tal vez con mis cálculos de edades se había hecho un lío.

—¿Cómo haces que todo parezca tan sencillo siempre?

—Es cuestión de práctica —le respondí como ya lo había hecho en otra ocasión y le devolví la sonrisa—. Pero aún tengo más. Dudo de que los padres de ninguna adolescente sepan cuándo, dónde y, si me apuras, con quién se acuestan sus hijas por primera vez.

—No puedo rebatirte tampoco eso. Pero concédeme por lo menos que los tuyos sepan que tú y yo... Bueno, de momento, que sepan que vienes por aquí. No quiero que piensen cosas raras, sobre todo después de ser tu madre la primera en darme trabajo en el pueblo.

—Está bien —accedí—. De momento les diré que somos amigos y que te suelo visitar. ¿Estás contento?

—Muy contento. Y ahora —se levantó y me cogió de la mano para acompañarme hasta la puerta— te llevaré a casa.

—De acuerdo, me iré. Pero creo que es mejor que vaya sola. Si te ven conmigo, sí que empezarán a imaginarse esas cosas raras que tú dices.

Me acompañó hasta la bici y anduvimos muy cerca el uno del otro hasta que cruzamos el puente.

—Este es el límite seguro. Más allá podría vernos alguien. —Me detuve, solté la bici sin miramientos y lo abracé.

—Está bien. Pero ve con cuidado. Es muy tarde, casi tanto como cuando te conocí.

—Estás tal como te recuerdo de aquel momento. —Acaricié su pecho, besándole en el corazón.

—Y tú. Aunque hoy estás preciosa, como siempre, aquella noche... —hizo una pausa y levantó mi cara para que le mirara— eras una aparición. Creí que estaba soñando cuando te vi. —Lo vi tratar de contenerme y me satisfizo de manera inexplicable que se rindiera y me besara con dulzura antes de seguir con su confesión—. Al día siguiente aún dudaba de si aquello había sido un sueño o no. De hecho, no estuve del todo seguro hasta que te volví a ver.

Sonrió. Yo no pude evitar besar la comisura de esos labios que rozaban la perfección.

—Quién me iba a decir que iba a tener entre mis brazos a aquel

ser divino. —Recorrió mi mejilla con una caricia de sus dedos. Se me erizó toda la piel.

—Quién me iba a decir que iba a volver a besar al chico que me había rechazado hacía solo un mes. —Me miró con cara seria—. Antes te has equivocado. Hoy no ha sido nuestro primer beso.

—Sí, sí que lo ha sido. Porque aquel día yo fui tan imbécil de no confesarte mis sentimientos y de no corresponder a aquel beso que he estado recordando una y otra vez desde entonces.

No pude evitar echarme a llorar. Y no quería volver a hacerlo delante de él. No ahora que ya conocía sus verdaderos sentimientos.

—No llores, por favor —me rogó refugiándome entre sus brazos.

—¿Por qué? ¿Por qué dejaste que pensara que no me querías? —le reproché a moco tendido.

—No lo sé. Estaba asustado. He pasado tantos años a la defensiva, tratando de evitar cualquier tipo de relación lo suficientemente cercana como para volver a sufrir si la perdía que... me cerré en mí mismo. Hasta que llegaste tú.

—No vas a perderme. —Me apreté contra su pecho. Él me besó en lo alto de la frente.

—Me he estado atormentando cada noche de este último mes pensando en que podría pasarte algo y que no te volvería a ver. No sabía nada de ti, ni dónde estabas ni si te encontrabas bien. —Me abrazó con más fuerza—. Cuando me contaste que te irías de vacaciones, estuve pensando en pedirte que me escribieras, incluso en comprarme un móvil para llamarte. Pero esa noche me dijiste que adelantabas el viaje y te fuiste sin dejar que me explicara. Incluso fui a tu casa al amanecer para hablar contigo y, cuando llegué, ya no estabas.

Recordé la visión de su camioneta por el camino del río cuando nos marchábamos aquella mañana. No lo había soñado, era él.

—Unos minutos antes y no habríamos sufrido tanto ninguno de los dos.

—La electricidad y la fontanería de la cabaña no irían tan avanzadas si no me hubiera pasado las noches arreglándolas para no pensar en ti. —Lo miré con el ceño fruncido—. Requieren mayor concentración y era lo único que te disipaba de forma temporal de mis pensamientos. La carpintería me resulta más sencilla y me deja pensar en otras cosas.

—Vaya, al menos mi ausencia ha resultado productiva. —Entrelacé mis manos con las suyas.

—Habría preferido que no te fueras y tener que seguir bañándome en el río o encendiendo velas.

Noté que sus manos ya no estaban tan ásperas. Antes ya las había sentido suaves y dulces por todo mi cuerpo, pero no me había podido parar a pensar en el porqué.

—Veo que has usado la crema. —Le acaricié los nudillos.

—Tanto que la he gastado. —Rio como avergonzado—. Antes de acostarme, me he estado dando el masaje como tú me lo hiciste antes de irte. Era una forma de sentirte conmigo. Es normal que luego no pudiera pegar ojo pensando en ti, en tus caricias... —Volvió apretarme contra su cuerpo, recorriendo mis brazos con sus manos.

El sonido del motor de un coche nos sobresaltó. Estaba a pocos metros, en la carretera paralela al río, y avanzaba con lentitud y sin encender las luces, por lo que, en la oscuridad y detrás de los árboles del paseo, no se distinguían ni el modelo ni el color. De pronto aceleró y se perdió a lo lejos. La misteriosa presencia me hizo recordar que yo debía marcharme a mi casa cuanto antes.

—Vas a coger frío —bromeé frotando su espalda. Su piel aún ardía a pesar de que el viento había empezado a soplar más fresco —. Será mejor que me vaya.

Sonrió de forma traviesa, delatando sus intenciones, y me levantó del suelo como lo había hecho antes en su cocina. El corazón volvió a latirme de forma descontrolada.

—¿Vendrás mañana? —inquirió justo antes de besarme, sin darme tiempo a responder a la pregunta. Cuando liberó mis labios estaba tan aturdida que casi no podía ni hablar.

—Si de verdad quieres que me vaya a casa, no deberías besarme así —le advertí intentando bajar de su cintura. Tardó unos segundos en soltarme y dejarme en el suelo—. No soy de piedra, ¿sabes? —Deslicé mi dedo índice por el contorno de sus abdominales.

—Tienes razón. Esta vez ha sido culpa mía —reconoció entre risas—. Pero es que ya no puedo resistirme a tus labios. Me vuelven loco.

Acarició mi mejilla con su ahora suave mano y dibujó el contorno de mi boca con su pulgar. El pulso se me aceleró al recordar que no era la primera vez que recibía esa caricia. En su día me había negado a interpretarla como lo estaba haciendo ahora. ¿Sentía eso por mí desde entonces?

Dando un paso hacia atrás, tomó mi mano e, inclinándose hacia delante, hizo una reverencia y la besó en el dorso.

—*À demain, mademoiselle* —se despidió de mí hasta el día siguiente, en un guiño a mi viaje a Francia, supuse.

—*Enchanté, monsieur* —le respondí en un francés muchísimo peor que el suyo.

Temí que el recuerdo de sus años en el país lo perturbara, pero siguió de un humor excelente.

—Oh, el placer ha sido mío. —Me sentó en la bici como si fuera una niña pequeña que está aprendiendo a andar—. Ve con cuidado.

Lancé un beso al aire y me adentré en el camino mirando hacia atrás mientras me alejaba de él. Se quedó quieto al final del puente

hasta que me perdió de vista. Pude sentir su sabor en mis labios mientras pedaleaba.

Al llegar a casa dejé la bici de vuelta en el garaje y entré con sigilo por la puerta de atrás. Subí los escalones de puntillas y con las bailarinas quitadas para no hacer ruido. Al pasar por delante de la puerta de la primera habitación, pude oír los ronquidos de mi padre. Entré a cámara lenta en la mía y casi me dio un infarto al ver una silueta sentada en mi cama a oscuras.

—¡Mamá! —exclamé tapándome la boca para evitar que se oyera mi grito.

—Cierra la puerta y ven aquí, Edurne. —Cuando encendió la luz de mi lamparita de noche, pude ver que su rostro era tan severo como su tono de voz.

Obedecí sin rechistar. Me senté junto a ella en la cama. Tenía la cara aún más seria que el día que había llevado a casa el boletín de quinto curso con tres suspensos.

—¿De dónde vienes? —Su voz se volvió neutra.

—De dar un paseo en bici —respondí lo más rápido que pude. ¡Qué mal se me daba mentir!

—Sabes que no me gustan las mentiras, Edurne. —Me señaló con el dedo índice a la altura de la cara.

No tenía ninguna excusa creíble. Pensé en decirle que había ido con mis amigas, que me habían llamado repentinamente al móvil y que no había querido despertarlos. Pero no iba a colar. La mayoría estaba de vacaciones y, además, ¿a dónde íbamos a ir esa noche? Era jueves, nada en el pueblo estaría abierto a partir de las doce, aun siendo verano.

—Sé que has ido a ver a alguien —me advirtió—. Dime quién es él.

Mi madre siempre se adelantaba a los acontecimientos, parecía

que podía ver más que cualquier otro ser humano. Intenté eludir su interrogatorio, pero no pude.

—¡Qué cosas tienes, mamá! ¿A quién iba a ir a ver a estas horas? —Arqueó una ceja como lo habría hecho mi padre—. Me apetecía dar un paseo por el río después de un mes sin estar en casa. Echaba de menos el pueblo.

—Vamos, hija, que no nací ayer. Has estado todas las vacaciones ausente, con la cabeza en otro lado. Juraría que te he pillado llorando en más de una ocasión.

Me sorprendió que me hubiera visto llorar. Había intentado esconderme todas las veces que me daba el bajón. Pero eso no había sido suficiente para escapar al talento de mi madre.

De pronto, cambió el tono de su voz y levantó mi barbilla con ternura.

—Edurne, no tiene nada de malo estar enamorada. —Abrí los ojos como platos—. Lo que no está nada bien es que te escapes de noche para estar con él.

—Lo siento, mamá, es que no podía esperar más —me excusé a la vez que admitía su afirmación.

—Está bien, te lo paso por esta vez. —Sonrió al ver que por fin había confesado. Era única sonsacándome la verdad—. Da gracias a que tu padre estaba agotado del viaje y se ha dormido enseguida. Has hecho bastante ruido al sacar la bici del garaje.

Me sentí la peor fugitiva del mundo.

—¿No le vas a decir nada? —pregunté con tono de súplica.

—Eso depende de lo que me cuentes ahora.

Me pareció que el juego no iba a ser limpio. ¿Mi madre pensaba chantajearme con chivarse a papá si no le contaba con quién había estado? Ella sí que sabía cómo hacerme confesar de manera rápida y eficaz.

—¿Qué quieres saber? —Me hice un poco la loca.

—¿Tú qué crees, Edurne? Adónde has ido y con quién has estado. Que me cuentes lo que habéis hecho... lo dejo a tu elección —dijo cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza—. Ya eres una mujercita. Solo te pido que tomes precauciones, ya me entiendes...

Aluciné. Solo quería saber quién era el chico y no le importaba si entre él y yo había pasado algo o no. Bueno, seguro que le importaba, pero me daba la confianza para que yo decidiera si era el momento y la persona adecuada. Mi madre me resultaba cada vez más enrollada.

—Está bien, te diré quién es. Pero antes quiero que sepas que no hemos hecho... eso que estás pensando. —Me puse colorada a pesar de no ser la primera vez que hablaba de sexo con mi madre. Tal vez fuera porque, a diferencia de las otras, en esta ocasión estábamos hablando sobre mis relaciones con un chico con nombre y rostro, y no sobre uno hipotético por el que no podía sentir lo que ahora sentía por Andoni—. Y el día que pase... me cuidaré.

—Gracias, hija —exhaló un largo suspiro—. Me dejas mucho más tranquila.

Decidí que era mejor que lo supiera antes de darle el nombre de... ¿mi novio?

—En realidad ya lo conoces.

—¿Es ese amigo del novio de Natalia? —trató de adivinar comprimiendo el rostro.

—No, no es Jon. ¿Y por qué pones esa cara?

—Ay, menos mal. Es que no me gusta nada ese muchacho. Sobre todo, después de aquel cumpleaños en la discoteca.

Mi madre sabía que esa noche había pasado algo, pero no qué. Mi media historia del día siguiente le habría dejado con la mosca detrás de la oreja. Y su talento para ver más allá seguro que le había

hecho atar cabos.

—Bueno, pero no es él, ni ningún otro amigo de Ager.

Mi madre se quedó pensativa. No había demasiadas opciones. Bera contaba con pocas cuadrillas de chicos de más o menos nuestra edad, y nosotras solíamos ir con los amigos de Ager, que eran de otro pueblo.

—Venga, hija, no te hagas de rogar. Dime quién es.

Mi madre empezaba a sonar impaciente y curiosa. Me resultó familiar, como cuando mis amigas se querían enterar de algún jugoso cotilleo.

—Es Andoni.

—¿Andoni? —Tardó unos segundos en identificarle—. ¡El carpintero!

—No grites, mamá —le advertí cruzando el dedo índice sobre mis labios.

Bajó el volumen de golpe.

—Es un chico muy trabajador. —Hizo una pausa y me guiñó un ojo—. Y muy guapo.

—¡Mamá! —la regañé por su comentario, pero me reí.

—Podrías decirle que vuelva por casa algún día —me propuso mientras se levantaba de mi cama.

—¿Y qué le diríamos a papá?

—La verdad. —Al ver mi reacción, que probablemente era de espanto, se explicó—. Antes te he dicho que si me lo contabas no le diría a tu padre que te habías escapado esta noche. Pero seguro que le gustaría saber que tienes novio.

—Jo, mamá, dame un poco de tiempo. No quiero agobiarlo diciéndole que venga a casa y esas cosas.

Ella puso los ojos en blanco, como si le pareciera una chiquillada.

—Tú propónselo. Que él venga cuando quiera. Ya nos conoce, no

va a ser tan traumático. —Se rio, pero yo no pude encontrarle la gracia. No con su pasado y ciertos traumas reales que aún no sabía si había llegado a superar, ni si sería capaz de dejarlos atrás de verdad algún día.

—Está bien —accedí. Sería mejor que la decisión la tomara él—. Le invitaré un día. ¿A comer? —Se me ocurrió de pronto.

—Sí, es una buena idea. Seguro que agradece una comida casera si vive solo en esa vieja cabaña. —De pronto achicó los ojos, como si una nueva idea hubiera aterrizado en su cabeza—. ¿Has estado mucho por allí?

—¡Mamá! —volví a regañarla—. Ya te he dicho que no hemos...

—Vale, vale —me cortó—. Y yo te he dicho que me lo contaras cuando tú quisieras.

Resoplé y dejé caer los hombros con resignación.

—Sí, sí he estado allí. Varias veces. —Volví a satisfacer su curiosidad.

—Vale. Es suficiente por hoy —concluyó. Se levantó de mi cama y abrió la puerta del dormitorio—. Mañana hablaremos con tu padre.

Asentí con la cabeza y me resigné a que las cosas fueran a hacerse de dominio público en menos de veinticuatro horas. Seguramente, mi hermana recibiría la noticia en ese mismo plazo, así, como de pasada por una llamada que tuviera otra excusa. Hasta mi tía sería conocedora de que su sobrina se había echado un novio por primera vez, aprovechando la llamada de primera hora de la mañana para contarle qué tal el viaje de vuelta.

Aunque la idea me irritaba un poco, no pude evitar dormirme con una sonrisa. Porque, en el fondo, me moría por gritar a los cuatro vientos que Andoni correspondía a mis sentimientos. Me sentía inmensamente feliz.

Capítulo 28

—Despierta dormilona. —Mi padre abrió las cortinas y dejó que el sol inundara mi habitación.

—¡Papá! ¡Me estás dejando ciega! —protesté.

—Son las once de la mañana y ni tu madre ni tú os habéis levantado aún. —Me atizó con el periódico enroscado, como si fuera un toro en San Fermín. No me hizo daño, pero gruñí—. ¿Se puede saber qué anduvisteis haciendo anoche?

Tragué saliva. Mi padre podría habernos oído desde su habitación.

—Nada, ¿por qué?

—Tu madre me despertó al volver a la cama casi a las tres de la mañana. Me dijo que había estado hablando contigo. ¿Te ocurre algo?

—No, nada. Es que ninguna de las dos podíamos dormir —intenté sonar despreocupada.

—Pues bien, que podéis dormir hoy. Venga, a la ducha. —Volvió a intentar darme con el periódico, pero lo esquivé dando un salto de la cama.

Cuando salí de la ducha me crucé con mi madre. Estaba sonriente.

—Corre, Edurne, vístete y baja a ayudar a tu padre. Me ha dicho que hoy va a preparar él la comida, eso es que tiene que estar de muy buen humor. Aprovecha.

—Vale, enseguida voy. —Me apresuré a secarme con la toalla hasta que, de pronto, sumé dos más dos—. Pero ¿qué tengo que aprovechar?

—Es el momento perfecto para que le digas lo de Andoni.

Me quedé helada.

—Mamá, no hace falta que sea hoy mismo.

—Claro que sí, es mejor que se lo digas mientras esté de vacaciones. La vuelta al trabajo le va a poner de mal humor. Solo tienes hasta el lunes, y hoy es viernes.

Cerró la puerta del baño y yo me fui a vestir.

¿Cómo se suponía que iba a contárselo? Jamás había hablado de esos temas con él. No sabía cómo empezar.

Cuando bajé a la cocina mi padre estaba tarareando *Satisfaction*, de los Rolling Stones, mientras picaba los pimientos para la paella. Efectivamente, estaba de muy buen humor. Si había un momento para decírselo, sin duda era ese.

—Qué bien huele. —Quise empezar con buen pie la conversación. Además, era cierto.

—¡Edurne! Ven, corre, aparta las patas de conejo del fuego, que se van a churruscar.

Estuvimos unos minutos mezclando los ingredientes sin decir nada. Los tarareos de mi padre hacían más llevadero aquel silencio. No era capaz de empezar una conversación que me llevara a lo que le tenía que decir.

—¿Por qué no vas poniendo la mesa? Aquí no hay mucho más que aportar, solo esperar a que se haga el arroz.

Saqué el mantel, los platos, los cubiertos... Todo más despacio

que de costumbre. Cuando fui a coger los vasos del armario, tuve que ponerme de puntillas para alcanzar los de la última balda. Mi padre se acercó para ayudarme, pero yo ya me había hecho con tres.

—¿Cuándo has dado ese estirón? Juraría que la última vez que cociné, no llegabas a esa estantería.

¡Por fin! Algo que me daba pie a sacarle el tema. Ahora me moría de nervios de decírselo. Pero tenía que hacerlo, quería hacerlo.

—Papá, ya no soy una niña.

—Tú siempre serás mi princesita —me dijo a la vez que me revolvía el pelo.

Odiaba que me llamara *princesita*. De pequeña me gustaba, pero ahora me hacía sentir como si tuviera diez años. Justo lo contrario a lo que le quería hacer ver.

—A lo que me refiero es a que ya soy mayor para ciertas cosas.

Apartó la vista del fuego y me miró arqueando una ceja. Mala señal.

—¿Adónde quieres que te deje ir esta vez?

—No, papá. La cosa no va por ahí.

—¿Entonces, es que piensas llegar tarde este fin de semana?

Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba.

—Tampoco. No te quiero pedir permiso para hacer nada. Quiero contarte algo que ha sucedido... hace poco.

Mi padre debió de notar cómo temblaba mi voz y se asustó. Bajó el fuego y me sentó en mi silla. Él cogió la suya y se acomodó frente a mí.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, estoy muy bien. No es nada por lo que te tengas que preocupar.

Demasiado tarde. Ya estaba preocupado. Nos miramos en silencio unos segundos.

—¿Entonces, qué es? —me apremió con nerviosismo en su voz.

Podía hacerlo, no era para tanto. Mi padre ya tenía una hija casada. Se había ido de casa con apenas veintidós años. Esto no podía suponer una tragedia familiar.

—Verás, hace un tiempo conocí a un chico y nos empezamos a llevar bien. Nos vimos más a menudo y estamos tan a gusto juntos que...

—Edurne, ¿intentas decirme que tienes novio?

Asentí en silencio. Mi madre entró en la cocina y nos encontró en plena conversación. Volvimos la cabeza hacia ella al notar su presencia y ella nos sonrió.

—Tú ya lo sabías, ¿verdad? —la acusó mi padre.

—Me he enterado hace poco. —Se acercó al fuego y maneó la paella con movimientos circulares—. Esto se está pegando.

Mi padre se levantó y apagó el fuego. Yo me quedé sentada esperando que se volviera a sentar y me hiciera un interrogatorio digno de una película policíaca.

—¿Ya le has dicho quién es?

—¿Es que le conocemos? —Mi padre se sorprendió más ante esa posibilidad que cuando había deducido de mis torpes explicaciones que tenía novio.

Los dos se quedaron mirándome esperando mi respuesta. Mi madre no lo iba a decir.

—Sí, es Andoni. —Noté que la expresión de mi padre no cambiaba—. El chico que nos ha hecho el armario del desván —añadí.

—¡Ese chico es mucho mayor que tú! —exclamó en cuanto terminé de hablar.

—No, no lo es. Me lleva solo dos años.

Mi padre se quedó pensativo unos segundos y se volvió hacia el fuego para remover la paella.

—Aparenta más de veinte —murmuró—. Habla como un adulto.

—Ha tenido una vida... difícil. Se ha visto obligado a madurar demasiado pronto.

No le iba a dar más explicaciones sobre su pasado. Era un tema personal que, si Andoni quería, algún día les contaría a mis padres él mismo.

—Cariño, ¿has olvidado la edad que teníamos cuando nos conocimos?

Mi madre había decidido intervenir. Ya era hora.

—Ya veo que estáis compinchadas —rumió.

—Bueno, ya estoy enterado de vuestro secreto. Me alegra que hayáis decidido dejarme formar parte de él.

Estaba resentido por haberse enterado más tarde que mi madre. Me resultó gracioso verlo enfurruñado más por eso que por el hecho en sí de que estuviera con un chico.

—Venga, cariño, no te pongas así. —Mi madre le dio un beso—. Ya te he dicho que lo sé desde hace muy poco. Ni siquiera he hablado con el muchacho.

Mi madre miró hacia mí y me guiñó un ojo. Era el aviso de que pensaba dar algún paso.

—De hecho, quería proponerte que le invitáramos a comer. Solo lo conocemos en calidad de carpintero. Estaría bien que tuviéramos con él un trato más allá de lo profesional.

Mi padre le arqueó una ceja esta vez a mi madre antes de retirar la paella del fuego y llevarla a la mesa.

—Me parece bien. —Aluciné al ver que mi padre accedía sin más —, Puede venir los domingos. Es demasiado joven para vivir solo en

esa cabaña como un ermitaño.

¿Había dicho los domingos? ¿No algún domingo?

—¡Estupendo! —exclamó mi madre y se sentó a la mesa—. El próximo domingo pondremos un plato más.

La atravesé con la mirada. Estábamos a viernes. Solo quedaban dos días y Andoni ni siquiera se podía imaginar que mis padres supieran nada. ¿Cómo le iba a decir que estaba invitado a comer el domingo? Bueno, ese y todos los siguientes según mi padre. Esto era surrealista.

—Edurne, tú coméntaselo y, si puede o le apetece, que venga.

—¿Por qué no iba a querer? —planteó molesto mi padre.

—No lo sé. Igual le da algo de apuro.

—¿Apuro? Ya nos conoce y, si pretende salir con nuestra nena, ya puede venir aquí y dar la cara.

Tuve que cortar la conversación para que no llegara a convertirse en una discusión. Quería que el tema se zanjara cuanto antes.

—No os preocupéis, seguro que si no tiene trabajo viene encantado. Luego voy a ir a verlo y se lo diré.

—¿Trabajo un domingo? ¿Un carpintero?

—Sí, papá, un domingo. Además de los trabajos de carpintería que le van saliendo, se encarga de la conservación de las zonas recreativas del río. Si algo se rompe, no puede esperar a que llegue el lunes —lo excusé.

—¡Al menos tendrá que parar a comer! —concluyó mi padre—. Dile que aquí nos sentamos a la mesa a las dos y media. Que no se retrase.

Sirvió la paella en los tres platos y dio por finalizada la conversación. Mi madre me sonrió con una mirada cómplice y probó un bocado.

—Está muy rica, cariño, apenas se nota que se haya pegado.

Mi padre gruñó algo irritado, pero suspiró cuando la probó. Yo comí con apetito y di mi aprobado con un gesto de asentimiento. Él puso los ojos en blanco y acabamos los tres riéndonos. Asunto zanjado.

Después de fregar los platos me lavé los dientes, me puse la camiseta que me había comprado en Francia y mi falda blanca por la rodilla. Sabía que me molestaría para pedalear, pero me encantaba cómo me quedaba.

Bajé de tres saltos las escaleras y salí corriendo de casa.

—Me voy a ver a Andoni, hasta luego —anuncié antes de coger mi bicicleta.

Por primera vez desde que le había conocido había confesado a pleno pulmón que iba a verlo, nada más y nada menos que a mis padres. Ellos se habían enterado antes que mis propias amigas. Quién lo iba a decir. Pensé la forma de explicarle a Andoni lo ocurrido en mi casa sin que se asustara. No tenía ni idea de cómo se lo iba a tomar. Por lo menos él era el que me había dicho que quería que mis padres supieran que nos veíamos. Pero de ahí a ir a comer a mi casa una vez por semana había un abismo.

En cuanto me adentré en el puente, pude ver el techo de la cabaña y, pocos segundos después, distinguí un coche rojo aparcado al final del camino. No me hizo falta estar mucho más cerca para reconocer el Seat León de Jon. ¿Qué rayos hacía allí?

Dejé mi bici junto al coche y miré por la ventanilla. Las llaves estaban puestas en el contacto, pero él no se encontraba dentro. También pude divisar varias latas de cerveza vacías sobre el asiento del copiloto. Traté de mantener la mente fría y enseguida descarté la posibilidad de que le hubiera ido a hacer algún encargo de carpintería, y menos habiendo bebido. Tenía un pálpito, y no

auguraba nada bueno.

Entré en la cabaña sin llamar a la puerta.

—¡Andoni! ¡Andoni! —grité por toda la casa. Pero no tuve respuesta.

Me pegué al cristal de la ventana de la cocina, que daba a la parte trasera, y los vi junto al cobertizo. Estaban hablando, aunque no podía oír lo que decían. Me disponía a abrir la ventana cuando capté un movimiento brusco de Jon. Cogía a Andoni por el cuello de su camisa tratando de levantarlo del suelo. Aunque le sacara varios centímetros de altura, Andoni era mucho más fuerte y Jon no conseguía alzarlo ni un ápice.

Salí de la casa corriendo como un rayo y la rodeé hasta alcanzar su posición, sin aliento. Andoni ya se había soltado de Jon y lo separaba de sí poniéndole una mano en el pecho con el brazo estirado, manteniéndolo a distancia.

—No me obligues a hacer algo que no quiero —le advertía mientras él forcejeaba para apartar la mano de Andoni.

—¿Qué demonios pasa aquí? —Mi mirada iba dirigida a Jon.

Ambos retrocedieron un paso y se soltaron, sin dejar de mirarse con desconfianza. Ninguno dijo nada.

—¿Alguien me va a explicar qué hacíais? —insistí, clavando mis ojos esta vez en Andoni.

—He venido a advertir a este intruso que se aparte de ti si no quiere tener problemas. —Jon habló con tono amenazador.

—Edurne, es mejor que me esperes dentro. Enseguida estoy contigo —me pidió Andoni con un tono muy distinto. Parecía que me suplicaba que me fuera de allí.

—Ni hablar, no entres en esa chabola. —Jon me miró con fuego en los ojos—. Sube a mi coche. Nunca debiste acercarte a este tipejo. No sabes la clase de chusma que es.

—¿De qué estás hablando? —¿Por qué decía algo tan horrible de Andoni?

—No sabes nada. Cierra el pico y lárgate de mi casa —le ordenó Andoni y se dirigió a mí—. Vamos, ven conmigo.

—¡De eso nada! —Jon me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia él, haciéndome chocar contra su cuerpo.

—¡No la toques! —gritó Andoni, me arrancó de sus brazos y me escondió detrás de él—. No permitiré que le vuelvas a poner ni un solo dedo encima.

Me sentí como una muñeca de trapo zarandeada de mano en mano.

—¿Le has contado a Edurne que mataste a tu padrastro, pero que te libraste del trullo por ser demasiado joven y, por lo tanto, inimputable?

—Él no lo mató. Fue un accidente, y no fue culpa suya —le aclaré a la vez que abrazaba a Andoni por la cintura desde atrás.

Jon recibió mis palabras como una bofetada, aun así, su gesto volvió a ser soberbio cuando añadió:

—¿También te ha contado lo de los problemas que causó en un centro de menores tras otro, con peleas y movidas con drogas? ¿Te ha hablado del chaval que murió, casualmente, de un modo muy similar al de su padrastro? Solo que esta vez ya sabía lo que tenía que decir para escurrir el bulto y se libró de que lo acusaran.

Él sonrió al ver mi gesto de confusión. Andoni no me había contado apenas nada sobre las dificultades que había tenido en esos centros de internamiento y yo no había querido preguntar. Sabía que me hablaría de ello cuando estuviera preparado. Pero no podía imaginar que hubiera otra muerte de por medio ni temas de drogas. Aunque estaba segura de que no era culpable de nada de todo aquello. Pero Jon debió de interpretar mi sorpresa como duda y se

sintió vencedor.

—Ya decía yo que no podía estar contigo sabiéndolo. —Miró a Andoni con mayor desprecio si cabe—. Es demasiado melindrosa como para estar con un delincuente.

—¡Andoni no es ningún delincuente! —exclamé encarándome con él como si me hubieran impulsado con un resorte. Acabé de puntillas y con la frente casi pegada a su nariz.

Dudo que se sintiera intimidado, pero al menos logré borrarle esa estúpida sonrisa.

—Tranquila, Edurne, no tenemos que darle explicaciones a este... amigo tuyo. Sin embargo, voy a aclarar esto ahora. Pero que conste que lo hago por ella y no por lo que tú o tu papá, el policía, podáis pensar de mí.

Así que eso había sido. Jon le había pedido información sobre Andoni a su padre, que era inspector, y no solo se la había dado, sino que alardeaba de ello como si no fuera contra la ley husmear en la información personal de alguien y airearlo después.

—No me interesan tus explicaciones, solo quiero que te alejes de mi chica. —Jon volvió a agarrarme por la muñeca. Esta vez me hizo tanto daño que gruñí antes de tratar de liberarme y espetarle:

—¡Yo nunca he sido tu chica! —No quería que Andoni pensara algo que no era cierto—. ¡Suéltame, Jon, me haces daño!

Vi a Andoni dirigirse hacia nosotros y distinguí en su mirada una ira que no había visto jamás en él.

—¡Te he dicho que no le pongas las manos encima! —Volvió a arrancarme de sus brazos acoplándome a su espalda y retorció con una llave la mano derecha de Jon, haciéndole girar sobre sí mismo y quedando agachado de espaldas a nosotros.

—¿Yo? Eres tú el que has puesto mucho más que tus indecentes manos sobre su piel. Os vi anoche desde la carretera. —Apenas

podía hablar con la postura forzada, pero no se quejó y continuó—: ¿Ves cómo tenía razón cuando te decía que tenías dos caras? —Se giró un poco para poder verme—. Hace un par de meses, me gané una torta por intentar darte un simple beso y ahora te acuestas con el primero que encuentras, como una fulana.

Andoni soltó a Jon y le empujó con fuerza haciendo que cayera contra el suelo antes de avisarlo por última vez:

—¡Lárgate de aquí antes de que te rompa esa bocaza!

Jon se puso en pie y se rio mientras se sacudía los pantalones.

—¿Saben tus padres que vienes por las noches a casa de este matón de poca monta?

Andoni cogió impulso para lanzarse contra él, pero lo agarré de un brazo para impedirlo, ya que estaba claro que la intención de Jon no era otra que provocarlo y después poder alegar que le había atacado sin motivo, incluso denunciarlo. Me puse delante de él y pasé sus brazos por mi cintura de forma que tuviera las manos ocupadas abrazándome. Me negaba a que el imbécil de Jon tuviera un solo rasguño con el que poder buscarle problemas.

—Saben lo que tienen que saber, que estamos juntos. Es más, Andoni está invitado a ir a mi casa cuando quiera. Este mismo domingo va a venir a comer con mis padres.

Me giré para mirarlo y hacerle un gesto cómplice. Él achicó los ojos con confusión. No quise que Jon descubriera que no sabía nada y me apresuré a echarle de allí cuanto antes.

—No sé qué habrás descubierto a través de los contactos de tu papaíto, pero no hay nada del pasado de Andoni que no sepa. —Me eché un farol—. Así que no hay nada que puedas hacer para separarme de él. Es mejor que te vayas, no voy a ir contigo a ningún lado.

Andoni me besó en la mejilla y me abrazó más fuerte contra él.

—Ya has oído a *mi* chica. —Puso énfasis en el posesivo, lo cual hizo apretar la mandíbula a Jon—. Fuera de aquí.

—No sabes lo que haces, Edurne. —Retrocedió un par de pasos, todavía mirándonos—. Yo te lo he advertido, luego no me vengas llorando cuando compruebes que estás con un tío muy chungo y que todo lo que te digo es cierto. Eso si vives para contarlo.

—Tranquilo, eso no va a ocurrir nunca.

—Ya lo veremos —masculló con rabia y se giró para marcharse y desaparecer tras la casa. Pude oír el sonido del motor arrancando y un derrape cuando aceleró para alejarse a toda velocidad.

—¿Estás bien? —Andoni me giró hacia él, pero sin alejarme del círculo protector que formaban sus brazos. Alzó mis manos e inspeccionó mis muñecas—. ¿Te ha hecho daño ese animal?

—No, estoy bien. —Le sonreí. Él estaba muy serio.

—Quiero explicarte algo, vamos adentro.

Lo seguí, caminando junto a él de la mano, pero le aclaré:

—No me tienes que explicar nada. No creo ni una palabra de lo que ha dicho. Jon es un idiota, no sé a qué ha venido lo que... —No me dejó terminar.

—Algo de lo que ha dicho sí tiene algo de cierto, pero quiero explicártelo yo mismo. Debería habértelo contado antes.

Lo miré preocupada. Había una sombra de culpabilidad en su rostro que me hizo estremecer.

—Está bien, explícame lo que quieras. Pero nada de lo que me digas va a hacer cambiar lo que siento por ti.

Lo besé y tiré de su mano para redirigir nuestro camino hacia el muelle. No quería entrar aún en la casa, necesitaba respirar aire fresco después del horrible encuentro con Jon.

Capítulo 29

Me senté y me quité las bailarinas para meter los pies en el río. Andoni se acomodó a lo indio a un par de pasos de mí.

—Para empezar, quiero que quede claro que no soy ningún delincuente. Y, por supuesto, que no he matado nunca a nadie.

—No lo había dudado ni un segundo —le aseguré.

—Pero, además de la caída mortal de mi padrastro cuando me perseguía por las escaleras, sí hubo un incidente grave en el segundo centro de menores en el que estuve. Y sí, estuvo relacionado con drogas y en total hubo dos muertos.

Contuve el aliento. Había creído que eran solo mentiras de Jon.

—El primero fue mi único amigo en aquel lugar horrible al que me trasladaron al cumplir los dieciséis. Se llamaba Antoine, mi nombre en francés, y también tenía mi misma edad. Había acabado allí por hurtos menores y tráfico de drogas para costear su propia adicción. Se estaba rehabilitando, pero alguien empezó a suministrarle anfetaminas. Las que lo mataron debían de estar adulteradas; lo encontraron muerto en su cama una mañana.

—Lo siento mucho, Andoni.

—Gracias. Era un chaval estupendo, solo había tenido muy mala suerte en la vida, tal vez por eso nos comprendiéramos

mutuamente. En su caso, se trataba de un padre alcohólico que le pegaba desde siempre y fue a peor cuando su madre falleció.

—Nunca comprenderé cómo un padre puede golpear a sus propios hijos. Quizá porque yo he tenido mucha suerte con mi familia.

Sin duda, en ese sentido era una privilegiada. Había vivido protegida y al margen de realidades como la de Andoni y otros muchos niños y jóvenes. Aunque era consciente de que existían casos así, no conocer hasta ahora ninguno de primera mano me había hecho considerarlos algo lejano.

—La muerte de Antoine me afectó tanto que me propuse averiguar quién se las había suministrado y hacerle dar la cara para que pagara por ello. Fingí estar interesado en comprar y el boca a boca hizo que el camello me arrinconara en el gimnasio cuando no quedaba nadie allí. No se creyó mi artimaña. Recuerdo casi cada palabra que me dijo. «¿Te piensas que soy estúpido? Te he visto llorar como una nenaza por ese pringado y sé que no probarías ni un porro. Igual que sé que no tienes huevos como para haber matado de verdad a tu padrastro. Eres un pardillo. ¿Cuál era tu plan? ¿Que nos pillara el director mientras me pagabas la mercancía? No llevo nada encima, salvo esto».

—¿Qué era?

—Una navaja.

—Dios santo...

—Lo empujé con todas mis fuerzas y eché a correr. Creo que la similitud a lo que pasó con mi padrastro me hizo batir mi propio récord de velocidad. Pero habían cerrado la puerta por fuera. De hecho, sus compinches estaban al otro lado y se rieron cuando di golpes para que abrieran. Solo tenía dos opciones: pelearme con un tío dos años mayor que yo y de cien kilos de peso, que además iba

armado, o escapar por una de las ventanas. El gimnasio estaba en un primer piso de altura, así que me la jugué. Salté.

»Mathis lo hizo detrás. Yo caí de pie y solo me hice un esguince de tobillo y de rodilla. Él viró hacia un lado en el aire y cayó de costado a solo un metro de mi posición. Se fracturó una costilla que le perforó un pulmón. El vigilante del patio lo vio todo y vino al instante, pidió ayuda..., pero no pudieron hacer nada por él.

—¿Murió allí mismo?

—Antes de que la ambulancia llegara al hospital.

—Cielo santo... —Tragué saliva con dificultad. Me alegraba que Andoni se hubiera librado de ser atacado por aquel chico, pero un final así no se lo deseaba a nadie—. ¿Y tu pierna?

—Estuve unos días en la enfermería, aislado de todos por mi seguridad, hasta que me trasladaron a otro centro bastante menos conflictivo y donde permanecí hasta cumplir los dieciocho. Este no estaba tan mal, pero la información se cuela por todas partes en esos lugares y mi nombre iba ligado a dos muertes accidentales muy similares entre sí. Me temían y respetaban, y yo no me metía en líos. Nadie me preguntó nunca si era culpable o víctima. Así que no hice ni amigos ni enemigos. Allí pude comenzar la formación en carpintería, que después terminé al ir a trabajar con Vicente una vez que fui libre.

—¿Y por qué no te quedaste con él? —pregunté tras de un largo silencio en el que los dos miramos las aguas meciéndose contra las maderas del embarcadero.

—El hermano de mi padrastro, Nathan, vino un día, a finales de marzo, a joderme la vida un poco más. Su madre había muerto y, al igual que al fallecer su padre dos años antes, legalmente me correspondía parte de la herencia, como al morir Lucas. Pretendía que la rechazara en su favor y que no volviera a hacer lo que hice a

la semana de cumplir la mayoría de edad: acudir a un notario como me había recomendado el abogado del centro cuando quedé libre de marcharme; solo que, después de aceptarla, la doné íntegramente a asociaciones benéficas.

—Recuerdo que me dijiste que tu padrastro tenía negocios importantes.

—Estaba forrado. Pero como imaginarás, yo no quería ni un céntimo que viniera de él. Tampoco se lo iba a regalar a su familia, que se había encargado de mantenerme internado mientras pudo.

—Los odio a todos ellos por lo que te hicieron —espeté y, cuando él me regañó con la mirada, añadí—: Y no me importa reconocerlo. Me alegra que les dieras esa lección con la herencia.

—Nathan debía de necesitar el dinero con desesperación, porque se enfadó tanto que se dedicó difamarme por el barrio con mentiras y medias verdades. Eso empezó a perjudicar el negocio de Vicente y algunos vecinos incluso me vinieron a pedir explicaciones de muy malas formas. Otros, los que conocieron a mis padres y los apreciaban, quisieron interceder por mí. Llegó a haber un par de disputas vecinales. Con eso ya toqué fondo y decidí que debía ir a un lugar donde el pasado no me persiguiera y pudiera empezar de cero. Di con la venta de esta cabaña y me pareció el lugar perfecto.

—Hasta que el memo de Jon ha tenido que ponerse a indagar. Y por mi culpa...

—No ha sido culpa tuya, Edurne.

—Tú estarías de lo más tranquilo aquí si no fuera por mí. Jon jamás se te habría acercado y tu pasado seguiría siendo solo tuyo.

—Tal vez. Pero mi presente no sería ni una milésima parte de lo maravilloso que es ahora, porque tú estás conmigo. —Me rodeó la cara con ambas manos y sus ojos brillaron al mirarme—. Vine aquí, precisamente aquí, porque era donde estabas tú. Ahora lo sé. Mi

destino era conocerte. Y aquella noche púrpura fue la señal que me lo anunció, aunque no quisiera darle crédito en su momento, por miedo, por lo difícil que es para mí creer que merezco que me pasen cosas buenas...

—¡Claro que lo mereces! —Más que nadie que hubiera conocido, además.

—Ahora lo sé. Y no pienso permitir que mi pasado me robe la felicidad nunca más.

Aún tenía mi rostro entre sus manos, así que yo hice lo mismo con el suyo y nos besamos con miles de promesas en aquel contacto lleno de ternura y pasión a partes iguales. Después nos quedamos abrazados en silencio, mirando el atardecer.

Di un respingo cuando, de pronto, él me dijo:

—Tú también tienes que darme algunas explicaciones.

Lo miré atónita. ¿Explicaciones? Si se refería a Jon, ya le había dejado claro que nunca había sido su chica, como él había afirmado.

—¿De qué iba eso de que voy a ir a comer a tu casa el domingo?

Miré al agua, algo avergonzada. En efecto, tenía mucho que explicarle y lo había olvidado por completo.

—Es que ayer mi madre me pilló cuando llegué a casa y... no te vas a creer lo que ha pasado hoy.

Andoni se rio ante mi nerviosismo. Me temblaba todo el cuerpo.

—Vamos adentro. Estás helada.

Me cogió en volandas y me llevó hasta la sala. Me encantaba sentirme rodeada por sus brazos.

Me recostó sobre el sofá y trajo una manta de su habitación con la que me cubrió desde el cuello hasta los pies; se sentó a mi lado y me abrazó.

—¿Estás mejor?

—Es imposible estar mejor que ahora mismo. —Me incorporé

para besarlo y, aunque me correspondió, se retiró más rápido de lo que yo quería.

—Venga, te escucho.

Suspiré.

—A ver... Mi madre estaba en mi cuarto cuando llegué. Debí de hacer mucho ruido al coger la bici y se quedó esperando a que llegara.

Se rio. No le sorprendía mi poca pericia huyendo.

—El caso es que traté de ponerle varias excusas, pero ella tenía claro que tenía que haber salido a ver a un chico. Lo dedujo por mi estado de ánimo de este mes. —Dudé si decirle esto, pero no quería mentirle en nada—. Y por las veces que me había descubierto llorando, sin que yo me diera cuenta.

—Dios, Edurne, lo siento muchísimo —murmuró y me acurrucó contra su pecho.

—Lo curioso es que no estaba enfadada ni quería que le contara qué habíamos hecho, solo saber quién eras.

Andoni me miró sorprendido.

—Aun así, yo le dije que no habíamos hecho lo que se temía, para tranquilizarla. Cuando supo que eras tú, se alegró. —Por su cara, no parecía muy convencido—. Te tiene en gran estima. Y mi padre también.

—¿También lo sabe tu padre? —Su voz se agitó.

—A él se lo he dicho esta mañana, mi madre ha insistido. Quería que vinieras a casa a comer un día. Y mi padre ha propuesto... que vengas los domingos.

—¿Los...?

—Sí, todos. No solo este.

—¿Dentro de dos días? —El tono de sus preguntas era cada vez más agudo. Casi me reí.

—Sí —confirmé con sencillez y calma.

—¿Estás segura de que quieren que vaya tan a menudo?

—¿Cómo que tan a menudo? Los domingos, a comer. Pero espero que vengas a buscarme a casa otros días de la semana.

Me sentí molesta de repente. ¿Qué tenía pensado él?

—Debería haber ido en persona a contarles mis intenciones contigo. Lo hemos hecho todo mal.

—Te recuerdo que no habría nada que contar si yo no me hubiera lanzado a tus brazos anoche. Así que no intentes ir de caballero andante solicitando permiso para pasear con la dama. —Me giré con la cabeza alta, orgullosa de haber sido yo la que había tomado la iniciativa—. Y lo hemos hecho perfectamente. Mis padres no necesitan que vayas a pedirles mi mano ni nada parecido. Con que yo les haya dicho la verdad es suficiente.

Se carcajeó tan fuerte que hizo temblar todo el sofá.

—A veces eres muy graciosa.

—Me alegra divertirte. —No creí haber dicho nada chistoso.

—Caballero andante... —murmuró pellizcándome la mejilla—. ¿No habrás leído el *Quijote*?

—Para tu información, leímos varias obras de Cervantes el año pasado en clase de Literatura.

Dejó de reírse, suspiró y me reclinó sobre el sofá, tumbándome de lado junto a él, de forma que estuviéramos frente a frente.

—¿De verdad piensas que yo podría haber aguantado mucho más sin demostrarte cuánto te quiero? —Apartó un mechón de mi pelo y lo sujetó tras mi oreja, robándome un escalofrío.

—Tengo mis dudas. —Confesé mi inseguridad y alcé el rostro para mirarlo—. Ya me rechazaste una vez.

Puso los ojos en blanco, molesto por mi comentario.

—Ya te expliqué anoche por qué reaccioné así. —Me dio un beso

firme y largo que me hizo encoger los dedos de los pies—. Jamás volverá a suceder.

Le devolví el beso y me revolví entre sus brazos hasta acoplarme por completo a su cuerpo, tumbándome sobre él. Recorrí su garganta con mis labios y, cuando empecé a soltar los botones de su camisa, detuvo mis manos.

—Hey, para, para. No me refería a esto.

Me levanté al instante y me senté en el sillón, dolida al ver que la pasión no lo dominaba de igual forma.

—Ya veo que no sientes lo mismo que yo —lo acusé.

Se levantó de un salto y se arrodilló frente a mí.

—No digas tonterías. Soy un hombre y tú eres la mujer más deseable del mundo.

Lo miré con gesto de burla en la cara. Sus palabras, más que a muestra de deseo, me habían sonado a palmadita en la espalda. Si lo decía para no hacerme daño, no lo estaba consiguiendo.

De pronto, noté sus manos en mi pierna. La levantó por el pie y acercó su boca a mi tobillo.

—Yo tampoco soy de piedra, ¿sabes? Tengo instintos... animales.

Besó con delicadeza mi empeine antes de ascender con un gran lametón y terminar con un mordisco en mi pantorrilla, acompañado de un rugido. El leve contacto de sus dientes me hizo tantas cosquillas que no pude contener la risa y tuve que apartar mi pierna de sus manos.

Aún me estaba estremeciendo cuando, todavía arrodillado en el suelo, Andoni se aferró con fuerza a mis piernas y apoyó su cabeza en lo alto de mis rodillas. Acaricié la mejilla que quedaba al descubierto y revolví el rebelde remolino de pelo que caía sobre su frente.

—Pero... todo a su tiempo, mi amor —me susurró alzando la

mirada hasta encontrarse con la mía. Se quedó así, abrazado en silencio, durante un largo rato.

El revoloteo de un gorrión en el alfeizar de la ventana abierta de la sala distrajo mi vista por un instante. Me sentí molesta con la pequeña ave por haberme obligado a dejar de mirar el rostro de Andoni.

En el camino que recorrió mi mirada desde la ventana hasta mis rodillas, algo fuera de lugar me llamó la atención. Miré al frente y vi una enorme tele al otro lado de la mesa. ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta de su presencia hasta ahora? Me respondí a mí misma en cuanto Andoni levantó la cabeza y me miró a los ojos. Volví a quedarme presa de ellos.

—¿Cuándo has comprado eso? —conseguí preguntarle después de unos instantes perdida en su mirada.

Se levantó y se dirigió hacia ella.

—¿Te gusta? La he traído esta mañana. También he comprado un DVD.

Me levanté a ver el *pack* electrónico que se había agenciado de un día para otro. La noche anterior nada de eso estaba allí.

—¿Y cómo así? Creía que no te gustaban estas cosas.

Me agarró de las manos.

—¿Por qué va a ser? Desde ya mismo espero que pases mucho tiempo aquí. Sé que a ti te gusta ver películas, y la otra tele no había manera de arreglarla.

Inspeccioné el equipo y pude ver que era nuevo.

—Te ha tenido que costar mucho. Y aún estás empezando a arreglar tu casa.

Me soltó las manos y se agachó para abrir la bandeja del DVD. Metió una película dentro y giró la pantalla hacia el sofá.

—Este mes he aceptado todos y cada uno de los trabajos de

carpintería que me han ido saliendo y me he sacado un sobresueldo. —Se giró para mirarme—. Ya sabes, necesitaba estar ocupado.

Se tumbó de nuevo sobre el sofá, arrastrándome y colocándome de espaldas a él. Me abrazó y me tapó con la manta antes de darme los dos mandos a distancia.

—Toma, creo va a ser mejor que esto lo manejes tú.

Conecté ambos aparatos a la espera de ver qué película habría elegido. Habría apostado por una bélica, de *gangsters*, de romanos o incluso del oeste. Cuando empezó a sonar una música suave, me alegré al pensar que podría haber intentado ser romántico conmigo eligiendo una de amor. Las primeras imágenes tiraron por tierra todas mis hipótesis.

—¡¿*Pinocho*?! —exclamé sorprendida y algo disgustada. ¿Estaba insinuando que era una mentirosa... o que lo era él?

—¿No te gustan las de Disney?

—Sí, claro. Me encantan. —No era ningún secreto que las había visto todas.

—Esta era mi película favorita cuando era pequeño —me confesó —. Por la profesión de mi padre, del verdadero.

La mía era *Bambi*. Estuve a punto de decírselo, pero recordé que Bambi perdía a su madre al principio de la peli y no creí apropiado abrir la boca. Seguí mirando la tele como si nada.

—Yo antes era un niño de madera —susurró en mi oído. Giró mi cara hacia la suya y me besó—. Tú me has hecho ser un niño de verdad.

Se me encogió el corazón y tuve que contener las lágrimas al oír su metáfora y ver la humedad en sus ojos. Cerré los míos para que no descubriera que yo también estaba a punto de llorar y le devolví el beso, incapaz de responder una sola palabra.

Los diálogos de la película comenzaron y volví la cabeza hacia la

tele. Estuvimos viendo toda la película abrazados en el sofá, bajo la manta de cuadros de su habitación.

Cuando la canción final comenzó a sonar, me volví hacia él y le encontré dormido. Descansaba tranquilo y con media sonrisa en los labios. Pensé de inmediato en besarlo, pero no lo quería despertar. Prefería contemplarlo así un poco más. Nunca lo había visto dormir y, salvo porque sus párpados cerrados me impedían ver la belleza de sus iris, dormido era más hermoso si cabe.

Me quedé un largo rato admirando la perfección de su rostro y caí en la cuenta de que estábamos tal y como había fantaseado la tarde que habíamos traído ese tresillo a su casa. Mi sueño se había hecho realidad y esa iba a ser una de muchas tardes abrazados en su sofá. No se podía ser más feliz de lo que yo era en ese preciso momento.

Me acerqué a sus labios con sumo cuidado para no alterar su sueño. Él me había confesado que no había podido dormir bien en todo el mes, y habría caído rendido después de tantas noches de insomnio. O tal vez se pareciera más a mi padre de lo que yo había imaginado y, como él, fuera incapaz de ver una película completa sin caer en los brazos de Morfeo.

Le di un beso muy muy suave, solo para saborear sus labios, pero mi bello durmiente se despertó.

—Buenos días —bromeé. Él se lo tomó al pie de la letra.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Ya es por la mañana?

Me reí al verlo incorporarse de un brinco.

—No, tranquilo. Solo son las nueve de la noche.

Resopló. Yo le compuse en la medida de lo posible el pelo enmarañado en su frente.

—No te asustes, mis padres ya saben que estoy contigo.

—Ya, pero no vamos a tentar a la suerte. No vamos a pasar nuestra primera noche juntos a dos días de presentarme como tu novio en tu casa... —Me miró de reojo—. Aunque solo hayamos estado durmiendo.

Me reí, pero me levanté sabiendo que tenía razón.

—Sí, debería irme. Es la hora de cenar y no les he avisado de que no iría. Me estarán esperando.

Andoni me acompañó a la puerta.

—Y que conste que aquí el único que se ha dormido eres tú.

—Perdona, es que estaba agotado.

—No te preocupes. He estado la mar de a gusto igualmente. —Me abracé a él de nuevo.

—Yo hacía muchísimo tiempo que no dormía tan bien.

Salimos al porche y recogí mi bici, que estaba tirada en el suelo junto a las marcas del derrape del coche de Jon. No pude evitar mirar al otro lado del río buscándolo, por si nos espiaba. Pero era imposible que nos hubiera visto en la casa, tuvo que haber sido cuando estábamos al otro lado del puente. La carretera quedaba lejos y los árboles de la otra orilla eran demasiado altos.

—¿Quieres que te lleve?

—No, no es necesario. Es temprano, así que daré un paseo.

—Pero estarás cansada —insistió.

—Estoy bien. Además, ya son más de las nueve. Mi padre estará atento a mi llegada. Si te ve conmigo..., no habrá que esperar al domingo para hacer tu presentación oficial. —Me miró dubitativo—. A no ser que tengas prisa.

—No, tienes razón. Voy a necesitar el sábado entero para hacerme a la idea de cómo tratar a unos padres —habló cabizbajo—. La verdad es que... he perdido práctica.

Se me encogió de nuevo el corazón. Aquello iba a ser mucho

más duro para él de lo que yo pensaba. Pero enseguida una idea me devolvió la alegría.

Sabía que no sería lo mismo y él ya no era un crío, pero los míos podrían ser también como unos padres para él. Podría encontrar, en mi familia, su familia. Preferí no expresarle mi reciente ilusión para que, si quería, la experimentara por sí mismo. Mis padres eran geniales, cada uno con sus cosillas, pero no podía imaginar unos mejores.

—Espero gustarles —murmuró.

—¡Claro que sí! Es imposible que no les gustes, cuando ya les encantas. De otra forma, ninguno se hubiera tomado tan bien la noticia. Te han invitado a ir a casa, ¿no?

Andoni dio un profundo suspiro y me aupó para montarme en mi bici, igual que la noche anterior.

—¿Volverás mañana? —Me besó sin darme tiempo a responder. Parecía que esa pregunta la hacía por mera cortesía, pues no me daba lugar a poder decir un no. Imposible después de besarme de semejante manera.

Solo pude asentir con la cabeza.

—Hasta mañana, «hada azul» —me susurró en la oreja y la besó con suavidad.

—Hasta mañana, «niño de verdad» —respondí pasando mi mano por su mejilla.

Empujó mi bici desde el sillín y me adentré en el camino del río.

Apenas había recorrido unos metros cuando le oí llamarme.

—¡Espera! —La palabra seguía estremeciéndome.

Me detuve y miré hacia atrás.

—¡Aunque tus padres no lo necesiten, algún día lo haré! —me gritó.

—¡¿El qué?! —No podía imaginar a qué se refería.

—¡Pedirles tu mano!

Me quedé de piedra hasta que él se giró como si nada y se metió de nuevo en su casa. Tardé varios minutos en reaccionar y reemprender la marcha. Retrocedí en nuestras conversaciones de la tarde hasta caer en la cuenta de que había utilizado mis propias palabras. Yo también recordé las suyas. «Lo hemos hecho todo mal». Él lo creía realmente así, pero yo no opinaba lo mismo. ¿Iba a ser esa su manera de enmendarlo? ¿Pedir mi mano?

Me di cuenta de que tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras atravesaba el puente hacia la otra orilla del Bidasoa. Pedaleé más rápido, ansiosa por llegar a casa y confirmar a mis padres que el domingo teníamos que poner un plato más.

Iba tan sumida en mis cavilaciones que de primeras no le di importancia al color púrpura oscuro que había empezado a adquirir el cielo hasta que un fuerte viento me hizo detenerme para no perder el equilibrio y caer al suelo. Cuando logré apartarme el pelo de la cara y miré hacia arriba, avisté una procesión de nubes violetas avanzando a gran velocidad en dirección al río. Nunca había visto semejante movimiento ni unas nubes tan peculiares. Al girarme para seguirlas con la vista, pude divisar un coche rojo atravesando el puente que yo acababa de recorrer. Era un Seat León que yo conocía muy bien. Y las nubes parecían seguirlo como la estela de un cometa.

Capítulo 30

Andoni

No sabría decir qué fue lo primero que me alertó. Tal vez el repentino cambio del viento, que anunciaba tormenta, y que hizo que la ventana del cobertizo se cerrara de golpe. Quizá fuera la forma en la que se me erizó la piel ante la electricidad que sentí en el aire al asomarme para comprobar si ya llovía. El ambiente estaba enrarecido. Cuando alcé la vista, pude apreciar que el cielo ya no era del anaranjado atardecer que rodeaba a Edurne como un halo cuando la vi atravesar el puente en su bici. Era de un púrpura oscuro, distinto al que contemplé la noche que la conocí y mi corazón volvió a latir con ilusión y esperanza.

Aquel color nocturno fue una señal, no tenía dudas. Así que este tenía que ser otra. Una que, intuía, no auguraba nada bueno.

Temiendo que Edurne hubiera sufrido un accidente antes de llegar a su casa, dejé a medias el boceto del detalle que había pensado llevar el domingo. En cuanto asimilé la idea de que sus padres me habían invitado a comer, supe que no podía acudir con las manos vacías. Enseguida resolví qué regalarles y quise ponerme con ello cuanto antes. El comedero para pájaros en forma de casita

para colocar en el jardín fue una de las únicas cosas que mi padre había tenido tiempo de enseñarme a hacer antes de morir; construir uno para Alejandro y Nieves, es decir, para quienes algún día serían mis suegros, me pareció muy simbólico.

En cuanto puse un pie fuera, noté el olor a gasolina. Recorrí con cautela la distancia que separaba el cobertizo de la cabaña. Cuando estaba a medio camino pude divisar a Jon. En sus manos llevaba una garrafa y rociaba con su contenido las paredes de la cabaña.

Grité su nombre y eché a correr hacia él sin pensármelo dos veces.

—¡Eh! ¡Jon! ¡¿Qué te crees que estás haciendo?!

Alzó la vista y sonrió con auténtica maldad. Yo ya había visto sonrisas de ese tipo antes, al igual que aquel odio irracional en los ojos de los hombres que se habían convertido en mis enemigos sin haber hecho nada por merecerlo.

No pareció sorprendido al verme. Al parecer, ya sabía que estaba en el cobertizo. Seguramente había esperado a que se fuera Edurne para llevar a cabo su insensato plan. ¿Es que acaso pensaba que ella no se iba a dar cuenta de que había sido él el autor del incendio, sucedido pocas horas después de nuestro encontronazo?

—Llegas justo a tiempo para ver cómo tu casa se va a tomar por culo —me gritó, haciéndose oír a pesar del fuerte viento que azotaba —. Lárgate de este pueblo y no vuelvas nunca.

Una vez más, perdí la fe en la humanidad, cuando apenas la acababa de recuperar.

Antes de que pudiera reaccionar, metió un pañuelo hasta la mitad en la boca de la garrafa y sacó un mechero de un bolsillo. Se disponía a prenderlo cuando pude sentir un nuevo cambio en el viento. Mi grito de advertencia quedó amortiguado por el fogonazo que provocó la combustión a la vez que una llamarada ascendía un

par de metros en el aire.

Aunque Jon soltó el envase, que cayó bajo una de las ventanas, el fuego se extendió por el reguero que él mismo había dejado gotear en el suelo, alcanzándole los pies y, de seguido, las piernas. A su vez, grandes llamaradas comenzaron a devorar la casa a una velocidad de vértigo, pero eso dejó de tener importancia en ese momento. Si no hacía algo, Jon —que ya había caído al suelo al tratar de apagar las llamas que parecían trepar por sus pantalones— iba a quemarse vivo.

Me quité la camiseta y me cubrí las manos con ella para golpear las llamas, pero la prenda se prendió con el combustible tan rápido que no sirvió de nada. En apenas dos segundos evalué mis opciones. Entrar en la casa a por algo quedaba descartado, pues sería un suicidio. Arrastrarlo por las axilas hasta el muelle y lanzarlo al río, habría sido efectivo si hubiera estado más cerca. En cambio, el coche estaba aparcado al otro lado de la casa y dentro llevaba una manta.

Jon gritó mi nombre con desesperación cuando me vio alejarme, creyendo que iba a abandonarlo a su suerte, cosa que él habría hecho en mi lugar, no me cabía duda. Pero yo ya tenía dos muertes sobre mi conciencia, no iba a permitir que una tercera se sumara a mis pesadillas.

Alcancé mi camioneta en pocas zancadas y creí escuchar el motor de algún coche cerca, aunque no me detuve a comprobarlo, pues no tenía un segundo que perder. Me hice con la manta y me lancé con ella sobre Jon, que gemía de dolor y terror mientras se arrastraba lejos de la casa, que ya era una auténtica antorcha.

—Ya, quieto, ya está —traté de tranquilizarlo.

Me disponía a comprobar los daños y si era capaz de caminar para alejarnos del incendio y, cuanto antes, llevarlo a urgencias,

cuando vi correr hacia nosotros a Edurne, seguida de sus padres. No muy lejos, se bajaban de un coche Natalia, Ager y otro hombre adulto al que no conocía.

Después, todo pasó muy rápido. Alguien cubriéndome los hombros con una chaqueta; unas manos comprobando las quemaduras de mis palmas, de las que no era siquiera consciente; la llegada de la ambulancia, la policía y los bomberos, después de que entre varios de los presentes tratáramos de apagar las llamas para salvar al menos parte de la casa. Ni siquiera la lluvia torrencial fue capaz de evitar que quedara reducida a escombros.

Los bomberos no me permitieron entrar cuando el techo estaba aún sobre las paredes para recuperar los pocos recuerdos que conservaba, era demasiado peligroso. Así que aquella noche mi pasado murió para siempre bajo el fuego. Sin embargo, de aquellas cenizas yo logré renacer.

***

Siete semanas después

Vicente avistó los numerosos coches aparcados al otro lado del puente incluso antes de comenzar a cruzarlo. Eran muchos más que la semana anterior y tal vez el triple que la primera. Con ese, ya eran cuatro los fines de semana que acudía a Bera de Bidasoa para colaborar en la reconstrucción de un edificio que, a pesar de ser de propiedad privada, los vecinos consideraban un emblema del pueblo.

En una iniciativa que había promovido Damián —que, además de dueño de la ferretería más antigua de la zona, era concejal en el ayuntamiento—: volver a levantar la cabaña del pescador tras su destrucción a causa de un incendio provocado. Lo había convertido en una actividad popular. Todo aquel vecino que tuviera ganas de

ayudar era bienvenido. Bien con sus herramientas, sus ideas o, sencillamente, sus manos.

Había quien colaboraba llevando comida para los recesos, y lo que había comenzado como una breve pausa para recuperar fuerzas, en pocas semanas, había pasado a ser una fiesta de dos horas en la que se compartían platos caseros y postres de recetas familiares.

Aquella actividad colaborativa, en la que los vecinos —tanto de Bera como de otros pueblos cercanos— participaban, no solo tenía como objetivo restaurar el edificio. También era una muestra de afecto al joven que en pocos meses se había ganado ser considerado un miembro de pleno derecho de la comunidad. Prácticamente todos lo habían visto con Damián reformando las áreas recreativas, que eran más divertidas y seguras que nunca para los niños. Zonas de los parques deterioradas, desde hacía tiempo, habían sido por fin reparadas. Además, el boca a boca había hecho que Andoni hiciera pequeños trabajos para particulares aquí y allá, recomendado por cada nuevo cliente satisfecho.

Que se hubiera ennoviado con la más joven de las hijas de Alejandro y Nieves era solo un extra. El chaval merecía recuperar la casa que había comprado con el compromiso de mantener la estructura original, solo renovándola.

Vicente no podía estar más orgulloso del que consideraba su ahijado, ni más feliz por él. Había encontrado su destino y, aunque le había vuelto a tocar lidiar con el odio y la violencia intrínsecos al ser humano, también había descubierto que el amor y la amistad son fuerzas aún más poderosas y, sobre todo, duraderas. Porque allí había encontrado su verdadero hogar.

Bueno, su hogar físico estaba a medio construir, era cierto. Lo que había hallado era su lugar en el mundo. Daba igual que tuviera

que dormir unas semanas más en el cobertizo —por elección propia, ya que había rechazado ser acogido en casa de Edurne, de Damián e incluso de Ager, con quien había entablado buena amistad desde el accidente de Natalia y aún mejor tras el suceso con Jon—.

Lo de aquel otro muchacho, apenas un año mayor que Andoni, dio mucho que hablar en toda la región durante los primeros días, ya que además era hijo de un inspector de policía que había crecido en Bera. No obstante, las quemaduras de segundo grado que Jon había sufrido en la mitad de su cuerpo fueron consideradas suficiente castigo por la mayoría. Si bien, una vez que se recuperara de las lesiones más graves, debería cumplir los servicios comunitarios que se le impusieron en un juzgado de Pamplona. Y, por supuesto, la idea de seguir los pasos de su padre como policía, una vez terminada la universidad, quedaba descartada por completo.

Vicente divisó a Andoni en una de las ya no tan improvisadas mesas que se habían dispuesto junto al embarcadero con unos tableros y unos caballetes para la hora de la comida. Le alegró comprobar que ya se había quitado las vendas de las manos, lo que indicaba que sus quemaduras ya habían sanado. Más aún le ilusionó ver que su sonrisa era más amplia que nunca cuando miraba a aquella dulce muchacha, que le ofrecía un plato con lo que parecía un bizcocho de chocolate, con tanto amor en su expresión que a Vicente casi se le saltaron las lágrimas.

—¿Llego a tiempo para el postre? —preguntó con un nudo en la garganta.

—¡Vicente! ¡Claro que sí! ¡Bienvenido!

Edurne le sirvió una porción del bizcocho que se había animado a cocinar por primera vez y se encargó de hacerle un hueco en la mesa junto a ellos. Se había mostrado entusiasmada al conocer al fin al «ángel de la guarda» de Andoni, como ella misma lo había

bautizado. Y no había visita en la que no le agradeciera de nuevo la oportunidad que le dio de aprender una profesión y de tener un hogar de verdad cuando por fin fue libre para hacer con su vida lo que quisiera.

Él no se había quedado corto en elogios para ella y su familia, que ahora era la de Andoni. Aunque él siempre ocuparía un lugar especial en el corazón del muchacho, quien a su vez se mostraba entusiasmado con que Vicente y Damián hubieran hecho buenas migas. Para Andoni, eran sus dos padrinos, y así se los declaró una de esas tardes de sobremesa antes de reemprender el trabajo de reconstrucción, dejándolos al borde de las lágrimas.

Aquel era el último fin de semana del verano. Los estudiantes volverían a la universidad, los días serían más cortos y el tiempo no acompañaría con cielos despejados y temperaturas agradables que permitieran disfrutar de aquella actividad como algo lúdico.

Sin embargo, muchos años después, cuando por aquella casa corretearon los piececitos de dos niños de ojos verdes y pelo negro detrás de un enorme y juguetón perro de aguas, se siguió manteniendo la tradición anual del último fin de semana del verano, en el que la familia que vivía en la cabaña del pescador organizaba una comida popular en memoria y agradecimiento a lo que el trabajo y el apoyo de una comunidad puede ser capaz de crear.

«Nadie puede prever ir a sufrir un desengaño con el chico que pensaba que era perfecto y, una hora después, darse de bruces con su alma gemela. Aquel extraño color del cielo fue una señal que no supe interpretar».



La llegada de un joven forastero a un pueblo a orillas del Bidasoa es bien recibida por los vecinos, sobre todo porque resulta ser todo un artista con la madera. Que los padres de Edurne lo contraten para una reforma en el desván no habría tenido mayor importancia si ella no lo hubiera conocido en **el momento de mayor vulnerabilidad de su vida**, sintiendo además que algo muy poderoso tiraba de ella hacia él.

Los caminos de Edurne y Andoni se cruzan una noche de

cielo púrpura, haciendo mágica su relación desde el primer momento. Que él sea de origen humilde o que ella solo tenga diecisiete años no la harán renunciar al amor que siente que va surgiendo entre ambos. Tampoco la disuadirá **el contradictorio comportamiento de Andoni**, a veces tan cercano y otras tan frío.

Cuando terribles acontecimientos saquen a la luz **el oscuro secreto que Andoni carga a sus espaldas**, Edurne se verá en la encrucijada entre creer que Andoni la ha tenido engañada todo ese tiempo y **mantenerse fiel a su instinto y al hombre al que ama**.

Mina Vera es el pseudónimo de esta autora de novela romántica que publica sus obras desde 2011, principalmente con el sello Selecta de la editorial Penguin Random House. Ha sido finalista en varios concursos literarios como el IV Premio Vergara y RNR en 2013 con la novela *Noches perdidas*; el II Premio HQÑ - Harlequin en 2014 con la novela *Contigo en la distancia*, o el XXIII Premio Alberto Magno de ciencia ficción de la Universidad del Pais Vasco en 2011 con *División seis: Príncipes de hielo*, todas ellas disponibes en edición digital. Nacida en Bilbao en junio de 1981, estudió Publicidad y Relaciones Publicas y actualmente trabaja en comercio. Está casada y tiene dos hijos.



Edición en formato digital: junio de 2026

© 2026, Mina Vera
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-79-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cuando la noche es púrpura
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Sobre este libro
Sobre Mina Vera
Créditos